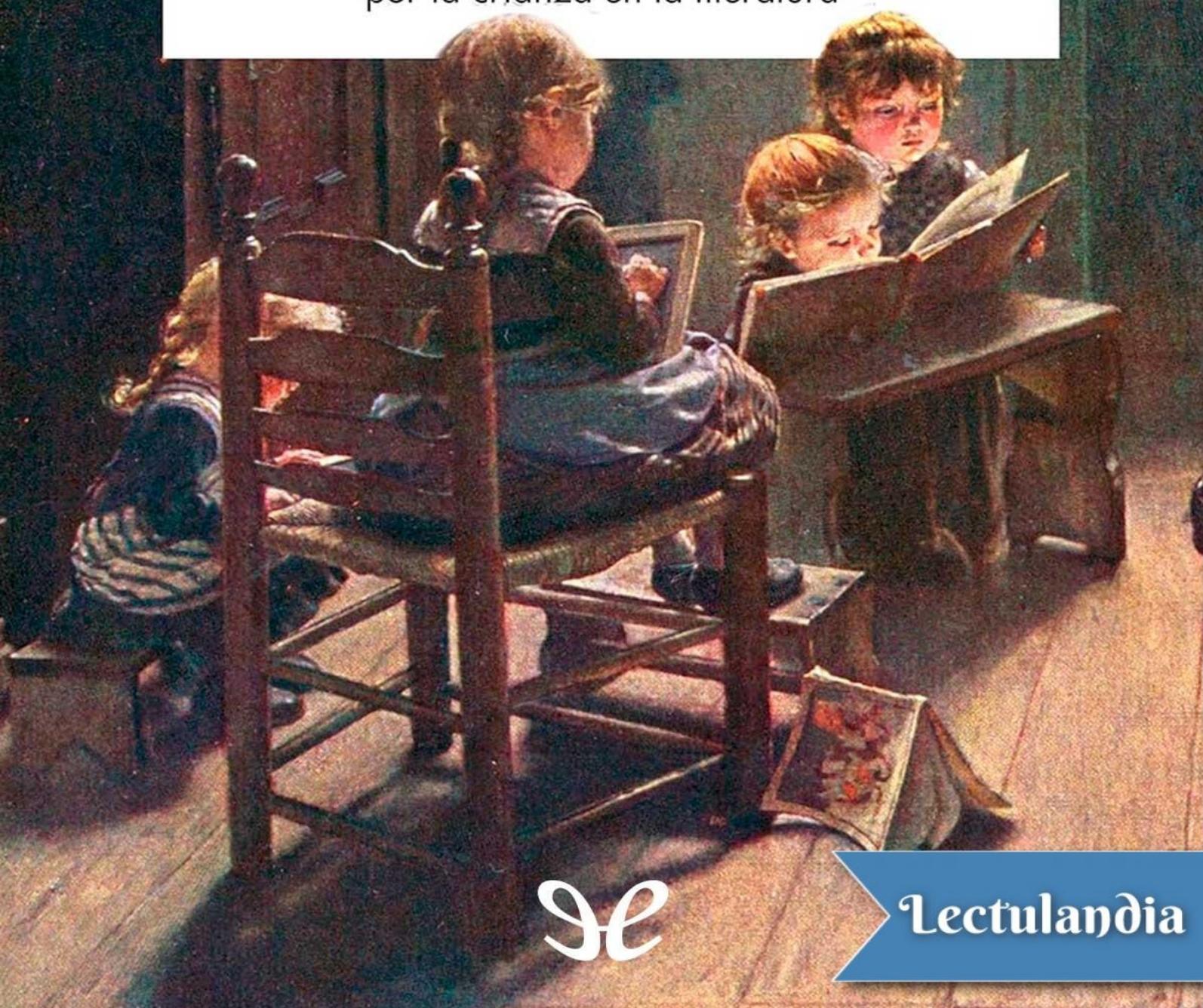


CARLOS GONZÁLEZ

HABLANDO DE NIÑOS

Un apasionado recorrido
por la crianza en la literatura



de

Lectulandia

Carlos González, reconocido experto en materia de maternidad y crianza infantil, hace un recorrido sobre el papel del niño en la literatura decimonónica, haciendo especial hincapié en la inglesa, aunque también mencionará la literatura española, para estudiar su evolución a lo largo de la historia. Con este libro, el autor ofrece una panorámica sobre los distintos modos de educar a los niños y analiza la sociedad a través de las claves que ofrecen las obras literarias más importantes del siglo XIX.

Carlos González

Hablando de niños

Un apasionado recorrido por la crianza en la literatura

ePub r1.0

Titivillus 16-12-2023

Carlos González, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Hablando de niños

Prólogo: La fascinación

El poder del escritor

El apego

Dante

Victor Hugo

Moravia

Melville

Eliot

Verdaguer

La resiliencia

Pickwick

Los sentimientos

El amor

La redención (y también la educación)

El orfanato

El perdón

La tienda de antigüedades

La pequeña Dorrit

Los valores

El ejemplo

Las hermanas Brontë

El internado

Nickleby
Skinner

La institutriz

Los consejos no solicitados

La educación utilitaria

La escuela

El castigo

Los informes escolares

La firmeza

El cariño

La enfermedad

El colecho

La lactancia

Las nodrizas

Shakespeare

La madre

El padre

La importancia de tener hijos

Mistral

Daudet

Papini

Copperfield

Padres de la patria

Washington

Querer y no poder

Los padres adoptivos

Los abuelos

Los malos padres

Dombey e Hijo

Cumbres borrascosas

Los malos tratos

La muerte

La pequeña vendedora de fósforos

La muerte de la madre

Lamentos

Casa desolada

Niños cambiados

El infanticidio

La religión

Pessoa

Para qué sirve la Iglesia

Lo que leían

Epílogo

Imágenes

Autor

Notas

¡Un momento, Max!

Gracias a Marta Armengol y a mis editoras, Ana Lafuente y Sara Torrico, por sus comentarios y consejos. Ellas no tienen la culpa si no los seguí todos.

PRÓLOGO

LA FASCINACIÓN

Hace muchos muchos años, haciendo tiempo en un aeropuerto, decidí comprar una novela en inglés. Revisar todos los títulos, descartando *bestsellers* insubstanciales, novelas románticas y libros de autoayuda, me llevó una eternidad (con lo que alcancé mi propósito de hacer tiempo), y al final me decidí por *Mansfield Park*, una novela de Jane Austen. Sabía que la autora era una gran escritora, aunque no había leído nada suyo, y el libro no era muy gordo. Nada más comprarlo me sobrecogió el miedo: un clásico de 1814, esto no iba a ser como una novela policiaca o de ciencia ficción. Temí que mi nivel de inglés no fuera suficiente. Y además, la literatura clásica es una cosa seria y aburrida, ¿verdad? Ni siquiera intenté empezar a leerlo.

Años más tarde, en un viaje en tren, vi la película de 1999. La vi dos veces en dos días (alguien tendría que decir a Renfe que, por favor, no pongan la misma peli a la ida y a la vuelta), me gustó, me acordé del libro que tenía por casa muerto de risa, y me animé a leerlo. Y así empezó un largo idilio con la literatura inglesa del siglo XIX. Porque, para mi sorpresa, el libro era mucho mejor que la película, y en cierto sentido, más moderno. No, me estoy expresando mal; lo antiguo, por definición, siempre es más antiguo que lo moderno. Esa frecuente expresión de que tal o cual cosa antigua era en realidad *muy moderna* no es más que un comentario insultante basado en nuestros más profundos prejuicios. Como cuando decimos que una persona es vieja pero tiene espíritu joven^[1]: estamos convencidos de que los viejos han de ser aburridos e intolerantes; cuando descubrimos a alguno que no lo es, preferimos atribuirle un espíritu joven a reconocer que teníamos un prejuicio y que los viejos no son así. Del mismo modo, tendemos a pensar que hoy en día somos abiertos, comprensivos, tolerantes e igualitarios, mientras que el siglo XIX era clasista, machista, mojigato, intolerante y maniqueo. Pero su gran literatura me ha obligado a renunciar a muchos de mis prejuicios; no es

que ellos fueran modernos, es que los modernos no somos tan superiores como nos creemos.

La película, por ejemplo, era maniquea: había unos buenos muy buenos, que lógicamente salían victoriosos, y unos malos muy malos. En el libro no está ni mucho menos tan claro; me pareció que esos *buenos* eran unos arrogantes insufribles, y que los *malos* no se merecían el trato recibido. En el libro, la protagonista tiene ocho hermanos, pero su favorito, con el que se escribe y que la visita y al que está deseando ver y hablar, es su hermano mayor, que es pirata. Bueno, está en la Armada Real, pero es un pirata según criterios modernos. Fanny está encantada cuando su hermano le habla de los barcos mercantes franceses que apresaron y del botín que robaron a los pasajeros. En la película, en cambio, es como si pensasen que una señorita del siglo XIX no debería hablar de esas cosas; cambian al hermano por una hermana favorita, y las dos hablan de vestidos y peinados, como si el cerebro de una mujer no llegase más allá.

¿Y la libertad del lenguaje? Uno de los personajes, una mujer joven, soltera, de muy buena familia, delante de un grupo de hombres y mujeres, en una reunión de buena sociedad, suelta lo siguiente:

Desde luego, vivir en casa de mi tío me puso en contacto con un círculo de almirantes. Vi unos cuantos *Rears* y *Vices*. Pero les ruego que no piensen que hago juegos de palabras.

Por supuesto, dice que no es un juego de palabras precisamente para que nos demos cuenta (por si alguien no lo había hecho) de que sí es un juego de palabras. *Rear admiral* y *vice admiral* son dos rangos de la armada, contraalmirante y vicealmirante. Pero también significan «trasero» y «vicio». Es una clara alusión a la homosexualidad en los largos viajes en barco. Y eso lo podía escribir una señorita en 1814, cuando el país estaba en guerra con Napoleón y sus marinos eran héroes, poniéndolo en boca de un personaje femenino, y se podía imprimir, y nadie lo censuraba, y no provocaba controversia. ¿Cuántos tuits provocaría esto en la actualidad? Por cierto, Austen tuvo dos hermanos en la marina, ambos llegaron a almirantes.

El título de este libro iba a ser «El niño en la literatura inglesa del siglo XIX». Era un título demasiado largo para la moda actual aunque no para la del siglo XIX; algunos de los libros que vamos a comentar se conocen y publican en la actualidad con títulos abreviados; *David Copperfield* se titula en realidad *La historia personal, aventuras, experiencia y observación de David Copperfield el Joven de Blunderstone Rookery (que él nunca tuvo intención de publicar bajo ningún concepto)*. Era un título que podía asustar a

algunos potenciales lectores (por si ya no asustase lo bastante la sola mención del término «literatura»). Y era también un título que probablemente acabará siendo inexacto. No conozco lo suficiente sobre otros siglos u otras literaturas para llenar un libro entero, así que lo poco que puedo decir sobre el niño en la literatura española, francesa o italiana tendrá que acabar también en este libro.

¿Por qué literatura, por qué inglesa, y por qué del siglo XIX? Porque en aquella época y en aquel país se escribieron algunas de las mejores novelas de todos los tiempos, o al menos algunas de las que a mí más me gustan (por la importancia de sus temas y la complejidad de sus tramas, por sus profundas descripciones del carácter y de la naturaleza humana, por su humor socarrón, por las largas digresiones y reflexiones de un narrador omnisciente que parece desterrado de las novelas actuales, por la barroca construcción de sus frases, llenas de cláusulas subordinadas, que a veces te obligan a volver al principio del párrafo, varias líneas más arriba, para retomar el hilo perdido). Porque más de una vez me ha dicho mi esposa que soy un hombre del siglo XIX, porque me gusta la época, el lento triunfo de la razón sobre la fe, de la ciencia sobre la superstición, de la democracia sobre la tiranía; el ascenso de la clase media, el progresivo respeto de los derechos humanos; sus certezas morales, su lucha por la justicia, su confianza en el progreso.

Porque los autores ingleses del siglo XIX sabían muy bien que el hombre es hijo del niño, y que no se puede comprender a una persona adulta sin conocer al niño que fue, y, por tanto, muchas obras de la época comienzan en la infancia de los protagonistas (Pip tiene siete años en el primer capítulo de *Grandes esperanzas*; Catherine tiene diez cuando comienza *La abadía de Northanger*; Jane Eyre, diez años; la pequeña Nell de *La tienda de antigüedades* aún no ha cumplido los catorce; *Oliver Twist* comienza en el parto; *David Copperfield*, en el embarazo...).

Porque los grandes escritores muestran a menudo una comprensión del alma humana superior a la de muchos psicólogos (y veremos cómo se adelantaron en más de un siglo a algunos de los conceptos de la psicología actual). Porque, aunque no tuvieran móvil ni automóvil, nuestros tatarabuelos eran seres humanos, como nosotros, y compartían nuestras pasiones y nuestros temores, y tenían niños, como los nuestros, y los querían como nosotros (o no los querían, como también pasa a veces en nuestros días), y los educaban, y algunas cosas que hoy nos presentan como novedades ya fueron probadas y criticadas hace siglos, y algunas cosas que hoy nos quieren prohibir como aberraciones eran hace siglos lo más normal del mundo.

Porque la cultura consiste en la transmisión de los conocimientos de las generaciones pasadas, y cuando esa transmisión falla, nos queda la incultura. Porque no somos ni más listos ni más nobles que quienes nos precedieron, y si a veces vemos un poco más lejos es solo porque estamos subidos sobre los hombros de gigantes^[2], y la funesta costumbre de no leer nos obliga a bajarnos de esos hombros y a arrastrarnos pesadamente sobre el cieno.

Porque muchas de las dudas que asaltan a los padres de hoy encontrarían más juiciosa respuesta en las grandes novelas del pasado que en los pequeños manuales del presente. Porque no parece concebible que alguien pueda humillar, maltratar o ignorar a un niño habiendo leído a Dickens.

¿Cómo organizar este libro? ¿Por autores, por obras, por décadas, por temas? Mis editoras siempre insisten en que escriba primero un índice, como si supiera yo con antelación lo que voy a escribir. Pero a mí el índice no me sale hasta el final, cuando ya he acabado el libro (y entonces el procesador de textos tiene una práctica función que elabora un índice en segundos). Creo que voy a escribir al buen tuntún, y a ver qué sale. Porque no soy ni filólogo, ni crítico literario, ni historiador de la literatura, y estoy seguro de que tales especialistas encontrarán en este libro crasos errores y flagrantes omisiones. No, no va a ser una obra seria de análisis literario, con datos bien ordenados y eruditas notas al pie^[3], sino solo el homenaje de un lector apasionado y un padre agradecido.

Añadido de última hora: después de varias reorganizaciones radicales, el libro ha quedado ordenado por temas. Vagamente ordenado, porque algunas novelas tocan más de un tema, y no siempre he considerado conveniente separarlos. Espero que el índice ayude.

EL PODER DEL ESCRITOR

En *El cuento número trece*, una novela de Diane Setterfield que gozó de una fulgurante popularidad allá por 2006, se menciona un retrato de Dickens pintado por Robert William Buss (1804-1875). Se titula *El sueño de Dickens*. El autor, en bata y zapatillas, dormita en una silla, en su biblioteca, delante de su escritorio. Parece que tiene los ojos abiertos; más que un sueño, es una ensoñación. Hay un cigarro encendido en su mano. Toda la habitación está poblada de minúsculos personajes de sus libros, que flotan en el aire reproduciendo distintas escenas; son algunas de las ilustraciones originales de las novelas.

El cuadro entero es un tosco esbozo, son incluso visibles las tenues líneas convergentes que sirvieron al pintor para guiar la perspectiva. Apenas alguna mancha de color, casi imperceptible, en la ropa de algunos personajes. Todo está esbozado en blanco y negro, excepto el escritor y su inmediato entorno, pintados con detalle y plenamente coloreados. Coloreados están Dickens y su silla, hay un charco de color allí donde su pie toca el suelo, y la nube de humo que asciende de su cigarro (que se mezcla acaso con la nube de pensamiento que emana de su cabeza) da color a los personajes que toca. Y los más cercanos de esos personajes parece que le están mirando.

Hay una dama y un caballero que parecen sentados en un palco del teatro, no sabemos si miran al escritor o contemplan otro fantasmal espectáculo; en realidad son personajes de *Edwin Drood*, la última novela, inacabada, de Dickens, y en la ilustración original vemos que no están sentados en un teatro, sino en una barca. A la misma novela pertenecen varios de los personajes coloreados: son los que ocupaban su imaginación en sus últimos días.

Pero hay otras tres figuras también coloreadas, las más cercanas al escritor. Una figura macilenta entre blancas sábanas es la pequeña Nell en su lecho de muerte. Junto a ella, sentado en una silla con un faldón rojo, mirando de reojo al autor, el enfermizo hijo de *Dombey*. Y sobre la rodilla de Dickens, oh maravilla, se ha sentado una niña que lleva una cesta de mimbre, y le mira

a los ojos, y su mirada se cruza con la del autor. Es, de nuevo, la pequeña Nell.

Suele decirse que el cuadro quedó inacabado a la muerte de Buss. Creo que no, que el cuadro está acabado o casi acabado, que la intención del pintor no era colorear toda la escena, sino solo lo que minuciosamente ha coloreado. Los personajes rodean ávidos al escritor, buscando ser contados; pero solo aquellos que entran en su imaginación consiguen el color, la vida. También el mundo real, los muebles y las paredes, permanece en blanco y negro, apenas esbozado, salvo en la zona más cercana al escritor.

Esta es la magia y el poder del artista, creador y dador de vida. Gracias a él, los seres de ficción se hacen reales; pero sin él, incluso la realidad se desvanece.

Al ver el cuadro me acordé de *Niebla* (1914), de Miguel de Unamuno (1864-1936). Mi libro de literatura, en algún curso de bachillerato, reproducía el fragmento en que un personaje, sabedor de que va a morir en el próximo capítulo, se sale de la novela y visita al autor en su casa, pide clemencia y, al no obtenerla, se despacha con un escalofriante aviso:

¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, todos sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo!

Lo mismo que yo. Hay un antiguo concepto renacentista, las tres vidas del hombre: entre la vida de la carne y el pesar que todos conocemos, y la vida eterna del espíritu que la religión promete, habría una vida segunda, la vida de la fama. Jorge Manrique lo explica bellamente en sus *Coplas*, cuando la Muerte visita a don Rodrigo y le exhorta a aceptar lo inevitable:

No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues que otra vida tan larga
de fama tanto gloriosa
acá dejáis.
Aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera,
mas, con todo, es muy mejor
que la otra temporal,
percedera.

Y el poema termina diciendo:

[...]
dio el alma a quien se la dio,

el cual la ponga en el cielo,
en su gloria;
y aunque la vida perdió
nos dejó largo consuelo
su memoria.

Don Rodrigo, militar experimentado en una época guerrera, podía aspirar tal vez a cincuenta o cien años de fama. ¿Quién lo conocería hoy, fuera de cuatro especialistas? Pero, con unos versos de radiante belleza, su hijo Jorge le dio (y se dio a sí mismo) una fama que durará siglos.

De mis cuatro abuelos solo conocí a una abuela. De mis ocho bisabuelos no sé ni los nombres. Los Manrique, padre e hijo, están más vivos para mí que mis propios abuelos. Igual de vivos que David Copperfield o que Charles Dickens. Esta segunda vida, la de la fama gloriosa, es igual, exactamente igual, para los hijos de la carne y para los hijos del espíritu. Entes de ficción. Como yo.

Volvimos a ver esta segunda vida hace poco en una película de dibujos animados, *Coco*, donde los mexicanos difuntos, recordados cada año por sus familiares en la fiesta de los muertos, pueblan un mundo propio. Aquellos a los que ya nadie recuerda se van difuminando hasta desaparecer.

Viven ahora en mí mis padres, mis hermanos. No hay día en que no piense en ellos. Aparecen en casi todos los recuerdos de mi infancia; no podría olvidarlos sin olvidarme a mí mismo, sin dejar de existir. Porque son mis recuerdos los que hacen que yo sea yo; sin la memoria podría seguir viviendo mi cuerpo, pero no mi persona. Y es así, misterio y maravilla, que al tiempo que yo les doy una segunda vida, mis muertos me dan a mí la primera, y sin esos recuerdos dejaríamos de existir ellos y yo.

Vivimos, en cierto modo, mientras alguien nos recuerda. Pero creo que solo vivimos felices en la memoria de quienes nos recuerdan con cariño. No, espere, lo he expresado mal. Casi todos los hijos recuerdan a sus padres con cariño. Porque los hijos nos quieren con locura, disculpan nuestros errores, perdonan nuestros pecados y justifican nuestras debilidades. Algo muy grave tiene que ocurrir para que se recuerde a un padre con rencor. Y así, cuando surge el tema de la violencia contra los niños (lo que a veces se denomina con el eufemismo «castigo corporal»), siempre hay quien salta a defender a sus padres de lo que percibe como una injusta crítica: «Pues mi padre me dio más de un bofetón, y gracias a eso he sido un hombre de provecho», o «Cuando nos portábamos mal, salía mi madre con la zapatilla en la mano, y ay de a quien pillase». El joven barón de Sigognac, el capitán Fracasse en la novela

(1863) de Théophile Gautier (1811-1872), arruinado y melancólico en su ruinoso castillo, recuerda con cariño a su padre brutal:

Privado muy joven de su madre, muerta de tristeza en este castillo arruinado al pensar en la miseria que habría de lastrar más tarde a su hijo y cerrarle todas las oportunidades, no conocía las dulces caricias y los tiernos cuidados que rodean a la juventud, incluso en las familias menos afortunadas. La solicitud de su padre, que pese a todo echaba de menos, solo se había concretado en algunas patadas en el trasero, o en ordenar que le dieran de latigazos. Ahora sentía tanta añoranza que hubiera recibido con alegría una de aquellas amonestaciones paternales cuyo recuerdo le traía lágrimas a los ojos; porque una patada de padre a hijo no deja de ser una relación humana.

Y muchas aventuras y muchos capítulos más tarde, cuando regresa a las tristes ruinas, se emociona:

Su vida había transcurrido allí pobre, obscura, solitaria, pero no sin algunos secretos dulzores, porque la juventud no puede ser completamente desgraciada.

No se trata, pues, de que nos recuerden con cariño, ¡eso lo podemos dar por descontado! Cuando comprendí que mis hijos iban a quererme hiciera lo que hiciera, aunque no lo mereciera, me sentí abrumado por la responsabilidad. Ahora tenía que hacerme merecedor de ese cariño que desinteresadamente se me ofrecía. Por orgullo. Por vergüenza. Por no sentirme eternamente indigno del gran regalo que se me ha hecho. ¿De verdad queremos que nos recuerden por nuestros bofetones, por nuestra habilidad en el lanzamiento de zapatillas, por nuestros gritos, castigos e improperios?

Me esfuerzo por dejar un buen recuerdo en mis hijos. Sé que la memoria es generosa con los padres, que mis faltas serán disculpadas con tal de que no superen abrumadoramente a mis virtudes. Algún día, perdonados mis muchos pecados, espero ser recordado como un padre benigno aunque un poco bobo, que contaba cuentos y chistes malos, que consolaba llantos, que acunaba sueños. No concibo mayor fracaso que la terrible declaración de don Juan Tenorio en el drama de Zorrilla: «y en todas partes dejé / memoria amarga de mí». ¡Y lo dice con arrogancia, sin ver que, respirando aún en su primera vida, ya es un muerto viviente en la segunda!

EL APEGO

A mediados del siglo xx, el psicólogo inglés John Bowlby elaboró la teoría del apego, que finalmente propuso en su monumental trilogía, *Attachment and Loss (El apego y la pérdida)*, publicada entre 1969 y 1980. El apego es una relación afectiva fuerte, persistente y significativa entre dos personas. La primera relación de apego la establece el niño con su cuidador primario, casi siempre su madre. El niño usa a su madre como base segura^[4] a partir de la cual explorar el mundo: cuando el apego es seguro, cuando el niño sabe (por experiencia) que en general sus necesidades serán atendidas y su llanto consolado, lejos de quedarse *enmadrado*, es capaz de separarse progresivamente.

Bowlby elaboró la teoría, pero la palabra *attachment* ya existía en lengua inglesa. Veremos (pág. 175) a Dickens ponerla en boca del anciano señor Lorry, precisamente cuando este rememoraba a su madre.

Bowlby dedica algún capítulo a distinguir entre «apego» y «amor». El amor es el sentimiento que el ser humano suele asociar con el apego, pero los animales, o los bebés, tienen conducta de apego, aunque no sean capaces de sentir algo tan complejo como el amor. Un siglo antes, George Eliot lo había expresado a la perfección, en uno de los primeros capítulos de *Silas Marner*:

[...] el niño pequeño nada sabe del amor de sus padres; solo conoce un rostro y un regazo hacia los que tiende sus brazos buscando refugio y cuidados.

Dante

Pero una de las descripciones más antiguas y sorprendentemente precisas del apego se encuentra en la obra de un poeta. Del poeta. Cuando un italiano dice «El Poeta», pronunciado así, que se oigan las mayúsculas, está hablando de Dante.

La obra cumbre de Dante (1265-1321) es la *Divina Comedia*. «En medio del camino de la vida» el poeta, perdido en una selva oscura, encuentra a Virgilio (70 a. C.-19 a. C.), el autor de la *Eneida*. Dante se apresura a describir su relación en términos prácticamente paternofiliales:

*O de li altri poeti onore e lume,
vagliami 'l lungo studio e 'l grande amore
che m'ha fatto cercar lo tuo volume.*

*Tu se' lo mio maestro e 'l mio autore,
tu se' solo colui da cu' io tolsi
lo bello stilo che m'ha fatto onore.*

¡Oh, tú, de otros poetas luz y gloria!,
válgame el largo estudio y el gran amor
que me impulsaron a buscar tu historia.

Eres tú mi maestro, eres mi autor,
solo tú eres aquel de quien tomé
el bello estilo que me ha dado honor.

Deliberadamente deja Dante la frase a medias, y media frase resulta ser mucho más honda y poderosa que una entera. Podría haber dicho «mi autor favorito», «mi autor preferido», y sería una nimiedad; pero ha dicho «mi autor», y eso también significa «el que me hizo, el que me dio la vida». «El autor de mis días», en italiano igual que en español, es «mi padre». Un padre que no solo ha «hecho» a Dante, sino que le ha educado (transmitiéndole su estilo), y al que Dante ama.

La «base segura» a partir de la cual el niño explora suele ser una base estática: Mamá está sentada en un banco del parque; su hijo se aleja, la mira de vez en cuando, la llama a veces («¡Mira, Mamá, mira qué hago!»), al rato vuelve, y según lo «arriesgada» que haya sido su aventura, tal vez necesite tocar a su madre, pedir un abrazo, o tal vez simplemente se acerque para coger ánimos y volverse a alejar otra vez. Pero en otras ocasiones, para afrontar un reto especialmente difícil, el niño necesita que le acompañen. Una base móvil. Tiende la mano a Mamá o a Papá, recibe una sonrisa y unas palabras de aliento, y así, de la manita, encuentra el valor para adentrarse en lo desconocido, en su primer día de escuela o en la consulta del médico. Y así atraviesa Dante, de la mano de Virgilio, las puertas del Infierno:

*E poi che la sua mano a la mia puose
con lieto volto, ond'io mi confortai,
mi mise dentro a le segrete cose.*

Y tras tomar mi mano con la suya

con rostro alegre, en que encontré consuelo
me llevó dentro de las secretas cosas.

¡Perfectamente resumido, en tres versos rotundos y hermosos, lo que Bowlby explicó en varios libros! Y esto es lo que encuentra Dante al cruzar el umbral:

*Quivi sospiri, pianti e alti guai
risonavan per l'aere sanza stelle,
per ch'io al cominciar ne lagrimai.*

Allí suspiros, llantos y fuertes gritos
resonaban por el aire sin estrellas,
por lo que al comienzo, yo lloré.

No son todavía los condenados. En esta antesala del Infierno están los «que vivieron sin infamia y sin elogio»; los que no estuvieron ni por Dios ni contra él, «sino por sí mismos». El poeta escucha su llanto, y llora con ellos. No piensa «están en el Infierno, se lo tienen merecido, algo habrán hecho». No piensa «mucho cuento tienen, ni siquiera es bien bien el Infierno, solo la antesala, que no se quejen tanto». No los conoce de nada, no son sus familiares, ni sus amigos, ni siquiera sus vecinos. Pero su reacción inmediata, automática, es llorar con ellos.

Y si no es un desconocido pecador en las puertas del Infierno, sino nuestro propio hijo el que llora en la habitación de al lado, ¿qué haremos? ¿Ignoraremos ese llanto? ¿Permitiremos que alguien nos diga que tienen cuento, o que el llanto es bueno para los pulmones?

El apego, por supuesto, es mutuo, y la madre quiere a su hijo con locura. En *Una casa en alquiler*, una historia escrita conjuntamente por cuatro amigos (Charles Dickens, Wilkie Collins, Elizabeth Gaskell y Adelaide Anne Procter) y publicada en 1858, se describe así el amor de una madre por su hija:

El corazón de su madre late como late el suyo; y, si ella sufre un dolor, su madre tiembla de arriba abajo. Si ella está contenta, es su madre la que sonríe y se alegra. Si ella se fortalece, su madre está sana; si ella flaquea, su madre languidece. Si ella muere... bueno, no sé; no todo el mundo puede tumbarse y morir cuando le apetece.

Victor Hugo

El niño pequeño llora desesperado cuando se separa de su figura de apego. Lloro «como si le estuvieran matando», porque no sabe todavía que su madre

va a volver. La madre no suele llorar en esos casos, porque ella, naturalmente, sí que sabe que va a volver. Pero ¿cómo reaccionaría si le quitasen a su hijo para siempre? Victor Hugo nos lo muestra en *Nuestra Señora de París* (1831). A la Chantefleurie le han robado a su hijita de un año, y le han dejado en su lugar a un niño de unos cuatro años, jorobado, tuerto y cojo. Así lo explica otra madre, Mahiette, a su amiga Oudarde:

—El bebé ya no estaba, el lugar estaba vacío. De la niña solo quedaba uno de sus lindos zapatitos. Ella se lanzó fuera de la habitación, se precipitó por la escalera, y se puso a golpear las paredes con la cabeza gritando «¡Mi hija! ¿Quién tiene a mi hija? ¿Quién me ha robado a mi hija?». La calle estaba desierta, la casa aislada, nadie pudo decirle nada. Recorrió la ciudad, buscó en todas las calles, corrió por aquí y por allá todo el día, loca, desorientada, terrible, husmeando en las puertas y en las ventanas como una bestia feroz que ha perdido a sus crías. Estaba jadeante, desgñada, daba miedo verla, y tenía en los ojos un fuego que secaba las lágrimas. Paraba a la gente y les gritaba: «¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Mi niñita preciosa! El que me devuelva a mi hija, yo seré su sirvienta, la sirvienta de su perro, y me comerá el corazón, si quiere». Encontró al señor párroco de Saint-Remy, y le dijo: «¡Señor cura, labraré la tierra con las uñas, pero devuélvame a mi hija!». Era desgarrador, Oudarde, y vi a un hombre curtido, el señor Ponce Lacabre, el procurador, que lloraba. «¡Ay, la pobre madre!».

Pobre madre, sí. Nos es muy fácil compadecernos de la madre que llora porque ha perdido a su hijo. Pero el niño que llora porque ha perdido (de vista) a su madre no recibe, a veces, la misma compasión. Dicen que es un consentido, un manipulador, un tirano...

La Chantefleurie se había abalanzado sobre el zapatito, lo único que le quedaba de todo lo que había amado. Estuvo tanto tiempo inmóvil, muda, sin aliento, que creíamos que se había muerto. De pronto todo su cuerpo tembló, cubrió su reliquia con besos furiosos y se desbordó en llanto como si se le hubiese roto el corazón. Le aseguro que todas llorábamos. Ella decía: «¡Ay, mi niña, mi niña bonita! ¿Dónde estás?», y al oírla se te retorcían las entrañas. Aún lloro cuando lo pienso. Nuestros hijos, ya ve, son el tuétano de nuestros huesos. ¡Mi pobre Eustache! ¡Qué guapo eres! ¡Si supiera usted lo bueno que es! Ayer me decía: «Yo quiero ser guardia». ¡Ay, Eustache mío, si te perdiera!

Quince años más tarde, el dolor no se apaga. La Chantefleurie es ahora una anacoreta, voluntariamente recluida en una celda de la catedral, dedicada a alabar (o más bien, perdida la paciencia, a recriminar) a Dios:

«¡Ay, hija mía! —decía ella—. ¡Mi hija! ¡Mi pobre niña querida! No te volveré a ver. ¡Todo se acabó! ¡Siempre me parece como si hubiera sido ayer! Dios mío, Dios mío, para volvértela a llevar tan pronto, más valdría que no me la hubieras dado. ¿Es que no sabes que nuestros hijos se nos agarran a las entrañas, y que una madre que ha perdido a su hijo ya no cree en Dios? ¡Ay, mísera de mí, haber salido ese día! ¡Señor! ¡Señor! ¡Quitármela así! ¿Pero es que no me habías visto nunca con ella, cuando la calentaba tan alegre en mi fuego, cuando ella reía mientras me mamaba, cuando yo hacía subir sus piecitos sobre mi pecho hasta mis labios? Si me hubieras visto

entonces, Dios mío, habrías tenido piedad de mi alegría, no me habrías quitado el único amor que me quedaba en el corazón. ¿Tan despreciable era yo, señor, que no podías ni mirarme antes de condenarme? ¡Ay de mí! Aquí está el zapato; ¿dónde está el pie? ¿Dónde está el resto? ¿Dónde está la niña? ¡Mi niña, mi niña! ¿Qué te han hecho? Devuélvemela, Señor. Tengo las rodillas peladas de rezarte quince años, Dios mío, ¿es que no es bastante? ¡Devuélvemela un día, una hora, un minuto, un minuto, Señor, y échame luego al demonio para la eternidad! Ay, si supiera por dónde arrastra un pedazo de tu túnica, ¡me agarraría con las dos manos, y no te quedaría más remedio que devolverme a mi niña! Su zapatito lindo, ¿es que no tienes piedad, Señor? ¿Puedes condenar a una pobre madre a este suplicio de quince años? ¡Virgen buena! ¡Virgencita del cielo! ¡Mi niño Jesús me lo han quitado, me lo han robado, se lo han comido en un brezal, han bebido su sangre, han machacado sus huesos! Virgen buena, ¡ten piedad de mí! ¡Mi hija! ¡No tengo a mi hija! ¿Qué me importa a mí que esté en el paraíso? ¡No quiero tu ángel, quiero mi niña! Soy una leona, quiero mi cachorro. ¡Ay, me retorceré por el suelo, y romperé la piedra con la frente, y me condenaré, y te maldeciré, Señor, si te quedas a mi niña! ¡Ya ves que tengo los brazos todos mordidos, Señor! ¿Es que el buen Dios no tiene piedad?». [...]

Porque, para una madre que ha perdido a su hijo, siempre es el primer día. Este dolor nunca envejece. Los vestidos de duelo pueden gastarse y blanquear; el corazón sigue negro.

Si un bebé supiera expresarse tan bien como Victor Hugo, tal vez diría algo parecido. Pero, claro, no hablan, solo lloran a media noche, y se nos hace muy fácil ignorar su dolor.

Finalmente, la madre encuentra a su hija, convertida en la gitana Esmeralda, justo cuando la persiguen para ahorcarla por un crimen que no ha cometido. Su reunión es breve. Apenas el tiempo de intentar defenderla, con uñas y dientes, frente a los que vienen a prenderla:

Entonces, dirigiéndose a Tristan, babeando, despavoridos los ojos, a cuatro patas como una pantera, los pelos de punta:

—¡Acércate un poco para quitarme a mi hija! ¿Es que no comprendes que esta mujer te dice que es su hija? ¿Sabes tú lo que es tener un hijo? ¡Eh, lobo cerval!, ¿no has montado nunca a tu loba? ¿Nunca has tenido un lobezno? Y si tienes hijos, cuando aúllan, ¿es que no se te remueve nada en las entrañas?

La mayoría de las madres no van a ver a sus hijos amenazados por un pelotón de soldados. Pero tal vez sí por quienes pretenden humillarles o castigarles, por familiares que dicen «si te portas mal, no te quiero» o «pareces un niño tonto, con el dedo en la boca»; por monitores de comedor escolar que se creen en el derecho de obligar a comer a los niños; por maestros que aún creen en el insulto o en la bofetada; por acosadores. ¿Quién te va a defender, si no es tu madre?

—¡Madre! —gritó, con una angustia que no se puede expresar—. ¡Madre! ¡Ya vienen! ¡Defiéndeme!

—¡Sí, mi amor, yo te defiendo! —respondió su madre con voz apagada, y, abrazándola estrechamente, la cubrió de besos. Así en el suelo las dos, la madre sobre la hija, eran una visión digna de piedad.

Moravia

También la viuda Cesira intenta defender a su hija Rosetta, aún adolescente, en la novela *La ciociara* (1957), de Alberto Moravia (1907-1990). Corre el año 1944; Mussolini ha sido destituido, y el nuevo Gobierno italiano ha cambiado de bando, firmando un armisticio con los aliados. Los alemanes, antes aliados, son ahora los enemigos. Madre e hija huyen de Roma, y durante meses sufren hambre y penalidades. Pero es en vano, y ambas son violadas por el ejército liberador, en uno de los episodios más vergonzosos de la Segunda Guerra Mundial^[5]. Pero antes se han encontrado con una joven madre que les explica cómo se ha encarado con los soldados alemanes que requisaban comida.

«Yo no tengo nada —les dije [a los alemanes]—, no tengo harina, no tengo alubias, no tengo manteca, no tengo nada... solo tengo leche para mi hijo... llévatela si quieres... aquí está». Y mirándome fijamente con aquellos ojos suyos abiertos de par en par, comenzó a desabrocharse el corpiño. Yo me había quedado sin palabras, lo mismo que Michele y Rosetta. Ella nos miraba moviendo los labios como si hablase consigo misma y mientras tanto se había abierto el corpiño hasta la cintura y luego, con una mano, con los dedos abiertos, como hacen las madres cuando ofrecen el seno al bebé, se sacó la teta. «Es lo único que tengo... lleváoslo», repetía mientras tanto en voz baja, como ausente. Ya había conseguido sacar del corpiño la teta entera, que era bella y redonda y llena, con aquella transparencia de la piel y aquella blancura clara que suelen indicar que la mujer es una madre y da el pecho. Pero después de habérsela sacado, de pronto se fue, canturreando, como distraída, con el corpiño abierto y una teta fuera y la otra dentro. Y me impresionó ver cómo se iba así, mordisqueando su trozo de pan, con aquella teta expuesta al aire invernal, la única cosa viva y blanca y luminosa y caliente que había en aquel momento en aquella jornada sin sol y sin colores, desnuda y fría.

Melville

Ishmael, en *Moby Dick*, se lamenta de la brutalidad de sus compañeros marinos, y la atribuye a la falta de cariño materno:

¡Dios mío! ¡Navegar con semejante tripulación de paganos, que han recibido tan poco contacto de una madre humana! Los parió la mar, llena de tiburones.

Unas décadas más tarde, a finales del siglo XIX, empezaría a popularizarse la opinión contraria, que llegó a ser mayoritaria a mediados del siglo XX y aún han de escuchar muchos padres en el XXI: que el contacto de una madre humana es malísimo para los niños, que no hay que tomarlos en brazos ni

mecerlos ni consolarlos ni dormirlos en nuestro regazo. A mí, como a Ishmael, me preocuparía vivir rodeado de gente que ha tenido poco contacto de madres humanas.

Eliot

Tampoco George Eliot tenía miedo al contacto con la madre. En *Adam Bede* nos presenta a tres hermanos, Marty, de nueve años; Tommy, de siete, y Totty, de tres. Son hijos de unos granjeros que trabajan duramente, y con ellos vive su prima Hetty, de la que hablaremos más adelante (págs. 249-251). Los chicos están todo el rato en alguna travesura, y la niña pide mucha atención y tiene alguna que otra rabieta. Pero su madre, aunque la llame «mala», la trata con cariño y le consiente casi todo. Así la riñe cuando tira el almidón^[6]:

—¿Quién ha visto algo semejante? —exclamó la señora Poyser, corriendo hacia la mesa cuando su vista cayó sobre el arroyo azul—. Esta niña siempre está en alguna travesura en cuanto le das la espalda un minuto. ¿Qué voy a hacer contigo, mala, niña mala?

O cuando no da las gracias a un señor que le ha dado unas monedas:

—¡Pero qué vergüenza, qué niña más mala! No darle las gracias al capitán por lo que te ha dado, es muy amable por su parte, de verdad, señor; pero está completamente malcriada; su padre no soporta que se le diga que no a nada, y no hay quien pueda con ella. Porque es la más pequeña, y la única chica.

La riñe, pero al mismo tiempo deja claro que va a seguir consintiéndola, y la niña sigue jugando tan tranquila. Volveremos a ver esta curiosa discrepancia entre las palabras de la madre y sus acciones en otra novela de Eliot, *Silas Marner*.

Dinah, la predicadora metodista, también es prima de Hetty y sus hermanos. Cuando su tía le reprocha dedicarse demasiado a la predicación, le responde con un argumento definitivo:

—No puedo dejar de dedicar mi vida a intentar hacer lo posible por las almas de los demás, como usted no puede dejar de correr si oye a la pequeña Totty llorando en la otra punta de la casa; su voz le llegaría al corazón, usted pensaría que su querida hija está en apuros o en peligro, y no podría descansar hasta correr a ayudarla y consolarla.

Parece que nadie había recomendado a la señora Poyser «déjala llorar para que no se malcríe». Dinah predica una moral muy estricta; censura los lujos,

la bebida y los vestidos con cintas de colores. Pero no ve nada censurable en ir corriendo a atender a un niño que llora.

¿Y cómo dormirá la pequeña Hetty? Por supuesto, una niña de tres años todavía no se duerme sola. Hay que dormirla en brazos, con la ayuda de una mecedora:

La señora Poyser, sentada en la mecedora que habían traído de la sala, estaba intentando dormir a Totty. Pero Totty no estaba dispuesta a dormir; y cuando entraron sus primas, se alzó y mostró un par de mejillas sonrosadas, que parecían más regordetas que nunca ahora que estaban definidas por el borde de su gorro de dormir. [...]

Pero entonces la atención de su tía fue apartada de este delicado tema por Totty, que, percibiendo por fin que la llegada de sus primas no iba probablemente a aportarle nada especialmente satisfactorio, empezó a llorar, «mami, mami», de forma explosiva.

«Vamos, vamos, mi cielo, estás con mamá, mamá no te deja; Totty va a ser buena y se va a dormir ahora», dijo la señora Poyser, echándose hacia atrás y balanceándose mientras intentaba que Totty se acurrucase en su regazo. Pero Totty lloró aún más fuerte, y dijo «¡dormir no!». Así que su madre, con esa asombrosa paciencia que el amor da a los temperamentos más activos, se enderezó y posó su mejilla sobre el gorro de dormir y lo besó, y se olvidó de seguir riñendo a Totty. [...]

—¿Irás con la prima Hetty, cielito, mientras mamá se prepara para ir a la cama? Entonces Totty vendrá a la cama de mamá, y dormirá allí toda la noche.

Otro día Adam viene de visita y no duda en ofrecerse para llevar a la niña a hombros:

—Vamos, Totty —dijo Adam—, ven y siéntate sobre mis hombros, estarás tan alta que tocarás las hojas de los árboles.

¿Qué niño pequeño se ha negado alguna vez a la reconfortante y gloriosa sensación de ser alzado firmemente por los aires? No creo que Gánimedes llorase cuando el águila se lo llevó y tal vez le depositó en el hombro de Júpiter al final. Totty sonrió majestuosa, y los ojos de su madre, que estaba en la puerta, se complacieron al ver llegar a Adam con su ligera carga.

—Bendito sea tu dulce rostro, cielito —dijo, henchida la atenta mirada de fuerte amor maternal, mientras Totty se inclinaba y le echaba los brazos.

Y lo sigue haciendo dos años después, aunque ya su madre opine que es muy mayor para ir en brazos:

—Ahí está Adam Bede con la pequeña en brazos. Me pregunto cómo es que viene tan temprano.

La señora Poyser corrió a la puerta por el placer de ver a su preciosidad en una nueva posición, con amor en los ojos pero con reproche en la lengua.

—¡Qué vergüenza, Totty! Las niñas de cinco años deberían avergonzarse de ir en brazos. Vamos, Adam, te va a romper el brazo, una niña tan grande; ponla en el suelo, ¡qué vergüenza!

—¡Qué va! —dijo Adam—, puedo levantarla solo con la mano; no necesito el brazo para nada.

Totty, que parecía tan serenamente inconsciente de las críticas como un cachorrito blanco y gordo, fue bajada al suelo junto a la puerta, y su madre reforzó

sus reproches con una lluvia de besos.

Ya hay muchos personajes en *Adam Bede*, y ya tienen bastantes problemas. Totty y sus hermanos no son necesarios para la trama; ¿cuál es su función en la novela? ¿Se trata solo de dar ambiente, o de ofrecer un divertimento cómico? Creo que hay algo más, George Eliot ha querido mostrarnos claramente que los brazos y los mimos no hacen ningún daño a los niños, no son un obstáculo para su educación. Totty, aunque la llamen «mala», no lo es, y sabe que no lo es, y sabe que cuando su madre dice eso no está realmente enfadada. Es Hetty, la única que de verdad se enfadaba con los niños y no soportaba sus travesuras, la que finalmente demuestra estar «malcriada», la que acaba haciendo algo terrible.

Verdaguer

El día de Navidad de 1884 hubo un terremoto en Granada, que destruyó varios pueblos y causó más de mil víctimas. El sacerdote y poeta catalán Jacint Verdaguer (1845-1902) publicó a sus expensas un libro de poemas para recaudar fondos para los damnificados. En ese libro se incluye un poema en el que da una clara respuesta a la pregunta que a veces se hacen los padres: ¿Hay que consolar a un niño que llora o es mejor dejarlo llorar?^[7]

Per què canten les mares

Por qué cantan las madres

*En lo piset més humil
del carreró de la Cera
canta una mare gentil,
com auçell en primavera.*

En el piso más humilde
del callejón de la Cera
canta una madre gentil,
cual pájaro en primavera.

*Canta una hermosa cançó,
la de l'Infant i la Dida,
tot abraçant l'infantó,
que les llàgrimes oblida.*

Canta una hermosa canción,
la del niño y la nodriza,
mientras abraza al rorró,
que las lágrimas olvida.

*Son espòs està ferit
ajagut en una estora;
ahir vengueren lo llit
per traure la fam a fora.*

Su esposo está malherido
tumbado sobre una estera;
ayer la cama han vendido
para echar el hambre fuera.

*De flassades i llençols
fa deu dies que no en tenen;
un los ne resta tan sols,
que empenyaran, si no venen.*

*Per menjar no tenen res,
per cremar ni un brot de llenya;
com no s'ha d'encendre més,
lo fogó també s'empenya.*

*L'infanto no té bressol,
la mare no té cadira,
mes canta com rossinyol,
però son marit sospira.*

*Per què, esposa del meu cor,
per què tan alegre cantes,
quan jo conto amb greu tristor
mes penes, ai!, que són tantes?*

*De tant com a casa he vist,
joies, mobles i moneda,
sols la Creu de Jesucrist,
tan sols la Creu nos ne queda.*

*Mai més podré treballar,
sempre creix ma malaltia,
jo me'n vaig cap el fossar
i, ai! Vaig amb companyia.*

*I nostre fill, què farà,
tot solet, sens pare i mare?
Per ell un arbre hi haurà
que amb la seva ombra l'empare?*

*I tu cantes? Valga'm Déu!
Vols que ma pena s'ignore?*

De sábanas y de mantas
diez días hace que no tienen;
tan solo les queda una,
que empeñarán, si no venden.

Nada tienen de comer,
no hay un pedazo de leña;
como no se va a encender,
el fogón también se empeña.

El bebé no tiene cuna,
la madre no tiene silla,
mas canta cual ruiseñor,
pero su esposo suspira.

¿Por qué, esposa de mi vida,
por qué tan alegre cantas
mientras cuento en mi desdicha
mis penas, ¡ay!, que son tantas?

De tanto que en casa he visto,
joyas, muebles y moneda,
es la Cruz de Jesucristo
lo único que nos queda.

No trabajaré ya nunca,
mi enfermedad se ha agravado,
yo me voy para la tumba
y voy, ¡ay!, acompañado.

Y este hijo nuestro, ¿qué hará
solo, sin padre ni madre?
¿Un árbol encontrará
que con su sombra lo ampare?

¿Y tú cantas? ¡Vive Dios!
¿Mi pena quieres que ignore?

Per què cantes, amor meu?

¿Por qué cantas, di, mi amor?

—*Perquè el nostre fill no ploie.*

—Para que el niño no llore.

El poema nos explica cuál era la actitud normal, hace poco más de un siglo, ante el llanto de un niño. Y también nos habla de las terribles consecuencias que tenían una enfermedad o un accidente cuando no existía ese estado de bienestar al que estamos tan acostumbrados, que solo sabemos quejarnos de sus defectos. De hecho, creo que este poema tiene una intención política. Verdaguer quiere concienciar a sus lectores de las graves penurias que sufrían los obreros. Solamente dos años antes, en 1883, se había creado en España la Comisión de Reformas Sociales, y sus trabajos no fueron precisamente rápidos: hasta 1900 no hubo una Ley de Accidentes de Trabajo. El Instituto Nacional de Previsión se creó en 1908; el retiro obrero data de 1919, y el seguro de maternidad, de 1929. La vida de nuestros bisabuelos fue muy dura.

LA RESILIENCIA

Pickwick

Hace muchos años, tal vez en vacaciones, repasando aburrido los lomos de los libros, le pedí a mi padre consejo. Y él, que nunca insistía para que yo leyera ni hacía nada para estimular mi afición a la lectura (al contrario, opinaba que leer era una diversión, y que durante el curso había que estudiar y no leer novelas; creo que por eso me gusta leer), me recomendó *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. Allí estaban ocultos, en cuatro pequeños volúmenes que él mismo había encuadernado, en la segunda fila del estante inferior izquierdo. Empecé a leerlo, pero no pasé del segundo capítulo. No sé si no tenía yo la edad adecuada, o si es que se me hacía pesada la traducción de Manuel Ortega y Gasset^[8]; el caso es que solo décadas después pude disfrutar de *Pickwick*, leyendo ya en inglés. Sí que leí el prólogo, supongo que escrito por el mismo traductor, que comenzaba así:

Cuentan que Felipe III, viendo a un estudiante que iba sobre una mula y reía a grandes carcajadas, leyendo en un libro, exclamó: «O es un orate, o lee el *Quijote*». Otro tanto pudo decirse en Londres, en toda Inglaterra, por los años 1836 y 1837, del libro de Dickens *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. Fue la publicación de esta obra el éxito más grande que se conoció en Inglaterra. Todo el mundo leía el *Pickwick*, todo el mundo reía de las ocurrencias de sus personajes.

—¿Qué es un orate? —pregunté a mi padre, demasiado perezoso para consultar yo mismo el diccionario.

—Un loco.

Y así es como, a los dieciséis años, leí el *Quijote*. Un poco tarde.

Dickens había leído y amado el *Quijote* siendo niño, y esa influencia se nota en *Pickwick*, su primera gran obra. Había afilado antes su pluma escribiendo crónicas parlamentarias para la prensa y un libro de relatos cortos humorísticos, cuando a los veinticuatro años empezó a publicar el libro en diecinueve entregas mensuales, entre 1836 y 1837.

Es posible ver cómo el autor va aprendiendo a escribir en los primeros capítulos. Lo que empiezan siendo episodios cómicos sueltos se convierten en una novela; los personajes que eran solo una caricatura van adquiriendo carne y alma: el señor Pickwick, que al principio parece solo un ricachón tonto y arrogante, alcanza una extraordinaria altura moral que hace exclamar a uno de sus antiguos enemigos (al que ha devuelto bien por mal):

—Podría servir a ese caballero hasta caer muerto a sus pies.

En la cuarta entrega de la novela, Dickens parece darse cuenta de que ha ido convirtiendo a su personaje en un auténtico Quijote, y le procura un auténtico Sancho Panza, el criado Sam Weller. Y si Sancho es famoso por sus refranes, Sam dio nombre a los wellerismos, que se burlan de refranes y frases hechas:

«Yo solo ayudo a la naturaleza, señora», como dijo el médico a la madre del chico, después de sangrarlo hasta la muerte.

Al igual que el *Quijote*, *Los papeles póstumos del Club Pickwick* incluyen varias historias separadas, cuentos que explica alguno de los personajes. Una de ellas es la de los tragos (*goblins*) que capturaron a un enterrador.

Gabriel Grub, sacristán y enterrador (que eran un mismo oficio cuando el cementerio era el jardín de la iglesia) era un tipo «antipático, desagradable y avinagrado». En Nochebuena, cuando los vecinos saludan amablemente y los niños cantan, va a cavar una tumba para «elevar el ánimo». Pero los tragos se lo llevan a una misteriosa caverna, y allí le muestran una serie de imágenes, aparentemente para hacerle comprender lo que se está perdiendo por no ser buena persona^[9]:

Vio a los que habían sido cuidados con delicadeza y criados con ternura mantenerse alegres ante las privaciones y superar sufrimientos que hubieran aplastado a muchos de una madera más basta, porque llevaban en su seno los fundamentos de la felicidad, la satisfacción y la paz.

Los psicólogos tardarían más de ciento treinta años en describir el concepto de resiliencia, la capacidad de sobreponerse a las adversidades de la vida, que se fundamenta en los cuidados amorosos recibidos durante la primera infancia. Todavía encontrará a muchos ignorantes que le dirán justo lo contrario, que el cariño hace a los niños blandos y dependientes, incapaces de enfrentarse a la vida. Le dirán que no hay que cogerlos en brazos, que hay que dejarlos llorar, que se tienen que ir acostumbrando... Pero Dickens sabía muy bien que los más fuertes eran precisamente los que habían sido «cuidados con delicadeza y criados con ternura». Lo sabía por experiencia, porque, tras una

infancia feliz, la ruina de su padre le obligó a entrar a trabajar en una fábrica de betún, diez horas al día, con doce años de edad.

LOS SENTIMIENTOS

Mary Anne Evans (1819-1880), que en la república de las letras se llamó George Eliot, era la menor de cinco hermanos (además de dos gemelos que habían muerto a los pocos días de nacer). Se quedó en casa cuidando a su padre hasta que este murió. Para entonces, con treinta años y, para ser sinceros, no particularmente agraciada, todo el mundo debió de pensar que no se casaría. Y, en efecto, no se casó... hasta los sesenta y un años. Antes de eso, convivió durante veinticuatro años (hasta que la muerte de él los separó) con George Henry Lewes, filósofo y crítico literario, casado y separado, pero no divorciado, para tremendo escándalo de la sociedad de su época. Nunca tuvo hijos.

Eliot fue también crítica literaria y traductora, y se interesaba por los avances de la ciencia. Leyó y apreció *El origen de las especies* (y Darwin, por su parte, disfrutaba con las novelas de ella). A veces, su interés por la ciencia aparece en sus novelas de la forma más inesperada. Por ejemplo, en *Silas Marner*:

[...] pues nuestra antigua vida rural tenía muchos aspectos diferentes, como debe tener toda vida cuando se extiende sobre una superficie variada [...].

De un caso particular, los habitantes de la Inglaterra rural, pasa a una norma general para todos los seres vivos. Es un comentario innecesario, parece simplemente que a la autora le ha venido algo a la mente. Compárese con *El origen de las especies*, publicado dos años antes:

[...] la mayor variabilidad de las especies que se distribuyen sobre grandes territorios respecto a aquellas con territorios restringidos [...].

Publicada en 1860, *El molino en el Floss* comienza cuando Maggie Tulliver tiene nueve años y su hermano Tom trece. Es el primer año en que Tom va a estudiar como alumno interno, lejos de casa, y encarga a Maggie que cuide de unos conejitos que ha comprado con sus ahorros. Pero Maggie se ha despistado y los conejitos han muerto de hambre y sed. Tom se enfada mucho

cuando vuelve por vacaciones, y le dice a su hermana que no la quiere. Ella se esconde durante horas en la buhardilla, llorando.

¡Aquellas amargas penas de la infancia!, cuando la pena es nueva y desconocida, cuando la esperanza todavía no tiene alas para volar sobre los días y las semanas, y el espacio de un verano a otro parece inmensurable.

Cuando no baja para el té, y la familia se da cuenta de su ausencia, su padre sospecha lo sucedido y envía a Tom a buscarla, con instrucciones muy específicas de «ser bueno con ella». Tom obedece a regañadientes, pero no tiene la menor intención de perdonarla:

Tom solo tenía trece años, y no tenía fuertes convicciones sobre gramática y aritmética, que consideraba en su mayor parte cuestiones abiertas; pero era particularmente positivo en un punto, a saber, que castigaría a cualquiera que lo mereciese. Bueno, a él no le importaría ser castigado si se lo mereciese; pero, claro, él nunca se lo merecía.

No son las admoniciones de su padre, sino el cariño fraternal, lo que ablanda el corazón de Tom:

Aprendemos a controlarnos según nos hacemos mayores. Nos mantenemos separados cuando nos hemos peleado, nos expresamos con frases educadas, y así conservamos una digna distancia, mostrando una parte mucha firmeza y tragando la otra parte mucho dolor. Nuestra conducta ya no se asemeja a la mera impulsividad de los animales inferiores, sino que nos comportamos en cualquier aspecto como miembros de una sociedad altamente civilizada. Maggie y Tom eran todavía muy parecidos a animales jóvenes, de modo que ella podía frotar su mejilla con la de su hermano, y besarle la oreja al descuido entre sollozos, y había tiernas fibras en el muchacho que estaban acostumbradas a responder a los arrumacos de Maggie, de modo que se comportó con una debilidad completamente inconsistente con su resolución de castigarla como se merecía. De hecho, empezó a devolver sus besos, diciendo:

—No llores, Maggie; toma, come un poco de pastel.

Los sollozos de Maggie empezaron a ceder, y puso su boca para recibir el pastel y mordió un poco, y entonces Tom mordió otro poco, solo por compañía, y comieron juntos y se frotaron las mejillas y las frentes y las narices, mientras comían, con un humillante parecido a dos ponis amistosos.

—Baja conmigo a tomar el té —dijo finalmente Tom, cuando ya no había más pastel que el que quedó abajo.

Me pregunto si esa afición a castigar a quienes se lo merezcan es algo que Tom aprendió en sus primeros meses en la escuela. Los niños aprenden esas cosas muy rápidamente. Recuerdo una vez a un par de hermanos, debían de tener como dos y cuatro años; el pequeño, sonriente, gritaba cosas sin interés y sin sentido, como a menudo hacen los niños pequeños, por el puro placer de gritar, sin dirigirse a nadie en particular. Su hermano, muy tenso y ceñudo, le

gritaba repetidamente: «¡Calla, tonto! ¡Calla, eres malo!». La madre me miró, como avergonzada, y dijo: «Se comporta así desde que empezó la escuela».

¡Levantarle el castigo a un niño que ha hecho algo tan terrible, dejar morir a unos animalitos! ¡Dejar que se salga con la suya, que crea que sus acciones no tienen consecuencias, solo porque llora un poco! ¿Qué indisciplina es esta? Tal vez Tom aprendió a castigar en la escuela, pero probablemente no aprendió allí a perdonar. Eso le salió de dentro.

Poco después vienen a comer a casa las tres hermanas de la señora Tulliver, con sus maridos respectivos. Maggie ha estado jugando y se ha despeinado. Una de sus tías critica su pelo; su madre la riñe y le dice que se vaya a peinar ahora mismo. Pues si no les gusto con estos pelos, me van a ver sin estos pelos. Maggie se corta el pelo ella misma con unas tijeras (y con la colaboración de su hermano, a quien convence para que le corte por detrás). Y al momento se da cuenta de que ha hecho algo irreversible, que el pelo corto no está nada de moda para las niñas, y mucho menos el pelo mal cortado a tijeretazos. Se da cuenta de que tiene que bajar a comer, de que todo el mundo hará comentarios, de que se reirán y la castigarán.

Se escriben hoy en día muchos libros sobre la conducta de los niños. Sobre su mala conducta, principalmente. Cómo modificarla, cómo conseguir «que nunca más vuelva a...». Sobre la causa de esa mala conducta, que habitualmente parece ser la «falta de límites». Pero no suelo ver nada sobre lo que piensan y sienten los niños antes, durante y después de esas acciones que tanto nos molestan: la rabia, la vergüenza, el miedo, la culpa. Eliot dedica varias páginas a hablar de lo que piensa y siente Maggie en estos momentos. A tratar a una niña de nueve años como a un ser humano:

Muy trivial puede parecer esta angustia a los mortales gastados por los años, que tienen que pensar en la cuesta de enero, en los amores muertos y en las amistades rotas; pero no era menos amargo para Maggie, quizás incluso más amargo, que lo que nos gusta llamar por oposición los verdaderos problemas de la vida adulta. «Ah, hijo mío, ya tendrás problemas de verdad de los que preocuparte» es el consuelo que casi todos hemos recibido en nuestra infancia, y hemos repetido a otros niños después de hacernos adultos. Todos hemos sollozado de forma tan lastimera, en nuestras piernecitas desnudas sobre nuestros peúcos, cuando perdimos de vista a nuestra madre o niñera en un lugar extraño; pero ya no podemos recordar la angustia de aquel momento y llorar por él, como al recordar los sufrimientos de hace cinco o diez años. Cada uno de esos intensos momentos ha dejado su huella, y vive todavía en nosotros, pero esas huellas se han mezclado de forma irrecuperable con la textura más firme de nuestra juventud y vida adulta, y así resulta que podemos mirar a los problemas de nuestros hijos con una sonriente incredulidad en la realidad de su dolor. ¿Puede alguien recuperar la experiencia de su infancia, no solo con el recuerdo de lo que hizo y lo que le ocurrió, de lo que le gustaba y disgustaba cuando iba en bata y calzones, sino con una íntima comprensión, una conciencia revivida de lo que sentía entonces, cuando pasaba tanto tiempo de un verano a otro, de lo que sentía cuando

sus compañeros no le dejaban jugar con ellos porque había tirado mal la pelota por pura rabia, o en un día lluvioso de las vacaciones, cuando no sabía en qué entretenerse, y pasaba del aburrimiento a la travesura, de la travesura al desafío y del desafío al malhumor; o cuando su madre se negó en redondo a comprarle una chaqueta para aquel semestre, cuando todos los chicos de su edad ya llevaban chaqueta? Sin duda, si pudiéramos recordar aquella primera amargura, y las vagas sospechas, la concepción de la vida extrañamente carente de perspectiva que daban intensidad a la amargura, no podríamos menospreciar las penas de nuestros hijos.

Maggie lo retrasa todo lo posible, pero no puede ocultarse eternamente. Cuando por fin baja, la familia ya ha empezado a comer; el pelo de Maggie es el centro de todas las miradas y todos los comentarios. Destaca una de sus tías:

—¡Pero bueno, qué vergüenza! —dijo tía Glegg, en su tono de reproche más fuerte y severo—. A las niñas que se cortan el pelo habría que darles de azotes y ponerlas a pan y agua y no dejarlas sentarse con sus tías y tíos.

Y de pronto, la salvación. Su padre la defiende. Con decisión, acallando todas las críticas (bueno, excepto a tía Glegg, que no calla nunca):

—Vamos, vamos, mi niña —la tranquilizó su padre, rodeándola con un brazo—, no te preocupes, hiciste bien en cortarte el pelo si te molestaba; deja de llorar, papá se pondrá de tu parte.

Pero ¿qué es esto? ¡Darle la razón, dejar que se salga con la suya! ¿No se convertirá esta niña en una malcriada, una pequeña tirana, una delincuente juvenil? ¿No aprovechará a partir de ahora para desobedecer y hacer toda clase de diabluras? Pues no:

¡Deliciosas palabras de ternura! Maggie nunca olvidó ninguno de esos momentos en que su padre «se puso de su parte», los guardó en su corazón y pensó en ellos muchos años después, cuando todo el mundo decía que su padre había hecho mucho daño a sus hijos^[10].

—¡Cómo malcría tu marido a esta niña, Bessy! —dijo la señora Glegg, en un fuerte «aparte» a la señora Tulliver—. La echará a perder, si no tienes cuidado. *Mi* padre nunca crio así a sus hijos, o habríamos sido un tipo de familia diferente del que somos.

Así es la tía Glegg: está hablando con su hermana, pero no dice «nuestro padre», sino «mi padre». La autora ya ha dedicado antes unas páginas a presentárnosla: es avara, engreída, despectiva, criticacona... Así que en estos momentos el lector no puede menos que pensar: «¿Ah sí? ¡Pues ojalá tu padre os hubiera criado de otra manera, para que fuerais otro tipo de familia!».

Al día siguiente, Tom dedica demasiada atención a Lucy, la prima buena. Lucy es la niña que todos querrían tener, obediente, limpita, silenciosa, monísima. La niña que la señora Tulliver querría tener:

Y ahí tienes a Lucy Deane, qué niña tan buena, puedes sentarla en un taburete, y allí se queda una hora entera, y ni se le ocurre levantarse. No puedo evitar quererla como si fuera mi propia hija; y desde luego parece más hija *mía* que de mi hermana Deane, porque ella siempre ha tenido muy mal color para ser de nuestra familia, mi hermana Deane.

Como vemos, también en aquellos tiempos había gente que confundía, tratándose de niños, ser bueno con estar en coma. Tom dedica mucha atención a su prima, sobre todo para hacer rabiar a su hermana, con la que se ha vuelto a enfadar. Y Maggie, dolida, convencida de que nadie la comprende, harta de oír decir que va hecha una gitana o que tiene el pelo negro como los gitanos (Lucy es rubia, claro; rubia y buena), decide escaparse de casa para no volver jamás e irse a vivir con los gitanos para ser su reina.

Uno de los gitanos se apresura a subirla en el burro para llevarla a su casa, con la esperanza de ganarse una propina y, aunque la novela no lo especifica, probablemente también para evitar una grave acusación. Porque existía en la época la creencia, la leyenda urbana, de que los gitanos se dedicaban a raptar niños y quedárselos. Ya vimos antes que fueron los gitanos los que se llevaron a la niña Esmeralda, cambiándola por un niño enfermo y deforme. Es una leyenda absurda; ¿para qué iba nadie a secuestrar a un niño con familia, que podía buscarlo y llamar a la policía, cuando el país estaba lleno, como veremos, de huérfanos y niños abandonados que a nadie le importaban? En *Nicholas Nickleby*, Dickens se hace eco de esa leyenda, y compara la infancia de los niños gitanos con la de los niños maltratados y explotados en las fábricas:

Incluso las caras tostadas por el sol de los niños gitanos, medio desnudos como van, sugieren una gota de bienestar. Es agradable ver que el sol ha estado allí, saber que el aire y la luz les tocan cada día; sentir que SON niños, y llevan vidas de niño; que si sus almohadas están húmedas es por el rocío del Cielo, y no por las lágrimas; que los miembros de sus niñas están libres y no lisiados por distorsiones que imponen un castigo horrible y antinatural a su sexo; que sus vidas discurren, día a día, al menos entre el rumor de los árboles, y no en medio de máquinas terribles que convierten a los niños en viejos antes de que sepan qué es la niñez, y les dan el agotamiento y la enfermedad de la vejez sin darles, como la vejez, el privilegio de morir. ¡Quisiera Dios que los viejos cuentos fueran verdad, y que los gitanos se llevasen tales niños a docenas!

A lomos del burro con el gitano, encuentran a medio camino a su padre, que la estaba buscando:

—Pero, Maggie, ¿cómo es esto, cómo es esto? —dijo cuando volvían, mientras ella sollozaba con la cabeza apoyada sobre su padre—, ¿cómo es que te fuiste por ahí y te perdiste?

—Oh, padre —sollozó Maggie—, me escapé porque era muy desgraciada. Tom estaba muy enfadado conmigo. No lo podía soportar.

—Vamos, vamos —la tranquilizó el señor Tulliver—, no debes pensar en escaparte de tu padre. ¿Qué haría papá sin su chiquilla?

—Oh, no, no lo haré nunca más, padre, nunca.

El señor Tulliver dejó las cosas bien claras cuando volvió a casa aquella noche, y el resultado fue el hecho notable de que Maggie nunca escuchó ni un reproche de su madre, ni una burla de Tom, sobre este absurdo asunto de irse con los gitanos. Maggie estaba bastante asombrada con tan inusual tratamiento, y a veces pensaba que su conducta había sido demasiado malvada para mencionarla.

Temo que muchos padres, en una circunstancia parecida, habrían optado por someter a la niña a un tercer grado: «¡Pero a quién se le ocurre, escaparse de casa! ¿Tú estás loca, o qué? ¡Es que no haces nada a derechas!». Ante lo cual la niña no tiene más remedio que llorar en silencio o mentir diciendo que no se ha fugado, que se perdió sin querer. Miren con qué delicadeza el señor Tulliver se apresura a ofrecer la mentira, la excusa honrosa, «¿cómo es que te has perdido?» (¡sabe perfectamente que no se ha perdido, que se escapó a propósito!). Y entonces es la niña la que, espontáneamente, confiesa la verdad y promete no hacerlo más.

Parece que en el siglo XIX un padre de familia todavía podía prohibir a su hijo y a su esposa reñir a su hija, o burlarse de ella. ¡Ay, el patriarcado!

El molino en el Floss no es un libro para niños. Es una tragedia, una historia triste, compleja y oscura, y no acaba bien. Pero más de un tercio del libro se dedica a hablar de la infancia y adolescencia de los protagonistas. Porque la autora sabe bien que no se puede comprender a una persona sin conocer su infancia. En la introducción de la edición de Oxford World's Classics, Dinah Birch, profesora de literatura inglesa en la Universidad de Liverpool, describe la novela como una «búsqueda de las raíces del destino adulto en la experiencia de la infancia».

EL AMOR

En su juventud, Maggie Tulliver atraviesa por una profunda crisis espiritual. Se aísla del mundo, renuncia a las actividades propias de una chica joven y soltera (y las actividades propias de una joven de su tiempo no eran precisamente la cumbre del desenfreno). Es como si se hubiese metido en una secta en la que ella es el único miembro. La causa de tal cambio parece ser la lectura asidua de la Biblia y sobre todo de la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis (1380-1471).

Hace muchos muchos años, curioseando en el armario en que mi madre guardaba las sábanas (probablemente me había encargado guardar la ropa limpia), encontré el libro más pequeño que había visto en mi vida, poco más grande que una tarjeta de crédito. En la cubierta, en letras doradas, decía simplemente «Kempis». Le pregunté por él, me dijo que era un libro religioso, escrito en la Edad Media por un monje alemán tan importante que hay un poema sobre él, «Oh, Kempis, Kempis, pálido asceta». No recuerdo si mi madre pronunció algún otro verso, este es el único que yo recordaba haberle oído. Suficiente, hoy en día, para buscar en internet.

Es un poema del mexicano Amado Nervo (1870-1919), publicado en 1898, dentro de su libro *Místicas*:

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh, Kempis, antes de leerte, amaba
la luz, las vegas, el mar Océano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano!

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Mas como afirman doctores graves,
que tú, maestro, citas y nombras
que el hombre pasa *como las naves,*
como las nubes, como las sombras...

huyo de todo terreno lazo,
ningún cariño mi mente alegra,
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra...

¡Oh, Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal hiciste!
¡Ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

Parece que el libro de Kempis también produjo una fuerte crisis espiritual en Nervo^[11]. Pero sin duda no lo produce en la mayoría de sus lectores, y no lo produjo en mi madre, que, lejos de aislarse del mundo, parecía preocupada por cosas muy mundanas: mis estudios, el polvo en los muebles, el precio de la carne, la ropa que se me quedaba pequeña, el qué dirán... No creo en absoluto que mi madre tuviera este libro en su armario para leerlo cada noche o algo parecido. Creo, más bien, que era un recuerdo. Aunque no lleva fecha de impresión, he deducido que es de los años cuarenta; probablemente lo tenía antes de casarse. Tal vez lo guardaba aparte porque era *su* libro, frente a los muchos que compraba mi padre. Tal vez se lo había regalado, de niña, algún familiar. Podría ser el típico premio de las monjas a la primera de la clase. Sobre todo, era un libro tan pequeñito que cabía entre las sábanas (¿puede un libro pequeño sentirse solo y un poco intimidado, rodeado de libros mayores?).

En aquel momento ojeé algunas páginas (no muchas; ¿quién, a los diez o doce años, estaría interesado en la mística medieval?), y vi algo que me dejó profunda huella: la descripción del amor. Unos cinco años después conocí a mi esposa en una universidad, me enamoré de ella en una biblioteca, y al visitar su casa por primera vez encontré, ¡oh maravilla!, que había, como en la mía, centenares de libros. Fui entonces a buscar aquel libro, aquella página apenas recordada. Kempis hablaba, por supuesto, del amor a Dios; pero casi todos sus consejos me servían perfectamente:

Gran cosa es el amor, y bien sobremanera grande; él solo hace ligero todo lo pesado y lleva con igualdad todo lo desigual.

Pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo. [...]

No hay cosa más dulce que el amor; nada más alto, nada más ancho, nada más alegre, nada más lleno ni mejor en el cielo ni en la tierra. [...]

El que ama, vuela, corre y se alegra; es libre y no embarazado.

Todo lo da por todo, y todo lo tiene en todo, porque descansa en un Sumo Bien sobre todas las cosas, del cual mana y procede todo bien. No mira a los dones, sino que se vuelve al dador sobre todos los bienes.

El amor muchas veces no guarda modo, sino que enardece sobre todo modo.

El amor no siente la carga ni hace caso de los trabajos; desea más de lo que puede; no se queja de que le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede y le conviene.

Pues para todos es bueno, y muchas cosas ejecuta y pone por obra, en las cuales el que no ama desfallece y cae.

El amor siempre vela, y durmiendo, no duerme.

Fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta; sino, como viva llama y ardiente luz, sube a lo alto y se remonta con seguridad.

Y así es como un monje alemán del siglo XIV me enseñó a amar. Como Nervo, yo también creo que Kempis cambió mi vida. Pero, a diferencia de él, no vivo triste, sino alegre, y el cariño sí que alegra mi mente. Tal vez porque él se leyó el libro entero, y yo solo un capítulo.

Muchos años después me di cuenta de que este pasaje de Kempis se fundamenta en la Primera Carta de san Pablo a los Corintios (podría haberme dado cuenta antes, porque de niño me habían regalado los curas un Nuevo Testamento por ser el primero de la clase. Pero tampoco me lo leí entero):

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasará jamás.

Sí, ya sé que están un poco hartos de citas religiosas. Pero era importante traer aquí a san Pablo, porque en este mismo capítulo, apenas dos líneas más abajo, se da la mejor respuesta que jamás he leído al coro de agoreros que continuamente asedia a los nuevos padres: «No va a caminar nunca», «No saldrá nunca de tu cama», «Le estás creando un hábito», «Nunca aprenderá a dormir solo», «Le estás creando una dependencia»...:

Mientras yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño; pero cuando me hice hombre, dejé a un lado las cosas de niño.

Así de sencillo, así de evidente, en un libro escrito hace casi dos mil años: tu hijo hará cosas de niño mientras sea niño. Pedirá brazos, llorará, mamará, tendrá rabietas, pegará patadas, te llamará a media noche... Lo dejará de hacer cuando se haga hombre. No «dejé las cosas de niño cuando mi madre me educó», ni «cuando mi padre me puso límites», ni «cuando me llevaron al psicólogo», ni «cuando me sentaron en la silla de pensar». Las dejé cuando me hice hombre. Los niños no crecen porque les estiremos de los pelos ni porque les empujemos por los pies, crecen (tanto en tamaño como en

raciocinio y madurez) porque el tiempo pasa. Y pasa, se lo dice un abuelo, tan deprisa, que en vez de quejarnos tanto de su conducta deberíamos dedicarnos a disfrutar, mientras podemos, de sus *cosas de niños*. Porque los padres también amamos a nuestros hijos, y el amor es paciente, no se irrita, todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo soporta...

LA REDENCIÓN (Y TAMBIÉN LA EDUCACIÓN)

Una buena novela tiene muchas capas. *Silas Marner*, publicada por Eliot en 1861 contiene un misterio, pero es más que una novela de misterio. Es «una historia de la vida rural anticuada» (como un capítulo entero dedicado a una hilarante conversación en la taberna del pueblo), pero no es solo una novela costumbrista. La autora se sirve de la ficción para expresar opiniones nada ficticias sobre la religión, la sociedad, las relaciones humanas...

Sobre todo, Eliot expone en *Silas Marner* sus ideas sobre la educación de los niños.

La novela está ambientada a principios del siglo XIX, «en los días en que las ruecas zumbaban activas en las granjas» y los tejedores manuales no habían sido todavía completamente desplazados por los telares mecánicos. Silas Marner se instala como tejedor en Raveloe, un pueblo pequeño y apartado, donde será por su origen un forastero, por su oficio casi un mago, y por su carácter un marginado. Sufre, además, ataques de catalepsia en los que queda unos instantes como dormido, con la mirada perdida. Los niños le observan desde lejos, con fascinación y temor; los adultos le ignoran.

Silas se ha enterrado en vida, huyendo de un mundo que ya no comprende. Vivía en la ciudad y era un miembro respetado de una pequeña y estricta secta cristiana. Un día su mejor amigo le traiciona, robando el dinero de la iglesia y dejando falsas pistas que le acusan. Sus compañeros le creen culpable, su iglesia le expulsa, su prometida se casa con su traidor amigo, su dios le ha fallado. En Raveloe no visita la iglesia ni la taberna. Solo visita a sus clientes, recogiendo los hilos, devolviendo los paños, cobrando. Trabajando a todas horas, toda la semana, relativamente bien pagado y haciendo vida de ermitaño, ¿a quién sorprende que Silas logre, con los años, amasar una pequeña fortuna? Cada noche saca sus monedas de oro, las cuenta, las acaricia. No es exactamente avaricia; más bien parece que esté

enganchado, como ahora podría estarlo a la tele o a internet. El oro es el centro de su vida, su única vida.

Quince años lleva Silas en Raveloe cuando asistimos a un duro enfrentamiento en casa del señor Cass, el principal terrateniente del pueblo, padre de cuatro hijos varones (los dos pequeños están en un internado). Godfrey, el hijo mayor, se ha casado en secreto con Molly, una mujer marginada y drogadicta, a la que no ama, y con la que ha tenido una hija. Se ha casado de verdad, ha hecho lo correcto, pero se ha casado en secreto porque no se atreve a decírselo a su padre. Godfrey tiene cierta nobleza, ha asumido (limitadamente) el compromiso de su paternidad, ayuda económicamente a su esposa y a su hija. Pero es débil e inseguro; fue débil en primer lugar para evitar el *desliz* que arruinó su vida, es débil ahora para reconocer su situación ante el mundo y ante su padre (ha puesto casa a su familia en el pueblo de al lado, para que nadie lo sepa), es débil para enfrentarse a su hermano Dunstan, que le hace chantaje. Este Dunstan sí que es un redomado sinvergüenza, que amenazando a Godfrey con contárselo todo a su padre le ha obligado a entregarle el dinero de los alquileres, que Godfrey se encarga de cobrar. Godfrey ve cómo su futuro se disuelve en humo. Ha intentado tapar cada mentira con otra mentira más grande, cada falta con una falta más grave. En cualquier momento se descubrirá todo, será desheredado, expuesto a la vergüenza y a la miseria. Ahora tendrá que vender su caballo para reintegrar secretamente el dinero a su padre...

¿Cómo ha conseguido el señor Cass criar estas joyas de hijos? Para empezar, su esposa murió hace tiempo, y el hogar quedó

[...] sin esa presencia de la esposa y madre que es fuente de sano amor y temor en el salón y en la cocina.

¿Es esa la función de una buena madre, infundir amor y temor tanto en su familia como entre la servidumbre? Aquí la autora está usando «temor» en un sentido peculiar, como sinónimo de «respeto» o «reverencia» y no de «miedo».

Tal vez usa la palabra «temor» en un sentido inhabitual para obligar al lector a reflexionar, a preguntarse de qué está hablando exactamente. Es el mismo sentido que tiene la expresión «temor de Dios», y que, contrariamente a lo que algunos creen, no significa «temor a las llamas del infierno». Lo explica perfectamente uno de los poemas más hermosos de la lengua española, el *Soneto a Cristo crucificado*^[12], que mi hermana me enseñó cuando lo aprendió ella en el colegio (yo debía de tener unos siete años, y ella quince):

No me mueve, mi Dios, para quererte
el Cielo que me tienes prometido
ni me mueve el Infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor. Muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera Cielo, yo te amara,
y, aunque no hubiera Infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

No es el temor al castigo, sino el temor a hacer daño a quien se ama. Todos los padres deberíamos tener bien presente este soneto: nuestros hijos no nos quieren porque les demos premios, ni se portan bien por miedo al castigo. Lo hacen porque nos aman, y el querer comprar ese amor con premios o encauzarlo con castigos no solo es ineficaz, sino también profundamente corruptor.

El temor que falta en esta familia no es el miedo al castigo, porque el señor Cass ya infunde miedo a todo el mundo. Hay miedo de sobra en esa casa que ha dejado de ser un hogar. Lo que no hay es respeto; ni siquiera «la dulce flor de la cortesía»:

[Godfrey] siempre había tenido la sensación de que la indulgencia de su padre no había sido amabilidad, y había sentido un vago deseo de alguna disciplina que hubiera controlado su propia debilidad descarriada y ayudado a lo mejor de su voluntad.

Una vez más, Eliot obliga al lector a reflexionar sobre el sentido de las palabras. Muchos aceptarían esta distinción entre indulgencia y amabilidad, sacando a colación el refrán «quien bien te quiere te hará llorar». Ser buen padre, imponer disciplina, significa para muchos prohibir, dar órdenes, gritar, castigar, no ceder. Pero todo eso ya lo hace el señor Cass y, sin embargo, su hijo aún echa de menos la disciplina:

El viejo caballero era un hombre implacable: tomaba resoluciones cegado por la rabia, y no estaba dispuesto a echarse atrás cuando se le pasaba el enfado, igual que los feroces materiales volcánicos se enfrían y se convierten en roca. Como muchos hombres violentos e implacables, permitía que los problemas crecieran bajo la protección de su propia indiferencia, hasta que le presionaban con fuerza exasperante, y entonces reaccionaba con feroz severidad y mostraba una dureza sin compasión.

No parece la descripción de un padre que *malcría* a sus hijos cogiéndoles mucho en brazos y consolándoles cuando lloran. Rabia, violencia, feroz severidad, dureza implacable... Si ya tiene todo eso, ¿qué más quiere Godfrey? ¿Qué está pidiendo, cuando pide algo de disciplina? Hablamos de la disciplina que tiene un pianista o un deportista para practicar o entrenar todos los días. La disciplina de la que hablan no es la que te imponen con castigos ni amenazas, sino la que te sale de dentro, la que el propio individuo se impone. Voluntariamente.

Parece que, para el señor Cass, *consentir* a sus hijos ha significado más bien *pasar de ellos*. No es que les haya prestado demasiada atención, sino que no les ha prestado ninguna, hasta que los esfuerzos de sus hijos por llamar su atención han provocado monumentales enfados. No tiene ningún reparo en insultar a sus hijos, en acusarles de sus propias culpas. Él también tendría, como tuvo su abuelo, «una buena casa» y unos «establos llenos de caballos, si no fuera por estos cuatro inútiles que cuelgan de mí como sanguijuelas». Ni por un momento piensa que la decadencia de su hacienda y familia pueda deberse a su mala gestión o a su propia conducta.

Entre la retahíla de sus insultos podemos entrever la causa del débil carácter de Godfrey:

—Eres un indeciso; has salido a tu pobre madre. Nunca tuvo voluntad propia; una mujer no necesita voluntad, si tiene un hombre hecho y derecho por marido. Pero a tu esposa más le valdrá tener voluntad, porque tú a duras penas consigues que tus dos piernas vayan para el mismo lado.

Cass no cree que las mujeres necesiten tener voluntad propia, y no se lo permitió a su esposa. Tampoco permitió a su hijo tener su propia voluntad, y ahora, indignado, se sorprende de que no la tenga. Al imponerle una disciplina externa, la de las órdenes y los gritos, no le ha permitido desarrollar su propia disciplina, la que depende de una voluntad inexistente. Pese a todo, Cass se considera un excelente padre, una víctima de sus hijos:

—He sido un padre demasiado bueno para vosotros, eso es lo que hay. Pero esto se va a acabar, sí, señor.

Se acerca el fin de año, y Godfrey tendrá que pasar cuentas con su padre y entregarle lo recaudado por los alquileres. Pero no tiene ese dinero, se lo ha tenido que dar a su hermano, que le extorsiona. Dunstan se ofrece a ayudarlo, no devolviendo el dinero (que ya se habrá gastado en sus vicios), sino llevando a vender su caballo (el caballo de Godfrey, por supuesto, no el de Dunstan, y encima piensa quedarse una buena comisión por la venta). Pero decide no ir por la carretera, sino por los campos, que es más divertido, y

comete la absurda imprudencia de hacerlo saltar sobre una valla demasiado alta. La bestia se clava una estaca y muere, y Dunstan debe volver a pie, de noche, sin caballo y sin dinero. Donde Godfrey hubiera estado arrepentido y asustado, Dunstan está simplemente furioso. No es que acepte las consecuencias de sus actos con valor, más bien parece incapaz de imaginar que sus actos tienen consecuencias. Todo se arreglará. Podría, por ejemplo, pedirle dinero prestado a Silas Marner, que dicen que tiene oro escondido. ¿No es esa su casa? Se ve luz, la puerta está abierta, la casa vacía, el oro a su alcance, ¡asunto resuelto! No ha hecho falta ni pedirlo prestado.

Silas, que había salido a un recado, ha perdido algo más que el oro; su existencia toda se ha visto sacudida. Pero su súbito empobrecimiento tiene una inesperada consecuencia:

[...] la repulsión que Marner había causado siempre en sus vecinos se disipó en parte bajo la nueva luz con que esta desgracia le mostraba.

Sus vecinos le visitan, se muestran amables, intentan consolarle. Así aparece en su vida Dolly Winthrop, la madre amorosa. Para acentuar el contraste entre Dolly y el señor Cass, ambos tienen cuatro hijos varones. Tres de ellos ni siquiera aparecen en la narración; estoy convencido de que Eliot dio a ambos personajes cuatro hijos, y los cuatro varones, para obligar al lector a darse cuenta de la coincidencia, y a compararlos. Porque mientras el señor Cass, con su cultura, su dinero, su servidumbre y sus gritos no ha sido capaz de educarlos, la pobre e ignorante Dolly ha criado a cuatro excelentes muchachos dándoles lo único que tiene, su amor y su tiempo.

No tiene Dolly una filosofía propia sobre la crianza de sus hijos; no tiene los conocimientos ni la confianza en sí misma para rechazar las normas de la sociedad en la que vive, no ha leído libros ni está en el Facebook de la crianza con apego ni en el grupo de WhatsApp de la maternidad consciente. Simplemente, ha sido incapaz de aplicar esas normas, la férrea disciplina, los castigos, los gritos. Y así se produce un curioso fenómeno: Dolly, como antes la señora Poyser (*págs. 30-31*), dice lo que dice todo el mundo, pero hace justo lo contrario.

Dolly ha acudido a visitar a Silas con su hijo Aaron, de siete años. Parece creerse obligada a justificar la presencia del niño:

—Es el más pequeño, y lo malcriamos mucho, porque su padre o yo siempre lo tenemos al lado, siempre, sin remedio.

No se trata, pues, de una característica exclusivamente femenina; este padre (que fabrica ruedas de carro y los domingos dirige el coro de la iglesia)

también es amoroso.

Aaron se muestra muy tímido ante Silas, se esconde tras su madre:

—Oh, vamos, no seas malo —dijo su madre, suavemente.

Dolly ha traído un pastel para Silas; este ofrece un pedazo al niño, que lo acepta. La buena educación, en un caso así, exigiría decir «no, gracias». Pero ¿qué niño de siete años sería capaz de resistir la tentación?

—Pero qué vergüenza, Aaron —dijo su madre, sentándolo sin embargo en su regazo.

Lo malcría, pero tiene que estar siempre con él; le riñe, pero «suavemente» o tomándolo al tiempo en su regazo. Si estuviéramos delante, si pudiéramos oír a Dolly, bastaría con su tono de voz o la expresión de su rostro para mostrarnos que no está enfadada, que no riñe de verdad a su hijo, que solo está hablando como se supone que deben hablar las madres autoritarias, pero al mismo tiempo hace todo lo contrario. Como la palabra escrita no transmite estos matices, la autora se esfuerza en dar la explicación oportuna cada vez que Dolly parece mostrarse dura con su hijo. (¿No podría haberse ahorrado la ambigüedad y la aclaración; haber puesto en boca de Dolly otras palabras: «le queremos mucho, siempre está con nosotros»; «uy, qué tímido», «dile gracias al señor»? Demasiado sencillo; vamos viendo que una de las estrategias de Eliot es el uso deliberado de expresiones contradictorias o palabras ambiguas para obligar al lector a fijarse y reflexionar).

Dolly se muestra muy orgullosa de su hijo, aunque cuesta mucho vencer su timidez y convencerle para que cante:

—Y tiene una voz como un pájaro, no se lo creería —siguió Dolly—; puede cantar un villancico tal como le enseñó su padre, y creo que en eso se nota lo bueno que va a ser, en que aprende tan deprisa las canciones buenas. Vamos, Aaron, levántate y cántale el villancico al señor Marner, vamos.

Aaron respondió frotando la frente contra el hombro de su madre.

¿Un niño va a ser bueno porque aprende rápidamente las canciones buenas? ¡Vaya tontería! ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? Es absurdo. Pero es igual de absurdo pensar que un niño va a ser malo porque tiene rabietas, o no va a caminar nunca porque pide brazos, o no va a dormir nunca solo porque quiere dormir con su madre, o que va a ser un egoísta porque no quiere prestar sus juguetes, o un tirano porque no tiene límites, o un adulto *blandito* porque sus padres le ayudan, o un caprichoso porque no quiere verdura. Mucha gente intenta convencernos de que pequeñas conductas sin importancia de un niño pequeño son signo de una profunda depravación. Pero

esta madre, pobre e ignorante, no está buscando posibles signos de alarma, indicios precoces de futuros problemas, sino que cree en su hijo, está convencida de que va a ser bueno, y recurre a cualquier argumento absurdo para demostrarlo.

No han bastado las visitas de algunos vecinos bienintencionados para sacar a Silas de su aislamiento. Pasa las fiestas navideñas solo, trabajando, amargado.

El sinvergüenza de Dunstan no ha vuelto a casa; nadie le echa de menos, nadie le relaciona con el robo. Mientras tanto Molly, la secreta esposa de Godfrey, viene andando desde su pueblo, con su hija de dos años en brazos. Tiene la intención de armar un escándalo, presentándose en casa de los Cass durante el baile de Navidad. Sabe que se ha casado con un rico heredero, esperaba sirvientes, coches, fiestas y joyas, está harta de vivir pobremente. Es más un gesto de rabia que de venganza, pues bien sabe ella

que la causa de sus sucios harapos no era la dejadez de su marido, sino el demonio Opio que la tenía esclavizada en cuerpo y alma, excepto por ese resto de ternura maternal que se negaba a entregarle también a su hambrienta niña.

Por el camino, Molly, agotada, bebe del frasco de opio que lleva consigo y se echa a descansar sobre la nieve. No es una buena idea. Cae en un sueño del que nunca despertará. ¿Dónde puede un niño sentirse más seguro que en brazos de su madre, aunque esté perdido en la noche y la ventisca?

La pequeña se durmió tan suavemente como si la hubieran mecido en una cuna cubierta de encajes.

Cuando el brazo se relaja, la niña se despierta. Ve una luz y va hacia ella: es la casa de Silas. Este ha abierto un momento la puerta y ha tenido uno de sus ataques. La niña entra, se tumba junto a la chimenea y se queda dormida. Cuando Silas despierta no es consciente de haber tenido un ataque; solo ha abierto la puerta, la ha vuelto a cerrar, ha vuelto a sus quehaceres... y de pronto, junto a la chimenea, algo que brilla:

¡Oro!, su propio oro, devuelto tan misteriosamente como fue robado.

Pero es algo mejor que el oro, es el pelo de una niñita rubia. En ese momento, Silas se acuerda de una hermanita, muerta muchos años atrás, y de la que el lector no sabía nada. Un personaje de ficción que, con su recuerdo, le da vida a otro:

¿Podría ser esta su hermanita, que vuelve a él en un sueño; su hermanita, a la que había llevado en brazos durante un año antes de que muriera, cuando él era solo un niño sin zapatos ni medias?

Tras breve búsqueda por los alrededores encuentra el cadáver de la madre, y va en busca del alguacil y del médico. La esposa de este se ofrece a cuidar de la niña mientras van a levantar el cadáver de la madre, y Silas descubre de pronto que la sola idea de separarse de la niña le molesta:

—No, no, no puedo separarme de ella, no puedo dejarla —dijo Silas, bruscamente—. Ha venido a mí, tengo derecho a quedármela.

Ha nacido un fuerte vínculo mutuo, como entre un recién nacido y su madre:

La niña [...] comenzó a llorar y llamar a «mamá», aunque siempre abrazándose a Marnier, que aparentemente había ganado su plena confianza.

Silas se muestra firme: la niña ha venido a él, y él la cuidará. Por otra parte, nadie más se ha ofrecido (Godfrey, que por supuesto ha reconocido a la niña, no confiesa su paternidad, pero ayuda económicamente a Silas como si fuera un simple acto de caridad). Ahora sí que recibe Silas la simpatía de todos; de marginado ha pasado a convertirse en un héroe local. Sobre todo las madres acuden a visitarles, y la autora no pierde ocasión para recordarnos que hay dos tipos de madres:

Magníficas madres, que sabían lo que era mantener a un niño sano y feliz; y madres perezosas, que sabían lo que es que un niño con perversas inclinaciones que apenas se pone en pie te interrumpa cuando estás cruzando los brazos para rascarte el codo, hacían conjeturas con el mismo interés sobre cómo un hombre solo se las iba a arreglar con una niña de dos años, y prodigaban por un igual sus consejos: las magníficas, diciéndole sobre todo lo que tenía que hacer, y las perezosas insistiendo en decirle lo que nunca sería capaz de hacer.

Dolly ofrece ropa usada, que Silas acepta. Pero su oferta de venir cada día para bañar y vestir a la niña no despierta tanto entusiasmo:

—Pero yo quiero hacerle las cosas yo mismo; si no, le cogería cariño a otra persona, y no a mí. Estoy acostumbrado a hacerme las cosas en casa; puedo aprender, puedo aprender.

Dolly comprende y acepta su deseo. Es una mujer paciente, y aunque ve

al sexo fuerte como uno de esos animales a los que el Cielo ha tenido a bien hacer naturalmente problemáticos, como los toros y los pavos,

en el fondo tiene una opinión bastante favorable de los hombres:

Los hombres suelen ser torpes y tercos, Dios les ayude; pero cuando no están bebidos, no son del todo insensibles.

En su primera clase sobre cómo bañar a una niña, Dolly anima a Silas a tratarla con afecto:

—Mire —dijo Dolly, con tierno tacto de mujer—, le ha cogido cariño. Quiere sentarse en su regazo, seguro. Vamos, señor Marner, cójala, puede ponerle la ropita, y así podrá decir que la ha cuidado usted mismo desde el día en que llegó.

Marner la tomó en su regazo, temblando con una emoción que le resultaba misteriosa ante algo desconocido que amanecía en su vida.

Todavía hay hospitales donde las enfermeras, en vez de animar a la madre recién parida a cuidar de su bebé desde el primer día (y así aprovechar para enseñar a las novatas lo que haya que enseñar), se llevan al bebé y lo devuelven vestido y peinado al cabo de unas horas. Tal vez George Eliot cayó en un estereotipo sexista al hablar de «tierno tacto de mujer», tal vez no todas las mujeres tienen ese tierno tacto.

Silas da a la niña el nombre de su propia madre y de su hermanita muerta, Hephzibah (Hepsiba), Eppie para la familia. Es un nombre bíblico que literalmente significa «Ella es mi alegría». Aunque no lo dice en la novela, estoy seguro de que George Eliot conocía ese significado, y eligió por ello el nombre.

No tarda Silas en descubrir que su nuevo tesoro es mucho mejor que el anterior. El oro estaba muerto y le sumía en la soledad; Eppie le abre en cambio una puerta al mundo. Como muchas madres actuales, Silas reduce su jornada laboral para poder cuidar a su nueva hija:

A diferencia del oro, que no necesitaba nada, [...] Eppie era una criatura de continuas demandas y crecientes deseos, que buscaba y amaba la luz del sol, y los sonidos de la vida, y los movimientos de la vida; que experimentaba con todo, confiada en las nuevas alegrías, y despertaba la bondad humana en todos los ojos que la miraban. [...] El oro le había pedido que se sentase a tejer más y más tiempo, cada vez más sordo y ciego a todo lo que no fuera la monotonía de su telar y la repetición de su tejido; pero Eppie la apartaba del telar y le hacía pensar que cada pausa era una fiesta, reavivando con su vida nueva sus sentidos, incluso hacia las moscas de invierno que llegaban arrastrándose con los primeros soles de la primavera, y despertando en él la alegría porque *ella* estaba alegre. [...]

A medida que la mente de la niña crecía en conocimiento, crecía la suya en memoria; mientras la vida de la niña se desplegaba, el alma de Silas, largo tiempo embotada en una prisión fría y angosta, se desplegaba también hasta llegar temblorosa a la plena consciencia.

Le acaban de robar sus ahorros, se acerca la vejez, y encima tiene una boca más que alimentar. Pero justo ahora, con la niña, es cuando menos tiempo tiene para trabajar. Y, sin embargo, no dice que «se está sacrificando por su hija», ni que «la paternidad truncó su carrera profesional», sino que «cada pausa era una fiesta». Considera que cuidar a su hija es más importante que trabajar. ¿No es sorprendente? Tal vez las prioridades eran distintas en el siglo XIX.

A los tres años, Eppie es, cómo no, traviesa y revoltosa. Y cerca de su puerta hay unos pozos profundos y peligrosos. Silas tiene miedo de que la niña se pueda caer. ¿Cómo hacerle entender que no debe acercarse nunca a los pozos? Consulta a su amiga Dolly sobre la manera de imponer disciplina.

Dolly conoce bien la teoría, y le da la respuesta socialmente aceptada:

[...] que el castigo era bueno para Eppie, y que era imposible criar a un niño sin calentarle un poco en sitios blandos y sin peligro, de vez en cuando.

Pero también existe otra alternativa:

[...] podría usted meterla una vez en la carbonera. Eso es lo que hice con Aaron, porque con el pequeño fui una tonta, y nunca fui capaz de darle un bofetón. Y no es que fuera capaz de tenerlo en la carbonera más de un minuto, pero fue suficiente para calmarlo por completo, porque luego hizo falta volverlo a lavar y a vestir, y le fue tan bien como una buena tunda, ya lo creo. Así que lo dejo a su conciencia, señor Marner, porque tendrá que escoger una de dos, o la bofetada o la carbonera; y si no, se volverá una tirana y no habrá quien la controle.

Así que este es todo el castigo que ha recibido en su vida el pequeño Aaron: menos de un minuto en la carbonera, y jamás le han pegado, ni siquiera una palmada en el trasero. ¿A quién pretende engañar Dolly con su defensa de una férrea disciplina?

Silas también cree en la teoría oficial, pero se siente igualmente incapaz de ponerla en práctica,

no solo porque le resultaba doloroso hacer daño a Eppie, sino también porque temblaba ante la idea de enfrentarse a ella, temiendo que luego ella le iba a querer menos.

Finalmente opta por atarla al telar mientras trabaja, con una larga banda de tela que tenía por ahí, sobrante de sus tejidos. Las palabras suenan mal, ¡la niña atada al telar!, pero no, no es eso. Es una cinta muy larga, la niña puede salir y entrar en la casa, jugar, tocarlo todo..., pero no puede llegar hasta los pozos. Como un arnés de seguridad. Desgraciadamente, en casa de los tejedores hay largas cintas, pero también hay tijeras. Eppie corta la cinta y desaparece. Con el corazón en un puño la busca Silas en los pozos (pero son muy hondos y no se ve nada), en el arroyo, en los campos. Por fin la encuentra poniéndose perdida de barro, y la cubre de besos. Solo de vuelta a casa recuerda que tiene que «castigar a Eppie, y “hacer que se acuerde”».

Es tanto su temor de que pueda caer en un pozo, que decide probar lo de la carbonera. Y descubre que tampoco funciona:

—Eppie mala, mala —empezó de repente, sentándola sobre sus rodillas y señalando sus pies y ropas llenos de barro—, mala porque cortó con las tijeras y se

escapó. Ahora Eppie tendrá que ir a la carbonera, porque fue mala. Papá la tiene que meter en la carbonera.

Medio esperaba que esto ya sería suficiente escarmiento, y que Eppie empezaría a llorar. Pero en vez de eso empezó a balancearse en su regazo, como si la proposición abriera una agradable novedad. Viendo que tendría que llegar hasta el final, la metió en la carbonera y cerró la puerta, con la temblorosa sensación de que estaba usando un método muy estricto. Por un momento se hizo el silencio, pero entonces se oyó una débil queja, «¡Opy, opy!», y Silas la dejó salir otra vez, diciendo: «Ahora Eppie no será mala nunca más, porque si no tendrá que entrar en la carbonera, que es un sitio negro y malo».

El telar estuvo parado mucho tiempo esa mañana, porque ahora había que bañar a Eppie, y ponerle ropa limpia, pero era de esperar que este castigo tuviera un efecto perdurable y a la larga sería un ahorro de tiempo... aunque tal vez habría sido mejor si Eppie hubiera llorado más.

En media hora estaba limpia otra vez, y Silas, que había vuelto la espalda para ver qué se podía hacer con la cinta de lino, la tiró de nuevo, pensando que Eppie se portaría bien el resto de la mañana sin necesidad de amarrarla. Se volvió otra vez, e iba a ponerla en su sillita junto al telar, cuando ella le miró con la cara y las manos tan negras como antes, y le dijo: «Eppie en la *caboneda*».

Este completo fracaso de la disciplina de la carbonera sacudió la fe de Silas en la eficacia del castigo.

—Se lo toma a risa —explicó a Dolly—, si no le hago daño, y eso no lo puedo hacer, señora Winthrop. Si me causa algunos problemas, lo puedo soportar. Tampoco es que haga nada que no se le vaya a pasar cuando crezca.

—Bueno, ahí tiene usted bastante razón, señor Marner —dijo Dolly, con simpatía— y si no puede hacerse a la idea de asustarla para que no toque las cosas, más vale que haga lo posible para poner las cosas fuera de su alcance.

Pero, entonces, ¿esta niña no va a aprender que sus acciones tienen consecuencias? ¡Claro que sí! Lo aprenderá con el tiempo, como todos los niños. Pero de momento no va a ser ella la que sufra las consecuencias de sus acciones. Para eso estamos los padres:

Así que Eppie fue criada sin castigos, y el peso de sus travesuras recayó sobre su padre Silas.

Silas no puede estar eternamente sin trabajar, pero por suerte la niña se va haciendo mayor, y se abre la posibilidad de llevársela al trabajo:

Pese a la dificultad de llevar al mismo tiempo a la niña y sus madejas y paños, Silas la llevaba en la mayor parte de sus viajes a las granjas, reacio a dejarla con Dolly Winthrop, que siempre estaba dispuesta a cuidarla; y la pequeña Eppie, la hija del tejedor, con su cabecita rizada, se convirtió en objeto de interés en varias casas aisladas, lo mismo que en el pueblo.

Antes, los niños del pueblo le temían como a una especie de ogro; los más valientes se acercaban a su casa y salían corriendo cuando le veían. Eso también ha cambiado:

Ningún niño tenía miedo de aproximarse a Silas cuando Eppie estaba cerca; no había ya repulsión hacia él, ni entre los niños ni entre los mayores, porque la niña

había conseguido unirlo otra vez con el mundo.

Silas, en definitiva, ha sido redimido, salvado de una vida «reducida a trabajar sin pensar, como un insecto tejedor»:

En otro tiempo hubo ángeles que venían y tomaban a los hombres de la mano y los guiaban fuera de la ciudad de la destrucción. No vemos hoy en día ángeles de blancas alas. Pero aún hay hombres salvados de la amenaza de la destrucción: una mano descansa en la suya y les arrastra suavemente hacia una tierra tranquila y brillante, para que nunca más miren atrás; y esa mano puede ser la de un niño.

Pasa el tiempo, Eppie tiene ya dieciocho años. Solo fue a la escuela dos horas diarias durante una temporada, para aprender a leer; por lo demás, Silas «la había criado sin separarse de ella casi ni un momento». ¿Cómo habrá crecido una niña así, en relación *simbiótica* con su padre, sin castigos, límites ni consecuencias? Estoy siendo sarcástico, claro. En realidad, Eppie ha tenido límites, claro que sí, como todo el mundo. Para empezar, no la han dejado tirarse al pozo. No ha tenido mucha ropa ni muchos juguetes, ¡son pobres! Y seguro que más de una vez su padre le ha dicho «lava los platos» o «no toques eso». Simplemente se lo ha dicho sin gritos y sin amenazas, y sin esperar (porque nadie puede esperar una tontería así) que le obedezca siempre, al instante, sin rechistar. En cuanto a la simbiosis, es una asociación entre dos especies vivientes que resulta mutuamente beneficiosa, como el cocodrilo y el pájaro aquel que le limpia los dientes, o nosotros y nuestra flora intestinal. Algunos psicólogos llaman «simbiosis» a una relación entre dos personas en la que una domina totalmente a la otra.

El problema es que vivimos en una época de profundo desapego; nunca antes en la historia de la humanidad han pasado tantos niños tantas horas lejos de sus padres desde tan pequeños, y los padres que tienen una relación normal con sus hijos a veces destacan sobre el fondo y parecen bichos raros. He conocido a algunas madres a las que un psicólogo (o más habitualmente un *psicólogo* aficionado) había dicho que tenían una relación simbiótica porque daban el pecho o dormían en brazos a un niño de dos o tres años. Como si hubiéramos de tratar igual a nuestros hijos a los tres años que a los treinta.

Total, que Eppie y Aaron, los niños a los que nadie castigó jamás (bueno, unos segundos en la carbonera, una vez, y al menos a Eppie le gustó) han crecido para convertirse en los jóvenes más amables, laboriosos y educados de la aldea. Si quiere saber si se casan, tendrá que leer el libro.

Por fin, alguien se decide a drenar los famosos pozos, y en el fondo aparecen un esqueleto y un montón de oro. Parece que Dunstan, en su apresurada huida con el tesoro, no miró dónde pisaba.

—Al principio me venía la idea de vez en cuando —estaba diciendo en voz baja — de que podías convertirte otra vez en oro; porque a veces, al girar la cabeza hacia cualquier lado, me parecía ver el oro, y pensaba que me gustaría tenerlo otra vez y volver a tocarlo. Pero eso no duró mucho. Muy pronto pensé que el oro sería una maldición para mí si se te volviera a llevar, porque sentía la necesidad de verte y oír tu voz y tocar tus deditos. Tú no sabías, Eppie, eras tan pequeña... no sabías lo que tu viejo padre Silas sentía por ti.

—Pero ahora lo sé, padre —dijo Eppie—. Si no hubiera sido por usted, me habrían llevado al hospicio, y allí nadie me habría querido.

—¡Eh, mi niña preciosa!, la bendición fue para mí. Si no te hubieran enviado a salvarme, me habría ido a la tumba en mi miseria. En buena hora me quitaron el dinero, y ya ves que ha estado bien guardado, guardado hasta que tú lo necesitases. Es una maravilla, nuestra vida es una maravilla.

EL ORFANATO

Entre otros edificios públicos de cierta ciudad, que por muchos motivos será prudente que me abstenga de mencionar [...].

Así comienza *Oliver Twist*, la segunda novela de Dickens, publicada por entregas entre 1837 y 1839. ¿Le recuerda algo?

En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme [...]

Confieso que, durante mucho tiempo, cuando oía decir que el *Quijote* era una obra maestra de la literatura universal, pensaba que era una exageración patrioterica de nuestros académicos. Parece que admirar lo extranjero y despreciar lo nuestro (salvando el clima y la comida) es costumbre inveterada de los españoles, casi un rasgo de nuestro *carácter nacional*. Mi admiración por Cervantes creció cuando comprobé que, en efecto, su obra había tenido una legión de admiradores en toda Europa. Cuando vi las más de treinta escenas del *Quijote* pintadas por Jean Mosnier (1600-1656) para decorar el comedor del castillo de Cheverny, en el Loira (el castillo que Hergé transformó en el castillo de Moulinsart, donde vive el capitán Haddock, el amigo de Tintin). Cuando vi que Fielding (autor, en 1734, de un *Don Quijote en Inglaterra*) había escrito su novela *Joseph Andrews* «en imitación del modo de Cervantes», según reza la portada de la primera edición (1742). Cuando leí en *Tristram Shandy*^[13] las repetidas menciones de Sterne (1713-1768) a Don Quijote, a Sancho, a su «querido Cervantes». No entendí de verdad el humor del *Quijote* hasta que leí la descripción que Sterne hace en una carta del humor cervantino:

Estoy convencido de que la gracia del humor cervantino surge precisamente de eso: de describir sucesos absurdos e insignificantes con la pompa circunstancial de los más importantes.

La Wikipedia en inglés tiene una página titulada *Lista de obras con influencias de Don Quijote*, que recoge ocho obras de teatro, veinticuatro

novelas, veintinueve composiciones musicales... ¡y eso que ni siquiera menciona a Dickens! Volvamos con él.

Oliver Twist es la primera novela en lengua inglesa que tuvo a un niño como protagonista. No solo comienza, como otras obras que aquí mencionamos, narrando la infancia del héroe, sino que termina también durante la infancia (incluso nuestro Lazarillo de Tormes llega a casarse antes del final).

Muerta su madre durante el parto, Oliver se cría en una granja de bebés (pág. 167). Sobrevive, y al cumplir nueve años, «un niño delgado y pálido, algo diminuto en estatura y claramente pequeño en circunferencia», es transferido de la granja de bebés al hospicio (*workhouse*, literalmente «casa de trabajo»), un nombre intraducible para una institución exclusivamente británica.

La Ley de Asistencia a los Pobres de 1601 hacía a las parroquias^[14] responsables de atender a los pobres... y obligaba a los pobres a dejarse atender. El vagabundeo y la mendicidad estaban prohibidos. Mendigos, huérfanos, inválidos, parados, ancianos, todos iban a parar a *poorhouses*, «casas de pobres», que se fueron convirtiendo en *workhouses* a medida que se obligaba a trabajar a los internos. En la práctica, se había encarcelado a los pobres en centros a veces más estrictos que una cárcel. Un seis por ciento de los británicos llegaron a estar internados en un momento dado. En el siglo XIX, con la teoría de que los pobres no se esforzaban porque sabían que tendrían techo y comida gratis, se insistió en garantizar que las condiciones de vida y trabajo en un hospicio debían ser necesariamente peores que las del más pobre de los obreros. Las familias eran separadas, hombres, mujeres y niños, cada uno por su lado; la comida mala y escasa, el trabajo ocupaba dieciocho horas diarias. La institución perduró hasta 1930.

Y así regresa Oliver al hospicio donde su madre había dado a luz, y se presenta ante el comité de «caballeros gordos», y así explica Dickens, como si fuera una idea de un comité concreto de una pequeña población, lo que había ocurrido unos años antes, en todo el Reino Unido, con todo el peso de la ley:

Los miembros de este comité eran hombres muy sabios, profundos y filosóficos, y cuando dirigieron su atención al hospicio, al momento observaron lo que la gente común jamás habría descubierto: ¡que a los pobres les gustaba! Era un lugar habitual de entretenimiento público para las clases más pobres; una taberna donde no había nada que pagar; desayuno, comida, merienda y cena públicos todo el año; un elíseo de ladrillo y mortero, donde todo era diversión sin trabajar. «¡Ajá!», dijo el comité con aire enterado, «a nosotros nos toca arreglarlo; le pondremos fin en un periquete». Así que establecieron la regla de que todos los pobres debían tener la alternativa (porque ellos no obligaban a nadie, no señor) de morir de hambre gradualmente en

el hospicio, o rápidamente fuera. Con este propósito contrataron con la compañía del agua un suministro ilimitado de agua, y con un tratante de grano el suministro periódico de pequeñas cantidades de harina de avena; y proporcionaron gachas aguadas tres veces al día, con una cebolla dos veces por semana y medio panecillo los domingos. Dictaron muchas otras regulaciones sabias y humanas en relación con las señoras, que no es preciso repetir; generosamente procedieron a divorciar a los casados, para ahorrarles los grandes gastos de un proceso judicial; y, en vez de obligar a un hombre a mantener a su familia, como habían hecho con anterioridad, le quitaron a la familia, y lo convirtieron en soltero. No se sabe cuántos solicitantes de asistencia hubieran acudido de todas las clases de la sociedad, debido a estos dos últimos puntos, si no hubieran estado asociados con el hospicio; pero el comité estaba formado por hombres sagaces, que habían previsto esta dificultad. La asistencia era inseparable del hospicio y las gachas, y eso asustó a la gente.

Dickens recurre al sarcasmo porque no es posible recurrir a la exageración. Sí, los hospicios eran así: hambre, explotación, separación de las familias. Cuando Oliver tuvo la osadía de pedir un poco más de gachas para cenar fue severamente castigado y prácticamente puesto en venta. No, peor, no lo venden, lo regalan, pagan de hecho cinco libras a quien acepte quedárselo como aprendiz. Así es como Oliver empieza, con diez años, a trabajar para el enterrador local, lo que conlleva una pequeña mejora en sus condiciones de vida, pues ya en la primera noche le dejan comer unas sobras que iban a ser para el perro:

Me gustaría que uno de esos filósofos bien alimentados, que convierten en bilis lo que comen y lo que beben, que tienen la sangre helada y el corazón de hierro, hubieran visto a Oliver Twist agarrando las delicadas viandas que el perro había rechazado. Me gustaría que hubiera presenciado la terrible avidez con la que Oliver desgarraba los pedazos con toda la ferocidad del hambre. Solo hay una cosa que me gustaría más, y sería ver a ese mismo filósofo tomando con igual deleite una comida similar.

Hoy en día hay muchos menos huérfanos que en el siglo XIX (pues los padres no suelen morir jóvenes), se promueve la adopción, y en los pocas orfanatos que quedan los niños están muy bien atendidos. Pero sigue habiendo niños separados de sus padres, no por la muerte, sino por la arbitraria decisión de las autoridades.

En España, los organismos de protección al menor pueden separar a un niño de sus padres sin necesidad de orden judicial. Como oye. Hace falta una orden judicial para pincharle el teléfono, pero no para quitarle a su hijo. Porque alguno de esos «filósofos bien alimentados» de los que habla Dickens, decidió hace décadas que los trámites judiciales podían ser traumáticos para los niños. Saltémonos, pues, al juez; se trata de un simple trámite administrativo, y si los padres no están de acuerdo, son ellos los que tendrán que denunciar la decisión y esperar meses o años a la decisión judicial,

mientras el niño permanece encerrado en una institución (lo que, en opinión de dichos «filósofos», no es nada traumático).

Sacar a un adulto de su casa contra su voluntad, separarlo de su familia y amigos y meterlo en un lugar de donde no le permiten salir se llama «detener» o «encarcelar». Pero como la ley no permite encarcelar o detener a los menores de edad, sacar a un niño de su casa, separarlo de su familia y amigos y meterlo en un lugar de donde no se le permite salir (ni a sus padres entrar, salvo a veces una hora por semana o así) se llama «proteger al menor». ¿Protegido contra qué? Contra un riesgo. ¿Riesgo de qué? ¿De ser asesinado, maltratado, de caer enfermo? Solo eso ya sería un terrible abuso. No podemos detener a un adulto porque hay «riesgo de que robe un banco». O lo robó, o no lo robó. Maltratar a un niño es un delito, y los padres culpables estarán en la cárcel, o pendientes de juicio. Pero hay cientos de niños *protegidos*, separados de unos padres a los que ningún juez investiga... porque no han hecho nada ilegal.

Pero es que ni siquiera hace falta que exista riesgo de que se cometa un delito (lo que ya precisaría dotes adivinatorias). El «riesgo» del que hablan las leyes de protección del menor es indeterminado. Cualquier cosa que, a juicio del funcionario de turno, constituya un «riesgo».

He visto, como pediatra, niños arrancados de sus familias por motivos banales, y devueltos meses o años más tarde, por orden judicial, tras mucho dolor y mucho sufrimiento. Necesitaríamos a un Dickens que lo contase al mundo.

EL PERDÓN

En la parábola de Jesús, el hijo pródigo fue perdonado por su padre sin un reproche, sin una pregunta, incondicionalmente. «Traed una túnica nueva, y vestidle [...] y hagamos una gran fiesta, porque mi hijo, que estaba muerto, ha vuelto a la vida». Ni un castigo, ni unas *consecuencias*, ni unos minutos en la silla de pensar, ni un sermón... ¡Qué difícil encontrar libros actuales en que los expertos recomienden perdonar a los hijos que se *portan mal!*

Dickens va un poco más allá; habla de algo más raro y más hermoso: el niño que perdona al adulto. No más raro en la vida real, donde los niños perdonan a sus padres a diario, pero sí más raro en la literatura, donde raramente se reconocen las virtudes de los hijos o se desvelan los errores de los padres.

La tienda de antigüedades

La pequeña Nell, de casi catorce años, es huérfana y vive con su abuelo (cuyo nombre nunca nos dicen) en la tienda de antigüedades que este posee. No se deje engañar por el pomposo título en español, que sugiere lujo y dinero. Las antigüedades, hace casi dos siglos (la acción se sitúa en la década de 1820; la novela se publicó entre 1840 y 1841) no eran tan antiguas como ahora, ni tan apreciadas, ni tan valiosas; el título en inglés, *The Old Curiosity Shop*, la vieja tienda de curiosidades, resulta más adecuado.

El abuelo es muy muy viejo. Sabe que no le queda mucho tiempo de vida. Sabe que su nieta quedará sola en el mundo, y que solo una respetable fortuna puede salvarla de un terrible destino. No se especifican los temores del abuelo, pero el lector victoriano los comprendía muy bien sin necesidad de muchas explicaciones: una niña sola en el mundo acabaría, en el mejor de los casos, en una de esas terribles *workhouses* que antes hemos visto, o

trabajando como sirvienta, probablemente explotada en un régimen cercano a la esclavitud. En el peor de los casos..., bueno, ya se imaginan. El destino de una adolescente sin dinero, sin hogar y sin familia sigue siendo bastante malo. Hay que dejarle una buena herencia, que le permita conseguir una educación y un trabajo digno, o una renta suficiente para vivir sin trabajar o una dote con la que contraer en el futuro un buen matrimonio.

Al abuelo no se le ocurre otra idea, para conseguir mucho dinero en poco tiempo, que jugar a las cartas. Mala idea. Juega allí donde se apuestan grandes sumas, con «hombres que viven en el saqueo, el derroche y el tumulto», y, naturalmente, le despluman. Pierde todos sus ahorros, pero sigue engañándose a sí mismo, convencido de que podrá recuperarlo en un golpe de suerte, y pide dinero a un prestamista para seguir jugando. Mala idea. Pierde su tienda, pierde su casa, y aún debe dinero. Cuando finalmente la realidad de su ruina le alcanza, cuando no puede seguir manteniendo sus ridículas ilusiones, cae enfermo.

A la mañana siguiente, el anciano tenía una fiebre elevada acompañada de delirio, y durante muchas semanas yació sumergido bajo los efectos de la enfermedad, con inminente peligro para su vida.

Pasado lo peor de su enfermedad, pide perdón a su nieta; pero ella, como el padre del hijo pródigo en el relato evangélico, no le deja siquiera arrodillarse:

—¿Perdonarle, el qué? —dijo Nell, interponiéndose para impedirlo—. Oh, abuelo, ¿qué debo perdonarle?

—Todo lo que ha pasado, todo lo que te ha sucedido, Nell, todo lo acaecido en ese inquieto sueño —respondió el anciano.

—No diga eso —dijo la niña—. No, por favor. Hablemos de otra cosa.

Ni «Mira, abuelo, lo que has hecho», ni «¿Pero a quién se le ocurre jugárselo todo a las cartas!», ni «¿Pero cómo has podido hacerme esto?». Sin una queja, sin una sola palabra de reproche, la niña toma de la mano a este hombre abatido por la culpa, la ruina, la edad y la enfermedad, a este hombre que ha perdido la fuerza, la iniciativa y la esperanza, y se lo lleva por los caminos y aldeas de Inglaterra, siempre huyendo de los acreedores:

La niña le tomó de la mano, y bajaron con cuidado la escalera [...].

—¿Hacia dónde? —dijo la niña.

El anciano miró, dudoso y desvalido, primero a ella, luego a derecha e izquierda, luego a ella otra vez, y movió la cabeza. Estaba claro que ella era desde ese momento su guía y su líder. La niña lo comprendió, pero no tuvo dudas o recelos, y tomando su mano, le guio con dulzura.

Es el plan que ella misma había propuesto semanas antes, cuando comprendió que la ruina era total e inevitable mientras su abuelo todavía confiaba en una

milagrosa recuperación:

—Seremos mendigos —dijo la niña, rodeándole el cuello con un brazo—, no tengo miedo de que nos falte nada, seguro que no nos faltará. Iremos de pueblo en pueblo, dormiremos en los campos y bajo los árboles, y nunca volveremos a pensar en dinero, ni en ninguna otra cosa que le ponga a usted triste, sino que descansaremos por la noche, y por el día tendremos el sol y el viento en la cara, y daremos juntos gracias a Dios. No pisaremos nunca más habitaciones oscuras ni casas tristes, sino que vagaremos por aquí y por allá como queramos, y cuando esté usted cansado, se parará a descansar en el lugar más agradable que encontremos, y yo iré a pedir para los dos.

Nell no intenta educar a su abuelo, modificar su conducta o hacerle ver las consecuencias de sus actos. Solo intenta cuidarle, protegerle y demostrarle su amor. El resto del libro relata su huida, sus aventuras, sus penalidades y sus alegrías.

Hoy en día, algunos que se dedican a producir telebasura intentan justificarse diciendo que eso es lo que el público pide. Yo creo que es al revés, que el público a veces consume basura porque no le ofrecen nada mejor. El interés por las novelas de Dickens (y de otros escritores de la época) era extraordinario. Son obras largas y complejas, de lectura a veces difícil, con amplio vocabulario y con sintaxis enrevesada, en una época en que buena parte de la población era analfabeta o vivía rozando la pobreza. Y aun así, cada entrega mensual de *La tienda de antigüedades* vendía cien mil ejemplares. Hacia el final, para recibir el barco que venía de Inglaterra, en los muelles de Nueva York se agolpaba una multitud enfervorecida, preguntando a gritos a los pasajeros si la pequeña Nell había muerto.

La pequeña Dorrit

Amy Dorrit, la protagonista de la novela publicada por Dickens entre 1855 y 1857, nació en Londres, en la prisión de Marshalsea, donde su padre estaba preso por deudas. En aquel tiempo, al deudor le quitaban todo el dinero, los muebles, la casa, y si todavía debía algo, le metían en la cárcel hasta que pagase. La familia podía ir a vivir en la cárcel con el preso (el sistema era compasivo: ¡ya no tenían casa!), solo que los familiares podían entrar y salir durante el día, y el preso tenía que quedarse dentro. Los familiares tenían que salir a trabajar, claro; que estamos muy bien acostumbrados a que en la cárcel nos lo den todo gratis.

El señor Dorrit está en prisión por ingenuo. Por no decir tonto. Se ha metido en negocios de los que no entiende nada; lo ha perdido todo y no sabe cómo. El primer día de su cautiverio pregunta al carcelero si es posible traer a sus hijos, y a este le bastan unos minutos para darse cuenta de que el señor Dorrit no se entera de nada:

—Bueno, el Señor le ha puesto en el sitio ideal; aquí hay niños como en un patio de escuela. ¡Niños! Pero si se meten por todas partes. ¿Cuántos tiene usted?

—Dos —dijo el deudor, llevándose de nuevo la mano irresoluta a los labios, y volviendo a la prisión.

El carcelero le siguió con la mirada. «Y tú otro —pensó—, lo que hace tres. Y tu esposa otra, me juego una corona^[15]. Lo que hace cuatro. Y otro en camino, me juego media corona. Lo que hará cinco. Y me jugaría otra corona y media por decir cuál va más perdido, el niño por nacer o tú».

Nace la pequeña Dorrit en la prisión, y a los ocho años muere su madre. Su padre es el preso más antiguo, el único que nunca consigue rehacerse, pagar sus deudas y salir. Un hombre instruido, se cree de alguna manera un personaje importante; recibe a los nuevos presos como un rey concediendo audiencias, los despide cuando recuperan la libertad y a menudo obtiene alguna moneda de propina, que acepta como una muestra de homenaje; llega a ser conocido como el Padre de Marshalsea. Poco a poco, ante la absoluta incapacidad de su padre, es la niña la que se va haciendo cargo de todo, la que controla la economía familiar, la que busca escuela para sí misma y sus hermanos:

Ocupó el puesto de hermana mayor, en todo menos en privilegio; era la cabeza de la caída familia, y soportaba en el corazón sus temores y sus vergüenzas.

A los trece, sabía leer y llevar las cuentas; es decir, podía anotar en palabras y cifras cuánto costarían sus más básicas necesidades y cuánto les faltaba para cubrirlas. Había ido a temporadas, varias semanas cada vez, a una escuela nocturna en el exterior, y había conseguido que su hermana y su hermano fueran intermitentemente a escuelas diurnas, durante tres o cuatro años. No había para ellos ninguna educación en casa; pero la niña sabía mejor que nadie que un hombre lo bastante hundido como para ser El Padre de Marshalsea no podía ser el padre de sus propios hijos.

A los trece años consigue que una presa le enseñe a coser, y a partir de entonces sale cada día a trabajar, cosiendo en una casa durante doce horas, y siempre con sumo cuidado para ocultar que está trabajando, para no humillar a su padre con la realidad de que es un inútil y su hija le mantiene.

Porque Amy quiere con locura a su padre. Como Nell, la de la tienda de antigüedades; como Sissy y Louisa Gradgrind, a las que conoceremos más adelante (*págs. 111 y siguientes*), Amy perdona a su padre sin una queja, sin un reproche. Su padre, que por su mala cabeza ha dejado caer a su familia en

la miseria y no es capaz de hacer nada para arreglarlo, que finge vivir como un caballero mientras su hija mendiga primero y trabaja después para mantenerle. Su culpa, en la Inglaterra victoriana, era aún mayor, porque el cabeza de familia tenía, entonces, todo el poder y toda la autoridad. Y, ya sabe, un gran poder conlleva una gran responsabilidad. Sí, los varones tenían entonces privilegios, pero también deberes. Un padre tiene la obligación de mantener dignamente a su esposa y a sus hijos, y el señor Dorrit ha fracasado estrepitosamente.

Y ese fracaso era todavía más grave en Inglaterra que en España, debido a consideraciones sociales y morales que al parecer tienen que ver con la ética protestante del trabajo. El catolicismo tradicionalmente ha sido compasivo con el pobre y desconfiado hacia el rico. Ya sabe, «los últimos serán los primeros», «bienaventurados los pobres», «es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el Reino de los Cielos». Es frecuente que, al hablar de una persona rica, alguien comente «lo que habrá robado ese». En los países protestantes, en cambio, tienden a pensar que Dios recompensa con riquezas a los que se portan bien. Ser rico es la prueba palpable de que eres buena persona. Ser pobre indica, como mínimo, que no te has esforzado lo suficiente, y tal vez incluso que has sido malo y has recibido tu castigo. Nos hemos acostumbrado a oír, en películas y series de televisión, la frase «eres un perdedor», pronunciada siempre con tremendo desprecio. No sé si los más jóvenes, de tanto oírlos, la habrán aceptado e incluso repetido, pero les aseguro que hace unos años era absolutamente impensable, en España, insultar a alguien llamándole «perdedor». Se insultaba con «eres estúpido», «eres un sinvergüenza», «eres un canalla»..., pero ser un perdedor (es decir, ser pobre, o estar en paro, o haber fracasado en un negocio) no era motivo de insulto sino de compasión.

Dorrit es, definitivamente, un *loser*. Pero su hija le perdona.

La novela se publicó entre 1855 y 1857, pero está ambientada treinta años antes, en 1825. La prisión de Marshalsea se clausuró en 1842:

Treinta años atrás se alzaba aquí, a poca distancia de la iglesia de San Jorge, en el barrio de Southwark, a mano izquierda de la carretera que va hacia el sur, la Prisión de Marshalsea. Había estado allí muchos años antes, y siguió estando algunos años después; pero ya no está, y el mundo no ha perdido nada con ello.

La prisión fue demolida en la década de 1870, aunque alguno de los edificios subsistió hasta 1955. En la actualidad solo queda un muro de ladrillo con un par de puertas, un muro que curiosamente se ha dado la vuelta: lo que era la parte de dentro es ahora un estrecho callejón que lo separa de un edificio

moderno; en lo que antes era su parte de fuera, el muro cierra ahora el jardín de la iglesia de San Jorge. Hacia ese muro arrastré a mi familia a finales de 2016, con la trémula emoción de un peregrino. Hay allí una placa en memoria de los dos inquilinos más célebres de la prisión, el de carne y hueso y la de ficción. Tenía una salpicadura de barro, que limpié con el pañuelo antes de hacerle una foto. Dice así:

PRISIÓN DE MARSHALSEA

Tras este viejo muro estaba la Prisión de Marshalsea, cerrada en 1842. Esta placa está colocada sobre un resto del muro de la prisión. Charles Dickens, cuyo padre había estado preso aquí por deudas en 1824, usó la experiencia para ambientar en Marshalsea su novela *La pequeña Dorrit*.

Dickens, en efecto, conocía bien la prisión de Marshalsea, porque su padre también fracasó en su misión de mantener a su familia. Con doce años, tuvo que trabajar diez horas al día para sustentar a su madre y a sus hermanos pequeños. Aunque el cautiverio de su padre duró solo tres meses (la muerte de la abuela le permitió pagar sus deudas con la herencia), Dickens fue obligado por su madre a seguir trabajando en la fábrica durante algunos meses más, lo que parece que le dolió mucho y recordó amargamente toda su vida. No sé si eso tiene que ver con que sus obras estén llenas de niñas que perdonan a sus padres, más que de niños que perdonan a sus madres.

LOS VALORES

Jane Austen (1775-1817) era la séptima de ocho hijos de un pastor protestante en un pueblecito de Inglaterra. *La abadía de Northanger* fue publicada póstumamente en 1817, y su protagonista, Catherine Morland, es la cuarta de diez hijos de un pastor protestante. Sin duda la autora incluyó en el relato algunos detalles de su propia vida.

La novela es una parodia de las novelas góticas^[16], tan de moda en el siglo XVIII y principios del XIX. Una parodia y al mismo tiempo un homenaje, como el *Quijote* lo es de los libros de caballerías. Catherine tiene diecisiete años y nula experiencia de la vida cuando la señora Allen, vecina y amiga de su madre, le ofrece pasar con ella seis semanas de vacaciones en Bath, el «Puerto Banús» de su época, una lujosa ciudad de vacaciones construida en torno a un manantial de aguas termales. Las damas y caballeros de cierta edad iban a tomar las aguas esperando mejorar de su gota o su reumatismo, mientras sus hijos o nietos se divertían y buscaban un buen partido para casarse. Lujosos edificios georgianos; calles anchas, pavimentadas, con aceras (muy distintas de los callejones embarrados de buena parte del Londres de la época); tiendas que exhibían sus artículos de lujo tras escaparates de entonces carísimo cristal. Había dos salas de baile, teatros, orquestas...

Una chica de pueblo que sale por primera vez de casa no puede dejar de quedar fascinada. Los vestidos, los sombreros, los bailes, las calles llenas de gente... Su padre, siendo pastor protestante, parece que debería haberla advertido contra el libertinaje y la disipación; pero no la advirtió de nada. Tal vez su vida en el campo le ha hecho tan inocente que ni siquiera imagina que en Bath pueda haber peligros para su hija. Su madre solo le da un importante consejo al despedirla: ¡que se abrigue! Sí, parece que las madres ya daban esos consejos en el siglo XVIII. La señora Allen, que se supone que debe guiarla, solo la aconseja sobre telas y vestidos.

En Bath encuentra jóvenes vacuos y arrogantes, que solo piensan en su propia diversión y en la caza de un matrimonio ventajoso (de hecho, buscan la

compañía de Catherine porque piensan, erróneamente, que su familia es rica). Pero Catherine tiene sus propios criterios morales; rechaza participar en algunos actos, se indigna ante otros, se avergüenza y se disculpa por sus errores. Rechaza al petimetre egoísta que solamente sabe hablar de caballos, y se interesa en cambio por un joven educado, respetuoso, inteligente, de agradable conversación, ¡y que además es pastor protestante en un pueblecito! Tomar las decisiones correctas bajo la vigilante mirada de su padre el pastor no hubiera tenido mucho mérito; pero Catherine lo ha hecho sola, por su propia iniciativa, en un ambiente adverso.

Y entonces el lector (este lector, al menos) sospecha que el primer capítulo no está en el libro por casualidad. El primer capítulo está totalmente descolgado del resto de la historia; nos habla de una Catherine de diez años. Parece que sea solo un pretexto para una hilarante sátira de la novela gótica. Pero creo que en realidad Austen ha querido explicarnos cómo cree ella, la hija de un pastor protestante a comienzos del siglo XIX, que hay que educar a una niña para que se convierta en una adolescente sensata, con fuertes principios morales, capaz de tomar decisiones correctas en circunstancias adversas. Lo que hoy en día llamaríamos «educar en valores». ¿Cómo piensa que sería la educación de Catherine, niña en las postrimerías del siglo XVIII? ¿La imagina en severo internado (como el que sufrieron las hermanas Brontë)? ¿Obligada a seguir interminables lecciones? ¿Bajo una férrea disciplina, «hay que acabar lo que empiezas», «te has comprometido y ahora no lo puedes dejar a medias»? ¿Piensa que en aquellos tiempos los juegos y actividades de niñas y niños eran muy distintos, y las barreras insuperables? Pues bien:

Le gustaban todos los juegos de chicos, y prefería el *cricket* no solo a las muñecas, sino también a los pasatiempos más heroicos de la infancia, como cuidar un lirón, dar de comer a un canario o regar un rosal. De hecho, no tenía ninguna afición por la jardinería, y si alguna vez cogía flores era principalmente por el placer de la travesura, o al menos eso se suponía por el hecho de que siempre prefería las que le habían prohibido cortar. Tales eran sus inclinaciones; sus habilidades eran igual de extraordinarias. Nunca pudo aprender o comprender nada antes de que se lo explicasen, y a veces ni siquiera después, porque a menudo estaba distraída, y en ocasiones atontada. Su madre tardó tres meses en enseñarle a recitar «La súplica del mendigo»^[17]; y al final su siguiente hermana, Sally, la podía recitar mejor que ella. No es que Catherine fuera siempre estúpida, en absoluto; aprendió la fábula de «La liebre y sus amigos»^[18] tan rápidamente como cualquier niña de Inglaterra. Su madre quería que aprendiera música, y Catherine estaba convencida de que le iba a gustar, porque le encantaba aporrear las teclas de la vieja espineta olvidada; así que a los ocho años empezó. Estudió durante un año, y no lo pudo soportar, y la señora Morland, que no insistía en que sus hijas aprendieran las cosas a pesar de su falta de capacidad o interés, le permitió dejarlo. El día en que despidieron al maestro de música fue uno de los más felices en la vida de Catherine. Su afición al dibujo no era

superior, aunque siempre que conseguía un sobre usado de su madre o cualquier otro pedazo de papel, hacía lo que podía en ese sentido, dibujando casas y árboles, gallinas y pollos, todos muy parecidos unos a otros. Su padre le enseñó a escribir y las cuatro reglas; su madre, francés. No destacó en ninguna de esas materias, y se saltaba las clases siempre que podía. ¡Qué carácter más extraño, más inexplicable! Porque, con todos estos síntomas de gamberrismo a los diez años, no tenía ni un mal corazón ni un mal carácter, raramente era obstinada, casi nunca se peleaba, era muy amable con los más pequeños, con una pocas interrupciones de tiranía; era más bien ruidosa y salvaje, odiaba estar en casa y estar limpia, y nada le gustaba tanto en el mundo como bajar rodando por la verde ladera detrás de la casa.

En aquellos tiempos, sin teléfono (y no digamos sin grupo de WhatsApp de la escuela), un niño podía hacer novillos en la confianza de que el maestro no podría avisar a sus padres hasta al cabo de varias horas. Pero hacer novillos cuando las clases te las da tu padre el pastor, hay que reconocer que tiene su mérito.

La casa donde vivió Jane Austen en su infancia, la rectoría de Steventon, fue demolida hace tiempo. Los fans de la escritora han llenado internet de fotos en que se puede contemplar la verde ladera detrás de la casa. Otra casa en la que vivió más tarde, en Chawton, a solo veinticinco kilómetros, es ahora su museo, y contiene una vieja espineta olvidada.

EL EJEMPLO

Lo explica Alexandre Dumas (buen amigo de Victor Hugo) en *Veinte años después* (la segunda parte de *Los tres mosqueteros*). Athos ha adoptado a un niño (bueno, es un poco complejo, dice que lo ha adoptado y luego resulta que es su hijo natural), y eso le ha cambiado, le ha convertido en una persona mejor (otro adulto rescatado por un niño). Athos ha comprendido la necesidad de ser mejor, porque solo así podrá educar a su hijo:

Pues bien, este niño me ha hecho reencontrar todo lo que había perdido; ya no tenía el valor de vivir para mí, he vivido para él. Le he dado el ejemplo, D'Artagnan. Los vicios que tenía, los he corregido; las virtudes que no tenía, he fingido tenerlas.

¿Fingir las virtudes? Lo dice por modestia, por no decir «me he vuelto muy virtuoso». De los vicios dice haberse corregido, no solo fingirlo.

¿De qué vicios y virtudes están hablando? Tanto Athos, el personaje, en el siglo XVI, como Dumas, el autor, en el XIX, tenían sin duda una completa formación religiosa y filosófica. Están pensando en los pecados capitales y sus correspondientes virtudes que hasta hace bien poco aprendíamos los niños de memoria: «contra soberbia, humildad; contra avaricia, generosidad; contra lujuria, castidad; contra ira, paciencia; contra gula, templanza; contra envidia, caridad; contra pereza, diligencia». Y también en las virtudes cardinales, una clasificación anterior al cristianismo: prudencia, fortaleza, justicia y templanza. Sin olvidar las virtudes de la tradición romana: clemencia, dignidad, frugalidad, seriedad, verdad, laboriosidad, tenacidad...

Suelo decir que los premios y castigos no son útiles en la educación de los niños. Primero, porque los estudios científicos muestran que no son efectivos; y sobre todo, porque de alguna manera corrompen los fundamentos de la conducta moral. Hay que hacer el bien sin esperar un premio, y abstenerse de hacer el mal aunque no se tema un castigo. ¿No sería este «fingir las virtudes» también algo corrupto, como hacer el bien solo por un premio? No, es un caso muy distinto, porque Athos no espera un premio. No intenta parecer lo que no es para conseguir un empleo o para seducir a una mujer. Está intentando

convertirse en un buen ejemplo para su hijo, algo en sí mismo bueno y desinteresado. Se está haciendo virtuoso por amor a ese hijo. Y así Raoul, el hijo de Athos, se convierte en uno más de los muchos niños que hemos visto en estas páginas guiando a sus padres o abuelos. Guiándole, involuntariamente, por su sola presencia, hacia la virtud.

LAS HERMANAS BRONTË

Es un prodigio como nunca vieron los tiempos. En 1846, tres hermanas, Charlotte, Emily y Anne, publicaron conjuntamente un libro de poemas. Tenían en ese momento treinta, veintiocho y veintiséis años. Tuvieron que pagar de su bolsillo la impresión, pues al editor no le pareció un libro muy comercial. Y en efecto, vendieron solo tres ejemplares. Exactamente tres. Eso sí, uno de los lectores quedó tan satisfecho que les escribió para pedirles un autógrafo, que aún se conserva.

Animadas por el éxito de sus poemas, las tres hermanas se pusieron de acuerdo para escribir una novela cada una. Un año más tarde, en 1847, tras el rechazo de una docena de editoriales, consiguen publicar tres obras maestras: *Jane Eyre*, *Cumbres borrascosas* y *Agnes Grey*. No pudieron escribir mucho más, les faltó el tiempo. Entre las tres, solo siete novelas. Pero bastaron aquellas tres primeras obras para darles un puesto en la historia de la literatura universal.

Les faltó tiempo porque la historia de la familia Brontë nos muestra también lo frágil que era la vida de nuestros antepasados hace casi dos siglos, antes de los grandes avances de la sanidad pública (agua clorada, alcantarillado eficiente, refrigeración, control sanitario de los alimentos) y de la medicina (especialmente vacunas y antibióticos)^[19]. Ninguna llegó a cumplir cuarenta años.

Su madre, Maria Branwell, era la octava de doce hermanos, aunque solo seis habían llegado a la edad adulta. En 1812, con veintinueve años, habiendo muerto sus padres, fue a visitar a sus tíos, que estaban abriendo una escuela para hijos de pastores metodistas. Allí conoció a uno de los examinadores, un pastor anglicano y poeta menor, de treinta y cinco años, llamado Patrick Brontë. Fue un amor a primera vista, y se casaron antes de acabar el año. En los siguientes ocho años tuvieron seis hijos. La más pequeña apenas había cumplido un año cuando Maria sufrió un cáncer de ovario, del que murió unos meses más tarde, a la edad de treinta y ocho.

Poco después, la tuberculosis empezó a cebarse en la familia Brontë, llevándose uno tras otro a los seis hermanos. La mayor, Maria, murió a los once años, y un mes más tarde, la segunda, Elizabeth. Veintitrés años más tarde murió el cuarto hermano y único varón, Patrick Branwell, pintor mediocre y escritor prometedor hasta que cayó en el alcoholismo y la adicción al opio; tenía treinta y un años. Tres meses más tarde, con treinta años, murió la quinta hermana, Emily, la autora de *Cumbres borrascosas*; y cinco meses después, con veintinueve años, murió la más pequeña, Anne, la autora de *Agnes Grey*. Charlotte, la tercera hermana, autora de *Jane Eyre*, les siguió a la tumba seis años después, sin haber cumplido los treinta y nueve. Estaba embarazada.

Tras enterrar a su esposa, a sus seis hijos y a su único nieto no nacido, el reverendo Brontë tuvo la dudosa fortuna de vivir hasta los ochenta y cuatro años.

Y esto en una familia relativamente acomodada; un padre culto que pudo permitirse el lujo de enviar a sus hijas a estudiar a Bélgica. La vida de nuestros tatarabuelos no era fácil. La muerte, sobre todo la muerte de un niño, no era una posibilidad remota, sino una amenaza cotidiana. El señor Brocklehurst, el despótico maestro de Jane Eyre, se lo deja bien claro en su primera entrevista, convencido de que esta idea ayuda a los niños a portarse bien:

Niños más pequeños que tú mueren todos los días. Enterré a un niño de cinco o seis años hace solo un par de días; un niño bueno, cuya alma está ahora en el cielo.

EL INTERNADO

Jane Eyre empieza cuando la protagonista tiene diez años, y empieza fuerte. Ya en la primera página, Jane (que habla en primera persona, como si escribiera sus memorias) nos dice que tenía sentimientos:

[...] y un corazón entristecido por las regañinas de Bessie, la niñera, y humillado por la conciencia de mi inferioridad física ante Eliza, John y Georgiana Reed.

Sí, los niños tienen sentimientos; se entristecen cuando les riñen. ¿Por qué los libros modernos que nos recomiendan técnicas y estrategias para educar a nuestros hijos nunca nos advierten cómo se sentirán nuestros hijos al aplicarlas?

La señora Reed (más tarde sabremos que es la tía de Jane) ha reunido en torno a sí, suponemos que para hacer algo agradable, a sus hijos Eliza, John y Georgiana; pero mantiene alejada a Jane, castigada por un delito (del que nada sabemos) por el que la había reñido la niñera. Como muchos disciplinarios actuales, la señora Reed recurre al viejo truco de fingir que no es responsable de sus actos, que no castiga porque quiere, sino que se ve obligada a hacerlo por la conducta de Jane:

Lamentaba estar en la necesidad de mantenerme a distancia; pero hasta que escuchase de Bessie, y pudiera descubrir por su propia observación, que yo estaba esforzándome de verdad para adquirir una disposición más sociable y apropiada para un niño, un comportamiento más vivaz y atractivo, algo por así decirlo más ligero, más franco, más natural, no le quedaría más remedio que excluirme de los privilegios destinados solo a los niños contentos y felices.

Ya ha salido la odiosa palabra, «privilegios». Sí, muchos libros y expertos actuales hablan de la «retirada de privilegios» como si fuera una medida educativa útil y conveniente. Como si todo aquello que para un adulto es simplemente cotidiano y normal (salir al jardín, comer postre, reír, hablar con los amigos, ir al cine o simplemente salir de la habitación) fuera, para los niños, *un privilegio*.

A continuación, Jane hace una pregunta muy normal y muy inocente, y la indignada respuesta es sospechosamente parecida a la «silla de pensar»:

—¿Qué dice Bessie que he hecho? —pregunté.

—Jane, no me gustan los protestones y los preguntones; además, un niño que habla así a sus mayores resulta realmente agresivo. Siéntate en cualquier sitio, y quédate sentada hasta que seas capaz de hablar de forma agradable.

Esta es solo la primera página de la novela, de una novela que ya ha cumplido más de un siglo y medio, y ya se han criticado y ridiculizado varios de los lugares comunes de cierta pedagogía moderna: el castigo, la retirada de privilegios, la silla de pensar, el «a mí no me repliques». Como otros muchos autores de los que hablaremos, Charlotte Brontë solo cita estos métodos para denostarlos, para mostrarnos que son injustos, crueles o ridículos. Los buenos padres hacían otras cosas.

En el segundo capítulo continúan las vejaciones y los castigos, y aparece otro mito que todavía se escucha en la actualidad: el niño como consumado actor de teatro. Jane ha sido encerrada en el cuarto oscuro, y en un momento dado le parece ver un fantasma y grita aterrorizada, hasta que acuden las sirvientas y finalmente la señora:

—¡Oh, tía, tenga piedad! ¡Perdóneme! No puedo soportarlo, ¡póngame otro castigo! Me moriré si...

—¡Silencio! Esta violencia es repugnante. —Y así lo sentía ella, sin duda. Yo era a sus ojos una actriz precoz; me veía sinceramente como una mezcla de pasiones virulentas, mezquindad y peligrosa hipocresía.

Cuando al día siguiente intenta explicarle sus miedos a la niñera, la Jane adulta, que es la que cuenta la historia, hace una profunda reflexión sobre el pensamiento de la Jane niña, de los niños en general:

—[...] y además, soy desgraciada, muy desgraciada, por otras cosas.

—¿Qué otras cosas? ¿Puedes contarme alguna?

¡Cómo me hubiera gustado responder a esa pregunta! ¡Qué difícil era formular una respuesta! Los niños pueden sentir, pero no pueden analizar sus sentimientos, y si el análisis se realiza parcialmente en la mente, no saben cómo expresar en palabras el resultado del proceso.

Le faltan las palabras, dice, pero apenas unos días más tarde las encontró de pronto, para soltarle a su tía un discurso que dejó a la señora asustada y casi humilde:

Piensa usted que no tengo sentimientos, y que no necesito un poco de amor o de cariño; pero yo no puedo vivir así, y usted no tiene compasión. Hasta el día de mi muerte recordaré cómo me metió a empujones en la habitación roja, por la fuerza y a lo bruto, y me encerró con llave; a pesar de que yo estaba sufriendo, a pesar de que yo gritaba, ahogada de angustia, «¡Tenga piedad, tenga piedad, tía Reed!». Y ese

castigo me lo hizo sufrir porque su malvado hijo me pegó, me tiró al suelo sin motivo. Así mismo se lo voy a contar a todo el que me pregunte. La gente piensa que es usted buena, pero es mala y no tiene corazón. Es *usted* una mentirosa.

Jane Eyre es huérfana, hija de un humilde pastor protestante que, atendiendo a los enfermos pobres durante una epidemia de tifus, enfermó y murió cuando ella era apenas un bebé. La madre se contagió y le siguió a la tumba tras un mes. Su tío Reed, el hermano de su madre, la acogió en su familia, pero murió unos meses más tarde. Desde entonces su tía la ve como una intrusa, como una pesada carga, y sus primos la desprecian y la maltratan. Bessie, la niñera, es la única que la trata con cariño, aunque a menudo también la riñe. Pero Jane (que, recordemos, lo explica cuando ya es adulta, y no lo cuenta, por tanto, con ojos de niña, sino con la reflexión de una mujer que ha trabajado como institutriz) tiene bien claro que Bessie no era buena niñera porque reñía, sino a pesar de ello:

[...] me arropó y me besó dos veces, y dijo: «Buenas noches, señorita Jane». Cuando era tan dulce, Bessie me parecía la mejor persona del mundo, la más guapa y buena; y yo deseaba con todo mi ser que fuera siempre tan agradable y amable, y que no volviera a mangonearme, reñirme o sobrecargarme de trabajo como solía hacer. [...] pero tenía un temperamento nervioso y caprichoso, y unas ideas poco claras sobre la justicia o los principios. Pese a todo, tal como era, yo la prefería a cualquier otra persona en Gateshead Hall.

Cuando finalmente su tía decide quitársela de encima enviándola a un internado, Jane está decidida a pasar en paz sus últimas horas con su niñera:

—Bessie, tienes que prometerme que no me volverás a reñir hasta que me vaya.

Bessie así lo prometió, y lo cumplió:

La tarde transcurrió en paz y armonía, y por la noche Bessie me contó algunos de sus cuentos más emocionantes, y me cantó algunas de sus canciones más dulces. La vida, incluso para mí, tenía sus rayos de sol.

Aunque la tía Reed es rica, no piensa gastar ni un penique en un internado de pago. Envía a Jane a Lowood, un centro benéfico para huérfanas pobres, regido con mano de hierro por el señor Brocklehurst, un pastor protestante decididamente partidario de varias virtudes cristianas: la pobreza, la mortificación, la humildad, la férrea disciplina, la renuncia a los bienes materiales..., pero que no parece saber nada sobre otras virtudes tal vez aún más cristianas, como la generosidad, el amor o el perdón. Más aún, el señor Brocklehurst parece convencido de que aquellas secas virtudes son muy buenas para las niñas huérfanas, pero totalmente innecesarias para sí o para sus propias hijas, y así lo revela a la tía Reed para convencerla de las

bondades de su institución, sin que ninguno de los dos parezca notar la contradicción:

—La humildad es una virtud Cristiana, y una particularmente apropiada para las alumnas de Lowood, así que he ordenado que se ponga especial cuidado en cultivarla entre ellas. He estudiado la mejor manera de mortificar en ellas el mundanal sentimiento de orgullo; y, justo el otro día, tuve una agradable prueba de mi éxito. Mi segunda hija, Augusta, fue con su mamá a visitar la escuela, y a la vuelta exclamó: «Oh, querido papá, qué calladas y vulgares parecen todas las chicas de Lowood, con el pelo peinado detrás de las orejas, y sus largos delantales, y esos bolsillitos cosidos a la ropa, ¡son casi como los hijos de los pobres! —dijo— y miraban mi ropa y la de mamá como si no hubieran visto nunca un vestido de seda».

En Lowood hay unas ochenta chicas, de entre nueve y veinte años, ateridas de frío y sometidas a una dieta de poco más que pan y agua. En un día cualquiera se levantan antes del alba, rezan, van a clase, desayunan *porridge* (gachas de avena) que a veces está quemado y es incomible, luego vuelven a ir a clase, para comer una cantidad «aceptable» de una especie de estofado maloliente que «consiste en patatas insípidas y extraños pedazos de carne, mezclados y cocidos juntos»; luego, más clases. A las cinco, «una taza pequeña de café, y media rebanada de pan moreno». Unas horas de estudio, y un resopón consistente en agua y «un delgado pastel de avena». A veces, cuando el *porridge* está tan quemado que es imposible de comer, y para asombro de las otras profesoras, la amable maestra principal, la señorita Temple, les ofrece como compensación una comida extra, consistente en pan y queso, «bajo su responsabilidad»; tan extraordinario lujo le cuesta una severa reprimenda del director. El domingo hay que andar dos millas, bajo la lluvia o la nieve, con mal calzado y peor abrigo, para ir a la iglesia en que predica el señor Brocklehurst y asistir al servicio de la mañana y al de la tarde. En medio les dan carne fría y pan, y a la hora del té la media rebanada de pan se convierte en «una rebanada entera con la deliciosa adición de una fina capa de mantequilla». El hambre es tan terrible que las chicas mayores roban el pan a las más pequeñas. No, la autora no nos muestra una imagen idealizada de la infancia, pequeños querubines compartiéndolo todo como hermanas. Sabe que el hambre y el sufrimiento pueden despertar los peores instintos de las personas^[20].

En Lowood, Jane pronto entabla amistad con una niña de trece años, Helen Burns, inteligente, amable, paciente... y desordenada, por lo que una de las maestras, la señorita Scatcherd, la humilla y castiga brutalmente. La misma Jane es sometida a terribles humillaciones por el director en persona (que ha sido informado por tía Reed de que Jane es una mentirosa y una

desagradecida, y considera necesario explicarlo ante todas las alumnas, para que vean cómo es una persona poseída por el Maligno):

Esto lo supe por su benefactora, por la dama piadosa y caritativa que la adoptó siendo una huérfana y la crio como a su propia hija, y cuya bondad y generosidad la infeliz niña pagó con una ingratitud tan malvada, tan terrible, que al final su excelente protectora se vio obligada a separarla de sus propios hijos, temerosa de que su vicioso ejemplo pudiera contaminar su pureza.

¿Han oído alguna vez eso de que los adultos debemos apoyarnos siempre unos a otros, formar un frente común ante los niños? ¿Que el padre no debe desautorizar a la madre, ni al revés, y que ninguno de los dos debe desautorizar a los profesores? Pues la señorita Temple, la excelente maestra, no cree nada de eso. Piensa que buscar la verdad y la justicia es más importante que dar respaldo ciego a su director. Piensa que los niños tienen al menos los mismos derechos que los adultos, y así se lo dice a Jane:

—Bueno, Jane, ya sabes, y si no, te lo digo yo, que cuando se acusa a un criminal siempre se le permite hablar en su defensa. Te han acusado falsamente; defiéndete ante mí lo mejor que puedas. Di la verdad según la recuerdas, pero no añadas nada ni exageres nada.

Se escucha a la acusada, se piden aclaraciones a un testigo, y finalmente unos días más tarde, se ofrece a Jane una reparación pública:

La señorita Temple, tras convocar a toda la escuela, anunció que se había investigado sobre las acusaciones contra Jane Eyre, y que tenía la gran alegría de poder declararla completamente exculpada de cualquier imputación. Entonces las maestras me estrecharon la mano y me besaron, y un murmullo de satisfacción recorrió las filas de mis compañeras.

Poco después hay una epidemia de tifus, más de la mitad de las alumnas caen enfermas, muchas mueren. Helen muere durante la epidemia, pero no de tifus, sino de tuberculosis. La epidemia saca a la luz las insalubres condiciones de la escuela y la mala alimentación; entran en la junta de gobierno varios

caballeros de mentes bastante más abiertas y comprensivas, [...] que sabían cómo combinar la razón con la severidad, el bienestar con la economía y la compasión con la rectitud.

Se construye un nuevo edificio más adecuado, cambia la cocinera, la alimentación mejora, y Jane permanece en la escuela durante ocho años, seis como alumna y dos como profesora, antes de emplearse como institutriz en casa del señor Rochester, donde encontrará el misterio, la aventura y el amor.

Lowood es una recreación novelada de la Clergy Daughters' School (Escuela de Hijas del Clero) en Cowan Bridge, donde cuatro de las hermanas

Brontë, Maria, Elizabeth, Charlotte y Emily, estudiaron durante un año, entre 1824 y 1825. Entraron en la escuela con diez, nueve, ocho y seis años, respectivamente. Elizabeth Gaskell, amiga y primera biógrafa de Charlotte, dice haberla oído decir en varias ocasiones que

aunque no había una palabra en su descripción de la institución que no fuera cierta en la época en que la conoció; dijo también que no había considerado necesario, en una obra de ficción, relatar cada detalle con la imparcialidad que podría exigirse ante un tribunal, ni buscar los motivos y hacer concesiones por las debilidades humanas, como hubiera hecho si analizase desapasionadamente la conducta de quienes dirigían la institución^[21].

Tras comunicarse con numerosos testigos, Gaskell viene a concluir que el director de la escuela, aunque muy estricto en la disciplina, tenía algunas buenas cualidades; que la comida era ciertamente repugnante, pero no por mezquindad del director, sino por culpa de una cocinera sucia y negligente, que fue despedida con excelentes resultados; que hubo una epidemia de tifus, pero que solo murió una niña. Helen Burns fue en realidad la misma Elizabeth Brontë, la amada hermana mayor de Charlotte, y realmente una de las profesoras la trató con especial crueldad. También hubo una maestra principal amable, cariñosa y muy querida por sus alumnas.

Las hermanas Brontë ya estaban algo débiles cuando entraron en la escuela, habían pasado recientemente el sarampión y la tosferina, y el frío y la mala alimentación no mejoraron su salud. Volvieron a su casa para escapar a la epidemia de tifus, pero las dos mayores, como ya hemos explicado, murieron aquel mismo verano de tuberculosis. Las pequeñas volvieron a la escuela unos meses más, pero a la vista de las insalubres condiciones, su padre decidió educar en casa a sus hijos. Charlotte no volvió a la escuela hasta los quince años.

Nickleby

Como todas las madres, la mía mezclaba los nombres de sus hijos, y a menudo me llamaba con el nombre de mi hermano. Más raramente, sobre todo (creo recordar) cuando estaba de buen humor, me llamaba Martin Chuzzlewit o Nicholas Nickleby. Despiadadamente pronunciados a la española. Tardé muchos, muchísimos años en descubrir que esos eran los títulos y los protagonistas de dos novelas de Dickens.

Nicholas Nickleby es una novela de denuncia. Es mucho más, por supuesto, hay múltiples tramas que se entremezclan y superponen; pero parece que uno de los objetivos principales de Dickens era denunciar los métodos de las escuelas de Yorkshire, una zona entonces (antes del ferrocarril) mal comunicada con Londres. Eran varios los internados en donde, por poco dinero, las familias de clase media podían deshacerse de un niño incómodo. Por poco dinero los niños recibirían, claro está, poca comida, poca educación y muchos bastonazos.

Dickens había oído hablar desde su infancia de los abusos cometidos en aquellas escuelas, y para documentarse visitó junto con su ilustrador una de ellas, Bowes Academy, que en la novela aparece apenas disimulada con el nombre ficticio de Dotheboys Hall.

La novela se publicó por entregas entre 1838 y 1839, y en este último año apareció ya en forma de libro con un prefacio en que el autor asegura que «su objetivo era llamar la atención del público hacia el sistema», y que el terrible maestro Squeers y la escuela que describe en su libro «son retratos pálidos y borrosos de una realidad existente». Un libro de denuncia que aparentemente tuvo éxito, pues en los años siguientes muchas de esas escuelas fueron cerradas, y en un nuevo prefacio a la edición de 1848, Dickens informa que la «raza de los maestros de Yorkshire, aunque aún no ha desaparecido del todo, se reduce cada día». Así describe a tales maestros en su prefacio:

Negociantes con la avaricia, indiferencia o imbecilidad de los padres y la indefensión de los niños; hombres ignorantes, sórdidos y brutales, a los que pocas personas sensibles habrían confiado el alojamiento y alimentación de un caballo o de un perro [...]

Ya en la novela, alguien lee en el diario el anuncio de la escuela:

EDUCACIÓN.- En la Academia del señor Wackford Squeers, Dotheboys Hall, en la deliciosa población de Dotheboys, cerca de Greta Bridge en Yorkshire, los Jóvenes son alojados, vestidos, enlibrados, provistos con dinero de bolsillo y todo lo necesario, instruidos en todas las lenguas vivas y muertas, matemáticas, ortografía, geometría, astronomía, trigonometría, el uso de globos, álgebra, garrote (si es necesario), escribir, aritmética, fortificación y todas las demás ramas de la literatura clásica. Precio, veinte guineas al año. Sin extras, sin vacaciones, dieta incomparable. [...]

¿Exagerado? Solo un poco. Resulta muy difícil ridiculizar lo que ya es de por sí ridículo. Dickens ha modificado apenas los anuncios reales de la escuela real, como este publicado en el *London Times* el 1 de enero de 1823^[22]:

EDUCACIÓN, por el señor SHAW y AYUDANTES capacitados, en la ACADEMIA BOWES, cerca de Greta-bridge, Yorkshire. Los jóvenes son cuidadosamente instruidos en los idiomas inglés, latín y griego, escribir, aritmética

común y decimal, contabilidad, agrimensura, etc., y se les proporciona alojamiento, ropa y todo lo necesario, por veinte guineas al año cada uno. Ningún cargo extra. Sin vacaciones. N. B. el idioma francés, dos guineas extra por año. [...]

Hay en la misma página varios anuncios de otras escuelas similares, pero la mayoría son más caras. Incluir docencia, alojamiento, comida y ropa a ese precio, incluso en aquella época, es muy barato; Dickens lo remata al añadir «dinero de bolsillo». Pero la más inquietante de las ofertas no es una exageración, está también en el anuncio real: «Sin vacaciones». Un agujero donde meter a los niños y olvidarse de ellos. Para siempre. En la novela, Dickens añade un pequeño detalle, una navaja de afeitar, para hacer notar al lector el increíble alcance de la oferta. El maestro Squeers está explicando los últimos pormenores a un tal señor Snawley, un cliente:

—Cada chico tiene que traer, señor, dos trajes, seis camisas, seis pares de calcetines, dos gorros de dormir, dos pañuelos de bolsillo, dos pares de zapatos, dos sombreros y una navaja de afeitar.

—¡Una navaja! —exclamó el señor Snawley, mientras pasaban al siguiente reservado—. ¿Para qué?

—Para afeitarse —replicó el señor Squeers, en tono lento y mesurado.

No había mucho en esas dos palabras, pero algo debió de haber en la forma de decirlas que llamaba la atención; porque el maestro y su acompañante se miraron fijamente durante unos segundos, y luego intercambiaron una sonrisa muy significativa [...]

—¿Pues hasta qué edad tienen ustedes a los chicos en su escuela? —preguntó finalmente.

—Mientras sus amigos hagan los pagos trimestrales a mi agente en la ciudad, o hasta que se escapen —replicó Squeers.

La mayoría de los niños en esas escuelas, como dice Squeers, eran hijos naturales^[23]. Pero también había otras opciones:

—El caso es que yo no soy su padre, señor Squeers. Soy solo su padrastro.

—¿Ah, es eso? —dijo el maestro—. Eso lo explica todo. Me estaba preguntando por qué diablos iba usted a enviarlos a Yorkshire. ¡Ja, ja! Sí, ahora lo entiendo.

—Verá, me casé con su madre —prosiguió Snawley—; es caro tener chicos en casa, y como ella tiene un poco de dinero propio, tengo miedo (las mujeres son tan alocadas, señor Squeers) de que pudiera ocurrírsele despilfarrarlo en ellos, lo que los echaría a perder, ya sabe.

—Ya veo —respondió Squeers, reclinándose en la silla y haciendo un gesto con la mano.

—Y por eso —resumió Snawley— estoy deseando ponerlos en alguna escuela a una buena distancia, donde no haya vacaciones (nada de esos imprudentes viajes a casa dos veces al año, que tanto alteran las mentes infantiles) y donde puedan endurecerse un poco, ¿me entiende usted?

—Pagos regulares, y no se hacen preguntas —dijo Squeers, asintiendo con la cabeza.

—Eso, exactamente —respondió el otro—. La moral se mantiene estrictamente, claro.

—Estrictamente —dijo Squeers.

—¿Y supongo que no se permite escribir mucho a casa? —dijo el padrastro, titubeante.

—Nunca, excepto una circular en Navidad, para decir que nunca han sido tan felices y que esperan que nunca los vayan a buscar —contestó Squeers.

—Nada podría ser mejor —dijo el padrastro, frotándose las manos.

A esta escuela llega, con casi diecinueve años, el joven Nickleby, dispuesto a trabajar como maestro auxiliar, y al entrar en la clase por vez primera ve el lamentable aspecto de aquellos chicos y descubre otro de los motivos para deshacerse de ellos: las enfermedades y malformaciones:

¡Cómo se borraron en la mente de Nicholas las últimas trazas de vaga esperanza, el más remoto destello de cualquier bien que pudiera derivarse de sus esfuerzos en aquel antro, cuando miró consternado a su alrededor! Rostros pálidos y demacrados, cuerpos desgarrados y huesudos, niños con el aspecto de ancianos, hierros sobre extremidades deformes, chicos que no habían crecido, y otros cuyas delgadas piernas apenas podían sostener los cuerpos jorobados, todos amontonados a la vista; allí estaban el ojo nublado, el labio leporino, el pie retorcido y toda fealdad o distorsión que hablaba de una repulsión antinatural concebida por los padres hacia sus hijos, o de jóvenes vidas que, desde las primeras luces de la infancia, habían soportado horrible crueldad y abandono. Había caritas que deberían haber sido hermosas, oscurecidas por el ceño de un sufrimiento persistente y silencioso; había infancia con la luz de la mirada apagada, la belleza marchita, a la que solo quedaba la indefensión; había chicos de cara viciosa, siniestros, con la mirada plomiza, como los malhechores en una cárcel; y había criaturas sobre las que pesaban los pecados de sus débiles padres^[24], sollozando incluso por las nodrizas mercenarias que habían conocido, solitarios incluso en su soledad. Con cada bondadoso afecto o simpatía ahogados al nacer, con cada sentimiento joven y sano apaleado y muerto de hambre, con cada pasión vengativa que puede alimentarse en los corazones inflamados, devorándolos silenciosamente hasta el centro, ¡qué incipiente Infierno se estaba criando aquí!

Ese Infierno del que habla no es, por cierto, el de la enfermedad, el hambre, la pobreza y el sufrimiento. Ese Infierno no se está criando, sino que ya está plenamente desarrollado, y los niños ya están en él. Dickens habla aquí de un Infierno futuro, el que se desencadenará cuando algunos de esos niños, ya adultos, se conviertan en delincuentes. Un siglo más tarde, Bowlby haría la misma observación: las raíces de la violencia y el crimen no son el exceso de brazos o de mimos, sino el maltrato, el abandono y la ausencia de cariño. Bowlby, de hecho, desarrolló sus teorías a partir de su experiencia en la atención a delincuentes juveniles.

Los alumnos en la escuela de Dotheboys Hall estaban quietos y callados, y Dickens no lo considera precisamente una prueba de «disciplina» o de «buena educación»:

No podía dejar de notar qué silenciosos y tristes parecían todos los chicos. Nada había del ruido y del clamor de una clase de escuela, nada de su juego bullicioso ni

de su sana alegría. Los niños se sentaban juntos, agachados y tiritando, y parecía que no tenían ánimos para moverse.

Nicholas entabla amistad con Smike, un chico de casi su misma edad, desnutrido, enfermizo y no muy inteligente, eterno alumno sin familia al que retienen como criado, perdón, esclavo para todo. El cruel maestro y su incluso un poco más cruel esposa se quejan de que hace años que nadie paga las veinte guineas anuales por Smike, pero Dickens nos explica que con el trabajo del pobre chico se ahorran unos diez o doce chelines^[25] semanales en salarios.

Smike intenta escapar, pero es capturado, y Squeers comienza a azotarlo delante de todos los alumnos con un látigo recién comprado para la ocasión. Pero antes del segundo latigazo, Nicholas interviene:

—¡Desgraciado! —replicó Nicholas fieramente—. ¡Ay de ti como le toques! No me quedaré quieto viendo cómo lo haces. Estoy furioso, y tengo la fuerza de diez como tú. Vigila, porque juro que no te vas a librar si me provocas.

—Atrás —gritó Squeers, blandiendo su arma.

—Tengo una larga serie de insultos que vengar —dijo Nicholas, rojo de ira—, y estoy cada vez más indignado por las cobardes crueldades cometidas contra la infancia indefensa en este sucio antro. ¡Ten cuidado, porque si provocas al diablo que llevo dentro, las terribles consecuencias caerán sobre tu cabeza!

Apenas había hablado cuando Squeers, en un violento ataque de rabia, y con un grito como el aullido de una bestia salvaje, escupió sobre él y le cruzó la cara con su instrumento de tortura, levantando una línea de carne amoratada. Enardecido por el agudo dolor del golpe, y concentrando en aquel momento todos sus sentimientos de rabia, desprecio e indignación, Nicholas saltó sobre él, le arrebató el arma de la mano, y sujetándole por la garganta golpeó al rufián hasta que rugió pidiendo clemencia.

¡El maestro azotado con su propio látigo! Esto sí que es una obra revolucionaria.

El internado, la escuela donde los niños se quedan a dormir, es una institución arraigada en Gran Bretaña desde hace siglos. Por supuesto, además de los lugares espantosos de los que ya hemos hablado, con sus profesores ignorantes y crueles y sus niños hambrientos, existían y existen excelentes internados, donde los alumnos reciben un buen trato y una buena educación. Hay una tradición de literatura juvenil cuyos protagonistas viven felices aventuras en internados, desde Enid Blyton hasta Hogwarts, la escuela de magia. Cuando de niño leía historias de Enid Blyton (*Los Cinco*, o *Los Siete Secretos*), me asombraba la despreocupación de aquellos padres, que no hacían acto de presencia en toda la novela. Los niños de ocho a doce años salían de sus internados en vacaciones, viajaban solos o en pequeños grupos,

e inevitablemente al llegar a casa encontraban una nota que decía: «Hemos tenido que ir a Malasia por unos asuntos; portaos bien».

Era una exageración, claro. Un recurso literario para que los protagonistas pudieran valerse por sí mismos y vivir emocionantes aventuras sin la interferencia de los adultos. Algo que a los niños les apasiona leer, pero les aterrará vivir.

Skinner

Los niños de los que habla Skinner, el psicólogo conductista, en su novela *Walden Dos* (1948) están separados de sus padres desde el nacimiento, todo el santo día dentro de cubículos de cristal en los que se supone que son completamente felices porque la temperatura y la humedad están controladas:

—¿Y los padres? —dijo Castle inmediatamente—. ¿No pueden ver a sus hijos?
—¡Oh, sí!, siempre y cuando gocen de buena salud. Algunos padres trabajan en la guardería. Otros pasan por aquí todos los días, más o menos, aunque solo sea durante unos minutos. Sacan al niño fuera para que le dé un poco el sol, o juegan con él en la sala de juegos.

Completamente felices, porque ven a sus padres unos minutos, casi cada día, ¿qué más puede pedir un bebé? Al profesor (de filosofía) Castle, cuya misión en la novela es visitar las instalaciones y hacer preguntas tontas para que Frazier, el reformador social, le pueda explicar las maravillas del lugar, no le preocupa que los niños puedan sufrir por esa separación, sino que estén malcriados con tanto mimo:

—Cuando un bebé sale de la Primera Guardería —intervino Frazier—, desconoce totalmente la frustración, la ansiedad y el temor. Nunca llora, excepto cuando está enfermo, que es muy de tarde en tarde, y tiene un vivo interés en todas las cosas.

El personaje Castle (como el autor, Skinner) no puede ni siquiera imaginar que estar separado de su madre sea aterrador para un bebé.

Más de dos siglos antes, Gulliver había encontrado en el país de Lilliput una costumbre similar:

Por estos y similares razonamientos, su opinión es que los padres son las últimas personas a las que se puede confiar la educación de sus propios hijos, y por lo tanto tienen en todas las ciudades guarderías públicas, donde todos los padres, excepto los campesinos y obreros, están obligados a enviar a sus hijos de ambos sexos para ser criados y educados cuando llegan a la edad de veinte lunas, momento en el que se supone que tienen ciertos rudimentos de docilidad. [...]

Solo se tolera a sus padres verlos dos veces al año; la visita debe durar solo una hora; se les permite besar al niño al llegar y al despedirse, pero un profesor, que siempre está presente en tales ocasiones, no tolera que les susurren, o usen expresiones de cariño, o les traigan ningún presente de juguetes, dulces o similares.

Pero hay una diferencia. Swift, en 1726, utiliza la sátira para criticar las costumbres de su época (y esas escuelas de Lilliput se parecen demasiado a las de Yorkshire que Dickens critica un siglo más tarde). Skinner, en cambio, habla completamente en serio, proponiendo lo que considera el método ideal de educación de los niños. Era profesor de psicología en la universidad, y sus alumnos estaban obligados a leer su novela en el primer curso.

LA INSTITUTRIZ

Tras la desastrosa experiencia en la escuela de Cowan Bridge y la muerte de sus dos hijas mayores, el señor Brontë decidió educar a sus hijas en casa. No perdieron el tiempo en las mil absurdas repeticiones de la escuela, en colorear formas y copiar párrafos y pegar pegatinas, sino que leyeron vorazmente la Biblia y las grandes obras de la literatura^[26], aprendieron a tocar el piano, y escribieron cientos de páginas (política, historia, geografía, periódicos, revistas, mapas, aventuras...) sobre un reino imaginario en el que vivían los soldaditos de plomo de su hermano.

De modo que Anne, la pequeña, solo fue a la escuela un par de años, entre los quince y los dieciocho, y a los diecinueve empezó a trabajar como institutriz en la mansión de una familia acomodada. Esa experiencia fue la base de su primera novela, *Agnes Grey*, escrita en primera persona.

Agnes es una versión mejorada de Anne (incluso esas dos letras cambiadas en el nombre le dan un aire más distinguido, ¿no cree?). A diferencia de la real Anne, la imaginaria Agnes tiene una madre viva, un amor correspondido y un final feliz. Pero ambas son hijas de pastores protestantes y han sufrido la muerte de varias hermanas. Agnes nunca ha pisado una escuela; su madre le ha enseñado todo (excepto latín, que le enseñó su padre). Los episodios de su trabajo como institutriz son estrictamente autobiográficos: su gran esfuerzo, su patética inexperiencia, las humillaciones sufridas... y su gran fracaso.

Ante las estrecheces económicas de su familia, Agnes decide buscar trabajo como institutriz, convencida de que solo hay que echarle buena voluntad:

No pretendo ser capaz de instruir a chicas mayores; pero sin duda puedo enseñar a las pequeñas; y me gustaría mucho hacerlo, me gustan mucho los niños.

Su madre le advierte de que no está preparada, y mucho menos con niños pequeños, porque «para manejar niños pequeños hace falta más criterio y

experiencia que con los mayores». No puedo estar más de acuerdo. Creo que las puericultoras de la guardería deberían estar mejor preparadas y cobrar más que los profesores de instituto; porque les confiamos a nuestro bien máspreciado, a nuestros hijos cuando son más indefensos, cuando apenas saben hablar y no pueden contarnos lo que ocurre. Pero Agnes está convencida de que la experiencia de su propia infancia será suficiente preparación para convertirse en institutriz:

Por mucho que dijeran, yo me sentía plenamente capacitada para la tarea; el claro recuerdo de mis propios pensamientos en la primera infancia sería una guía más fiable que las instrucciones del más maduro consejero. Solo tenía que comparar a mis pequeños alumnos conmigo misma a su edad, y sabría, al momento, cómo ganar su confianza y su afecto, cómo despertar su contrición por los errores, cómo animar al tímido y consolar al afligido, cómo hacer la Virtud practicable, la Instrucción deseable y la Religión hermosa y comprensible.

Así que la advertencia materna cae en saco roto y, con casi diecinueve años, Agnes entra a trabajar en la mansión campestre de la familia Bloomfield. Hay cuatro niños: Tom, de siete años (según su madre, «un chico generoso y de noble espíritu, notable porque siempre dice la verdad»); Mary Ann (su madre desea «que se la mantenga todo lo posible fuera de la *nursery*, porque ya tiene casi seis años, y podría adquirir malos hábitos de las niñeras»); Fanny (en unos días cumplirá cuatro, y entonces podría empezar sus primeras lecciones con el alfabeto), y Harriet, una «cosita regordeta, alegre y juguetona de apenas dos años», con la que Agnes no tendrá ninguna relación. Su madre parece creerse en la necesidad de justificar que los mayores no hayan comenzado todavía su aprendizaje formal:

—Los encontrará no muy avanzados en sus estudios —dijo—, porque he tenido muy poco tiempo para ocuparme yo misma de su educación, y hemos pensado que eran demasiado pequeños para tener una institutriz hasta ahora [...].

¿Y qué es esta *nursery*, en la que permanece Harriet y de la que corre prisa sacar a Mary Ann? Cuando estudiaba medicina, y no sabía una palabra de inglés, para mí *nursery* era la habitación del hospital donde estaban los recién nacidos en sus cunitas; un nombre habitualmente usado en España, alternando con «sala cuna», «sala nido» o «cunero» (hoy en día, por fortuna, en la mayoría de los hospitales, los recién nacidos pasan el día con su mamá, y la *nursery* suele estar vacía). Cuando descubrí que enfermera es *nurse* en inglés pensé que *nursery* era algo así como la sala de las enfermeras. Pero no es así.

En inglés *nurse*, del francés *nourrice*, era originariamente la nodriza. Con el tiempo, el nombre se extendió a todas las niñeras, tanto si daban el pecho como si no. Si se quería especificar, *wet nurse* o *dry nurse* (ama de leche o

ama seca). Siglos antes de que los hospitales tuvieran una sala cuna para los recién nacidos, siglos antes de que las mujeres empezasen a dar a luz en los hospitales, los ingleses ricos ya disponían de una *nurse* y de una *nursery*.

Hasta el siglo XIX no existieron enfermeras profesionales. Cuando en una casa había un enfermo, la niñera tenía que ocuparse también de su cuidado (cuidar niños, cuidar enfermos, ¿qué más da?), y cuando empezaron a abrirse escuelas de enfermería, se denominaron *nursing schools*, y *nurses*, las enfermeras.

En inglés actual, según el diccionario de Oxford, *nurse* significa básicamente «enfermera»; su uso como «niñera» es anticuado, y como «nodriza» decididamente arcaico. El verbo *to nurse* puede significar (entre otras cosas) «cuidar a un enfermo», «dar el pecho» o «mamar». Y la *nursery* sigue siendo la habitación o cuarto de juego de los niños y la sala cuna del hospital, y hasta puede ser una guardería (o un vivero de plantas o criadero de animales).

Y si en inglés niño se dice *child*, ¿por qué el cuarto de los niños no se llama algo así como *childrery*? Pues porque era el cuarto de la nodriza. La idea de que un niño pequeño (o incluso grande) pudiera dormir solo en una habitación era casi impensable antes del siglo XX. Los niños pobres dormían con sus padres o con sus hermanos; y, en el campo, tal vez con la vaca o el cerdo, demasiado valiosos para dejarlos fuera de la casa. Los niños ricos no solían dormir con su madre, pero tampoco dormían solos, sino en la habitación (y probablemente en la cama) de la nodriza; y, por supuesto, a la nodriza o la niñera las contrataban para atender a los niños día y noche, no para dejarles llorar. La habitación donde la niñera dormía, o donde ejercía sus funciones (probablemente una misma habitación en épocas pasadas) se llamaba *nursery*, y así se acabaron llamando en inglés el dormitorio de los niños (aunque no tuvieran nodriza ni niñera) y su cuarto de juegos (si es que tenían uno distinto del dormitorio). Más tarde, *nursery* acabó siendo también uno de los posibles nombres para la guardería o escuela infantil.

En casa de los Bloomfield hay una sola niñera. La señora ha usado el plural, al decir que Mary Ann podría adquirir malos hábitos de las niñeras, pero al parecer no es un plural simultáneo, sino sucesivo: despide a las niñeras con mucha facilidad. Agnes trata a la actual niñera con simpatía, pero transcribe sus diálogos con sintaxis y ortografía peculiar, indicando que hablaba con un fuerte acento de persona poco instruida (y a eso se refiere probablemente la señora con lo de los «malos hábitos»). Es una familia rica, ¿no podrían contratar una niñera más culta? Probablemente no las había. Una

joven instruida no iba a trabajar como niñera, lo mismo que no iba a trabajar como criada o lavandera, porque en casa de sus padres esas cosas las hacían mujeres medio analfabetas.

Así que Mary Ann, a punto de cumplir los seis años, duerme todavía en la habitación de su niñera. ¿No es justo el terrible problema con que asustan a tantos padres novatos? «Se quedará enmadrado, nunca dormirá solo, le estáis creando una dependencia, hay que ponerle rutinas, va a tener problemas de insomnio toda la vida, se quedará enano por falta de hormona de crecimiento...». ¿Cómo abordaban en el siglo XIX tan peligrosa situación? Pues por una vez están de acuerdo la madre y la institutriz:

—He ordenado que pongan la cuna en su habitación, y si es usted tan amable de supervisar cuando se lava y se viste, y se encarga de sus ropas, no tendrá nada más que ver con la niñera.

Contesté que estaba encantada de hacerlo así [...].

Ni una expresión de sorpresa, ni un comentario. Lo más normal del mundo, si quieres que una niña de seis años deje de dormir con la niñera, es ponerla a dormir con la institutriz. A nadie se le pasa por la cabeza intentar que duerma sola. ¿Ven lo que les decía, cuántas angustias inútiles se ahorrarían los padres si leyeran con atención a los clásicos?

La novela denuncia las humillaciones y desprecios sufridos por muchas institutrices. Agnes se queja de ser tratada casi como una criada (aunque no parece que le moleste que las criadas sean tratadas como criadas).

El caso es que Agnes, tal como le advirtió su madre, no tiene la formación ni la experiencia necesarias para educar niños pequeños. Cree que podría hacerlo mediante premios y castigos (estudios modernos han demostrado que ambos son inútiles), y se lamenta de no poder usarlos:

No tenía premios para ofrecer, y en cuanto a los castigos, se me dio a entender que los padres se reservaban ese privilegio, y sin embargo esperaban que mantuviese a mis alumnos en orden.

Echa de menos la posibilidad de administrar «un par de bofetadas» o «una buena vara de abedul», pero le han prohibido hacerlo. Parece depositar grandes esperanzas en el enfado y la aprobación, y se sorprende de que estos niños no respondan como espera:

Otros niños podrían ser guiados por el miedo al enfado o por el deseo de aprobación, pero ni lo uno ni lo otro tenían ningún efecto en estos.

A falta de mejores «armas», decide educar a los niños únicamente con «Paciencia, Firmeza y Perseverancia». Me parece un sabio propósito (aunque

preocupa que llame «armas» a esas nobles virtudes, en vez de «instrumentos», «herramientas», «estrategias» o «métodos»; parece que esté viendo la situación como una batalla); pero, lamentablemente, se muestra incapaz de llevarlo a la práctica.

En ocasiones, intenta hacerlos sentir culpables de forma muy poco compasiva:

[...] cuando rezaban sus oraciones por la noche y pedían perdón por sus pecados, yo les recordaba los pecados del día anterior, solemnemente, pero con perfecta amabilidad.

Sí, claro, perfecta amabilidad... ir tomando durante todo el día nota mental de todos los *gravísimos* pecados de unos niños de siete, seis y cuatro años, para pasárselos todos por la cara en el momento de acostarse, me parece algo perverso. Aún más cuando están rezando sus oraciones. Algunos padres actuales, cuando se acercan las Navidades, amenazan a sus hijos con «los Reyes no te traerán juguetes si te portas mal», y eso ya me parece suficientemente cruel. Pero recordar sus «pecados» en un contexto religioso equivale a amenazar con las penas del infierno y la condenación eterna (cosas que podrían preocupar poco a muchos niños modernos, que no tienen educación religiosa ni rezan antes de acostarse, pero sin duda producían terrible angustia a los niños del siglo XIX).

Otras veces les hace escribir como castigo, y se ve obligada a ridículos abusos de fuerza para hacer efectivo el castigo:

Frecuentemente le amenazaba con que tendría que escribir otra línea si no se portaba mejor; entonces se negaba obstinadamente a escribir esa línea, y yo, para mantener mi palabra, tenía que recurrir finalmente al expediente de sujetar sus dedos sobre la pluma y mover a la fuerza su mano arriba y abajo, hasta que, a pesar de su resistencia, la línea estaba más o menos terminada.

¿Obstinado, el niño? Parece que la profesora es más obstinada todavía. Se lamenta de que su alumno le da golpes y patadas, y ella responde con un placaje inmovilizador:

[...] en sus estados más violentos, mi único recurso era tumbarlo de espaldas y sujetar sus manos y pies hasta que su frenesí se calmaba un poco.

Dijo que iba a usar solo la paciencia, la firmeza y la perseverancia, pero a la hora de la verdad intenta dominar a Mary Ann con toda clase de ridículos castigos y pequeñas indignidades:

En vano discutía, persuadía, suplicaba, amenazaba, reñía; en vano le impedía jugar o, si me veía obligada a sacarla fuera, me negaba a jugar con ella, o a hablarle amablemente o a tener nada que ver con ella; en vano intentaba mostrarle las ventajas

de hacer lo que se le pedía y recibir amor y ser tratada con cariño, y las desventajas de persistir en su absurda perversidad.

¿Absurda perversidad? Lo único que ha hecho la niña en este caso es saltarse una palabra al leer su lección. Se niega a pronunciar una de las palabras. Agnes podría pasar por alto el incidente, o pronunciar ella misma la palabra en cuestión, o tomárselo a risa («¡Eh, que te has saltado una palabra!»), pero en cambio declara:

[...] pensé que era mi deber ineludible destruir esta viciosa tendencia desde el principio. [...]

En otra ocasión, fingí que olvidaba todo el asunto, y hablé y jugué con ella como de costumbre hasta la noche, al acostarla; entonces me incliné sobre ella, que estaba en la cama todo sonrisas y buen humor, y justo antes de irme le dije, tan alegre y amablemente como antes:

—Vamos, Mary Ann, dime aquella palabra antes de que te dé un beso de buenas noches. Ahora eres una niña buena, seguro que la vas a decir.

—No, no la diré.

—Entonces, no te daré un beso.

—Bueno, pues no me importa.

En vano le expresé mi pena, en vano esperé por algún síntoma de contrición; de verdad «no le importaba», y la dejé sola y en la obscuridad, muy extrañada ante esta última prueba de insensata obstinación.

Agnes parece incapaz de aprender de su experiencia. Ha tratado bien a la niña durante toda la tarde, y todo han sido sonrisas y buen humor. Pero tiene que estropearlo todo volviendo a sacar el dichoso tema de la palabra que la niña no quiso leer. Porque la niña había olvidado realmente el asunto, mientras que Agnes solo había fingido olvidarlo. ¿En serio, una institutriz educando niños? A mí me parece más bien una adolescente de diecinueve años peleándose con sus hermanitos (y perdiendo).

Es tal vez significativo que la única de las Brontë que no sufrió abusos y humillaciones en la escuela de Cowan Bridge sea la que ha puesto niños *malos* en su novela; la que usa una disciplina basada en la amenaza, la culpa, el castigo, la retirada de amor, y los golpes si se lo permitieran. Al menos, eso sí, no les echa la culpa a los pobres niños; no habla, como tantos autores modernos, de padres sometidos al control de hijos tiranos y manipuladores.

Tom es arrogante con los sirvientes (¡incluida la institutriz!), abusón con su hermana y cruel con los animales. En una ocasión captura un nido de pájaros con varios polluelos, se niega a devolverlos y manifiesta su intención de cortarlos con su navaja o quemarlos vivos. Agnes, que es una gran amante de los animales (antes de abandonar la casa paterna se ha despedido cariñosamente de sus palomas y de su gato), viendo que no puede salvarlos, decide al menos evitarles la tortura, y tomando una gran piedra plana los

aplasta de un golpe (lo que provoca una tremenda rabieta de Tom, que ve frustrados sus planes). Pero han sido su padre y su tío los que han dicho a Tom que busque pájaros y los mate, porque son una plaga para los cultivos, y hasta su madre considera que quemarlos vivos es la diversión más inocente del mundo. Y su forma despótica de tratar a su hermana no es más que un débil remedo de la forma en que su padre trata a las criadas y a su propia esposa.

En cuanto a Mary Ann, la autora la considera obstinada y desobediente porque su madre la ha malcriado. Yo veo una niña normal para su edad, sometida a una gran presión por los abusos de su hermano, por la absurda prohibición de ir a jugar con sus hermanas, y por la obsesión de su institutriz con hacerla obedecer a cualquier precio.

Por suerte, Anne Brontë es honesta en su novela. Lo que le ocurre a Agnes en la ficción es, salvando pequeños detalles, lo que le ocurrió a Anne en la vida real (incluyendo, sí, el episodio de los polluelos aplastados, totalmente verídico). Lo que piensa Agnes en la novela es sin duda lo que pensaba Anne en aquella época. Si hubiera escrito un manual sobre la educación de los niños, probablemente habría recomendado lo de hacerles obedecer a cualquier precio, lo de no permitir que se salgan con la suya, lo de recordarles al final del día todo lo que han hecho mal para que pidan perdón... y, si hace falta, un bofetón. Aún se escriben libros con recomendaciones similares, y tales libros se clasifican en el apartado de «no ficción», y sus autores aseguran que son métodos muy eficaces. Agnes/Anne, en cambio, en su obra «de ficción», nos explica que en realidad esos métodos fueron un completo fracaso.

Pero ¿de dónde ha sacado Agnes esas ideas? ¿Acaso había sido educada ella misma con castigos, con bofetadas y vergarazos? No lo parece. Cuando Agnes castiga a la pequeña Mary Ann negándole el beso de buenas noches (y se sorprende de que tampoco eso funcione), recuerda así su propia infancia:

En *mi* infancia no podía yo imaginar un castigo más doloroso que el que mi madre se negase a besarme por la noche; la sola idea era terrible. Nunca lo experimenté más que como idea porque, afortunadamente, nunca cometí una falta que se considerase merecedora de tal castigo; pero recuerdo que una vez, por alguna transgresión de mi hermana, nuestra madre creyó conveniente infligírselo. Lo que sintió *ella*, no puedo decirlo; pero tardaré mucho en olvidar mis lágrimas de simpatía y mi sufrimiento por ella.

El peor castigo que recuerda Agnes es irse a la cama sin el beso de buenas noches, y ni siquiera le ocurrió a ella sino a su hermana, y solo una vez; pero fue suficiente para causarle un gran sufrimiento y dejarle un amargo y

persistente recuerdo. ¿No debería bastar ese recuerdo para jurarse que nunca, jamás, someterá a un niño a un dolor semejante? Puesto que una de las pocas diferencias entre la novela y la vida real es que Agnes tiene madre, mientras que Anne no recuerda a la suya porque quedó huérfana antes de los dos años, ¿debemos pensar que este episodio es completamente inventado, o fue tal vez su padre, o la tía Mary que les crio, quién le negó a alguien el beso de buenas noches?

Creo que lo que ocurre es que Anne Brontë repite lo que mucha gente decía en su época (y muchos siguen diciendo) sobre la educación de los niños, sin pararse a reflexionar sobre la discrepancia entre esos consejos y su propia experiencia. Como esas abuelas que insisten «¡No cojas al niño en brazos, se va a malcriar, se va a hacer dependiente...!»». «Pero ¿tú no me cogías a mí en brazos?». «Bueno, sí, pero es que entonces no se sabía lo que se sabe ahora; lo hacíamos muy mal, yo te malcrié mucho, y así has salido..., bueno, has salido normal, pero por pura suerte. A punto estuviste de ser una tirana, malcriada, consentida, insegura... ¡cómo le va a pasar a este niño si le sigues mimando como te mimé yo a ti!».

Agnes plantea la discrepancia, inadvertidamente, desde las primeras páginas de la novela:

Siendo cinco o seis años más pequeña, siempre fui vista como *la* niña y la favorita de toda la familia. Padre, madre y hermana, todos se unían para malcriarme; no con absurda indulgencia, para volverme díscola e ingobernable, sino con incesante amabilidad, para hacerme indefensa y dependiente, demasiado débil para pelearme con las preocupaciones y torbellinos de la vida.

¿Malcriada por un cariño incesante? Pues no le ha ido tan mal. ¿Indefensa y dependiente? Con dieciocho años, por propia iniciativa, consciente de su responsabilidad para ayudar a su familia que pasa por dificultades económicas, no obligada por sus padres sino contra su consejo, busca y encuentra un trabajo y se va a vivir lejos de sus padres. Si eso es ser «demasiado débil para pelearse con las preocupaciones y torbellinos de la vida»... Agnes parece incapaz de admitir que esos mimos no le han hecho ningún daño, y que podría educar a otros niños igual que la han educado a ella. Su gran error, pienso, es no haber puesto en práctica lo que había planeado en el primer capítulo, «el claro recuerdo de sus propios pensamientos» como la «guía más fiable».

LOS CONSEJOS NO SOLICITADOS

Anne Brontë publicó su segunda novela, *La inquilina de Wildfell Hall*, un año más tarde, en 1848. No le dio tiempo de escribir nada más; en 1849 la tuberculosis se la llevó.

Algo está pasando, por fin, en uno de esos pequeños pueblos ingleses donde nunca pasa nada. En Wildfell Hall, una mansión apartada y desde hace tiempo deshabitada, se han visto signos de actividad.

Finalmente aparece una mujer joven y misteriosa, con un hijo pequeño y una criada, que al parecer ha alquilado la mansión. Bueno, en realidad no es una mujer misteriosa, sino completamente normal, pero en un pueblo donde nunca pasa nada, «desconocida» y «misteriosa» son sinónimos.

Como mandan las más elementales normas de etiqueta, el recién llegado a un pueblo pequeño debe pasar a visitar a las familias de la zona. Al menos a las de la misma clase social. Y así es como la forastera, Helen Graham, aparece con su hijo Arthur, de cinco años, en casa de los Markham. Gilbert Markham, que es el narrador interno de la novela, explica lo sucedido en la reunión, en la que también están presentes su madre y su hermana Rose:

La señora Graham había traído a su hijo, y cuando mi madre expresó su sorpresa de que caminase tanto, replicó:

—Es un larga caminata para él; pero tenía que traerlo conmigo o renunciar por completo a la visita, porque nunca lo dejo solo; y creo, señora Markham, que tendré que pedirle que presente mis excusas a los Millwards y a la señora Wilson cuando los vea, porque me temo que no podré tener el placer de visitarles hasta que mi pequeño Arthur sea capaz de acompañarme.

—Pero tiene usted una criada —dijo Rose—, ¿no podría dejarlo con ella?

—Ella ya tiene sus ocupaciones; y además, es demasiado mayor para correr detrás de un niño, y él es demasiado movido para estar atado a una anciana.

—Pero le dejó usted para ir a la iglesia.

—Sí, una vez; pero no le habría dejado por ningún otro motivo; y creo que en el futuro tendré que arreglármelas para llevarlo conmigo, o quedarme en casa.

—¿Tan travieso es? —preguntó mi madre, con gran asombro.

—No —replicó la dama, sonriendo tristemente mientras acariciaba los rizados mechones de su hijo, que estaba sentado en un escabel a sus pies—; pero es mi único tesoro, y yo su única amiga, así que no nos gusta estar separados.

—Pero, querida mía, eso es mimar —dijo mi madre, siempre directa—. Tendría usted que intentar suprimir ese absurdo cariño, para salvar a su hijo de la ruina y a usted misma del ridículo.

—¡Ruina! ¡Señora Markham!

—Sí, está usted malcriando al niño. Incluso a esta edad, no debería estar siempre atado al delantal de su madre; debería aprender a avergonzarse de ello.

—Señora Markham, le ruego que no diga esas cosas, al menos en su presencia. ¡Espero que mi hijo *nunca* se avergüence de amar a su madre! —dijo la señora Graham, con una seria energía que sorprendió a los presentes.

¡Qué poco hemos cambiado en dos siglos! Ya había gente que se creía en el derecho de dar consejos no solicitados, de reñir a las madres por sus supuestos errores, de amenazar con las terribles consecuencias de malcriar a los niños. Advertencia: el consejo puede ser distinto, pero la intransigencia puede ser la misma. Aún queda gente que, como la señora Markham, te riñe por *malcriar* a tu hijo, por tomarlo en brazos o consolarlo cuando llora, pero también hay quien te riñe con la misma acritud por no cogerlo en brazos, por no darle el pecho, por darle galletas con aceite de palma...

Poco podía imaginar la señora Markham que Helen ha venido a esta remota aldea huyendo de un marido alcohólico, drogadicto y violento, un marido que hacía beber alcohol al niño, un marido rico que probablemente ha contratado detectives para buscarla y para llevarse a Arthur. No es solo por cariño, sino también por miedo, sobre todo por miedo, por lo que no se atreve a separarse ni un momento de su hijo. Es demasiado fácil juzgar la conducta de los demás sin conocer sus motivos.

La inquilina de Wildfell Hall fue un escándalo. El marido y sus amigos, todos de clase alta, se emborrachaban y decían palabrotas. Helen se había casado con los ojos bien abiertos, conociendo los graves defectos de su marido, pero convencida (probablemente por la lectura de las novelas románticas de la época) de que conseguiría cambiarle. Pero el marido, como es habitual fuera de la novela, lejos de cambiar, empeora. Por primera vez en la historia de la literatura, su esposa le abandona y, lejos de ser castigada por ello o de «entrar en razón» y volver sumisa y arrepentida, alcanza una vida mejor. Una mujer que se larga de casa en una época en que la mujer casada no tenía propiedad privada (todo era de su marido; legalmente está *robando* la ropa que lleva puesta), y que se gana la vida con el trabajo de sus manos (pinta cuadros, algo que hacían muchas damas de la época porque era una muestra de cultura y refinamiento, ¡pero no para vender!).

En literatura, a menudo el escándalo aumenta las ventas, y en la segunda edición, apenas unos meses después de la primera, la autora añade un prólogo para defenderse de las críticas recibidas:

[...] pero cuando tenemos que tratar sobre el vicio y personajes viciosos, sostengo que es mejor retratarlos tal como realmente son que como ellos desearían aparecer. Representar algo malo de la forma menos ofensiva es sin duda el camino más agradable que puede seguir un escritor de ficción; pero ¿es el más honesto, o el más seguro? ¿Es mejor mostrar los cepos y trampas de la vida al viajero joven e inconsciente, o cubrirlos con ramas y flores?

Pero ¿qué sabía esa señorita victoriana, hija de un pastor y educada en casa, sobre la violencia doméstica, el alcoholismo, las palabrotas y la depravación de los jóvenes de clase alta? Lo había visto. Lo había visto en las casas en que trabajó como institutriz y sobre todo en su propio hermano Branwell, al que quería con locura y al que tampoco pudo salvar.

Tan grande fue el escándalo que, a la muerte de Anne, Charlotte, la hermana superviviente, se aseguró de que la novela no se volviera a publicar en seis años. Apareció entonces una edición censurada, en la que se habían suprimido o cambiado muchas palabras y el capítulo 28 casi entero, el capítulo en el que el alcohólico marido de Helen se muestra celoso de su hijo recién nacido, da patéticas muestras de inmadurez, casi sale corriendo cuando su esposa le obliga a tomar al bebé en brazos unos segundos y le dedica algunas de las palabras más terribles que un padre puede pronunciar:

—¿Cómo diablos voy a desperdiciar mis pensamientos y sentimientos en un pequeño idiota inútil como este?

Imagino aquí a mi suegra diciendo, horrorizada: «¡Eso no se dice ni en broma!». Pero Arthur Graham padre lo dice en serio.

Muchas ediciones posteriores en inglés, y muchas traducciones, siguieron este texto mutilado. Varias versiones electrónicas gratuitas, como la del Proyecto Gutenberg, repiten esta versión. Si va a leer el libro, asegúrese de que tiene la edición completa; se distingue porque, antes del capítulo primero, hay una carta dirigida a un tal J. Halford.

LA EDUCACIÓN UTILITARIA

Al leer *Tiempos difíciles* (1854), recordé de pronto haber visto, muchos años atrás, la escena de la escuela en el segundo capítulo. Debió de ser (concluyo ahora, tras breve investigación en Wikipedia) en la miniserie británica de televisión rodada en 1977. Pasan muchas más cosas en los libros, y sin duda pasaban también en la televisión, pero de las obras de Dickens yo solo recordaba las dos escenas que entonces, como niño o adolescente, me dejaron una profunda huella: el niño asustado, Copperfield, interrogado por su padrastro, y la niña asustada, interrogada por su profesor en *Tiempos difíciles*. Desde el punto de vista de un niño, dos escenas de terror.

El circo ha llegado a la población de Coketown, y con él la pequeña Sissy, de tal vez siete años (o al menos se dice que su padre ha intentado enseñarle «durante estos siete años, un poco de leer, de escribir y de cuentas»). Comienza el curso escolar, y el señor Gradgrind, «un hombre de hechos y cálculos», rico comerciante y superintendente del consejo escolar, pasa revista a los niños de la escuela junto con el maestro, el señor Choakumchild^[27]. Ambos son decididos partidarios de la filosofía y métodos educativos del utilitarismo («¡En esta vida, no queremos más que Hechos, señor, nada más que Hechos!»).

Gradgrind detecta una niña nueva, «niña número veinte», y la somete a un severo y humillante interrogatorio. No, no se puede llamar Sissy, porque eso no es un nombre, se llama Cecilia. Ni su padre monta caballos en la pista, aquí no queremos saber nada de circos. «¿Doma caballos; cura caballos enfermos?». Pues entonces es «un cirujano veterinario, un herrador y un domador de caballos», esos sí que son oficios serios. Y, ya que ha salido el tema, una pregunta fácil:

—Dame tu definición de caballo.

(Sissy Jupe sumida en la mayor de las alarmas por esta pregunta).

—¡Niña número veinte incapaz de definir caballo! —dijo el señor Gradgrind, para general edificación de todas las criaturas—. ¡Niña número veinte no posee

ningún hecho en relación con uno de los animales más comunes! Definición de caballo por algún niño. La tuya, Bitzer.

—Cuadrúpedo. Graminívoro. Cuarenta dientes, a saber, veinticuatro molares, cuatro caninos y doce incisivos. Muda el pelo en primavera; en terrenos pantanosos muda también las pezuñas. Pezuñas duras, pero hay que herrarlas. Edad se conoce por marcas en la boca.

Así es Bitzer, el alumno modelo, el favorito de sus maestros. Con este libro pretende Dickens criticar la explotación de los obreros durante la revolución industrial, pero también ciertas ideas educativas que favorecían el aprendizaje de datos y la racionalidad, olvidando la ética, los sentimientos, el arte o el juego.

El filósofo Jeremy Bentham fue el fundador del utilitarismo, y el también filósofo James Mill fue tal vez quien más estrictamente llevó a la práctica las teorías educativas que el señor Gradgrind comparte. Educó a su hijo, John Stuart Mill (1806-1873), con la decidida intención de convertirlo en un genio. Y lo logró. Sin contacto con otros niños de su edad, John empezó a aprender griego a los tres años, y a los ocho años leía las historias de Heródoto y las fábulas de Esopo y comenzó el estudio del latín. A los diez años leía a Demóstenes y a Platón en su idioma original, y en sus ratos libres se divertía leyendo *Robinson Crusoe* y el *Quijote*.

Todo muy bien, hasta que a los veinte años sufrió lo que en su *Autobiografía* (publicada en el año de su muerte) llama «una crisis en mi historia mental». Por la descripción, parece un episodio de depresión:

Mis nervios estaban embotados, como a todo el mundo puede ocurrirle ocasionalmente; incapaz de gozo o de placentero interés, uno de esos humores en que los placeres de otros tiempos se vuelven insípidos o indiferentes. [...] todos los cimientos sobre los que se edificaba mi vida se derrumbaron. [...] Parecía que no tenía nada por lo que vivir.

Con toda la delicadeza y medidas palabras de un buen hijo que no quiere dejar a su padre en mal lugar, atribuye el problema a la educación recibida:

Mi padre [...] era la última persona a la que recurrir, en un caso como este. [...] Mi educación, que era completamente obra suya, había sido conducida sin contemplar la posibilidad de este resultado, y no vi la utilidad de causarle el dolor de pensar que sus planes habían fracasado [...]

Explica luego el fracaso de un sistema educativo basado en premios y castigos:

[Mis maestros] parecían haber puesto toda su confianza en los viejos instrumentos conocidos, elogio y reproche, recompensa y castigo. No dudaba yo que con esos métodos, comenzados pronto y aplicados sin descanso, podían crearse intensas asociaciones de dolor y de placer, especialmente de dolor, y producirse

deseos y aversiones capaces de mantenerse sin merma hasta el final de la vida. Pero siempre debe haber algo artificial y casual en las asociaciones así creadas. [...] Los hábitos analíticos [...] son por tanto (creo yo) favorables a la prudencia y a la astucia, pero un perpetuo gusano en la raíz tanto de las pasiones como de las virtudes y, sobre todo, socavan terriblemente todos los deseos y todos los placeres [...].

Sí, hace casi dos siglos, Mill ya había detectado las serias limitaciones de los premios y castigos como método educativo. Los premios y los castigos son, sí, un gusano en la raíz de las virtudes. Una persona virtuosa no hace el bien esperando un premio, ni se abstiene de hacer el mal porque teme un castigo. El que no atraca a una ancianita que sale del banco, porque sabe que hay cámaras de seguridad, pero la atracaría si la pillase a solas en un callejón oscuro, no es una persona honrada, sino un ladrón cobarde.

John Stuart Mill superó su depresión gracias a un libro:

Estaba leyendo por casualidad las *Mémoires* de Marmontel, y llegué al pasaje que explica la muerte de su padre, la difícil situación de su familia, y la súbita inspiración por la que él, solo un muchacho, sintió y les hizo sentir que lo sería todo para ellos, que llenaría el lugar de todo lo que habían perdido.

Acaba de quejarse de la educación recibida, obra de su padre; acaba de decir que su padre es la última persona a la que confiaría sus problemas... y ahora se le pasan todos los males al leer sobre la muerte de un padre. No, no es lo que estamos pensando^[28]. Marmontel muestra en sus memorias un gran aprecio por su padre, y este no lo presionó en absoluto para estudiar (al contrario; se quejaba de que tanto latín no servía para nada). Lo que sacó a Mill de su depresión fue el leer cómo Marmontel (1723-1799; historiador, escritor, filósofo y dramaturgo francés), enfrentado con una gran calamidad, lejos de hundirse, da un paso al frente y asume la responsabilidad.

Marmontel escribió sus *Memorias de un padre para servir a la instrucción de sus hijos*, según él mismo dice, para que nadie más que sus hijos las leyeran, y en efecto no se publicaron hasta 1804, casi cinco años después de su muerte. Era el mayor de siete hermanos y, tras haber trabajado como aprendiz de sastre, estaba estudiando filosofía mientras se ganaba la vida como preceptor de los hijos de una familia acomodada, cuando, a los dieciocho años, recibe la noticia de la muerte de su padre y debe volver a casa. Copiaré aquí sus palabras, por si a alguien le sirven, como a Mill, para salir de un bache^[29]:

Toda la familia se levanta, vienen a abrirme, y, al entrar, me veo rodeado de esta familia desconsolada, madre, niños, ancianas, todos casi desnudos, despeinados, semejantes a espectros, que me tienden los brazos con gritos que perforan y desgarran mi corazón. No sé qué fuerza que la naturaleza nos reserva, sin duda, para una extrema desgracia, se desplegó en mí de repente. Jamás me he sentido tan

superior a mí mismo. Tenía que levantar un enorme peso de dolor, y no sucumbí. Abrí mis brazos, mi pecho, a aquella multitud de desgraciados; los recibí a todos y, con la seguridad de un hombre inspirado por el Cielo, sin mostrar ninguna flaqueza, sin derramar una lágrima, yo que lloro fácilmente: «Madre mía, hermanos, hermanas, sufrimos —les dije— la mayor de las aflicciones; no nos dejemos abatir. Perdéis un padre, hijos míos, y encontráis otro; yo os haré las veces; yo lo soy, quiero serlo; asumo todos los deberes, y ya no sois huérfanos».

Tras estas palabras brotaron de sus ojos arroyos de lágrimas, pero de lágrimas mucho menos amargas. «¡Ah, hijo mío! —exclamó mi madre apretándome contra su corazón—. ¡Mi niño querido! ¡Qué bien te he conocido!» y mis hermanos, mis hermanas, mi buenas tías, mi abuela, cayeron de rodillas.

La superación de su crisis mental cambió las ideas de Mill sobre la vida y la educación:

Dejé de dar una importancia casi exclusiva a la ordenación de las circunstancias externas y al entrenamiento del ser humano para la especulación y para la acción.

Había aprendido ahora por experiencia que las susceptibilidades pasivas debían ser cultivadas al igual que las capacidades activas, y requerían ser alimentadas y enriquecidas además de guiadas. [...] El cultivo de los sentimientos se convirtió en uno de los puntos cardinales en mi credo ético y filosófico.

Con «capacidades activas» se refiere a la razón, alimentada con esos hechos que tanto gustaban al señor Gradgrind; mientras que las «susceptibilidades pasivas» son los sentimientos y las emociones, que piensa cultivar con arte, poesía, música, imaginación... Sorprende la similitud con esa inteligencia emocional que está ahora tan de moda^[30].

De modo que John Stuart Mill, el más grande filósofo del utilitarismo, fue al mismo tiempo el que corrigió sus excesos en materia de educación. Su obra cumbre, el ensayo *Sobre la libertad* (1859), tiene todavía mucho que enseñarnos sobre la protección de ese bien tanpreciado como frágil:

Como otras tiranías, al principio la tiranía de la mayoría era temida sobre todo, y todavía lo es vulgarmente, cuando opera mediante los actos de las autoridades públicas. Pero las personas reflexivas percibieron que cuando la sociedad misma es el tirano —la sociedad colectivamente, por encima de los individuos separados que la componen—, su forma de tiranizar no se limita a los actos que puede hacer por las manos de sus funcionarios políticos. La sociedad puede ejecutar y ejecuta sus propios mandatos, y si emite mandatos erróneos en vez de correctos, o cualquier tipo de mandato en temas en los que no se debería meter, practica una tiranía social más formidable que muchos tipos de opresión política, puesto que, aunque no suele ser impuesta con penas tan extremas, deja menos vías de escape, penetrando mucho más profundamente en los detalles de la vida y esclavizando al alma misma. No basta, por tanto, con la protección contra la tiranía del magistrado; hace falta también protección contra la tiranía de las opiniones y sentimientos predominantes, contra la tendencia de la sociedad a imponer, por medios distintos de las penas civiles, sus propias ideas y prácticas como reglas de conducta sobre aquellos que disienten de ellas, para dificultar el desarrollo y, si es posible, prevenir la formación, de cualquier individualidad que no esté en armonía con sus costumbres, y obligar a todas las personas a adaptarse a su modelo. Hay un límite a la legítima interferencia de la

opinión colectiva sobre la independencia individual, y encontrar dicho límite, y mantenerlo contra la transgresión, es tan indispensable para la buena condición de los asuntos humanos como la protección contra el despotismo político.

Sí, la tiranía de la sociedad puede ser más formidable (usado aquí en su sentido original, «que causa pavor o espanto», no en esa acepción de «magnífico» que no apareció hasta mediados del siglo xx) que la de los gobernantes, y eso es aún más cierto hoy, cuando las «redes sociales» (uso comillas porque me parecen, en realidad, todo lo contrario de una sociedad) ejercen un poder antes inimaginable, y cualquiera puede ser sometido a público escarnio por una palabra desafortunada o por no hablar, pensar y comportarse como en cada momento es *correcto*.

Pero volvamos a *Tiempos difíciles*. Habíamos dejado a Sissy un poco abrumada ante la enorme tarea de definir un caballo. El señor Gradgrind decide expulsarla de su modélica escuela; una niña criada en un circo no es el tipo de alumno que busca. Pero se encuentra con la sorpresa de que su padre ha huido, abandonándola. Es un buen padre, que la ha cuidado con amor. Pero es pobre, y se está haciendo viejo, y en las últimas semanas cada vez comete más fallos en su número circense, porque sus articulaciones ya no son lo que eran. Ha llegado al parecer a la conclusión de que, ahora que Sissy ha empezado a ir a la escuela, todo está mágicamente arreglado, y que lo mejor para su hija es quitarse de en medio. No es una buena idea, probablemente, pero es lo único que se le ocurre a este hombre sin estudios, que solo quiere para su hija una vida algo mejor que la suya. Y Sissy lo entiende enseguida:

—Oh, querido padre, mi padre bueno y cariñoso, ¿dónde te has ido? Te has ido para intentar hacerme un bien, ¡lo sé! Te has ido por mi bien, ¡estoy segura! ¡Y qué triste y desamparado estarás sin mí, pobre, pobre padre, hasta que vuelvas!

El señor Gradgrind, que aparte de sus teorías educativas no es mala persona, la readmite en la escuela y la acoge en su casa, donde va a vivir durante los próximos años.

Pasan los años y crecen los niños, y Sissy termina finalmente la escuela, sin haber aprendido gran cosa. El señor Gradgrind no ha renunciado a sus teorías, pero parece empezar a comprender que puede haber otras cosas importantes, aparte de aprender hechos:

—Eres extremadamente deficiente en tus hechos. Tu conocimiento de los números es muy limitado. Estás muy retrasada, no llegas al nivel.

—Lo siento, señor —respondió ella—; pero sé que es muy cierto. Y eso que me he esforzado, señor.

—Sí —dijo el señor Gradgrind—, sí, creo que te has esforzado; te he observado, y no he encontrado ninguna falta en ese aspecto. [...]

—Me gustaría haber correspondido mejor a su amabilidad y protección, señor,

para con una pobre niña abandonada con la que usted no tenía ninguna obligación.

—No llores —dijo el señor Gradgrind—. No llores. No te reprocho nada. Eres una joven buena, afectuosa y sincera, y... y tendremos que conformarnos con eso.

—Muchas gracias, señor —dijo Sissy, con una graciosa reverencia.

El señor Gradgrind se ha esmerado, por supuesto, en la educación de sus propios hijos. Muchos hechos, mucha racionalidad, nada de juegos, de historias, de tonterías. No es que les prohibiera ir al circo (una actividad inútil), es que les riñó duramente solo por intentar ver algo del circo por un agujerito en una cerca. Pasan los años, y la educación da sus frutos. Louisa, la hija mayor, se ha casado sin amor, por orden de su padre, con un hombre rico y antipático que le lleva treinta años (pero, claro, el dinero del caballero es una realidad objetiva, mientras que el amor no es más que un sentimiento, una fantasía sin importancia, algo que hay que desterrar de la vida). Tras muchos problemas (lean la novela, si quieren más detalles), abandona al marido y vuelve a la casa paterna. Y allí le reprocha a su padre la educación recibida con palabras extrañamente similares a las que usa Mill para describir su crisis mental (digo «extrañamente» porque la novela precede en casi veinte años a la autobiografía de Mill). ¿Conocía Dickens lo ocurrido a Mill, o tuvo la genialidad de imaginarlo?

—¿Cómo pudiste darme la vida, y quitarme todas las cosas intangibles que la elevan sobre el estado de una muerte consciente? ¿Dónde están las gracias de mi alma? ¿Dónde, los sentimientos de mi corazón? ¿Qué has hecho, padre, qué has hecho, con el jardín que debió haber florecido en su día, en este gran desierto mío? [...]

—No te lo reprocho, padre. Lo que nunca has alimentado en mí, nunca lo has alimentado en ti mismo; pero, si lo hubieras hecho así hace mucho tiempo, o si simplemente me hubieras abandonado a mí misma, ¡cuánto mejor y más feliz sería yo ahora!

Tras una noche de insomnio, es un señor Gradgrind abatido y tembloroso el que pide perdón a su hija (y es perdonado), el que pronuncia palabras que vuelven a resonar con las de Mill:

—El terreno que piso ha dejado de ser sólido bajo mis pies. El único soporte en que me apoyaba, y cuya fortaleza parecía, y todavía parece, imposible poner en duda, ha cedido en un instante. [...]

—Sé que siempre has intentado hacerme feliz [dice Louisa]. Nunca te he echado la culpa, y nunca lo haré. [...]

—Algunas personas sostienen —prosiguió él, aún vacilante— que hay una inteligencia de la Cabeza, y que hay una inteligencia del Corazón. Yo no lo pensaba así; pero, como he dicho, ya no me fío de mí mismo. He creído que la cabeza era suficiente. Puede que no sea suficiente, ¡cómo atreverme en esta mañana a decir que lo es!

Poco después, Tom, el segundo hijo de Gradgrind, roba en el banco en el que trabaja. ¿No es acaso la actitud más lógica y racional? Si aquí hay dinero, y yo quiero dinero, me lo llevo. Bitzer, el alumno modelo que también trabaja en el banco, decide denunciarlo, seguro de que así obtendrá un ascenso (sin duda también lo más lógico y racional). Gradgrind ruega a Bitzer que no denuncie a su hijo, que le dé tiempo para escapar e iniciar una nueva vida en América:

—Bitzer —dijo el señor Gradgrind, quebrantado y tristemente sumiso ante él—, ¿no tienes corazón?

—La circulación, señor —respondió Bitzer, sonriendo ante la extraña pregunta— no podría funcionar sin uno. Nadie, señor, que esté familiarizado con los hechos establecidos por Harvey^[31] respecto a la circulación de la sangre puede dudar de que tengo un corazón.

—¿Y es accesible —exclamó el señor Gradgrind— a alguna influencia compasiva?

—Es accesible a la razón, señor —respondió el excelente joven—, y a nada más.

[32]

Poco a poco, Sissy se ha ido convirtiendo en el centro de la familia Gradgrind, la que cuida de la madre siempre enferma, la que apoya a la hija Louisa, atrapada en un matrimonio sin amor, la que consigue salvar a Tom, la que apoya al señor Gradgrind en sus tribulaciones. La única en esa familia capaz de afrontar los problemas de la vida real, porque en la vida real sí que hay sentimientos y emociones, y la obsesión del señor Gradgrind por limitarse a los *hechos* ha tenido el paradójico y perverso efecto de apartar a su familia de la realidad y crear para ellos un universo imaginario de pura racionalidad.

Finalmente es Sissy, la mala estudiante, la que alcanza una vida plena y feliz, y la que educa a sus hijos de un modo muy distinto:

[...] hijos felices de la feliz Sissy amándola, todos los niños amándola; ella, versada en cosas de niños, pensando que ninguna fantasía inocente y hermosa debe ser despreciada [...]

Hoy en día no está de moda hacer memorizar a los niños miles de datos, pero sí están de moda otras formas de no dejarles ser niños: se les hiperestimula desde bebés en un absurdo intento por «convertirlos en genios» (llevamos décadas así; los primeros genios deberían estar ya descubriendo cosas); se les enchufa a la tele, la consola o el teléfono inteligente, convertidos en niñera electrónica (lo crea o no, antiguamente consolábamos a los bebés que lloraban sin mostrarles un vídeo en el móvil); se les abruma con deberes (de niño, me preguntaba por qué yo tenía que seguir trabajando durante horas tras salir de la escuela, y mi padre no tenía que hacer nada al volver de la oficina); se les sobrecarga con actividades extraescolares que muchas veces ellos no han

pedido, sino que sirven para, una vez más, «estimularles» o simplemente para tenerlos entretenidos hasta que podamos pasar a recogerlos; se controla su juego, convertido en «deporte» o en «actividad de ocio».

Los niños necesitan juego libre. Libre. Sin el control de los adultos, sin que nadie les diga qué tienen que hacer o dejar de hacer en cada momento, sin que nadie les riña por jugar mal o intente enseñarles a jugar mejor, sin que nadie les juzgue por comenzar un juego y dejarlo a medias. Pero cada vez los niños tienen menos tiempo libre; su juego es substituido por la televisión, o supervisado por entrenadores y monitores. Antes los niños jugábamos «a la pelota», un juego sin reglas claras (o podías pasarte todo el recreo discutiendo las reglas, lo que era igual de divertido); ahora están federados, tienen camiseta, entrenador y una liga en la que les pita un árbitro uniformado.

Y los niños también necesitan aburrirse. Algunos de los mejores recuerdos de mi primera infancia corresponden a momentos de aburrimiento: mirar durante horas por la ventana, seguir los paseos del gato del vecino, ver caer la lluvia, imaginar aventuras, pensar...; no había en aquella época «actividades con niños». Ahora parece que la consigna sea «¡que el niño no se aburra!», sumergirle en un frenesí de experiencias, no dejar un momento para la introspección, como si fuera responsabilidad de los adultos estar continuamente pensando cosas para que el pobre niño no tenga que recurrir al desesperado recurso de pensar por sí mismo.

De estos y otros problemas habla Catherine L'Ecuyer en su libro *Educación en el asombro* (2012). No sé si es casual que eligiera esa palabra, porque el asombro es precisamente lo que el señor Gradgrind prohíbe a sus hijos:

Ningún pequeño Gradgrind había visto nunca una cara en la luna; lo sabían todo sobre la luna antes de poder hablar con claridad. Ningún pequeño Gradgrind había aprendido nunca la cancioncilla «Estrellita, ¿dónde estás?, me pregunto qué serás». Ningún pequeño Gradgrind había conocido nunca el asombro ante el tema, pues cada pequeño Gradgrind había disecado a los cinco años la Osa Mayor como un Profesor Owen^[33], y conducido El Carro como el maquinista de un tren.

Cuando les riñe por intentar ver el circo desde lejos, les increpa: «*In the name of wonder, idleness, and folly!*», de la misma forma que diríamos «¡Por todos los diablos!». Son los tres demonios del señor Gradgrind: la insensatez, la ociosidad, pero muy especialmente el asombro:

Cuando era media docena de años más joven, Louisa había comenzado una conversación con su hermano con las palabras «*Tom, I wonder*», y el señor Gradgrind, que la escuchó, salió a la luz y dijo: «¡Louisa, nunca te asombres!».

He aquí el resorte del arte mecánico y misterioso de educar la razón sin rebajarse a cultivar los sentimientos y los afectos. Nunca asombrarse. Por medio de la adición, substracción, multiplicación y división, dejarlo todo bien claro, y nunca asombrarse.

No están claras las edades en el libro, pero parece que Louisa debía de tener seis u ocho años. «*I wonder...*» es una forma muy inocente en inglés de expresar una duda, «No sé si lloverá mañana», o de hacer una pregunta o una petición educada, «Me pregunto si me podrías dejar los compases». Seguro que Louisa iba a hacer una pregunta sin importancia, y su padre bien lo sabe, pero decide darle una solemne lección. Porque el verbo *to wonder* también puede significar asombrarse, sentir curiosidad o preocuparse por algo, y como sustantivo es asombro, sorpresa, maravilla. Así que el lema del señor Gradgrind podría ser, alternativamente, «nunca te asombres», «nunca dudes», «nunca te hagas preguntas».

LA ESCUELA

Las escuelas de Yorkshire eran lo peor de lo peor, pero otras no eran mucho mejores. En *La tienda de antigüedades* se describe lo que parece ser una escuela de señoritas habitual en la época:

El lugar estaba en Chelsea, pues allí residía la señorita Sophia Wackles con su madre viuda y sus dos hermanas, con las cuales mantenía una muy pequeña escuela para señoritas de dimensiones en proporción; una circunstancia que se ponía en conocimiento del vecindario por una placa ovalada sobre las ventanas de la primera planta, donde aparecían envueltas en florituras las palabras «Seminario para Damas», y que era además publicada y proclamada a intervalos, entre las nueve y media y las diez de la mañana por alguna jovencita rezagada y solitaria de tierna edad que de puntillas sobre el limpiabarros intentaba en vano alcanzar el llamador con un libro de ortografía. Las diversas funciones educativas en el establecimiento estaban asignadas de la siguiente manera: gramática inglesa, redacción, geografía y el uso de mancuernas, por la señorita Melissa Wackles; escribir, aritmética, danza, música y fascinación en general, por la señorita Sophia Wackles; el arte de la aguja, patrones y bordados, por la señorita Jane Wackles; castigos corporales, ayunos y otras torturas y terrores, por la señora Wackles. La señorita Melissa Wackles era la hija mayor, la señorita Sophia la siguiente, y la señorita Jane la más joven. La señorita Melissa podía haber visto treinta y cinco veranos o algo así, y bordeaba lo otoñal; la señorita Sophia era una chica agradable, alegre y rolliza de veinte, y la señorita Jane apenas tenía dieciséis años. La señora Wackles era una excelente pero malévola señora en la sesentena.

No había muchos requisitos para abrir una escuela, y tampoco para ser maestro. Anne Shirley, la protagonista de *Ana la de Tejas Verdes*, la novela publicada en 1908 (pero ambientada unas décadas antes) por la canadiense Lucy Maud Montgomery, comienza a los dieciséis años sus estudios para ser maestra, y como es muy lista acaba en un año en vez de los dos habituales, así que a los diecisiete ya es maestra de una escuela rural.

Hemos visto numerosas escuelas, y no han salido muy bien paradas: los internados tiránicos de *Jane Eyre* y de *Nicholas Nickleby*, el fanatismo por los hechos de *Tiempos difíciles...*

No parece existir ahora una corriente pedagógica que propugne enseñar a los niños gran cantidad de hechos y solo hechos. Más bien, en España, la

tendencia parece ser la de enseñar lo menos posible. Se usa, siempre en sentido negativo, el término «aprendizaje memorístico» para referirse a los tiempos en que los niños aprendían cosas en la escuela (la Wikipedia en español tiene una entrada con ese título, que no tiene equivalente a día de hoy —agosto de 2018— en las wikipedias en otras lenguas). Como si fuera posible saber algo sin saberlo *de memoria*.

La tendencia a enseñar poco en la escuela no parece, sin embargo, exclusiva de España. En *The world according Bertie* (2007)^[34], la muy recomendable novela de Alexander McCall Smith, un padre escocés se lamenta de que su hija universitaria no haya oído hablar de la invasión italiana de Abisinia ni de Haile Selassie:

Y comprendía, por supuesto, que no era culpa de ella. Su hija pertenecía a una generación a la que habían enseñado muy poca historia y nada de geografía. Ni latín. Ni les habían hecho aprender poemas de memoria, con el resultado de que nadie podía ya recitar ningún poema de Burns, o de Wordsworth, o de Longfellow. Todo les había sido arrebatado por gente que sabía muy poco, pero que no lo sabía.

La teoría parece ser que la ciencia avanza tan rápido que aprender cosas concretas no sirve de nada (¿en serio?, ¿nos van a cambiar la física, la historia, la gramática, la poesía de Bécquer?), y que, como toda la información está a un clic de distancia, no hace falta saber cosas, sino solo saber buscarlas. Pero el hecho es que la información siempre ha estado al alcance, quizás no en segundos, pero sí en pocos minutos, en libros, enciclopedias o bibliotecas. Pero la información no sirve de nada a quien no tiene conocimiento, a quien no sabe lo suficiente para comprender, ordenar y valorar esa información. Puedes comprar, o posiblemente leer gratis en internet, todos los libros que estudia en su carrera un arquitecto o un ingeniero, pero eso no te permite construir una casa o un puente.

Yo soy pediatra, pero no soy cardiólogo o neurólogo; si veo a un niño con algún problema complejo del corazón o del cerebro, tengo que enviarlo al especialista. El cardiólogo no se lo sabe todo de memoria, tiene en su casa un grueso tratado de cardiología y recibe revistas especializadas que a menudo necesita consultar. Yo puedo consultar ese mismo libro y esas mismas revistas, y a veces mis conocimientos de medicina me permiten interpretar lo que leo..., pero sigo sin ser cardiólogo. Un cardiólogo no es un médico que sabe consultar un tratado de cardiología, sino un médico que sabe (que sabe de verdad, *de memoria*) suficiente cardiología para tratar a sus pacientes, consultando de vez en cuando el tratado.

Nuestros conocimientos son como luces que iluminan el mundo. Cada uno posee, con suerte, algún gran foco que ilumina su oficio o su principal afición,

ya sea la ingeniería, la peluquería o la filatelia, y muchas pequeñas linternas que iluminan, aquí y allá, otras parcelas. La educación general debería tener como objetivo proporcionarnos varias de esas linternas: saber algo de geografía y algo de historia, algo de matemáticas y algo de física, algo de poesía y algo de arte. Otras linternas las adquirimos fuera de la escuela: sabemos algo de cocina, algo de fútbol o de cine, algo de música moderna y, por supuesto, mucho sobre nuestra familia o sobre cómo funciona nuestra sociedad.

Alrededor de cada zona de luz hay una zona más grande de penumbra, las cosas que, gracias a nuestros conocimientos, somos capaces de buscar en un libro o en internet, comprender y aplicar. Y otra zona aún más grande y todavía menos iluminada, las cosas que sabemos que existen pero para las que necesitamos la ayuda de alguien que sí que sabe: sabemos, más o menos, cuándo necesitamos ir al médico, consultar a un abogado o llamar para que nos arreglen la lavadora, pero no somos en general capaces de solucionar el problema nosotros mismos, ni siquiera con la ayuda de un libro o de internet. Por fuera de esa penumbra está la obscuridad total, el infinito universo desconocido (al menos para nosotros), sobre el que ni siquiera podemos preguntar porque no sabemos plantear la pregunta, ni a quién dirigirla.

Cuanto más numerosas y potentes son nuestras linternas, cuantas más cosas sabemos de memoria, más grandes son también las zonas de penumbra, mayor es nuestra capacidad de buscar y comprender nuevas informaciones. Al que nada sabe, la biblioteca, la enciclopedia o internet no le sirven de nada.

Tengo observado que la capacidad de aprender cosas de memoria disminuye con la edad. Recuerdo poemas que aprendí en la infancia con apenas leerlos, o escucharlos, un par de veces; pero ahora tengo que esforzarme durante semanas, repetir sin parar, para aprender uno nuevo (los poemas no están entre las cosas que aprenden los alumnos de Gradgrind; al contrario, los tienen prohibidos, porque no son «hechos»). Y por eso me parece especialmente triste el privar a los niños de aprender cosas importantes, o bellas. ¿Se acuerda de aquella fábula sobre el té y la salvia? *El té, viniendo del imperio chino / se encontró con la salvia en el camino...* Estaba en uno de mis libros de texto de bachillerato. Es una de las *Fábulas literarias* (1782) de Tomás de Iriarte. El pretexto de la fábula es que, supuestamente, en China importan salvia de Europa, mientras que aquí importamos té de China, por ese esnobismo de preferir lo que viene de fuera. Pero el verdadero objetivo de la fábula es criticar a los españoles que prefieren la poesía francesa o italiana a la poesía española:

[...]
y español que tal vez recitaría
quinientos versos de Boileau o el Tasso,
puede ser que no sepa todavía
en qué lengua los hizo Garcilaso.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que había españoles capaces de recitar quinientos versos en francés o en italiano, aunque no apreciaran mucho a Garcilaso. Hoy, los jóvenes terminan sus estudios sin haber leído a Garcilaso, sin conocer siquiera la existencia de unos señores llamados Boileau o Tasso, y habitualmente incapaces de leer poesía en ninguna lengua extranjera. Pocos podrían recitar quinientos versos, aun incluyendo las letras de las canciones de moda. Era muy distinto en 1872, cuando Edmondo De Amicis (1846-1908), el autor de la pequeña anécdota que los japoneses alargaron hasta convertirla en la serie de dibujos animados *Marco*, publicó el relato de su viaje por España:

En los pocos días que permanecí en Barcelona, solía pasar la tarde con algunos jóvenes catalanes, paseando por la orilla del mar, a la luz de la luna, hasta bien entrada la noche. Sabían todos un poco de italiano, y eran muy amantes de nuestra poesía; de modo que por horas y horas no se hacía otra cosa que declamar versos, ellos de Zorrilla, de Espronceda, de Lope de Vega; yo de Foscolo, de Berchet, de Manzoni; alternados, en una especie de competición, a ver quién decía los más hermosos.

En España, Leopoldo Alas, Clarín (1852-1901), nos muestra a otro maestro con curiosas teorías pedagógicas, don Urbano, en uno de sus *Cuentos morales* publicados en 1896:

En un principio, cuando la Unión liberal le dio la escuela, creyó que su vocación consistía en renovar el sistema de educación de los infantes, y hasta llegó en su audacia a imaginar una especie de reloj gráfico intuitivo, para que los niños de teta mamaran nada más a las horas debidas. Su idea era facilitar el desarrollo de las facultades físicas y anímicas de los niños llorones, dejándolo todo a la espontaneidad de la naturaleza... metódicamente enderezada. Los niños eran tiernas plantas. (De esta metáfora nació la afición de don Urbano al arbolado público). La savia natural, decía, se encarga de hacerlos física e intelectualmente; yo todo lo dejo a la intuición y al aire libre... pero... pero

árbol que crece torcido
tarde su tronco endereza,
pues hace naturaleza
del vicio con que ha nacido.

Y es necesario que el árbol crezca derecho mediante el método racional-intuitivo. Por lo cual, don Urbano, en un principio, trató a los niños, física y moralmente, como si fueran sistemas de poleas, enredándolos en una porción de correas... físicas y morales también. Para enseñarles a poner bien la pluma, les ataba los dedos con balduque, y después les decía: «Ea; ahora, allá vosotros; escribid con toda libertad».

Era muy partidario de la libertad... con correas. Creía firmemente en el crecimiento espontáneo; pero la dirección del crecimiento era cosa de él, de don Urbano; lo cual demostraba con un análisis etimológico de las palabras pedagogo, método, ortografía, ortología, ortopedia, ortodoxo, y otras como estas últimas, en que entraba por mucho la idea de rectitud; rectitud que conseguía él por medio de rodrigones y ligaduras. «Señores», solía exclamar dirigiéndose a los párvulos que le había entregado la Unión liberal; «señores, tienen ustedes que desengañarse; así como».

Dios el bravo mar enfrena
con muro de leve arena,

es necesario que el buen pedagogo, esto es, director de niños, enfrene las malas pasiones de ustedes y los extravíos psicofísicos propios de la edad por que ustedes atraviesan, no con muros de arena, sino con una de arena... y otra de cal, es decir, por las dulces y por las agrias, por aquello de que, entre col y col, lechuga. Mucho recreo, mucha expansión al aire libre... pero todo con método, con orden, con medida; ya lo dijo la Sabiduría: omnia in mensura, in numero, in pondere disposuisti^[35]. El aire libre, el libre ambiente es cosa muy recomendable... pero con medida. ¡Oh, si hubiera contadores de aire como los hay para el agua y para el gas!

Don Urbano parece un hombre muy leído. Usa unas palabras que más de un siglo después aún parecen modernas: «sistema de educación», «racional-intuitivo», «análisis etimológico», «psicofísicos»; menciona los contadores de agua y gas en una época en que mucha gente no tenía agua corriente y menos aún gas. Parece haber leído algo sobre psicología y pedagogía, y haberlo entendido todo mal. Está mezclando cosas absolutamente opuestas, espontáneo pero dirigido, racional pero intuitivo, como si hubiera leído dos teorías pedagógicas incompatibles y quisiera aplicarlas a la vez. Para ridiculizarlo aún más, el autor le hace aplicar esas teorías a niños demasiado pequeños, en la clase de los párvulos (cuatro o cinco años), y atar la pluma a sus deditos no con un cordel cualquiera sino con balduque, que es la cinta roja con que la administración española ata los expedientes más importantes desde tiempo de Carlos I (el método se extendió a otros países, y en inglés *red tape* todavía es sinónimo de «burocracia»). Por si fuera poco, don Urbano pretende que los bebés tomen la teta con un horario fijo, algo que ya algunos médicos recomendaban por aquella época, pero que casi nadie hacía, y que a la mayoría de la gente (incluyendo, obviamente, a Leopoldo Alas) le sonaba ridículo. ¡Como si los niños de teta fueran a entender el reloj, por muy «gráfico intuitivo» que fuera!

El castigo

En su *Arte de ser abuelo*, Victor Hugo dedica un capítulo a su hijo Charles, el padre de sus nietos. Narra un castigo injusto que sufrió el niño en la escuela, e imagina que el mismo Juvenal, el poeta satírico romano que vivió entre el siglo primero y el segundo, viene a ponerse de su parte:

*Charles a fait des dessins sur son livre de classe.
Le thème est fatigant au point, qu'étant très lasse,
La plume de l'enfant n'a pu se reposer
Qu'en faisant ce travail énorme: improviser
[...]
Il regarde, éperdu, sa feuille de papier.
Mille vers! Copier! Copier! Copier!
Copier! Ô pédant, c'est là ce que tu tires
Du bois où l'on entend la flûte des satyres,
[...]
Soudain du livre immense une ombre, une âme, un homme
Sort, et dit: — Ne crains rien, mon enfant. Je me nomme
Juvénal. Je suis bon. Je ne fais peur qu'aux grands. —
Charles lève ses yeux pleins de pleurs transparents,
Et dit: — Je n'ai pas peur. — L'homme, pareil aux marbres,
Reprend, tandis qu'au loin on entend sous les arbres
Jouer les écoliers, gais et de bonne fois:
— Enfant, je fus jadis exilé comme toi,
Pour avoir comme toi barbouillé des figures.
Comme toi les pédants, j'ai fâché les augures.
[...]
Ainsi, la grande sœur et la petite sœur,
Ces deux âmes, sont là, jasant; et le censeur,
Obscur comme minuit et froid comme décembre,
Serait bien étonné, s'il entrait dans la chambre,
De voir sous le plafond du collègue étouffant,
Le vieux poète rire avec le doux enfant.*

Charles ha hecho dibujos en su libro de clase.
El tema es tan tedioso que, preso de fatiga,
la pluma del niño no pudo descansar
más que con el trabajo enorme de improvisar
[...]
Desesperado, observa la hoja de papel.
¡Mil versos! ¡Copiar! ¡Copiar! ¡Copiar!
¡Copiar! Oh, pedante, ¿es eso lo que sacas
del bosque donde se oye la flauta de los sátiros?
[...]
De pronto del libro inmenso una sombra, un alma, un hombre
surge y dice: —Nada temas, hijo. Yo me llamo
Juvenal. Soy bueno. Solo asusto a los mayores—.
Charles alza los ojos inundados en lágrimas transparentes,
y dice: —No tengo miedo—. El hombre, semejante a una estatua,
continúa, mientras en la distancia se oye bajo los árboles
a los niños alegres jugar confiados:
Hijo, yo también fui como tú un exiliado.
Por pintarrajear, como tú, las figuras,

como tú a los pedantes, ofendí a los augures.

[...]

Así, la hermana mayor y la pequeña hermana, las dos almas están allí, charlando, y el censor^[36], obscuro como la noche y frío como diciembre, mucho se asombraría, si en la estancia entrase, de ver, bajo el techo del colegio asfixiante reír al viejo poeta junto al tierno infante.

Cuando escribió estos versos, Hugo estaba políticamente en la extrema izquierda, y soportaba mal la autoridad, incluyendo al parecer la despótica autoridad de los maestros. Pero muchos años antes, en 1831, cuando publicó *Nuestra Señora de París*, antes incluso de ser diputado por la derecha, tampoco tenía muy buena opinión de los maestros. Dice uno de sus personajes:

Yo tenía más inclinación por ser maestro de escuela; es verdad que no sabía leer; pero eso no es un problema.

El que habla es, como Hugo, un poeta, y está explicando que se dedicó a la poesía porque le faltaba valor para ser soldado, le faltaba devoción para ser monje, le faltaba fuerza para ser carpintero... y ni para maestro servía. El poeta sabe reírse de sí mismo.

Dickens, en *Dombey e Hijo*, muestra una opinión similar sobre otro maestro:

[...] al que habían nombrado maestro porque no sabía nada y no servía para nada, y por cuya cruel vara tenían una completa fascinación todos los niños regordetes.

Los informes escolares

Esa es la escuela de los pobres. En la escuela de los ricos, donde estudia el pequeño Paul Dombey, el maestro, Dr. Blimber, no es ignorante ni brutal, por supuesto. El problema es el exceso de presión, el intento de que los niños aprendan mucho, muchísimo, para mayor gloria del profesor y mayor admiración de los padres, aunque sea a costa de perder el tiempo de juego, la alegría y la misma infancia. Paul demuestra gran inteligencia; su compañero Briggs más bien lo contrario, pero el tratamiento es el mismo:

Cuando el doctor Blimber dijo que hacía grandes progresos y tenía una inteligencia natural, el señor Dombey quedó más convencido que nunca de que tenían que forzarle a quemarse las cejas estudiando. En el caso de Briggs, cuando el doctor Blimber informó de que no había hecho aún grandes progresos ni tenía

inteligencia natural, Briggs padre fue inexorable en la misma decisión. En conclusión, por elevada y falsa que fuera la temperatura a la que el doctor mantenía su invernadero, los propietarios de las plantas estaban siempre dispuestos a echar una mano con los fuelles para avivar el fuego.

La escuela del Dr. Bimble parece pionera en algo que actualmente se ha generalizado: el detallado análisis de la conducta de los niños pequeños, el decidido intento de encauzarla siempre en la misma dirección, tratando cualquier peculiaridad como un problema que debe ser arreglado. La señorita Blimber, la hija del director y también profesora, lee a Paul, de apenas seis años, su informe:

—«Análisis —prosiguió la señorita Blimber, echando un ojo al papel— del carácter de P. Dombey». Encuentro que la capacidad natural de Dombey es extremadamente buena, y que su disposición general hacia el estudio se puede calificar del mismo modo. Por tanto, siendo el ocho nuestra cifra normativa y más alta, encuentro que dichas cualidades alcanzan en Dombey seis y tres cuartos. [...]

—«Violencia, dos. Egoísmo, dos. Inclinación hacia las bajas compañías, representadas en este caso por una persona llamada Glubb, originalmente siete, pero reducida posteriormente. Comportamiento refinado, cuatro, y mejorando con la edad». Ahora, lo que quiero presentar particularmente a tu atención, Dombey, es la observación general al final de este análisis.

Paul se preparó para atender con gran cuidado.

—«Puede observarse en general de Dombey —dijo la señorita Blimber, leyendo con fuerte voz y dirigiendo sus gafas cada dos palabras hacia la personita que tenía delante— que sus habilidades e inclinaciones son buenas, y que ha progresado todo lo que era de esperar dadas las circunstancias. Pero hay que lamentar que este joven caballero es singular (lo que habitualmente se denomina anticuado) en su carácter y conducta, y que, sin mostrar en ninguno de ellos nada que merezca una clara reprobación, a menudo es muy distinto de otros jóvenes caballeros de su edad y posición social». Bien, Dombey —dijo la señorita Blimber, dejando el papel—, ¿entiendes lo que he dicho?

—Creo que sí, señorita —dijo Paul.

—Verás, Dombey —continuó la señorita Blimber—, este análisis será enviado a casa, a tu respetado progenitor. Será naturalmente muy doloroso para él descubrir que eres singular en tu carácter y conducta. Es naturalmente doloroso para nosotros, porque no podemos apreciarte, ya sabes, Dombey, tanto como nos gustaría.

Este informe me recuerda los que recibía sobre mis propios hijos cuando eran pequeños: que si busca o no busca la atención de los adultos, que si es o no es pulcro con sus trabajos y ordenado con los materiales, que si juega con muchos amigos o solo con un grupo reducido... Aunque siempre positivos, aquellos informes me llenaban de angustia, porque me imaginaba a mis jefes en el hospital haciendo un informe similar sobre mi desempeño como médico: interés por aprender, trato con los superiores, trato con los compañeros, capacidad diagnóstica (pobre), habilidad para la auscultación, calidad de la escritura (habitualmente ilegible)... Pero, claro, los adultos difícilmente toleraríamos que nos juzgasen de ese modo. Esos detallados informes solo se

hacen sobre niños pequeños. Todo porque a alguien se le metió en la cabeza que los números eran fríos, mecánicos, impersonales, que era mejor un comentario..., pero los comentarios, precisamente por ser personales, son a menudo hirientes. Con los niños mayores, los profesores suelen limitarse a «progresas adecuadamente» o «necesita mejorar», y a los estudiantes universitarios solo se les pone un número: póngame un cuatro si quiere, pero guárdese el comentario.

La señorita Blimber muestra también otra fea costumbre de los adultos en el trato con niños: culpabilizar. Ese «no podemos apreciarte tanto como nos gustaría» resuena como el típico «mira lo que me has obligado a hacer» o «es que lo estabas pidiendo a gritos» de los padres que pegan o castigan a sus hijos. Basta ya de fingir que nuestra conducta es involuntaria, que nuestras faltas y errores son culpa de nuestros hijos. Si la señorita Blimber desea apreciar más al pequeño Paul, adelante, puede empezar ya a apreciarle, aunque su carácter y conducta sean distintos de los de otros niños de su edad y condición. El pequeño Paul da una respuesta totalmente desprovista de ironía, y que le sitúa en un plano moral muy superior al de sus profesores. Por desgracia, en la vida real, a pocos niños se les ocurren respuestas así:

[...] le rogaba que, a pesar del análisis oficial, tuviera la amabilidad de intentar apreciarle. [...]

—Pero yo aprecio mucho a todos los de aquí —prosiguió Paul—, y me daría mucha pena irme y pensar que alguien está contento de que me vaya, o que no le importa.

LA FIRMEZA

David Copperfield (Dickens, 1849) empieza a contar la historia de su vida desde el nacimiento, pero pronto retrocede para explicar la visita de su tía abuela la señora Trotwood (¡qué carácter!) a su madre embarazada. David es un hijo póstumo; su padre murió durante el embarazo. Por suerte, ha dejado una fortuna suficiente para que su viuda, Clara, y su hijo puedan vivir sin preocupaciones, en una casa con jardín, con una cariñosa criada que es como de la familia.

Pero todo se tuerce cuando David tiene siete años y su madre cae en las redes de un pretendiente. El libro no especifica los motivos: podemos imaginar que su madre se enamoró; pero quizás es más probable que estuviera simplemente buscando un marido y un padre para su hijo, en la creencia (tan extendida como errónea) de que una mujer necesita a un hombre a su lado y de que un niño varón no puede desarrollarse adecuadamente sin un padre. En cualquier caso, una viuda joven, con casa y dinero, era una presa apetecible para los cazadores. Lo sería incluso hoy; mucho más en una época en que, legalmente, una mujer casada no tenía propiedades y todo pasaba a pertenecer a su marido.

¡Qué amable y zalamero se muestra Edward Murdstone cuando va de novio, y cómo cambia todo cuando se convierte en padre y marido, dueño y señor! Antes de la boda, todo son sonrisas y buenas palabras; lleva al niño de paseo y pasan una tarde divertidísima.

—¡Ven! ¡Vamos a ser los mejores amigos del mundo! —dijo el caballero, riendo
— ¡Chócala!

Después, toma posesión de la casa y de sus habitantes; trae a vivir a su hermana soltera, Jane (tan desabrida como él), y pone en práctica su método educativo, la firmeza, que es la manera adecuada de tratar a los niños, a las esposas, a los perros y a los caballos:

—David —dijo, apretando los labios hasta formar una delgada línea—, si tengo que tratar un caballo o un perro obstinados, ¿qué crees que hago?

—No sé.

—Azotarle.

Pretende encargarse personalmente de la educación de David, y le toma la lección con un fiero interrogatorio policial, que deja al pobre niño aturullado y desconcertado. La doctora Wendy S. Grolnick ha resumido en un interesante libro (*The psychology of parental control*, 2002) los numerosos estudios que demuestran que presionar a los niños (ya sea con premios, castigos o continuas órdenes) resulta contraproducente, tanto en casa como en la escuela. Dickens ya se había dado cuenta siglo y medio antes:

Me parece, visto desde la lejanía del tiempo, que mis desafortunados estudios solían ir en esa dirección. Podría haberlo hecho bastante bien sin los Murdstones; pero bajo la influencia de los Murdstones yo era como un desdichado pajarillo fascinado ante dos serpientes.

Tras unos meses de tortura mental, Edward Murdstone^[37] decide pasar a los bastonazos. Y cuando la pobre madre intenta poner alguna objeción, le responde con el eterno argumento, el que aún hoy siempre te suelta alguien cuando dices algo tan sencillo como que no hay que pegar a los niños: «¡Pues a mí me pegaron, y no me pasó nada!»:

—Créeme, Clara —dijo el señor Murdstone—, a mí me han azotado muchas veces.

—Seguro, por supuesto —dijo la señorita Murdstone.

—Claro, querida Jane —titubeó mi madre, sumisa—. Pero... pero ¿crees que eso fue bueno para Edward?

—¿Crees que fue malo para Edward, Clara? —preguntó el señor Murdstone, muy serio.

—Esa es la clave —dijo su hermana.

Los niños pequeños, cuando son maltratados, tienden a sentirse culpables, como se sintió David después de que su padrastro le moliera a palos:

Me quedé sentado esperando mucho rato, pero no había ni un sonido. Me incorporé penosamente, y vi mi rostro en el espejo, tan hinchado, rojo y feo que casi me asustó. Mis heridas estaban doloridas y tirantes, y me hacían volver a llorar cuando me movía; pero no eran nada en comparación con la culpa que sentía, y que pesaba más en mi corazón, me atrevo a decir, que si hubiera sido el más atroz de los criminales.

Pero hay una nota de esperanza. A sus ocho años, David Copperfield está empezando a ver lo que pasa; y con el tiempo, retrospectivamente, llegará a comprender quién era allí la víctima y quién el culpable:

Debo decir que la firmeza era la gran calidad de la que se enorgullecían los Murdstones. No sé cómo lo habría yo expresado en aquella época, si me hubieran preguntado; pero claramente comprendía, a mi manera, que no era más que otro nombre para la tiranía, y para cierto humor sombrío, arrogante y diabólico que ambos compartían. El credo, tal como yo lo explicaría ahora, era el siguiente: el señor Murdstone era firme; nadie en su mundo era tan firme como el señor Murdstone; nadie más en su mundo debía ser firme, porque todos debían doblegarse ante su firmeza. La señorita Murdstone era una excepción. Ella podía ser firme, pero solo por parentesco, y en un grado inferior y tributario. Mi madre era otra excepción. Ella podía y debía ser firme, pero solo para soportar la firmeza de ellos, y para creer firmemente que no existía ninguna otra firmeza sobre la tierra.

Tres años más tarde, muere Clara, la madre, y el terrible padrastro no tarda en meter a David a trabajar en una fábrica. Dickens sabe bien de qué habla: él también tuvo que trabajar en una fábrica a los doce años, cuando su padre fue encarcelado.

Hace muchos años, cuando los turistas todavía se orientaban con mapas de papel, pasé unos días en París con la familia. De pronto descubrí en el plano, un poco apartado de los lugares más turísticos, un nombre conocido: el Boulevard Richard-Lenoir, donde había vivido uno de mis policías favoritos, el inspector Maigret. Insistí en ir, y mi familia aceptó a regañadientes. Quería ver las ventanas de su piso, las calles que cada semana recorría con su esposa, cogidos del brazo, para ir al cine. Pero no recordaba el número de la calle, y en aquellos tiempos el móvil no podía conectarse a internet para averiguarlo. Con tres niños cansados y hambrientos, la visita fue forzosamente breve, y no hubo manera de hacer más averiguaciones. Pero un letrero llamó mi atención sobre la puerta de un local: «Timeo Danaos». ¡Precisamente la frase que el feroz Murdstone intenta meter a bastonazos en la mollera de David Copperfield! *Timeo danaos et dona ferentis*, «Temo a los griegos, incluso cuando traen regalos»; es, según Virgilio, el aviso de Laocoonte a los troyanos al ver el famoso caballo. No sé por qué me quedé con la idea de que el local era un taller mecánico, apenas lo vi un momento desde la acera de enfrente, a través de tres hileras de frondosos árboles. Quedé fascinado: un país donde un mecánico del automóvil elige una cita de Virgilio para dar nombre a su taller.

Investigando en internet, parece que más bien se trataba de un estudio de arquitectura, que en 2008 se trasladó a otra dirección. Pero lo más preocupante para mí fue no encontrar la frase y la escena en ninguna parte de la novela. En el episodio del interrogatorio no se especifica un contenido concreto, y la vara no aparece hasta seis meses más tarde. ¿Por qué entonces recuerdo tan claramente esta frase, *timeo danaos*, asociada a los bastonazos? ¿Será la película, y no el libro, lo que viene a mi mente? En algún momento

de la infancia debí de ver por la tele la magnífica versión cinematográfica de *David Copperfield*, dirigida en 1935 por George Cukor. Busco en internet el guion: allí sí que se emplea una vara durante el interrogatorio, pero no, no es una lección de latín, sino de geografía inglesa. Finalmente encuentro a los griegos y su regalo en el guion^[38] de otra versión, producida por la BBC en 1999 y que no recordaba haber visto. Extrañas burlas que nos hace la memoria.

EL CARIÑO

Esther Summerson es la protagonista y narradora de *Bleak House* (Dickens, 1852). Esther es humilde, bondadosa, siempre deseosa de ayudar. Desde el comienzo de su narración se disculpa por su supuesta ignorancia, por su poca inteligencia, y vemos claramente que no es falsa modestia, que realmente tiene una muy baja opinión de sí misma. Dejemos que sea ella quien nos cuente su infancia:

Fui criada desde que tengo memoria —como algunas de las princesas en los cuentos de hadas, solo que yo no era encantadora— por mi madrina. Al menos, yo la conocía como tal. ¡Era una mujer muy buena! Iba a la iglesia tres veces cada domingo, y a la plegaria matutina los miércoles y viernes, y a los sermones siempre que hubiera sermones, sin perderse uno. Era hermosa; y si hubiera sonreído alguna vez, habría sido (pensaba yo) como un ángel; pero nunca sonreía. Siempre era seria y severa. Era tan buena, pensaba yo, que la maldad de otras personas le hizo fruncir el ceño toda la vida. Yo me sentía tan diferente de ella, incluso teniendo en cuenta las diferencias entre una niña y una mujer; me sentía tan poca cosa, tan insignificante y tan alejada que nunca pude sentirme cómoda con ella; no, nunca pude amarla como yo deseaba. Me daba mucha pena pensar lo buena que ella era y lo poco que yo la merecía, y deseaba fervientemente poder tener un corazón mejor, y hablé de ello muchas veces con mi vieja muñeca Dolly; pero nunca amé a mi madrina como debería haberla amado y como sentía que la habría amado si hubiera sido una niña más buena.

Esto me hizo, creo, más tímida y reservada de lo que era por naturaleza, y me arrojé en brazos de Dolly, la única amiga con la que me sentía a gusto.

Para el lector es ya evidente que esta madrina no es muy buena, sino muy cruel, tiránica e insensible. Claramente Dickens quiere que lo pensemos así. Pero también queda claro que Esther la cree buena de verdad. No está hablando en tono irónico, sino con absoluta convicción. Una vez más muestra Dickens su profundo conocimiento de la naturaleza humana: en efecto, los niños pequeños siempre quieren a sus figuras de apego; siempre piensan que el adulto es el bueno y ellos los malos. «Me castigaron porque me porté mal», me dijo un día un niño que tenía varias quemaduras de cigarrillo recientes en el cuerpo. Y no es posible mantener un debate sobre las bofetadas, sobre los castigos físicos a los niños, sin que alguien salte: «Pues a mí me dieron una

bofetada (o varias) y he salido normal». Tenemos la tendencia, incluso décadas después, a decir que nuestros padres eran buenos, que nosotros nos portamos mal.

Cuando Esther empieza a ir a la escuela, otra niña la invita a su cumpleaños, pero su madrina envía una negativa por escrito tan rotunda que nunca más la invitan a nada. Su propio cumpleaños ha sido siempre «el día más triste en casa de todo el año», y en uno de ellos su madrina estalla:

—¡Habría sido mucho mejor, Esther, que no tuvieras cumpleaños, que nunca hubieras nacido!

Rompí a llorar y a gemir, y dije:

—Oh, querida madrina, dígame, dígamelo, se lo ruego, ¿es que mamá murió cuando nací?

—No —contestó—. ¡No preguntes más, niña!

—Se lo suplico, cuénteme algo de ella. Dígamelo ya, por favor, querida madrina. ¿Qué le hice a mi madre? ¿Cómo la perdí? ¿Por qué soy tan diferente de otros niños, y qué es lo que hice mal, querida madrina? No, no, no, no se vaya. ¡Dígame algo!

Yo estaba como aterrorizada más allá del dolor, y me arrodillé ante ella, agarrándole el vestido. Ella había estado diciendo «¡suéltame!», pero de pronto se quedó quieta.

—[...] Tu madre, Esther, es tu desgracia, y tú fuiste la suya. Tiempo vendrá (y bastante pronto) en que lo comprenderás mejor, y lo sentirás como solo puede una mujer. Yo le he perdonado el daño que me hizo —pero su rostro no se relajó— y no diré nada más, aunque fue peor de lo que nunca sabrás, de lo que nunca sabrá nadie más que yo, que lo sufrí. En cuanto a ti, niña infeliz, huérfana y deshonrada desde el primero de esos malditos aniversarios, reza cada día para que los pecados de otros no recaigan sobre tu cabeza, como está escrito. Olvida a tu madre y deja que la olviden quienes al hacerlo se muestran tan generosos con su desgraciada hija. ¡Ahora vete!

Pero cuando yo, completamente helada, estaba a punto de irme, me detuvo y añadió:

—Sumisión, abnegación, trabajo diligente, son las preparaciones para una vida que comienza bajo semejante sombra.

Dickens no tenía ninguna necesidad de contar la infancia de la protagonista, y de hacerla, además, una infancia tan desgraciada. Son apenas dos páginas entre varios cientos, y una madrina amable y cariñosa hubiera servido igual para el desarrollo de la historia. Pero habría sido una historia menos verosímil. El autor parece haber comprendido, un siglo antes que muchos psicólogos, que la falta de afecto y la rígida disciplina en la primera infancia producen a menudo este carácter humilde y servicial, este deseo insaciable de ser digno de amor. La misma Esther lo ha dicho, *this made me...*, mi infancia me hizo como soy. Sumisión, abnegación, trabajo diligente: su vida entera parece dedicada a cumplir la orden que le dio su madrina.

Esther Summerson es humilde, trabajadora y bondadosa precisamente porque la trataron así de pequeña, porque la crio una fanática de la religión y de la disciplina que nunca sonrío, porque le dicen que no debería haber

nacido, porque la única amiga con la que podía hablar era su muñeca. Y esto nos plantea una vez más la eterna cuestión: ¿El fin justifica los medios? ¿Tenemos derecho a tratar así a un niño, para que sea humilde y bondadoso? ¿Y a un adulto? ¿A un estudiante universitario, a un empleado, a un marido o a una esposa, a un vecino, a nuestros padres?

Sostengo que no. Sostengo que el gran error de muchas teorías sobre la crianza y la educación de los hijos ha sido el intento de justificarlo todo, todo, en las consecuencias más o menos reales a largo plazo. Desde el «no le cojas en brazos, que se malcría», hasta el «no le dejes llorar, que tendrá un trauma». Sí, algunas cosas tienen efectos a largo plazo y las hacemos o dejamos de hacer precisamente para conseguir o evitar tales efectos. Vacuno a mis hijos para prevenir ciertas enfermedades, les envío a la escuela para que aprendan, evito los dulces y golosinas para que no tengan caries. Si las vacunas no fueran eficaces, no les vacunaría; si los dulces no fueran malos para los dientes (ni para la obesidad, ni para ninguna otra cosa), les dejaría comer dulces sin parar. Pero otras muchas cosas las hago, o las dejo de hacer, porque eso es lo correcto, independientemente de los efectos a largo plazo que puedan tener. Tomo a mis hijos en brazos, les consuelo cuando lloran, les cuento cuentos, les hablo con dulzura, no les grito ni les humillo ni les pego, y todo eso lo hago simplemente porque les quiero, sin esperar obtener por ello ningún beneficio y sin temer ningún supuesto trauma.

Criada por unos padres más normales, de los que sonríen con frecuencia y no odian a sus hijos, tal vez Esther Summerson no habría llegado a ser ese dechado de virtudes, ese prodigio de humildad y bondad. Habría sido, probablemente, un poco más segura de sí misma, un poco menos generosa, algo más egoísta, se habría sentido un poco menos culpable. Más normal, en definitiva.

Con veinte años, Esther ha de pasar una noche en casa de la señora Jellyby, una filántropa que pasa el día redactando proyectos para la educación de cierta tribu africana pero no se ocupa de sus propios hijos (siete, nada menos). La hija mayor, la adolescente Caddy, se ve obligada a escribir al dictado las cartas de su madre; los otros seis campan a sus anchas, sufriendo toda clase de accidentes. Por su gran bondad, Esther se compadece y se ocupa de Peepy, el más pequeño. Por su gran humildad, se disculpa por haberlo hecho, desatendiendo los asuntos de África, que sin duda eran más importantes:

—«Y deseo informarle —dijo la señora Jellyby, dictando—, en referencia a su carta en que se interesa por el proyecto africano...». ¡No, Peepy! ¡De ninguna manera!

El autodenominado Peepy era el infortunado niño que había caído por las escaleras, que ahora interrumpía la correspondencia al presentarse, con un esparadrapo en la cabeza, para mostrar sus rodillas heridas, de las que Ada y yo no sabíamos qué daba más pena, las magulladuras o la suciedad. La señora Jellyby añadió simplemente, con la serena compostura con que lo decía todo, «¡Vete, Peepy, malo!», y volvió a fijar sus bellos ojos en África.

Sin embargo, como al momento procedió con su dictado, y como yo no interrumpía nada con ello, me aventuré silenciosamente a detener al pobre Peepy cuando se iba y a llevarlo con la niñera. Parecía muy extrañado por ello y porque Ada le besase, pero pronto se quedó dormido en mis brazos, sollozando a intervalos cada vez más largos hasta quedar tranquilo. Estuve tan ocupada con Peepy que me perdí los detalles de la carta, aunque me quedó tal impresión general de la tremenda importancia de África y la completa insignificancia de todas las demás cosas y lugares que me sentí muy avergonzada de haber pensado tan poco en ella.

—[...] ¡Oh, este niño malo! ¡Déjelo por ahí, señorita Summerson!

Pedí permiso para quedármelo, diciendo con toda veracidad que no me causaba ninguna molestia; lo llevé arriba y lo puse en mi cama.

Increíble, ¿verdad? ¡Ha dormido al niño en brazos y lo ha metido en su cama! Esas cosas se hacían en el siglo XIX, aunque ahora algunos pretendan hacernos creer que los niños han de dormir solos. Pero en una casa donde nadie hacía mucho caso de los niños, el gesto produce asombro y expectación:

Pero todos los niños habían venido al descansillo a ver el fenómeno de Peepy durmiendo en mi cama, y nos preocupaba la constante aparición de narices y dedos en situación de peligro entre las bisagras de las puertas. [...] De modo que propuse a los niños que entrasen y se portasen muy bien alrededor de mi tocador, y yo les contaría la historia de Caperucita Roja mientras me vestía; y así lo hicieron, y estuvieron callados como ratoncitos, incluido Peepy, que despertó oportunamente antes de que apareciese el lobo.

Al día siguiente Esther decide dar un paso más:

Le propuse a Peepy, ya que no podía hacer nada mejor por él, que me dejase bañarle y acostarle en mi cama otra vez. Se sometió a todo con la mejor voluntad, mirándome durante toda la operación como si nunca hubiera estado, y nunca pudiera volver a estar, tan asombrado en su vida. Parecía también muy abatido, es cierto, pero no se quejó, y se durmió bien arropado en cuanto acabamos. Al principio no las tenía todas conmigo por tomarme tales libertades, pero pronto pensé que en aquella casa nadie se iba a dar cuenta.

Días más tarde, Caddy y Peepy devuelven la visita, y el niño muestra su gratitud buscando continuamente la compañía de Esther. Ella es tan modesta que atribuye el éxito al juguetito que le ha comprado, pero todos hemos visto que no ha sido el juguete, sino la atención y el cariño los que han ganado el afecto de Peepy:

De vuelta a casa, me gané de tal modo el afecto de Peepy, comprándole un molino de viento y dos saquitos de harina, que no permitió que nadie más le quitase el sombrero y los guantes, y no quiso sentarse a cenar más que a mi lado.

Pasan los meses, y Caddy se casa. Ante la noticia (y tal vez al comprender que la hermana mayor que le hacía un poco de madre se va para siempre), Peepy tiene una tremenda rabieta. ¿Qué hay que hacer en un caso así? En un solo párrafo, Dickens nos muestra dos posibles respuestas. La madre opta por reñir a su hijo e ignorarlo. Esther, por consolarlo y abrazarlo. Juzgue el lector cuál es más adecuada:

A su debido tiempo volvimos para el desayuno, y la señora Jellyby se sentó a la cabecera de la mesa y el señor Jellyby a los pies. Caddy había subido previamente para abrazar otra vez a los niños y decirles que ahora se llamaba Turveydrop. Pero esta información, en vez de ser una agradable sorpresa para Peepy, le tiró al suelo con tal arrebató de doliente pataleo que, cuando me llamaron, no pude por menos de acceder a la propuesta de admitirlo en la mesa del desayuno. Así que bajó y se sentó en mi regazo, y la señora Jellyby, aparte de decir, en referencia al estado de su batita, «¡Peepy, niño malo, mira cómo vas, hecho un cerdito!», no se alteró lo más mínimo.

En *Adam Bede*, George Eliot nos presenta a otra mujer cariñosa que se gana el afecto de los niños pequeños. Se trata de Dinah, la predicadora metodista, que está «predicando la Palabra» al aire libre:

Y pasó una cosa muy bonita de ver. La mayoría de las mujeres habían traído a sus hijos, pero hoy había un niño de tres o cuatro años, grandote y con el pelo rizado, que no había visto antes. Al principio, mientras yo rezaba y mientras todos cantábamos, se portó todo lo mal posible; pero cuando nos sentamos y Dinah empezó a hablar, el pequeño se quedó quieto de repente, y comenzó a mirarla con la boca abierta, hasta que se fue corriendo de su madre y se vino con Dinah, y le tiraba del vestido, como un perrito, para que le hiciera caso. Así que Dinah lo levantó y lo sentó en su regazo, mientras seguía hablando, y se portó de maravilla hasta que se quedó dormido, y su madre lloraba al verlo.

Dickens y Eliot se habían dado cuenta de que los niños suelen «portarse bien» cuando se les trata bien. Siglo y medio después, todavía hay gente que cree que se portarán mejor si se les grita, se les amenaza y se les castiga.

LA ENFERMEDAD

Barnaby Rudge (1840-1841) es una novela histórica, que narra los Disturbios de Gordon que en 1780 causaron en Londres cientos de muertos. Barnaby es un joven retrasado que vive con su madre. Como suele ocurrir, ella, lejos de considerarlo una carga, lo quiere con locura. Un hijo retrasado es muchas veces un niño que nunca crece, que siempre necesita cuidados..., que nunca abandona a su madre, que siempre la hace sentir querida e importante.

¡Cuántas veces, durante su viaje, recordó la viuda, agradecida de corazón, que la alegría y el cariño de Barnaby nacían de su retraso! ¡Cuántas veces pensó que, de no ser por eso, su hijo podría haber sido taciturno, malhumorado, antipático, distante con ella, quizás incluso vicioso y cruel! ¡Cuántas veces había encontrado ella consuelo en la fuerza, la esperanza y la simpleza del muchacho! El débil poder de la mente que le hacía olvidar tan pronto el pasado, salvo en forma de breves destellos y relámpagos, incluso eso era ahora un consuelo. Para él, el mundo estaba lleno de felicidad; se deleitaba en cada árbol, en cada planta o flor, en cada pájaro, animal o minúsculo insecto que un soplo de verano pusiera sobre la tierra. Su alegría era la de ella, y donde más de un hijo listo le habría causado dolor, este pobre idiota ligero de corazón llenaba su pecho de gratitud y amor.

Dickens no está faltando al respeto al llamar «idiota» a su personaje, ni lo verían así sus lectores en el siglo XIX. Aunque es el narrador de la novela el que usa la palabra, probablemente la misma madre pensaba en su amado hijo como un idiota. Yo aún llegué a estudiar en la facultad de Medicina, a finales de los setenta, las definiciones médicas de *imbécil* e *idiota* (pero solo como curiosidad histórica, pues los términos ya no se usaban en medicina). Lo único que puede reprocharse a Dickens es usar los términos de forma poco cuidadosa, pues idiota es el grado más grave de retraso. Barnaby, capaz de comunicarse y trabajar, sería técnicamente un imbecil.

Nadie se atrevería hoy a usar «imbécil» como diagnóstico o como término descriptivo. De hecho, jamás llamaríamos imbecil o idiota a alguien que realmente tuviera un retraso mental; solo usamos esas palabras como insultos para personas de inteligencia normal.

Cuando yo era niño, el término oficial, el políticamente correcto, el que usaban periodistas, educadores, padres y médicos, era «subnormal». Pero ya los niños, cuando nos peleábamos, empezábamos a usar «subnormal» como insulto. Hoy, un médico ya no puede usar ese término; explicar a una familia que «su hijo es subnormal» es tan impensable como «su hijo es imbécil». Surgieron nuevos eufemismos: «discapacitado», «minusválido», y a los pocos años cada uno de ellos produce oleadas de indignación. «¡Cómo que mi hijo no es capaz!». «¡Cómo que mi hijo es menos válido que otros!». He usado más arriba «retrasado», consciente de que ya es un término obsoleto, y temeroso de que algún lector se pueda ofender. Pero es que los términos más actuales, «capacidades especiales», «niño no estándar», «diversidad funcional» me resultan difíciles de incluir en una frase normal; y, de todos modos, se considerarán ofensivos dentro de diez o quince años.

Porque el problema es que cuando la sociedad desprecia a un grupo de personas, cualquier nombre o adjetivo que se le aplique acabará siendo insultante. Y cuando no existe desprecio, cualquier nombre sirve. El error, creo, es pensar que cambiar el nombre, sin cambiar nuestra actitud hacia las personas, va a servir de algo.

EL COLECHO

Por supuesto, los niños nunca han dormido tanto como sus padres esperaban. En *La tienda de antigüedades* vemos cómo es una velada habitual en casa de Kit, un chico pobre que trabaja en la tienda y es el único amigo de Nell:

Aunque el reloj mostraba que era tarde, la pobre mujer trabajaba aún duramente en la tabla de planchar: un niño pequeño dormía en una cuna junto al fuego, y otro, un niño robusto de dos o tres años, completamente despierto, con un gorro de dormir muy apretado en la cabeza y una camisa de dormir demasiado pequeña sobre el cuerpo, estaba sentado muy tieso en una cesta de ropa, mirando por encima del borde con sus grandes ojos redondos, con la apariencia de quien ha decidido no irse a dormir nunca más; lo cual, dado que ya había rechazado su natural descanso y había sido sacado de la cama en consecuencia, abría una alegre perspectiva para sus parientes y amigos.

Veíamos, al hablar de Agnes Grey, que en el siglo XIX los niños dormían acompañados. Por su madre, por la nodriza, por la institutriz... Si nos remontamos a siglos anteriores, no solo los niños, sino también los adultos dormían acompañados. Los pobres, por supuesto, porque no tenían más habitaciones; pero también los ricos dormían con criados.

En el *Heptamerón*, una colección de cuentos escrita por Margarita de Angulema, reina de Navarra (1492-1549), vemos varios ejemplos.

En la segunda novela, una señora duerme (parece que en la misma cama) «con una chiquilla de once o doce años», mientras su marido está de viaje. No sabemos cómo lo hacían cuando el señor estaba en casa. En la trigésima novena novela, el señor de Grignaulx se mantiene alerta una noche para atrapar a un supuesto fantasma, quien resulta ser la «camarera que dormía en su habitación», que pretendía asustar a los señores con el asunto del fantasma para poder acostarse con otro criado. En la cuadragésima segunda novela, un príncipe de quince años de edad vio a una guapa moza en la iglesia y se la quiso llevar al catre. Rechazado por la dama, pide consejo «al gentilhomme que dormía en su habitación», quien le sugirió comprar con dinero los favores de la chica. La conducta del príncipe no es precisamente la de un adolescente

de carácter infantil que necesita un cuidador (la vida solía ser corta, y había que vivir rápido); el consejo del gentilhomme tampoco es precisamente el de un preceptor, y un centinela o guardaespaldas estaría más bien despierto delante de la puerta, y no dormido dentro. Parece que el príncipe tiene, simplemente, un compañero de cuarto. Los tres casos los presenta la autora sin ninguna explicación adicional, dando a entender que para ella y para sus lectores el que una criada durmiera en la habitación de sus señores, o un gentilhomme en la habitación de un príncipe, era la cosa más normal del mundo.

Abel Boyer, prolífico escritor, nacido en Francia en 1667 y muerto en Inglaterra en 1729, fue profesor de francés del príncipe Guillermo, duque de Gloucester (que habría sido rey de Inglaterra y Escocia de no haber muerto a los once años). En 1694 (cuando el príncipe tenía cinco años), Boyer publicó *The complete french master, for ladies and gentlemen*, un completo tratado de gramática y conversación francesa, con largas listas de vocabulario y ejemplos de frases útiles para todas las situaciones. En internet es posible leer la primera edición, ofrecida por la Universidad de Michigan^[39], y también un ejemplar conservado en la New York Public Library^[40] de «la decimoctava edición, cuidadosamente corregida y muy mejorada» (1756), que todavía se presenta con orgullo «Para USO de Su difunta ALTEZA el DUQUE de GLOUCESTER». En esta nueva edición aparecen una serie de útiles frases que no estaban en la original. Frases que tal vez un príncipe no necesitaba a finales del siglo XVII, pero que todavía eran útiles para un viajero (un viajero inglés de clase alta, de los que comprarían el libro y estudiarían el idioma antes de su viaje) a mediados del siglo XVIII. Frases necesarias cuando se comparte cama en una posada o en una casa particular:

Il couche avec moi / He is my Bedfellow, or He lies with me.
Él es mi compañero de cama, o se acuesta conmigo.

Coucherons-nous ensemble / Shall we lie together?
¿Nos acostaremos juntos?

J'aime à coucher seul / I love to lie alone
Me gusta dormir solo

J'aime à coucher de Compagnie / I love to have a Bedfellow, or to lie doublé
Me gusta tener un compañero de cama

Vous êtes un méchant Coucher / You are an ill Bedfellow
Es usted un mal compañero de cama

Vous ne faites que piétiner / You do nothing but kick about

No hace usted más que dar patadas

Vous tirez toute la Couverture / You pull all the Bed-clothes
Está usted llevándose toda la manta

Vous avez mon Oreiller / You have got my Pillow
Tiene usted mi almohada

Donnez-moi le Pot de Chambre / Give me the Chamber-pot
Deme el orinal

Endormons-nous ensemble / Let us fall asleep together
Durmámonos juntos

En el siglo XIX, ya la clase media mostraba una clara predilección por no compartir la cama con desconocidos. Pero en caso de necesidad, podían rememorar las costumbres de sus mayores, y a veces encontrarlas sorprendentemente agradables. El neoyorquino Herman Melville (1819-1891) navegó durante años como marinero en barcos mercantes, de guerra y balleneros. Su experiencia le permitió escribir *Moby Dick* (1851), una de las más grandes novelas de todos los tiempos. Antes de embarcarse, el protagonista, Ishmael, busca acomodo en una posada, pero todo está lleno. Solo le ofrecen compartir la cama con un arponero. En principio no le hace mucha gracia:

Ningún hombre elige dormir con otro en la cama. De hecho preferirías no dormir con tu propio hermano. No sé por qué será, pero a la gente le gusta dormir en privado. Y cuando se trata de dormir con un desconocido, en una posada desconocida, en una ciudad desconocida, y ese desconocido es un arponero, entonces tus objeciones se multiplican hasta el infinito.

Para convencerle, el posadero le asegura que es una cama grande, la misma en la que él ha dormido con su mujer y dos hijos:

[...] es una buena cama; Sally y yo dormimos en ella la noche que nos juntamos. Hay mucho espacio para que dos se muevan en esta cama; es una cama realmente enorme. Como que, cuando la usábamos, Sally solía poner a nuestro Sam y al pequeño Johnny a los pies. Pero yo me moví dormido una noche, y no sé cómo Sam acabó en el suelo, y casi se rompe el brazo. Después de eso, Sally dijo que no podía ser.

Finalmente Ishmael se decide a meterse en la cama, esperando que el misterioso arponero, que bien entrada la noche no ha aparecido aún por la posada, no venga ya. Pero el arponero, Queequeg, llega a media noche, y resulta ser un sujeto rapado, cubierto de tatuajes y de terrible aspecto, miembro de una tribu de caníbales de una fantasiosa isla de los mares del sur. Y nadie le ha advertido de que va a encontrar en su cama a un aborigen de

Nueva York, peludo, sin tatuar y de terrible aspecto, lo que provoca una situación un poco tensa. Pero pronto todo se aclara y ambos duermen en paz y buena compañía.

Al despertarme la mañana siguiente al alba, encontré el brazo de Queequeg sobre mí en la forma más amorosa y afectuosa. Casi hubieras pensado que yo era su esposa.

A partir de aquí, Ishmael y Queequeg serán amigos inseparables y embarcarán juntos en busca de la terrible ballena blanca.

En *Hojas de hierba* (1855), Walt Whitman (1819-1892) incluyó un poema titulado «The sleepers». Solo un fragmento:

*The married couple sleep calmly in their bed, he with his palm on
the hip of the wife, and she with her palm on the hip of the husband,
The sisters sleep lovingly side by side in their bed,
The men sleep lovingly side by side in theirs,
And the mother sleeps with her little child carefully wrapt.*

La pareja casada duerme tranquila en su cama, él con la mano sobre la cadera de su esposa, y ella con la mano en la cadera de su marido,
Las hermanas duermen cariñosamente, juntas en su cama,
Los hombres duermen cariñosamente, juntos en la suya,
Y la madre duerme con su niño cuidadosamente envuelto.

El abuelo Victor Hugo no quiere que sus nietos duerman solos. Él se quedará a su lado, a mirar cómo duermen, a protegerlos, a tocarlos:

*Je veille. Ne crains rien. J'attends que tu t'endormes.
Les anges sur ton front viendront poser leurs bouches.
Je ne veux pas sur toi d'un rêve ayant des formes
Farouches;
Je veux qu'en te voyant là, ta main dans la mienne,
Le vent change son bruit d'orage en bruit de lyre.
Et que sur ton sommeil la sinistre nuit vienne
Sourire.
Le poète est penché sur les berceaux qui tremblent;
Il leur parle, il leur dit tout bas de tendres choses,
Il est leur amoureux, et ses chansons ressemblent
Aux roses.*

Yo velo. Nada temas. Espero a que te duermas.
Los ángeles vendrán a besarte en la frente.
No quiero que tu sueño tenga formas
feroces;
quiero que al verte allí, con tu mano en la mía,
el rugido del viento se cambie en son de lira
y sobre tu sueño la siniestra noche venga
a sonreír.
El poeta se inclina sobre las cunas trémulas:
les habla, les dice muy bajito tiernas cosas,
él es su enamorado, y sus canciones recuerdan

a las rosas.

Un abuelo de ficción, Salvatore, vela también el sueño de su nieto:

—¡No te asustes, niño mío! ¿Qué crees, que me marchó dejándote aquí? ¿Cómo se te ocurre semejante cosa? ¡Me enfado! ¿Cómo voy a dejarte? ¡Volverían a encerrarte con tus miedos, esos que se agarran muy dentro! Miedos de los que no se sabe: los peores... Duerme tranquilo, corazón...

Salvatore, un viejo partisano calabrés trasplantado a casa de su hijo en Milán, es el protagonista de *La sonrisa etrusca* (1985), que José Luis Sampedro (1917-2013) escribió siendo ya abuelo. La vida de ciudad le agobia, y las costumbres de su hijo le asombran:

—Pero —explota indignado— ¿es que aquí en Milán estos niños tan pequeños no duermen con sus padres? ¿Quién les cuida, entonces?

¿Pero dónde se ha visto, dejar a los niños solos por la noche? Así que el abuelo montaraz, recordando sus incursiones como guerrillero, se cuela cada noche en la habitación de su nieto y se queda junto a su cuna, hablándole y acariciándole. Y los padres, tan modernos, muy contentos pensando que el consejo del *Dottore* ha surtido efecto, que el niño duerme solo y de un tirón...

Como Victor Hugo, Salvatore es abuelo sin medida. Sufre un cáncer de próstata, y le están tratando con estrógenos. Le crecen los pechos. Pero el viejo machista no se asusta, no se avergüenza. Nada entiende de efectos secundarios; para él es algo mágico, y un motivo de orgullo: se está volviendo mujer para su nieto.

LA LACTANCIA

Las referencias a la lactancia son frecuentes en los libros que hemos comentado, lo que indica que dar el pecho se consideraba normal en la época. En *Bleak House*, un personaje secundario, cantante en una taberna, combina la lactancia con el trabajo:

[...] el bebé era transportado clandestinamente cada noche al Sol's Arms para recibir su alimento natural durante los descansos.

Con diez años, David Copperfield es obligado por su terrible padrastro a trabajar. Ya no vivirá en casa con su madre, sino con una familia pobre, los Micawber, siempre ahogados por las deudas:

[...] me presentó a la señora Micawber, una dama delgada y descolorida, nada joven, que estaba sentada en el salón (la primera planta estaba completamente desamueblada y las persianas bajadas para engañar a los vecinos), con un bebé al pecho. Este bebé era uno de los gemelos, y debo decir aquí que casi nunca, en toda mi experiencia con la familia, vi a ambos gemelos despegados de la señora Micawber al mismo tiempo. Uno de ellos estaba siempre tomando un refrigerio.

Dickens sabía muy bien que la lactancia, sobre todo con gemelos, es prácticamente continua. No hay ninguna extrañeza; nadie comenta «estos niños tienen que dormir más», «parece que se quedan con hambre», «¿pero no acaba de mamar hace un momento?» ni ninguna de esas tonterías con las que abruman hoy en día a las madres.

También en *Dombey e Hijo* la señora Perch, esposa del mensajero de la empresa y madre de numerosísima familia, está «amamantando a unos gemelos» en un momento dado. Parece que Dickens sabía que amamantar gemelos es posible y normal, y que la idea le resultaba atractiva e interesante.

En *Moby Dick*, Melville explica cómo su barco encontró una zona del océano extrañamente tranquila, en el estrecho de Malaca, en que las ballenas iban a parir. Por su descripción parece claro que no solo había visto mamar ballenatos, sino también niños, y que se había fijado en los detalles:

Pues, suspendidas en estas bóvedas de agua, flotaban las formas de las ballenas que eran madres lactantes, y de las que por su enorme cintura parecían a punto de ser madres. El lago, como he indicado, era extraordinariamente transparente hasta una considerable profundidad; y al igual que los bebés humanos mientras maman fijan plácidamente la mirada más allá del pecho, como si llevaran a un tiempo dos vidas diferentes y, mientras toman el alimento de la carne, su espíritu aún se recrease en reminiscencias de otro mundo, así aquellos ballenatos parecían mirar hacia nosotros pero no a nosotros, como si no fuéramos más que unos sargazos para su recién nacida visión.

En *El proceso*, la obra inconclusa de Franz Kafka (1883-1924), publicada póstumamente en 1925, K. ve retazos de la vida de las familias pobres a través de las puertas abiertas de un enorme edificio de minúsculos apartamentos:

Muchas mujeres sostenían a un bebé en brazos mientras con la mano libre revolvían el puchero.

En *Amadeo I*, uno de los *Episodios Nacionales*, novela histórica publicada en 1910 por Benito Pérez Galdós (1843-1920), se dice que la reina María Victoria, esposa de Amadeo de Saboya, daba el pecho a sus hijos... y a otros niños. La primera vez, al comienzo del libro, lo ponen en boca de una dama partidaria de los Borbones, que solo buscan ridiculizar a la nueva reina (que no era una Borbón, que era extranjera, y que encima tenía estudios):

No nos oponemos a que sea virtuosa; eso nunca. Las virtuosas reinan en sus casas. Oí que esa buena señora da el pecho a sus niños y a los niños de sus criadas. Lo mismo puede ser esto afectación que pobreza de espíritu.

Hacia el final del libro es un ardiente republicano el que lo explica, y esta vez lo ve como algo positivo, lo único que le hace lamentar la inminente caída de la monarquía:

Lo sentiré tan solo por la Reina, francamente lo digo. Esta doña María Victoria es tan buena y simpática que no parece Reina, sino una señora cualquiera. Yo me quito el sombrero al verla pasar, y le perdono el ser italiana. Ya sabes que cría a sus hijos. Me consta que este verano, paseando por las inmediaciones del Escorial, encontró un niño abandonado que chillaba pidiendo teta. Pues lo recogió y le dio de mamar, no con biberón, Tito, sino a sus propios pechos.

Se trata de una novela, y la escena podría haber sido inventada. Pero Galdós era cuidadoso con los datos, y creo que, si no cierta, la historia debía de ser al menos un rumor que realmente corrió por Madrid. Los reyes se fueron al exilio en febrero de 1873; en enero acababa de nacer su tercer hijo, Luis Amadeo. Por tanto, o bien el personaje de la novela confunde las fechas, y «este verano» es el de 1871, o bien la reina daba el pecho durante el embarazo

a su segundo hijo, Víctor Manuel, que en el verano de 1872 tendría año y medio.

Sea o no cierta la historia, nos muestra varias cosas interesantes: parecía normal que una reina de origen italiano diera el pecho a sus hijos a finales del siglo XIX (en cambio, Alfonso XII y Alfonso XIII tuvieron nodriza); y dar el pecho a otro niño, aunque desde luego resultaba sorprendente para una reina, no parecía imposible en 1910. Galdós no cuenta la historia para ridiculizar a la reina, sino para ensalzarla ante sus lectores.

También, según muestra Hugo en su *Arte de ser abuelo*, parecía normal y digno de elogio dar el pecho en público en París, a finales del siglo XIX, en el Jardín de la Tullerías (céntrico y elegante; probablemente visitado por familias de clase media y alta):

*L'enfant partout. Ceci se passe aux Tuileries.
Plusieurs Georges, plusieurs Jeannes, plusieurs Maries;
Un qui tette un qui dort; dans l'arbre un rossignol;
Un grand déjà rêveur qui voudrait voir Guignol;
Une fille essayant ses dents dans une pomme;
Toute la matinée adorable de l'homme;
[...]*

El niño en todas partes. Es en las Tullerías.
Muchos Georges, muchas Jeannes, muchas Marías;
uno mama, otro duerme; en la rama un ruiseñor;
uno grande que ya sueña y quiere ver el guiñol;
una niña prueba sus dientes en una manzana;
todo el amanecer adorable del hombre;
[...]

Todo se desmorona (1958), la gran novela del nigeriano Chinua Achebe (1930-2013), narra el derrumbe de la sociedad africana con el colonialismo. Las reglas del juego han cambiado. El trabajo de toda una vida, y los valores que han guiado esa vida, ya no valen nada, en un nuevo mundo en el que el único criterio para medir el triunfo o el fracaso de un hombre es su capacidad para caer simpático a los blancos. El protagonista, Okonkwo, pronuncia lo que parece ser un proverbio:

Un niño no puede pagar por la leche de su madre.

Debemos entender que no se habla solo de la leche, sino de los cuidados de una madre en general, del mismo modo que cuando hablamos de «ganarse el pan» nos estamos refiriendo a todos los alimentos. Por una parte, está diciendo que la leche es algo sumamente valioso, algo que no tiene precio, que es imposible pagar. Este es el principal sentido que tiene la frase en la

novela, cuando el protagonista se despide de unos parientes que le han ayudado muchísimo. Está diciendo que jamás podrá pagarles por lo que han hecho. Pero la frase también nos recuerda que una madre no espera un pago por lo que hace. El pecho se da gratis.

A veces se hace creer a los padres que serán pagados por lo que hacen, que tienen derecho incluso a esperar una recompensa: si das el pecho, tendrá menos alergias; si le cuentas cuentos, tendrá más vocabulario; si le llevas en brazos, será más seguro de sí mismo... Me niego a aceptar esta línea de pensamiento. A los hijos se les quiere gratis. No nos deben nada. Antes bien, les quedamos obligados, como recuerda Fray Luis de León (1527-1591) en *La perfecta casada* (1584), al hablar de los placeres de la lactancia:

Aunque, si se mira bien, ni aun esto [el deleite] les falta a las madres que crían; antes en este trabajo la naturaleza sabia y prudente repartió gran parte de gusto y de contento; el cual, aunque no le sentimos los hombres, pero la razón nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque, ¿qué trabajo no paga el niño a la madre, cuando ella le tiene en el regazo desnudo, cuando él juega con la teta, cuando le hiere con la manecilla, cuando la mira con risa, cuando gorjea? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, paréceme que aun la deja obligada.

LAS NODRIZAS

El protagonista de *Los viajes de Gulliver* (1726), la novela satírica de Jonathan Swift (1667-1745), llega a Brobdingnag (el país de los gigantes) y es capturado por un granjero, un propietario rural moderadamente acomodado, que tiene sirvientes y nodriza:

Quando la cena estuvo casi terminada, vino la nodriza con un niño de un año en sus brazos, que inmediatamente me vio y empezó a chillar que le hubieras oído desde el Puente de Londres hasta Chelsea, según la habitual oratoria de los bebés, para usarme como juguete. La madre, por pura indulgencia, me levantó y me acercó al niño, que me agarró por el medio y metió mi cabeza en su boca, donde rugí tan fuerte que el pilluelo se asustó y me dejó caer, y sin duda me habría partido la crisma si la madre no me hubiera atrapado con su delantal. La nodriza, para calmar al bebé, hizo uso de un sonajero que era una especie de cacharro hueco lleno de grandes piedras y atado con un cable a la cintura del niño; pero todo en vano, de modo que se vio forzada a aplicar el último remedio dándole de mamar. Debo confesar que ningún objeto me ha asqueado nunca tanto como la visión de su monstruoso pecho, que no sabría con qué comparar para dar al lector curioso una idea de su tamaño, forma y color. Sobresalía seis pies, y no podía tener menos de dieciséis de circunferencia.

Por cierto, Gulliver es otro de los adultos salvados por una niña, la hija de nueve años del granjero, que le acompañará a la corte y le protegerá en todo momento. Él la llama Glumdalclitch, *little nurse* en su idioma (pero ya no con el sentido de «pequeña nodriza», sino de «pequeña niñera»).

En casi toda Europa, durante siglos, las mujeres ricas no daban el pecho, sino que encargaban ese trabajo a una nodriza. En algunas épocas y lugares, el objetivo era evitar el efecto anticonceptivo de la lactancia, para poder tener un hijo cada año. Nada más importante para un noble que conseguir un heredero, y con la alta mortalidad de aquellos tiempos, era conveniente tener los hijos a docenas. Al mismo tiempo, las mujeres pobres estaban contentas de ser nodrizas; no solo tenían un empleo honesto y bien retribuido, sino que aprovechaban al máximo ese efecto anticonceptivo y conseguían no cargarse de hijos propios. En otras épocas y lugares, las mujeres ricas recurrían a la nodriza para no tener que ocuparse de sus hijos y poder pasar el día en fiestas

y saraos, o simplemente por una cuestión de estatus: tengo nodriza porque me lo puedo permitir.

Las madres ricas tenían a la nodriza en casa, a tiempo completo, durmiendo con el niño en la *nursery*. En el mejor de los casos, como en la escena familiar que cuenta Gulliver, la madre se relacionaba con su hijo a lo largo del día, lo sentaba en sus rodillas... En otras familias, el bebé estaba todo el rato con la nodriza, y solo veía a su madre unos minutos, para la ceremonia del beso de buenas noches. Las madres no tan ricas dejaban al bebé durante sus primeros meses (o años) en casa de la nodriza, habitualmente en el campo (habían notado que la mortalidad infantil era más baja en el campo que en las ciudades donde se hacinaban los pobres y enfermos, el alcantarillado no era muy bueno, y los alimentos llegaban en lentas carretas sin refrigeración). El francés Étienne Aubry (1745-1781) pintó en 1777 un cuadro titulado *La despedida de la nodriza*, hoy conservado en el Sterling and Francine Clark Art Institute de Massachusetts, que muestra a los padres recogiendo a su hijo en una granja. El niño aparenta algo más de un año, está rollizo y sonrosado y tiende los brazos, lloroso, hacia su nodriza, que le mira con rostro angustiado. La madre parece tensa, no mira al niño, y aunque ya tiene a su hijo en brazos, su rostro está más lejos del niño que el de la nodriza. El marido de la nodriza, inclinado hacia el niño, serio, triste, con el sombrero bajo el brazo, junta las manos en actitud suplicante. El padre, algo más lejos, se inclina en sentido contrario y mantiene una mano en la espalda y otra en su bastón. Queda claro quién tenía un vínculo afectivo con quién.

Shakespeare

La nodriza es, después de los enamorados protagonistas, el personaje más importante de *Romeo y Julieta*, el drama escrito por Shakespeare hacia 1595 y ambientado en la Italia de tal vez un par de siglos antes. Ni siquiera tiene nombre en la obra, los demás personajes la llaman siempre *nurse*. Es ignorante y charlatana, su lenguaje es vulgar (¡sus versos ni siquiera riman!); pero claramente es ella, y no la madre biológica, la verdadera figura materna en la vida de Julieta, su protectora y consejera. La misma madre parece reconocer este estado de cosas, la necesita como intermediaria y apoyo para poder hablar con su hija de temas delicados (como el matrimonio, ahora que la chica está a punto de cumplir catorce años):

SEÑORA CAPULETO: Nodriza, ¿dónde está mi hija? Llámmela.
Nodriza: Por mi doncellez a los doce años,
Le pido que venga. ¡Hola, ovejita, hola, bichito!
¡Dios santo! ¿Dónde está esta chica? ¡Hola, Julieta!

(Entra Julieta)

JULIETA: ¿Qué pasa? ¿Quién llama?
NODRIZA: Tu madre.
JULIETA: Aquí estoy, señora. ¿Qué deseáis?
SEÑORA CAPULETO: Esa es la cuestión. Nodriza, déjanos un rato,
Tenemos que hablar en secreto. Nodriza, vuelve;
Ahora que lo pienso, mejor que oigas lo que decimos.
Sabes que mi hija está en una hermosa edad.

La nodriza tenía una hija propia, de la misma edad que Julieta. No queda claro si amamantaba a las dos niñas; más probablemente empezó a trabajar como nodriza cuando su propia hija murió. La amamantó durante tres años, y luego la destetó con el método tradicional de untarse algo amargo en los pezones (algo que no tiene ningún reparo en explicar, aunque no venga nada a cuento, delante de Julieta y de su madre):

*Susan and she (God rest all Christian souls!)
Were of an age. Well, Susan is with God;
She was too good for me. But, as I said,
On Lammas Eve at night shall she be fourteen;
That shall she, marry; I remember it well.
'Tis since the earthquake now eleven years;
And she was wean'd (I never shall forget it),
Of all the days of the year, upon that day;
For I had then laid wormwood to my dug,
Sitting in the sun under the dovehouse wall.
My lord and you were then at Mantua.
Nay, I do bear a brain. But, as I said,
When it did taste the wormwood on the nipple
Of my dug and felt it bitter, pretty fool,
To see it tetchy and fall out with the dug!
Shake, quoth the dovehouse! 'Twas no need, I trow,
To bid me trudge.
And since that time it is eleven years.*

Susan y ella (¡Dios la tenga en su gloria!)
tenían la misma edad. Bueno, Susan está con Dios;
era demasiado buena para mí. Pero, como decía,
para la fiesta de la cosecha hará quince años;
quince hará, sí señor, bien lo recuerdo.
Han pasado once años desde el terremoto;
y la desteté (nunca he de olvidarlo),
de todos los días del año, en aquel día;
pues me había puesto ajenco en la teta,
sentada al sol junto al palomar.

Mi señor y vos estabais en Mantua.
¡Bien lo recuerdo! Pero, como decía,
cuando probó el ajenjo en el pezón
de mi teta y notó el amargor, la tontita,
¡cómo se enfadó y se peleó con la teta!
¡Tiemblo, dijo el palomar! No hizo falta
repetirme que saliera corriendo.
Y desde entonces han pasado once años.

Ignorante y entremetida, amada y respetada por los jóvenes a los que había amamantado, respetada y tolerada por los señores de la casa, capaz de dar su opinión sin que nadie la haga callar, casi como un miembro de la familia y desde luego muy por encima de los criados, tal era el estatus de las antiguas nodrizas, convertidas en amas secas, en las familias pudientes. Shakespeare no pretende mostrar algo fantasioso o inusitado, sino un personaje arquetípico, «la antigua nodriza», que su público podía reconocer y aceptar. Lo que desde luego era muy raro en su época era que unos padres pudieran pensar en casar a su hija de solo catorce años (las mujeres de clase alta se casaban bastante más tarde), y que ella estuviera ya enamorada de otro y pudiera llegar a suicidarse por amor. Con la presencia de un personaje cómico y verosímil, el autor consigue hacer más creíble la fantasiosa tragedia.

Esa vieja nodriza, a la que jóvenes y adultos de clase alta piden consejo y apoyo, es un personaje habitual en la literatura del siglo XIX. Es la verdadera figura materna de unos niños que apenas veían a sus padres durante los primeros años. Así lo expresa el poeta portugués Guerra Junqueiro (1850-1923), en su libro *Os simples* (1892):

REGRESSO AO LAR

*Ai, ha quantos anos que eu parti chorando
D'este meu saudoso, carinhoso lar!...
Foi ha vinte?... ha trinta?... Nem eu sei já quando!...
Minha velha ama, que me estás fitando,
Canta-me cantigas para me eu lembrar!...*

*Dei a volta ao mundo, dei a volta á Vida...
Só achei enganar, decepções, pesar...
Oh! a ingenua alma tão desiludida!...
Minha velha ama, com a voz dorida,
Canta-me cantigas de me adormentar!...*

*Trago d'amargura o coração desfeito...
Vê que fundas maguas no embaciado olhar!
Nunca eu saíra do meu ninho estreito!...
Minha velha ama, que me deste o peito,
Canta-me cantigas para me embalar!...*

*Poz-me Deos outrora no frouxel do ninho
Pedrarias d'astros, gemas de luar...
Tudo me roubaram, vê, pelo caminho!...
Minha velha ama, sou um pobresinho...
Canta-me cantigas de fazer chorar!...*

*Como antigamente, no regaço amado,
(Venho morto, morto!...) deixa-me deitar!
Ai, o teu menino como está mudado!
Minha velha ama, como está mudado!
Canta-lhe cantigas de dormir, sonhar!...*

*Canta-me cantigas, manso, muito manso...
Tristes, muito tristes, como á noite o mar...
Canta-me cantigas para ver se alcanço
Que a minh'alma durma, tenha paz, descanso,
Quando a Morte, em breve, m'a vier buscar!...*

REGRESO AL HOGAR

¡Cuántos años hace que partí llorando
de este mi añorado, cariñoso hogar!
¿Hace veinte?... ¿treinta?... ¡Ni yo sé ya cuándo!...
Mi vieja nodriza, que me estás mirando,
¡cántame una nana para recordar!...

Di la vuelta al mundo, la vuelta a la Vida...
Solo encontré engaños, decepción, pesar...
¡Oh, el alma ingenua, la ilusión perdida!...
Mi vieja nodriza, con voz dolorida,
¡cántame una nana para dormir!...

Traigo de amargura el corazón deshecho
y profunda pena en el turbio mirar.
¡No saliera nunca de mi nido estrecho!
Mi vieja nodriza, que me diste el pecho,
¡cántame una nana para consolar!...

Dios me puso antaño, sobre el blanco nido
pedrerías de estrellas y polvo lunar...
¡Todo me han robado, ve, por el camino!...
Mi vieja nodriza, soy un pobrecito...
¡Cántame una nana que me haga llorar!...

Como antiguamente, en el regazo amado,
(¡vengo muerto, muerto!...) déjame acostar.
¡Ay, tu pobre niño, cómo está cambiado!
Mi vieja nodriza, ¡cómo está cambiado!
¡Cántale una nana de dormir, soñar!...

¡Cántame una nana flojito, muy flojo...

una nana triste, cual noche en el mar...
cántame una nana, para ver si alcanzo
que duerma mi alma, tenga paz, descanso,
cuando Muerte, en breve, me venga a buscar!...

Muchos niños querían más a la nodriza que a la madre, y ese es uno de los argumentos con que tradicionalmente se ha promovido la lactancia. Fray Luis de León, en *La perfecta casada*, cuenta una historia que atribuye a la antigua Roma:

Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano, de la familia de los Gracos, que volviendo de la guerra vencedor, y rico de muchos despojos, y veniéndole al encuentro para recibirle alegres y regocijadas su madre y su ama juntamente, él, vuelto a ellas y repartiendo con ellas de lo que traía, como a la madre diese un anillo de plata y al ama un collar de oro, y como la madre, indignada desto, se doliese dél, le respondió que no tenía razón, «porque, dijo, vos no me tuvistes en el vientre más de por espacio de nueve meses, y esta me ha sustentado a sus pechos por dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es solo el cuerpo, y aun ese me distes por manera no muy honesta; mas la dádiva que ésta tengo, diómela ella con pura y sencilla voluntad; vos, en naciendo yo, me apartastes de vos y me alejastes de vuestros ojos, mas esta, ofreciéndose, me recibió, desechado, en sus brazos amorosamente, y me trató así, que por ella he llegado y venido al punto y estado en que agora estoy».

Tal vez otros padres prefirieran evitar esa intensa relación. El señor Dombey, el personaje de Dickens, es uno de ellos. Pero no le mueven los celos hacia la nodriza, no es que quiera ser él el más importante en la vida de su hijo, al que tampoco hace mucho caso. Le molesta el riesgo de una excesiva familiaridad; y, sobre todo, el temor de que la nodriza y su familia puedan solicitarle en el futuro favores o dinero:

—Ah, por supuesto —dijo el señor Dombey—, deseo que sea enteramente una cuestión salarial. Mire, Richards, si cría usted a mi desconsolado hijo, quiero que recuerde siempre una cosa. Recibirá un generoso estipendio a cambio de atender ciertas obligaciones, en cuyo desempeño deseo que vea a su familia lo menos posible. Cuando dichas obligaciones dejen de ser requeridas y cumplidas, y el estipendio deje de ser pagado, se habrán terminado todas las relaciones entre nosotros. ¿Me ha entendido?

[...]

—Tiene usted sus propios niños —dijo el señor Dombey—. No entra para nada en este trato que usted se encariñe con mi hijo, o mi hijo con usted. No espero ni deseo nada semejante. Más bien lo contrario. Cuando se vaya usted de aquí, habrá concluido lo que es un simple asunto de compra y venta, préstamo y arriendo, y no volverá. El niño dejará de recordarla, y usted me hará el favor de no recordar al niño.

Esta actitud hacia la nodriza resulta rara y chocante; Dickens narra la escena precisamente para demostrar la arrogancia del señor Dombey, que prefiere las relaciones comerciales a los lazos humanos. Tanto que despide a la nodriza demasiado pronto, por no haber seguido sus estrictas normas y haber ido a

visitar a su familia. El destete prematuro (en una época en que la lactancia artificial se hacía con una simple mezcla de leche de vaca, agua y azúcar) no sienta nada bien al niño, y la desnutrición allana el camino para que las enfermedades típicas en la infancia le afecten con especial gravedad:

Delicado tal vez por naturaleza, se adelgazó tras el despido de su nodriza y, durante largo tiempo, pareció que solo esperaba su oportunidad para escurrirse entre sus manos e ir a buscar a su madre perdida. Pasado este peligroso tramo en su carrera de obstáculos hacia la vida adulta, siguió encontrando el viaje muy difícil, y sufría el feroz asalto de cada obstáculo en su carrera. Cada diente era una valla en la que romperse la cabeza, y cada manchita del sarampión un muro de piedra ante él. Cada salva de tos de la tosferina le tiraba al suelo, y fue arrollado y aplastado por toda una tribu de pequeñas enfermedades que se sucedían sin respiro para impedir que se volviese a levantar. En vez del muguet, algún ave de presa se aferró a su garganta; y hasta los pollos (si es que tienen algo que ver con esa enfermedad infantil a la que dan nombre^[41]) se volvieron feroces como tigres.

Para recuperar la salud envían al pobre Paul a una «Pensión infantil de primerísima calidad», lo que debería ser una especie de balneario o casa de reposo para niños, pero en realidad es un lugar de pesadilla, dirigido con mano de hierro por la terrible señora Pipchin cuyo marido «se rompió el corazón» décadas atrás, intentando bombear agua de unas minas peruanas:

Era generalmente descrita como «muy buena manejando niños»; y el secreto de su manejo era darles todo lo que no les gustaba y nada que les gustase, lo que parecía ablandar mucho su carácter. Era una vieja tan agria que uno estaba tentado a pensar que había habido algún error en la aplicación de la maquinaria peruana, y que todas sus aguas de la alegría y su leche de la bondad humana^[42] habían sido bombeadas hasta dejarla seca, en vez de las minas.

Historia de dos ciudades dedica un capítulo entero a mostrar la insultante ostentación y ridícula corrupción de la aristocracia francesa, las enormes diferencias sociales que dieron origen a la revolución y a la guillotina. Entre las muestras de esa decadencia está el nulo compromiso de las madres ricas con su maternidad:

[Los espías] habrían tenido dificultades para descubrir, entre los ángeles de aquella esfera, a una sola esposa que, en sus costumbres y apariencia, reconociese ser una Madre. De hecho, excepto por el mero acto de traer una molesta criatura a este mundo (lo que no es gran cosa para alcanzar el nombre de madre), la moda no sabía nada de tal cosa. Las campesinas se quedaban con los niños pasados de moda y los criaban, mientras encantadoras abuelas de sesenta se vestían para cenar como a los veinte.

La Revolución francesa, en este aspecto al menos, no acabó con las criticadas costumbres de la aristocracia, sino que las extendió a la clase media, deseosa de demostrar que también podían permitirse una nodriza. Una cuestión de

estatus que ha llegado hasta nuestros días: hace apenas unas décadas, una señora de clase media no «podía» dar el pecho, y aún hoy, algunas madres que dan el pecho escuchan críticas como «pareces una gitana, todo el día con el pecho fuera».

En la novela que Gustave Flaubert (1821-1880) publicó en 1856, *Madame Bovary* pertenece a la clase media baja, esposa de un humilde médico rural (bueno, no es ni siquiera médico, solo «sanitario»); pero sueña con vivir como las princesas de las novelas rosas que devora (uno la imagina en la actualidad siguiendo a las Kardashian en Instagram). Cuando tiene una hija, la envía al campo, con una nodriza, ¡faltaría más! Pero ya no es una de esas campesinas limpias, bien alimentadas y cariñosas que muestra el cuadro de Aubry. No hay suficientes nodrizas de esa calidad. Cuando, unas semanas después del parto, *Madame Bovary* siente un deseo irrefrenable de ir a ver a su hija, se encuentra con una escena bien distinta:

El agua sucia corría y se expandía sobre la hierba, y por todas partes había varios andrajos informes, medias de punto, un camisón de indiana roja y un gran paño de tela gruesa extendido sobre el seto. Al ruido de la cancela apareció la nodriza, llevando en brazos un bebé que mamaba. Con la otra mano arrastraba a un pobre chiquillo enclenque con la cara cubierta de escrófulas, hijo de un sombrerero de Ruan, cuyos padres, demasiado ocupados con su negocio, dejaban en el campo.

—Pase —dijo—, su niña está allí durmiendo.

Una casucha de una sola habitación, una ventana rota tapada con un papel, suciedad y miseria. La niña vomita, la nodriza se queja de que lo hace a menudo y la tiene que lavar, y aprovecha para pedir jabón. ¿Qué haría usted si viera a su hija de un mes en esta situación? ¿La tomaría en brazos y se la llevaría de allí? Pues *Madame Bovary* la deja en su cuna y se larga lo más rápido posible, y la nodriza aún la va siguiendo, la nodriza que pide café para poder tomar por las mañanas porque está «tan reventada que a veces se queda dormida en la silla»; que pide más café porque su marido también querrá, su pobre marido que gana tan poco, que tiene dolores por sus heridas...

—¡Pero dese prisa, madre Rolet!

—Pues —continuó esta, haciendo una reverencia— si no fuera mucho pedir... — otra reverencia—, cuando le vaya bien —y suplicaba con la mirada—, una garrafa de aguardiente —dijo por fin—, para frotar los pies de su hijita, que los tiene tiernos como la lengua.

Sí, claro, el aguardiente va a ser para hacer friegas... Es uno de los últimos grados en la escala profesional de las nodrizas^[43], al final de la cual estaban las hacedoras de ángeles, a las que confiaban a aquellos niños que, bueno, nadie estaba realmente interesado en que sobrevivieran.

Tal era la situación en Francia. En Inglaterra abundaban esas hacedoras de ángeles, *baby farms* o granjas de niños. Allí iban los niños abandonados, los huérfanos sin familia, los hijos ilegítimos. Si la granja de niños cobraba una cuota mensual, habría cierto interés en que los niños sobreviviesen. Pero, sobre todo en el caso de hijos ilegítimos, el objetivo era ocultar al mundo el pecado y la vergüenza, de modo que no se pagaba por meses o por años, sino una cantidad fija de entrada, para no tener nunca más ningún contacto. Los padres no vendían al niño, sino que pagaban para que alguien se lo quedase. Un solo bebé ya da mucho trabajo, imagine una granja completa; a los niños se les tenía quietos y callados con alcohol o con opio, con lo que, además, pedían menos de comer. Parece que morían más por la desnutrición que por la intoxicación.

Moll Flanders, en la novela publicada en 1722 por Daniel Defoe (1660-1731), conoce bien el triste destino de esos niños:

Me gustaría que todas esas mujeres que consienten en que se hagan cargo de sus hijos, que así lo llaman, en nombre de la decencia, reflexionasen que esto no es sino un método inventado para el asesinato; es decir, matar a sus hijos sin riesgo.

Moll Flanders, nacida de una madre que se libró de la pena de muerte por su embarazo^[44], ha dedicado toda su vida a la búsqueda de un marido rico. En el proceso va a tener media docena larga de maridos o amantes, sucesivos o simultáneos, y un total de doce hijos, que van muriendo o a los que va abandonando (con el padre, o con familiares del padre muerto). Ahora, con más de cuarenta años, está jugando a dos cartas: abandonada por su quinto amante, acepta una propuesta de matrimonio de un hombre acomodado, pero ha de esperar a que se divorcie de su actual esposa adúltera. Durante la espera, conoce a otro hombre aparentemente más rico y se casa; pero descubren que se han engañado mutuamente, que él también buscaba una esposa rica y en realidad son pobres los dos, y se separan de común acuerdo. Es el momento de volver con el otro pretendiente, que ya se ha divorciado, pero hay un problema: está embarazada del que será su décimo hijo, lo que daría al traste con el ventajoso matrimonio. Moll tiene algo que parece un lujo para una mujer en su situación: remordimientos.

Sabía que no habría matrimonio sin ocultar completamente que había tenido un niño, porque él pronto habría descubierto, por la edad del niño, que había nacido, y sido concebido, después de nuestra separación, y esto habría dado al traste con todo el negocio.

Pero me dolía tanto el corazón por separarme completamente del niño; y, por todo lo que sabía, hacer que lo matasen, o que sufriese hambre, abandono y malos tratos (lo que viene a ser lo mismo), que no podía pensar en ello sin horror.

Y aquí hace Moll una perfecta descripción de las necesidades de los niños y de los cuidados maternos. Solo hay que actualizar un poco el lenguaje, substituir «afecto» por «apego» y «naturaleza» por «selección natural», y la frase podría ser de Bowlby:

Es evidente para todos los que entienden algo de niños que venimos a este mundo desvalidos, tan incapaces de satisfacer nuestras propias necesidades como de darlas a conocer, y que sin ayuda moriríamos; y esta ayuda no solo consiste en una mano que nos atienda, ya sea la de la madre o la de otra persona, sino que esta mano necesita dos cosas, diligencia y habilidad, sin las cuales morirían la mitad de los niños que nacen, incluso si no se les negase la comida; y la mitad de los que quedasen serían tullidos o tontos, perderían algún miembro y tal vez la razón. No dudo de que ese es el motivo por el que la naturaleza ha puesto en el corazón de las madres el afecto hacia sus hijos, sin el cual nunca serían capaces de entregarse, como es necesario que hagan, con la diligencia y atentos esfuerzos necesarios para mantener a sus hijos.

Puesto que estos cuidados son necesarios para la vida de los niños, desatenderlos es matarlos. Insisto, entregarlos al cuidado de personas en las que la naturaleza no ha puesto nada del necesario afecto es un gravísimo abandono, y a veces incluso algo más: es abandonarlos para que desaparezcan, lo que constituye un intento de homicidio, tanto si el niño vive como si muere.

Pasa el embarazo en casa de una «gobernanta», una combinación de comadrona, alcahueta, prestamista y traficante, que intenta convencerla de que puede confiarle al niño sin peligro:

—No te preocupes, hija —dijo ella, todavía en su tono jocos—; no estoy rodeada de asesinos; empleo a las mejores nodrizas que es posible conseguir, y mueren tan pocos niños en sus manos como si fueran criados por sus madres; no les falta diligencia ni habilidad.

Pero Moll sigue teniendo serias dudas:

—Bueno, para empezar —dije—, das dinero a esa gente para tomar al niño de las manos de sus padres y cuidarlo mientras viva. Pero sabemos, madre —dije—, que son gente pobre, y su negocio consiste en librarse de la carga lo antes posible; ¿cómo puedo dudar que, siendo mejor para ellos que el niño muera, no se preocupan demasiado por su vida?

Al final idean una estrategia aparentemente segura: le pagará a la nodriza diez libras de entrada, y cada año irá a visitar al niño y le pagará cinco libras más; así tendrá un verdadero interés en mantenerlo con vida. Pero a la hora de la verdad no promete a la mujer cinco libras, sino solo «algo más cada vez que venga a verlo». Y, aparentemente, nunca más se acuerda del niño ni de la nodriza ni de los pagos anuales. ¿A quién no le ha ocurrido, pensar tanto en las cosas que vas a hacer bien que luego ya te quedas satisfecho, y no necesitas hacerlas? Haré ejercicio, comeré sano, estudiaré inglés, visitaré a mi hijo que está con la nodriza... Bellos propósitos para el nuevo año.

Oliver Twist estuvo en una de esas granjas, y Dickens describe con ácido humor la triste suerte de los niños huérfanos en aquella época y la corrupción de las instituciones que debían cuidarlos:

Ante esto, las autoridades de la parroquia, magnánimas y humanitarias, decidieron que Oliver debía ir a una «granja»; en otras palabras, que había que despacharlo a una delegación del hospicio, a unas tres millas de distancia, donde otros veinte o treinta jóvenes infractores de las leyes contra la pobreza daban vueltas por el suelo todo el día, sin la inconveniencia de un exceso de comida o de ropa, bajo la superintendencia paternal de una vieja que recibía a los culpables por un emolumento de siete peniques y medio por cabecita y semana. Siete peniques y medio por semana es una dieta completa y abundante para un niño; se puede comprar mucho con siete peniques y medio, suficiente para sobrecargar su estómago y producirle molestias. La vieja era una mujer sabia y experimentada; sabía lo que era bueno para los niños, y tenía una excelente percepción de lo que era bueno para ella. Así que se apropiaba la mayor parte del estipendio semanal para su propio uso, y constreñía la generación parroquial en crecimiento a una asignación aún menor que la originalmente prevista. [...]

Porque, en el mismo momento en que el niño había conseguido existir con la cantidad más pequeña posible del alimento más aguado posible, perversamente ocurría, en ocho casos y medio de cada diez, que o bien enfermaba por el frío y la miseria, o se caía en el fuego por descuido, o era medio aplastado por accidente; y habitualmente en cada uno de estos casos el desgraciado chiquillo era llamado a otro mundo, donde se reunía con los padres a los que nunca había conocido en este.

Ocasionalmente, cuando había una investigación algo más interesante de lo habitual sobre un niño de la parroquia despistado bajo el armazón de una cama, o escaldado sin querer hasta la muerte al bañarlo (aunque este último accidente era muy infrecuente, porque algo parecido a un baño era un raro acontecimiento en la granja), al jurado se le metía en la cabeza hacer preguntas molestas, o los parroquianos amotinados añadían sus firmas a una queja. Pero estas impertinencias eran rápidamente acalladas por las pruebas del cirujano, y el testimonio del alguacil, el primero de los cuales siempre había abierto el cuerpo sin encontrar nada dentro (como por otra parte era de esperar) mientras el segundo invariablemente juraba cualquier cosa que la parroquia quisiera, por la cuenta que le traía. Además, el consejo peregrinaba periódicamente a la granja, y siempre enviaba al alguacil el día antes, para avisar de su llegada. Los niños estaban limpios y en orden que daba gusto verlos cuando *ellos* iban, y qué más podría pedir la gente.

Tal vez el lector moderno piense que Dickens exageraba para hacer más lacrimógenas sus novelas. Pero lo cierto es que más bien suavizaba la realidad para no herir los delicados ojos de sus lectores. Oliver Twist, recordemos, se publicó entre 1837 y 1839. En 1870, una granjera de niños, Margaret Waters, fue ejecutada por drogar y matar de hambre a diecinueve de los niños a su cargo. Otra, Amelia Dyer, fue ejecutada en 1896, acusada de haber matado a doce niños, pero se cree que en realidad mató a más de cuatrocientos en más de treinta años, lo que la convertiría en el mayor asesino en serie de la historia. Parece que empezó, como tantas otras, dando a los bebés opio y poca comida, y esperando a que se murieran por sus propios medios; pero no tardó

en descubrir que era más rápido y económico estrangularlos. Al igual que en la novela de Dickens, las autoridades habían sospechado durante años, pero siempre acababan pensando que eran simples accidentes. En 1879, un médico, sorprendido por el gran número de certificados de defunción que tenía que firmar, la había denunciado; pero el tribunal solo la había condenado a seis meses por negligencia. Otras asesinatas de niños inglesas fueron ejecutadas todavía en 1903 y 1907.

Pero, si en Inglaterra las cosas no iban muy bien para los niños huérfanos o abandonados, probablemente los que vivían con sus familias tenían más probabilidades de tomar el seno materno que los franceses. Ya desde el siglo XVII se alzaban voces a favor de la lactancia materna.

Elizabeth Knyvett (1578?-1638) se casó en 1584 con Thomas Clinton, tercer conde de Lincoln. Tuvieron dieciocho hijos, pero solo siete vivían cuando el conde murió en 1618. Tantos hijos y tan seguidos ya hacen sospechar que no les daba el pecho (o que les daba muy poco tiempo). El único hijo varón superviviente, Theophilus Clinton, se convirtió en el cuarto conde de Lincoln, y se casó con Briget Fiennes, que le dio nueve hijos. La condesa viuda Elizabeth observó, supongo que con asombro, que su nuera, en vez de buscar una nodriza, daba ella misma el pecho a sus hijos. No sabemos si en algún momento se le pasó por la cabeza criticarla o torpedear sus intentos con comentarios como «este niño parece que se queda con hambre» o «¿seguro que tu leche es buena?». En cualquier caso, pronto se convirtió en entusiasta propagandista de la lactancia, y escribió el que probablemente es el primer libro monográfico sobre el tema: *The Countesse of Lincolness Nurserie*, publicado en Oxford en 1628^[45], y dedicado «A la Muy Honorable Señora Briget, Condesa de Lincoln, de probada virtud», a la que cubre de elogios:

[...] porque has evitado todas las excusas, y emprendido y realizado el amoroso acto de una amorosa madre, al dar la dulce leche de tus propios pechos a tu propio hijo, en lo cual has pasado por delante de la mayor parte de honorables Damas de tu clase, en estos últimos tiempos. Pero espero que muchas puedan seguirte en esta buena tarea, y espero contribuir a ello con mi amable persuasión.

El libro es muy breve, apenas quince páginas, y los argumentos a favor de la lactancia son básicamente religiosos, sustentados en varias citas bíblicas: que Dios ordenó dar el pecho; que Sara (la esposa de Abraham) y la Virgen María amamantaron a sus hijos, que por supuesto Eva dio el pecho a sus hijos, y no solo por la ausencia de nodrizas:

Lo que no solo hizo por pura necesidad, porque aún no había sido creada otra mujer, sino especialmente porque era su madre, y vio que tal era su deber; y porque tenía un verdadero afecto natural, que la movió a hacerlo con alegría.

Curiosamente, recurre también a un argumento que parece moderno: dar el pecho es natural. Pero para ella, «natural» no tiene esas resonancias actuales de «sin conservantes y sin colorantes», sino que quiere decir «según la voluntad de Dios». ¿Es absurdo dar el pecho «porque lo dice la Biblia»? No más absurdo, creo, que hacerlo «porque lo dice la Medicina». Muchas mujeres de hoy escuchan el discurso médico predominante, lo aceptan y acaban hablando de «beneficios de la leche materna»; la condesa de Lincoln escuchaba a los predicadores y leía la Biblia, adoptaba el discurso y hablaba de «voluntad de Dios». Antes de eso, millones de mujeres habían dado el pecho sin pensar ni en Dios ni en las «defensas».

Viene luego una exhortación a las damas de la aristocracia para dar ejemplo al pueblo llano; advierte cómo algunas mujeres pobres intentan imitar a las ricas contratando a una nodriza, con un gran quebranto económico para sus familias. Algo muy similar a lo que vivimos en nuestros días: la lactancia artificial funciona bastante bien en los países industrializados, donde las familias pueden pagar la leche artificial y disponen de agua potable. Pero las consecuencias son terribles cuando lo intentan las mujeres pobres de los países en desarrollo, con agua contaminada, sin dinero suficiente para comprar cada día una costosa leche importada.

Y esta conducta ingrata y antinatural es más a menudo el pecado de los más *Grandes y ricos* que de los más humildes y pobres, excepto por ciertas damas ociosas, bellas y orgullosas, que quieren imitar a sus mejores hasta convertir a sus pobres maridos en mendigos. Y este es un daño que la clase alta hace con su mal ejemplo, incitando y animando a los inferiores a seguirles para su mal. ¿No sería mejor que *Nosotros los grandes* siguiéramos los dictados de Dios, y mostráramos a los más humildes su obligación con nuestro buen ejemplo?

Ahora se produce uno de esos pequeños milagros de la literatura. Después de tanta cita bíblica y de tanto lugar común, la autora se disculpa por su ignorancia, decide «dejar la discusión más larga y erudita de esto a hombres de arte y conocimiento», y empieza a hablar de su propia experiencia. Se aparta la condesa, y aparece la madre. Dolida por no haber podido dar el pecho a sus propios hijos debido a los malos consejos y a la falta de información; reconociendo que, incluso para una de las familias más poderosas de Inglaterra, fue casi imposible encontrar buenas nodrizas; sospechando que algunos de sus hijos han muerto por ese motivo;

compartiendo el dolor de esas nodrizas que han tenido que dejar a sus propios hijos:

Sé y reconozco que debería haberlo hecho, y el no haberlo hecho no se debió a mi falta de voluntad o deseo, sino que *en parte fui dominada por la autoridad de otros, y en parte engañada con el mal consejo de algunos, y en parte no había yo considerado tan bien mi deber en este oficio de la maternidad* como desde entonces he hecho, cuando era demasiado tarde para ponerlo en práctica. Por lo que, herida en el corazón por mi incumplimiento, de este modo pienso redimir mi paz, primero con *arrepentimiento* hacia Dios, pidiendo repetida y humildemente su perdón por esta mi ofensa; segundo, *buscando la manera de mostrar doble amor hacia mis hijos*, para compensarles la negligencia en esta parte del amor hacia ellos cuando deberían haber colgado de mis pechos y haber sido alimentados en mi propio seno; tercero, *haciendo un esfuerzo para impedir que muchas madres cristianas* pequen del mismo modo, contra nuestro Dios lleno de amor y gracia. [...]

He encontrado por dolorosa experiencia tantos engaños en las nodrizas, fingiendo tener suficiente leche cuando en realidad tenían gran escasez, fingiendo buena voluntad, ganas de aprender y diligencia cuando en realidad eran muy obstinadas, muy rebeldes y muy perezosas, al punto que creo que la muerte de uno o dos de mis Bebés se debió a los defectos de sus nodrizas. De todas las que tuve para dieciocho hijos, solo tuve a dos que fueran completamente dispuestas y cuidadosas. A muchas se les han muerto hijos en manos de las nodrizas; ¿y esas madres (si fue debido a la falta de cuidado de la nodriza) no tienen culpa alguna?

Por lo tanto, deja las molestias y preocupaciones de contratar a otras para hacer *tu trabajo*; no seas tan *desnaturalizada* para alejar a tu propio hijo; no seas tan *endurecida* para confiar un *tierno Infante* a un *corazón menos tierno*; no seas *cómplice* del desorden de hacer que una *mujer pobre abandone a su propio hijo* para cuidar al *hijo de una mujer rica*, invitándola por así decirlo a *dejar de amar al suyo para amar al tuyo*.

Las exhortaciones de la condesa (y las de religiosos y médicos) parecen haber tenido cierto éxito, y en Inglaterra se recurría menos a las nodrizas que en Francia. James Gillray, el padre del dibujo de sátira política, publicó en 1796 una caricatura titulada *La mamá a la moda, o qué prácticos los vestidos modernos*, en la que vemos a una gran dama, con vestido de gala y un espectacular sombrero emplumado, dando el pecho a su hijo. El vestido tiene unas hendiduras verticales que permiten sacar los pechos (sí, la ropa especial para dar el pecho no es ninguna novedad). En la pared pende un cuadro titulado *Maternal Love*, en que una madre, podría ser una Madonna italiana, abraza tiernamente a su hijo y le da el pecho; pero la escena principal es muy distinta. La madre no mira al niño y apenas lo toca; solo le empuja la cabeza por la nuca para acercarlo al pecho. Es la niñera la que mira amorosamente al bebé y le mantiene en el aire en una posición bastante incómoda, como para evitar que manche o arrugue el vestido de fiesta. Por la ventana se ve la carroza en que la madre presumiblemente va a ir a alguna fiesta, decorada con una corona igual a la de la silla donde la madre se sienta. El cochero ya está

sentado en el pescante, con las riendas en las manos, y un lacayo mantiene la puerta de la carroza abierta. Una toma apresurada, furtiva, pero algo es algo. Estaba de moda dar el pecho.

El señor Dombey se ve obligado a buscar una nodriza con urgencia, porque su esposa ha muerto durante el parto. No tenía nada previsto; parece evidente que el niño iba a tomar el pecho de su madre. Para los lectores ingleses de Dickens era perfectamente normal que una señora de clase alta, la esposa de un rico empresario, diera el pecho; solo diez años más tarde, los lectores franceses de Flaubert no se extrañan de que una pequeña burguesa como *Madame Bovary* deje a su hija en casa de la nodriza.

LA MADRE

Historia de dos ciudades (Dickens, 1859) se ambienta en la época de la Revolución francesa, entre París y Londres.

En algún sitio leí que el comienzo de esta novela es el mejor comienzo desde el Evangelio de san Juan. Creía haberlo leído en el prólogo del libro, pero no, la edición que tengo en casa no tiene prólogo. En todo caso, reproduzco aquí los dos comienzos y usted decide:

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos^[46], era la edad de la sabiduría, era la edad de la estupidez, era la época de la fe, era la época de la incredulidad, era la estación de la Luz, era la estación de las Tinieblas, era la primavera de la esperanza, era el infierno de la desesperación, lo teníamos todo ante nosotros, no teníamos nada ante nosotros, íbamos todos directos al Cielo, íbamos todos directos al otro lado... resumiendo, el periodo era tan parecido al presente periodo que algunas de sus más ruidosas autoridades insistían en que fuera recibido, para bien o para mal, solo en el grado de comparación superlativo.

Historia de dos ciudades

Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Al principio estaba junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

Evangelio según san Juan

¿Ve como no exageraba al atribuir a los escritores el poder de crear y dar la vida? Me quedé corto; la versión oficial del cristianismo no es solo que Dios creó, como los escritores, mediante la palabra; sino que la Palabra era Dios.

También he leído no sé dónde que ese comienzo del Evangelio de san Juan tiene ecos del comienzo del Génesis, el primer libro de la Biblia. Lo nuestro también, para comparar:

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era algo informe y vacío, las tinieblas cubrían el abismo, y el soplo de Dios se cernía sobre las aguas. Entonces Dios dijo: «Que exista la luz». Y la luz existió. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el primer día.

En efecto, la clave es la palabra. Las cosas no se crean cuando Dios piensa, o cuando mueve su varita mágica, sino cuando habla. Aunque no sea creyente, me fascina la belleza de unas palabras escritas hace casi tres mil años.

Pero volvamos a la historia. Lucie es una chica francesa, hija del Dr. Manette, una víctima del absolutismo, prisionero en La Bastilla durante dieciocho años. Durante ese tiempo se ha criado en Londres con el señor Lorry, un amigo de su padre. Tiene dos pretendientes: Charles Darney, un francés que vive también en Londres, y el abogado inglés Sydney Carton. Ambos se parecen físicamente como dos gotas de agua; pero para Lucie son bien distintos porque su prioridad no es el aspecto físico. Ella elige a Charles, y hace bien, porque es un joven amable, educado y bien dispuesto, que se gana la vida dando clases de francés. Sydney, en cambio, aunque inteligente, es cínico, alcohólico y lleva una vida desordenada. Pero Lucie es capaz de ver que en el fondo, muy en el fondo, Sydney no es mala persona; y Sydney es capaz de aceptar su derrota y de sentir, en el sincero aprecio que Lucie le profesa, el estímulo para convertirse en una persona mejor. El primer párrafo no es lo único que relaciona esta novela con el Evangelio; la conversión, la redención, es uno de sus temas principales.

Después de la revolución, durante el Terror, todo el grupo tiene que trasladarse a París. Allí reconocen y detienen a Charles, que en realidad es el hijo de un cruel y odiado marqués. De nada le sirve haber renunciado, ya antes de la revolución, a su herencia, su título y su apellido, porque le repugnaba la conducta de su padre. De nada le sirve ser el yerno de un héroe republicano, que fue prisionero en La Bastilla. Le condenan a muerte. Y en la última noche Sydney, que había jurado hacer cualquier cosa, cualquier cosa, por el bien de Lucie o de aquellos a los que ella ama, consigue colarse en la cárcel, cambiar sus ropas con las de Charles y ser llevado a la guillotina en su lugar (para lo cual tiene que engañarle y drogarle, porque evidentemente Charles jamás lo hubiera permitido).

Unas horas antes de ese supremo sacrificio Sydney tiene una conversación con el anciano señor Lorry. Es una escena conmovedora por su fondo y fascinante por su forma. Observe con qué habilidad el autor nos muestra el momento exacto en el que Sydney toma su terrible determinación, y nos lo muestra sin decirlo, solo de forma indirecta, con apenas unas palabras: «fuego», «momentos», «calmadas». Son cosas así las que hacen de Dickens un genio. Ah, por cierto, también usa la palabra apego (*attachment*), en el

mismo sentido y casi un siglo antes que Bowlby, e inmediatamente eso le hace pensar en la relación entre madre e hijo.

—Si pudiera usted decir, en verdad, a su propio corazón solitario, esta noche, «¡No he logrado para mí el amor y el apego, la gratitud o el respeto de ninguna criatura humana; no me he ganado un lugar en los tiernos pensamientos de nadie; no he hecho nada bueno o útil por lo que me puedan recordar!», sus sesenta y ocho años serían sesenta y ocho terribles maldiciones, ¿no es así?

—Bien lo dice usted, señor Carton; creo que así sería.

Sidney volvió de nuevo sus ojos hacia el fuego, y tras unos momentos de silencio dijo:

—Me gustaría preguntarle: ¿le parece muy lejana su infancia? ¿Le parece que ha pasado mucho tiempo desde que se sentaba en el regazo de su madre?

Respondiendo a su tomo más calmado, el señor Lorry contestó:

—Hace veinte años, sí; a estas alturas de mi vida, no. Porque, según me acerco más y más al final, viajo en círculo, cada vez más cerca del principio. Parece ser una de esas cosas que nos ayudan a aplanar y preparar el camino. Mi corazón se conmueve ahora por muchos recuerdos, largo tiempo dormidos, de mi madre joven y hermosa (¡y yo tan viejo!), y por muchas asociaciones de los días en que lo que llamamos el Mundo no era tan real para mí, y mis pecados no habían sido en mí confirmados.^[47]

En mi ejemplar de la novela, esta página está marcada con una tarjeta. Es el recordatorio del funeral de mi madre. No puedo imaginar un lugar mejor donde guardarlo.

EL PADRE

De vez en cuando me piden que dé una conferencia sobre «el papel del padre en la crianza». Nunca me han pedido que hable sobre «el papel de la madre». Lo que me hace pensar que, en nuestra sociedad, todo el mundo está de acuerdo en que la madre tiene un papel; pero el del padre no está tan claro. También me han pedido a veces que hable de «los padres de hoy», como si fueran una especie nueva, radicalmente distinta de «los padres de antes». Nunca me han pedido que hable de «las madres de hoy»; la madre parece ser una institución intemporal, sólida como una roca.

Y es que muchos padres hemos aceptado sin crítica la idea de que los «padres de antes» eran unos machistas, que no se ocupaban de los niños (especialmente de los bebés). Se pasaban el día en la taberna, traicionando a sus esposas y bebiéndose el futuro de sus hijos, de los que solo se acordaban para darles tremendas palizas. O, en el mejor de los casos, se pasaban el día (o parte de él) trabajando, y al llegar a casa esperaban que sus mujeres tuvieran la cena caliente y que los niños guardasen silencio y no molestasen. «Menos mal que somos padres modernos, padres que se involucran en el cuidado de sus hijos, no como los de antes».

La idea es falsa. No todos los padres son iguales (como no son iguales todas las madres), y siempre ha habido muchos padres que se han ocupado de sus hijos, no solo trabajando, alimentando y defendiendo a la familia, y permitiendo así que sus esposas pudieran criar a los niños (y eso solo ya sería una importante forma de colaboración), sino también cuidando y bañando a los niños, acariciando, contando cuentos, consolando llantos, escuchando y orientando a sus hijos.

No recuerdo muy bien en qué curso, tal vez con trece años, estudié a Homero en la escuela. Muy superficialmente, desde luego; mi libro apenas contenía dos líneas de información y un fragmento de la *Iliada*, en la sonora traducción de Luis Segalá:

Así diciendo, el esclarecido Héctor tendió los brazos a su hijo, y este se recostó, gritando, en el seno de la nodriza de bella cintura, por el terror que el aspecto de su padre le causaba: dábanle miedo el bronce y el terrible penacho de crines de caballo, que veía ondear en lo alto del yelmo. Sonriéronse el padre amoroso y la veneranda madre. Héctor se apresuró a dejar el refulgente casco en el suelo, besó y meció en sus manos al hijo amado y rogó así a Zeus y a los demás dioses:

—¡Zeus y demás dioses! Concededme que este hijo mío sea como yo, ilustre entre los teucros y muy esforzado; que reine poderosamente en Ilión; que digan de él cuando vuelva de la batalla: ¡es mucho más valiente que su padre!

No se sabe cuándo vivió Homero, si es que realmente existió. La *Iliada* parece haberse escrito en el siglo octavo antes de Cristo, probablemente basada en el trabajo de generaciones de poetas más antiguos. Héctor es un poderoso guerrero, y también un padre orgulloso. No duda en abrazar y besar a su hijo. No le molesta que su hijo tenga miedo del penacho, no se avergüenza ni le avergüenza, no intenta corregir su conducta. Sabe que ese miedo es normal en un niño pequeño, y que desaparecerá con el tiempo (¿sabéis, padres y madres de hoy, que también vuestro hijo dejará con el tiempo de pedir brazos, de llorar por la noche, de tener rabieta, de usar pañal...?). Héctor se despide para enfrentarse a Aquiles en combate singular. Será derrotado, su hijo, Astianacte, arrojado desde lo alto de la muralla, y su esposa, Andrómaca, convertida en concubina del hombre que ha matado a su hijo; de la nodriza de bella cintura nada más se sabe, aunque probablemente su destino fue peor que el de Andrómaca. O mejor, según como se mire. Sí, incluso defender a la familia era un papel importante para un padre, pero no incompatible con la ternura.

Leí hace mucho tiempo una historia sobre tres canteros que trabajan junto a un camino. Un peregrino pasa y les pregunta: «¿Qué estáis haciendo?». «Ya ves, picando piedra», dice el primero. «Ganando el pan de mis hijos», dice el segundo. «Construyo una catedral», contesta el tercero.

La historia me pareció profundamente equivocada. Porque es una estructura común en muchísimos cuentos populares: las tres casas de los tres cerditos, los tres tazones de sopa y las tres camas que prueba Ricitos de Oro, los tres príncipes que muestran sus habilidades a su padre el rey... y siempre, inevitablemente, el tercero es el bueno. El que escribió la historia pensaba que construir una catedral era mejor, más trascendente, más noble, que dar de comer a los hijos. Se equivocaba.

Construir una catedral es, desde luego, más importante que muchas otras actividades humanas. Importante para el amante del arte, para el creyente en la religión, para el que aspira a dejar una huella duradera. ¿Cómo quedaría la

historia si en vez de una catedral los albañiles estuviesen construyendo un complejo de apartamentos en la costa?

Pero ganar el pan de los hijos es más importante que la catedral. Incluso para el creyente, la catedral no es importante, sino solo un símbolo de algo importante. Dios no necesita catedrales, pero los hijos sí que necesitan pan. Cuidar de los hijos es más importante, más necesario y más trascendente que construir catedrales. Cuidar de los hijos es lo único realmente trascendente que puede hacer un ser humano. ¿Qué quedará de mí dentro de un siglo? Con suerte, mis tataranietos. Sin duda, los tataranietos de alguien. Las catedrales quedarán reducidas a escombros y fina arena, pero los hijos de nuestros hijos permanecerán (si no somos tan idiotas de destruirlo todo antes).

La importancia de tener hijos

Tal vez crea usted recordar, o tal vez le hayan enseñado, que la selección natural elige a los animales más fuertes, o más veloces, o que mejor cazan (o que mejor huyen de los cazadores), o que encuentran alimento más hábilmente.

No es así. La selección natural solo elige a los que se reproducen. A los que se reproducen con éxito (es decir, dejan descendientes vivos tras de sí). Es el único criterio. Todo lo demás, la velocidad, la fuerza, la habilidad, la inteligencia, el tamaño, solo tienen importancia en la medida en que facilitan la reproducción. Y lo mismo, por cierto, puede decirse de las plantas. El único objetivo de la vida es la reproducción.

Podemos imaginar la vida como uno de esos concursos televisivos en que cada semana se expulsa a alguno de los concursantes. Al final de su vida, cada animal se presenta ante un jurado implacable, que le hace una única pregunta: «¿Viven tus descendientes?». Si la respuesta es sí, sigues jugando (tus descendientes siguen jugando por ti). Si la respuesta es no, eres expulsado de forma definitiva e inapelable.

—¡No pueden hacerme esto! ¡Usted no sabe con quién está hablando! ¡Soy la más rápida! ¡He vencido en centenares de combates! ¡Mi ojo, mi ojo es una maravilla, puedo ver en la oscuridad! ¡Yo era el macho alfa de mi manada!

—Sí, vale, muy bien..., pero ¿te has reproducido?

—Eh..., bueno...

—¡Pues largo! Y no vuelvas nunca más.

Es un juego con una sola regla, pero los jugadores no la conocen. Ningún animal puede comprender la importancia de reproducirse, ni puede desear tener hijos. No hablo de una comprensión filosófica; por supuesto que los animales no piensan como nosotros. Me refiero a una «comprensión» o a un «deseo» puramente instintivos. Podemos decir que un animal desea comer, desea cazar, desea luchar, desea aparearse. Mi perro, cada vez que lo saco a pasear, claramente desea mear en todos los árboles y oler el trasero de todos sus congéneres. Pero no desea, no puede desear tener hijos.

El instinto sexual es complejo y poderoso. Guiados por él, los animales recorren largas distancias, se enfrentan en duras peleas, participan en elaborados rituales y se aparean. Pero el animal no sabe que todo eso sirve para reproducirse. No quiere hijos, solo quiere sexo. El sexo es el truco con el que la naturaleza engaña a los animales para que se reproduzcan.

También es poderoso el instinto maternal (le llamamos así porque es más fuerte en la madre, pero también el padre, y otros adultos, tienen ese instinto). Los animales sienten el deseo instintivo de construir nidos, empollar los huevos, proteger y alimentar a las crías..., pero no tienen un deseo instintivo de tener hijos.

Debo insistir en este punto. Hay quienes afirman que el instinto maternal no existe, al menos en el ser humano, porque mucha gente en general, y muchas mujeres en particular, no tienen hijos, ni desean tenerlos, y se sienten felices y realizados sin ser madres o padres. Pero es que el instinto maternal no incluye el deseo de tener hijos; al menos, no en los animales, y probablemente tampoco en el ser humano. El instinto maternal se manifiesta cuando ya tienes un hijo, y te impulsa a cuidarlo y protegerlo. La mayoría de las personas que no quieren tener hijos, incluso aquellos que dicen «no me gustan los niños», protegerían a un niño desvalido. Si vemos a un niño pequeño que llora, aparentemente solo en la calle o en un centro comercial, nos paramos, le preguntamos si está perdido, buscamos a sus padres, llamamos a la policía, le hacemos compañía hasta que la policía llega y se hace cargo, intentamos consolarle, le ofrecemos agua... Dedicamos tiempo y esfuerzo para ayudar a un niño, a cualquier niño desconocido. Y a nuestros propios hijos les dedicamos gran parte de nuestras vidas y fortunas. Los niños, incluso las crías de otros animales, despiertan en nosotros sentimientos distintos de los que despierta un adulto. Al ver un gatito, un pollito, un corderito, un hipopotamito, soltamos un «¡ooooh!» que no soltaríamos al ver a sus padres (y por eso, tristemente, mucha gente compra cachorritos y luego abandona a los perros adultos). En el otro extremo, muy pocos harían daño a

un niño, y cuando alguien lo hace, todos los demás opinamos que es un monstruo. A los asesinos de niños tienen que encarcelarlos aparte; los demás presos les atacan. «Yo soy un asesino, pero solo mato adultos; tú has matado a un niño, tú eres un monstruo».

MISTRAL

La chilena Gabriela Mistral (1889-1957), que fue maestra y gran luchadora por los derechos de los niños, no tuvo hijos; pero adoptó a un sobrino huérfano de un año y lo crio como a un hijo. Cuatro años antes de eso había plasmado en un poema, «El niño solo», incluido en su libro *Desolación* (1922) el profundo anhelo de cuidar a un niño:

Como escuchase un llanto, me paré en el repecho
y me acerqué a la puerta del rancho del camino.
Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho
¡y una ternura inmensa me embriagó como un vino!

La madre se tardó, curvada en el barbecho;
el niño, al despertar, buscó el pezón de rosa
y rompió en llanto... Yo lo estreché contra el pecho,
y una canción de cuna me subió, temblorosa.

Por la ventana abierta la luna nos miraba.
El niño ya dormía, y la canción bañaba,
como otro resplandor, mi pecho enriquecido.

Y cuando la mujer, trémula, abrió la puerta,
me vería en el rostro tanta ventura cierta
¡que me dejó el infante en los brazos dormido!

DAUDET

Siendo el menor de mis hermanos, y habiendo tenido muy poco contacto con bebés, creo que conocí esta fascinación por los niños en los libros. Al comienzo de mi adolescencia, mi hermano me regaló uno de sus viejos libros escolares, *Lecturas francesas*, de la editorial Edelvives. El libro está impreso poco antes de nacer yo; mi hermano anotó a comienzo de curso su nombre y la fecha: él tenía trece años, y yo dos (y unos trece años debía de tener yo también, y ningún hermanito, cuando me pasó el libro). Es una colección de anécdotas, cuentos, poemas y fragmentos literarios de autores franceses. Un poema llamó mi atención: «Nouveau-nés», de Alphonse Daudet:

Enfants d'un jour, ô nouveau-nés!
Petites bouches, petits nez,

*Petites lèvres demi-closes,
Membres tremblants,
Si frais, si blancs,
Si roses!*

*Enfants d'un jour, ô nouveau-nés!
Pour le bonheur que vous donnez
A vous voir dormir dans vous langes,
Espoir des nids,
Soyez bénis,
Chers anges!*

*Pour vos grands yeux effarouchés
Que sous vos draps blancs vous cachez,
Pour vos sourires, vos pleurs même,
Tout ce qu'en vous,
Êtres si doux,
On aime!*

*Pour tout ce que vous gazouillez,
Soyez bénis, baisés, choyés,
Gais rossignols, blanches fauvettes!
Que d'amoureux,
Et que d'heureux
Vous faites!*

*Lorsque sur vos chauds oreillers
En souriant vous sommeillez,
Près de vous, tout bas, ô merveille!
Une voix dit:
Dors, beau petit,
Je veille!*

*C'est la voix de l'Ange gardien;
Dormez, dormez, ne craignez rien,
Rêvez sous ses ailes de neige:
Le beau jaloux
Vous berce et vous
Protège!*

*Enfants d'un jour, ô nouveau-nés!
Au paradis d'où vous venez,
Un léger fil d'or vous rattache,
A ce fil d'or
Tient l'âme encor
Sans tache.*

*Vous êtes à toute maison
Ce que la fleur est au gazon,
Ce qu'au ciel est l'étoile blanche,
Ce qu'un peu d'eau
Est au roseau
Qui penche.*

*Mais vous avez de plus encor
Ce que n'a pas l'étoile d'or,
Ce qui manque aux fleurs les plus belles:
Malheur à nous!
Vous avez tous
Des ailes.*

Aquí va mi torpe intento de traducción:

¡Niños de un día, recién nacidos!
Boquitas, naricitas,
pequeños labios medio cerrados,
miembros temblorosos,
¡tan nuevos, tan blancos,
tan sonrosados!

¡Niños de un día, recién nacidos!
Por la felicidad que dais
al veros dormir en pañales,
esperanza de los nidos,
¡sed bendecidos,
queridos ángeles!

¡Por los grandes ojos asustados
que escondéis bajo las blancas sábanas,
por vuestras sonrisas y hasta por vuestros lloros,
todo lo que en vosotros,
seres tan dulces
amamos!

¡Por todo lo que gorjeáis,
sed bendecidos, besados, mimados,
alegres rruiseñores, blancas currucas!
¡A cuántos enamoráis
y a cuántos hacéis
felices!

Mientras dormitáis sonrientes
sobre vuestras cálidas almohadas,
a vuestro lado, muy bajito, ¡oh maravilla!,
una voz dice:
duerme, precioso,
¡yo velo!

Es la voz del Ángel guardián;
dormid, dormid, nada temáis,
soñad bajo sus alas de nieve.
¡El hermoso defensor
os mece y os
protege!

¡Niños de un día, recién nacidos!

Al paraíso del que venís
os une un fino hilo de oro.
De ese hilo de oro
pende el alma aún
sin mancha.

Sois a cualquier hogar
lo que la flor es al césped,
lo que la blanca estrella es al cielo,
lo que un poco de agua
es a la caña
que se inclina.

Pero tenéis aún algo más,
lo que no tiene la estrella de oro,
lo que falta a las más hermosas flores:
¡Ay de nosotros!,
todos tenéis
alas.

He encontrado varias páginas de internet en que ese *malheur* («desgracia») de la última estrofa ha sido substituido por *bonheur* («felicidad»). No sé si es un síntoma más del triste estado de la enseñanza de las humanidades en nuestro tiempo (incluso en Francia), que algunos no entiendan (o piensen que el gran público no va a entender) la ironía. Pero hablar del amor como si fuera algo malo, cuando queremos decir que es algo maravilloso, es un frecuente recurso literario (y también de la lengua hablada): mal de amores, flechazo, rendido a tus pies, cautivo de tu mirada, tu esclavo, la dulce herida...

¿Qué le llama la atención en este poema? A diferencia de muchos textos en prosa que hoy en día se escriben sobre los bebés, no habla de normas, ni de peligros (por cierto, poner almohada en la cuna de un bebé es un peligro; no lo haga), ni de educación, ni de niños malcriados y pequeños tiranos. Todo en los bebés es, para Daudet, maravilloso, hasta el llanto. Su única «desventaja» es la de ser tan angelicales que no podremos evitar enamorarnos. No los ve como seres egoístas a los que hay que mejorar, educar o domar, sino como almas aún sin mancha, todavía unidas al paraíso, claramente mejores por tanto que sus padres, que tenemos el alma tan manchada. No recomienda Daudet ponerles límites o imponerles rutinas, sino bendecirlos, besarlos y mimarlos, una propuesta que recuerda la de Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de la locura* (1509):

¿Qué tienen pues los niños, que así los besamos, que así los abrazamos, que así los mimamos, que a esta edad incluso el enemigo les auxilia, si no es el atractivo de la locura, que la prudente naturaleza ha dado a los recién nacidos, para que con este deleite a modo de salario puedan recompensar los trabajos de quiénes les han de educar, y granjearse los favores de quienes han de cuidarlos?^[48]

Lo que leemos o escuchamos en la infancia y la adolescencia a menudo nos deja una huella muy profunda. Creo que mis hijos no saben lo afortunados que fueron porque mi primera lección sobre bebés no la recibí de un psicólogo o de un pediatra, sino de un poeta.

Me impresionó el poema en la adolescencia, pero no sabía nada sobre su autor. Parecía la declaración de amor de un joven padre. Quizás incluso de un padre experto, con varios hijos. Y Daudet tuvo, en efecto, tres hijos; pero escribió este poema mucho antes, a los quince años de edad, con motivo del nacimiento de un primo (cuando, probablemente, ya había leído a Erasmo). Un chico de quince años que se queda embelesado ante un bebé. No hay duda, nos gustan los niños (y sí, los varones también tenemos sensibilidad, e instinto maternal).

Los animales *desean* cuidar a sus hijos, y los cuidan. Pero de nada les serviría un deseo instintivo de tener hijos, porque no saben qué hay que hacer para tenerlos. El ser humano sí que puede desear tener hijos. ¿Es algo puramente aprendido, fruto de nuestra educación, nuestra cultura, nuestros valores y experiencias? ¿Deseamos un hijo como deseamos un reloj o un coche? ¿Deseamos ser padres como deseamos ser ingenieros o futbolistas? ¿O ha llegado el ser humano a desarrollar un deseo innato, instintivo, de tener hijos?

La poesía de Daudet ¿me enseñó una norma social, o despertó en mí un instinto dormido? No lo sé. En muchas personas, el deseo de tener hijos es muy intenso, lo que hace sospechar que pueda ser algo instintivo. Muchos son capaces de someterse a largos, caros y complejos tratamientos de fertilidad durante años. Y si no lo consiguen, muchos lo viven toda su vida como un tremendo fracaso, como una catástrofe personal. En nuestra infancia y juventud hemos tenido muchos otros deseos que no hemos alcanzado (ser bombero, o piloto, o modelo, o millonario, o dar la vuelta al mundo, o tener un caballo o un descapotable...), pero en general no dedicamos tanto esfuerzo a conseguirlos, ni nos sentimos tan frustrados por nuestro fracaso. Pero tal vez el deseo de tener hijos tampoco es instintivo en el ser humano, tal vez es tan intenso porque es algo a lo que la sociedad da mucho valor y, por lo tanto, nos lo han inculcado muy fuertemente desde pequeños.

De un modo u otro, lo cierto es que muchos deseamos tener hijos. Intensamente. Podemos incluso comprender, o al menos intuir, la única regla del juego de la vida; intuir que tener hijos es lo más importante, lo único importante que haremos, mucho más importante que un coche o una profesión. Nuestra única posibilidad de trascendencia en un mundo por lo

demás caótico y sin sentido. La esperanza de que algo de nosotros —no, algo mejor que nosotros— permanezca.

PAPINI

Ser padre es lo más importante que un hombre puede hacer en la vida. Tuve la suerte de comprenderlo pronto, hacia los quince años, cuando mi padre, ávido lector, trajo de la biblioteca el *Juicio Universal*, de Giovanni Papini.

Mi padre, que solo tenía estudios primarios, amaba los libros. Nuestra casa estaba llena de libros, probablemente un par de miles de volúmenes de todo tipo, desde clásicos universales hasta novelillas policiacas de segunda fila. Todos se los había leído, y como ya no podía comprar más porque no tenía donde meterlos, los tomaba prestados de la biblioteca.

Giovanni Papini es uno de esos escritores cuya vida es más grande que su obra. Ateo y ferozmente anticlerical en su juventud, militarista antes de la Primera Guerra Mundial (y profundamente arrepentido después), se convirtió al cristianismo en 1921, a los cuarenta años. Partidario al principio del fascismo, luego desengañado, en 1943 se hizo fraile franciscano. En sus últimos años, ya enfermo, trabajó en su *Juicio Universal*, un proyecto de juventud que no se publicó hasta 1957, un año después de su muerte. En mi opinión, una de las más grandes obras de la literatura de todos los tiempos, injustamente olvidada^[49].

Nada de eso sabía yo cuando mi padre trajo a casa el grueso volumen. Lo hojeé, y me fascinó. Centenares de sujetos explicaban su vida ante el ángel del Señor. Unos eran personajes históricos reales; otros, totalmente inventados; todos hablando con absoluta franqueza, más allá del fingimiento o de la autocompasión. Algunos eran crueles, o mezquinos, o cobardes. Pero al escucharlos, los comprendías. Acostumbrado a otro tipo de libros y películas, a historias con *buenos* y *malos*, Papini me abrió una ventana al alma humana, me enseñó que era posible comprender sin juzgar.

No leí más que unos pocos de aquellos relatos. No tenía paciencia para leer un libro tan gordo, que además hojeaba de forma casi clandestina, pues durante el curso escolar mi padre decía que tenía que estudiar, y no leer novelas (¿es usted uno de esos padres que intentan inútilmente inculcar en sus hijos la afición a la lectura? Pues ya ve: leo porque mi padre leía, y porque jamás intentó obligarme a leer). Uno de los personajes me causó una honda impresión. Es el persa Haradian el que habla:

Sentía, en cambio, el impulso de crear nuevos hombres, de favorecer sobre la tierra el cálido florecer de la vida, de acrecentar el pulular de los seres provistos de alma. La ley por mí seguida y la riqueza de mi padre me permitían hospedar en mi casa una legión de esposas. A todas podía acogerlas en mi corazón, que era generoso; a todas podía fecundarlas con mi vigor varonil no destemplado por las fatigas de la mente ni los afanes del ánimo. Mi vasta casa en medio de los jardines de Ispahan destellaba con pupilas rientes, con gemas radiantes, con alegre concordia.

Los nacimientos eran frecuentes como las fiestas en el campo. En un solo año conté dieciocho nacidos, mies feliz de bocas que gritan y que maman. Cuando tuve cincuenta años, la riqueza de mi sangre ascendía a más de doscientos entre hijos e hijas, sin contar los robados, todavía tiernos, por las garras de la muerte.

Si creyeses que me guiaba el deleite sensual, estarías equivocado. Los verdaderos libidinosos son infecundos. Sería un mentiroso si negase que mis esposas, casi todas jóvenes y bellas, me daban placer. Pero en la mujer yo veía, más que el placer de la voluptuosidad, la promesa de la maternidad.

Experimentaba una alegría física, además de espiritual, al sentirme circundado de tantas criaturas nuevas, alegres y bien formadas que habían salido de mi simiente.

Seguía con vigilante amor el crecimiento de aquellos milagrosos dones. Todo en mis hijos me complacía: incluso el llanto, incluso los sudores de la fiebre y los gemidos nocturnos. Me gustaba pasar la mano sobre aquellas suaves cabelleras, apretar aquellas manitas frágiles, besar aquellos labios húmedos que tenían el rojo casto de la sangre y la blandura perfumada del melocotón. Suavemente me embriagaba pensando que todos aquellos cuerpos morenos, tibios, flexibles, iluminados por el esplendor de la infancia y de la juventud eran obra mía, vástagos y frutos de mi sangre. De mi voluntad y de mi potencia había salido aquel rebosar de vida en flor, de vida creciente y vencedora. [...]

Cuando pienso en los cuatrocientos ojos que me miraban con reverente y confiado afecto, cuando vuelvo a oír las doscientas voces que me llamaban con el nombre sagrado que el mundo da a Dios, tengo la certeza de que no serán los eunucos y los onanistas los que se salven, sino, por delante de todos, los padres, los multiplicadores de las generaciones, los aliados de la vida contra la muerte. Con esta certeza me postro seguro ante el único Padre de los mundos y de los hombres.

El sexo, decía, es la treta que usa la naturaleza para que los animales, engañados, se reproduzcan. Solo el hombre puede ver más allá del engaño. Haradian ha visto el engaño, y se ha lanzado con los ojos abiertos: es la paternidad lo que realmente desea.

La literatura inglesa abunda en ejemplos de padres; de buenos y malos padres. De padres maravillosos y padres desastrosos; casi diría que lo que faltan son padres intermedios.

Llama la atención, de hecho, que cuando intentan ponernos un ejemplo de *buena madre*, muchas veces nos muestren a un padre. Parecería más fácil de entender cuando el autor es un varón, al que tal vez le sería más fácil imaginar la conducta y los sentimientos de otro varón. La figura materna de Pip, en *Grandes esperanzas*, no es su hermana y madre adoptiva, malhumorada y despótica, sino su cuñado y padre adoptivo. La madre de David Copperfield es buena y cariñosa, pero queda como desvaída en el libro; hay otra figura paterna más memorable (pronto hablaremos de él). Pero también George

Eliot, que es mujer, parece preferir al padre como modelo de *madre*. Es el señor Tulliver, el propietario del molino sobre el río Floss, el que comprende y disculpa los enfados y rebeliones de su hija Maggie, consolándola con exquisita sensibilidad, «poniéndose de su parte» y protegiéndola ante otros familiares. Y es Silas Marner, el tejedor solterón y avinagrado, el que adopta, cría y educa con cariño y paciencia a la pequeña Eppie.

COPPERFIELD

Vimos al señor Murdstone, el temible padrastro de David Copperfield, que cree que la violencia y la crueldad son métodos educativos (o que más bien ha elegido conscientemente disfrazar su violencia y su crueldad con el título de «métodos educativos»). Pero no hemos hablado aún de Daniel Peggotty, la otra figura paterna para el pequeño David.

David y su madre viven con una sirvienta amable y cariñosa, Peggotty. La llaman así, por el apellido, porque su nombre de pila es Clara, el mismo de la señora^[50]. Un buen día, Peggotty se lleva al pequeño David, de siete años, a pasar quince días en casa de su hermano, Daniel Peggotty, un viejo pescador retirado (ahora vive del comercio de langostas), cuya casa está construida a partir de un viejo barco varado en tierra. Daniel ha adoptado y cría como propios a dos sobrinos huérfanos, Emily y Ham, primos entre sí, y también ha adoptado a la señora Gummidge, viuda de un compañero, siempre deprimida y quejosa, «en un estado de completa desdicha y miseria». Cuando vuelve de sus *vacaciones*, David se encuentra con la sorpresa de que su madre se ha casado. A traición.

Años después, aquella Emily, amor infantil del protagonista, se fuga con un joven adinerado. Como muchas otras chicas de pueblo engañadas, piensa volver convertida en una señora. Quienes tienen más experiencia de la vida saben que acabará abandonada, deshonrada y probablemente prostituida. Y entonces el anciano señor Peggotty, su tío y padre adoptivo, lo deja todo para ir a buscarla. Mete unas pocas ropas en su viejo petate de marino y se embarca para el continente.

—¡A cualquier parte! Voy a buscar a mi sobrina por todo el mundo. Voy a encontrar a mi pobre sobrina en su vergüenza, y a traerla a casa. ¡Que nadie me detenga! ¡Os digo que voy a buscar a mi sobrina!

Durante meses recorrerá Europa, pero antes deja instrucciones para que la casa permanezca inmutable, por si la chica regresase por sus propios medios:

—Si alguna vez viniera de vuelta, no quiero que la vieja casa parezca rechazarla, ya me entendéis, sino que parezca tentarla para acercarse más, y echar una ojeada, tal vez, como un fantasma, saliendo del viento y de la lluvia, a través de la vieja ventana, al viejo sillón junto al fuego.

Hay una tradición literaria (basada, sin duda, en la realidad) de padres furiosos y de hijas severamente castigadas por su deshonra, expulsadas de casa o recluidas en un convento. Pero Dickens nos muestra a un padre que no grita, castiga ni sermonea, que no se preocupa por el qué dirán, que no reprocha ni amenaza. Un padre que perdona sin condiciones ni reservas, que solo quiere que su hija vuelva sana y salva. No es un hombre instruido, ni profundamente religioso, sino un ignorante pueblerino que habla con un fuerte acento (al hombre culto, de firmes principios morales, ya lo hemos visto antes: el terrible Murdstone).

Daniel tiene incluso la delicadeza de prever que sea una mujer quien le abra la puerta cuando vuelva, lo mismo que hoy en día se intenta que sea una ginecóloga o una policía quien atienda a una mujer maltratada:

—Cada noche —dijo el señor Peggotty—, tan regular como la caída de la noche, hay que poner una vela en el sitio de siempre en la ventana, que si la viera, parezca estar diciendo «¡vuelve, mi niña, vuelve!». Si alguna vez llaman a la puerta de tu tía, Ham (sobre todo si llaman flojito), después de anochecer, no vayas a abrir. Que sea ella, no tú, quien vea a mi niña caída.

Esa «tía» es la señora Gummidge, que ante la terrible noticia ha salido por fin de su depresión y, acabando con sus lamentos, ha tomado las riendas de la casa:

¡Cómo cambió la señora Gummidge en un momento! Era otra mujer. Era tan dedicada, tenía una percepción tan rápida de lo que convenía decir y de lo que convenía callar; pensaba tan poco en sí misma y tanto en el dolor de los demás que la tuve en una especie de veneración. ¡El trabajo que hizo aquel día!

Cuando por fin encuentra a su sobrina, Daniel da gracias a Dios, y entre sus muchos nombres elige, como antes el persa Haradian, el de Padre:

¡Doy gracias a mi Padre Celestial, pues mis sueños se han hecho realidad! ¡De todo corazón Le doy gracias por haberme guiado, por Sus propios caminos, hasta mi niña querida!

Padres de la patria

Reflexionando sobre estas historias de padres e hijos recordé haber visto en alguna parte un cuadro en que un rey de Francia jugaba a caballito con sus

hijos. En otra época hubiera sido incapaz de encontrar una pintura de la que no recordaba título ni autor, pero por fortuna, en estos tiempos de internet, casi todo se puede encontrar con un poco de paciencia.

Se trata de *Enrique IV recibiendo al embajador de España* (1817), de Ingres. En él vemos, de izquierda a derecha, al embajador de España, con gesto contrito, tal vez pensando que ha metido la pata entrando en un momento inoportuno; a la reina María de Médicis, que lo mira con una leve sonrisa de madre agotada, con una niña en su regazo y un perrito faldero en el borde de la falda, y a su majestad Enrique IV, de riguroso negro y con la cruz de Malta en el pecho, a cuatro patas jugando con tres niños. Un varón va montado a caballito y saluda a las multitudes con el sombrero que le ha quitado al rey, una niña más pequeña parece que intenta subirse a la grupa, otra niña de edad intermedia parece que está empujando a la que sube, mientras sujeta con una mano el espadón de su padre (envainado, por fortuna, ¡no parece prudente dejar jugar a los niños con esas cosas!). Más a la derecha, una mujer joven, tal vez la niñera, contempla la escena con los brazos en jarra, como si fuera a reñir a los niños, o al padre, o como si ya los diera por imposibles y hubiera renunciado a reñirles. En la pared, como símbolo de la maternidad, cuelga un cuadro de Rafael, *La virgen de la Silla* (1514), que en realidad Enrique IV nunca poseyó^[51].

Y también gracias a internet pude encontrar la historia que hay detrás de esta curiosa escena. Así la explica Bellavoine en su *Mémorial pittoresque de la France*, 1787:

En uno de sus momentos de paternal abandono, el buen Enrique, para divertir a su hijo, le colocó a caballito sobre su espalda, y caminando a cuatro patas se puso a recorrer toda la estancia. En medio de este viaje encantador se presenta un embajador, y sorprende en esta grotesca postura al vencedor de la Liga y Monarca de los franceses. El buen Enrique, sin levantarse, se detuvo y dijo:

—Señor embajador, ¿tiene usted hijos?

—Sí, Majestad.

—En tal caso, puedo acabar de dar la vuelta a la habitación.

En el cuadro de Ingres sobran niños. En 1604, cuando supuestamente sucedió el hecho, Enrique IV tenía solo dos hijos: Luis, futuro rey de Francia, decimotercero de su nombre, de tres años, e Isabel, futura reina de España, de dos años. Aún no habían nacido Christine (1606), futura esposa de Víctor Amadeo I de Saboya; *Monsieur d'Orleans* (1607), sin nombre porque murió con siete meses, antes de ser bautizado; Gaston (1608) y Enriqueta (1609), futura esposa de Carlos I de Inglaterra. O bien Ingres decidió cambiar la fecha para hacer el cuadro más animado, o bien hay que suponer que Luis es el que

está subido a caballito, Isabel la que se abraza a su madre, y las otras son amiguitas que habían venido a jugar.

Habíamos puesto a la atribulada familia Brontë como ejemplo de la altísima mortalidad de tiempos pasados. Esta pobre Isabel de Borbón, reina de España, esposa de Felipe IV, nos da otro claro ejemplo. Tuvo nueve hijos:

- María Margarita vivió un día.
- Margarita María Catalina vivió veintisiete días.
- María Eugenia vivió veinte meses.
- Isabel María Teresa vivió un día.
- Baltasar Carlos murió poco antes de cumplir los diecisiete años. Dicen que era inteligente y buen mozo, y que la historia de España habría sido muy distinta si hubiera reinado.
- Francisco Fernando vivió casi nueve meses.
- María Ana Antonia vivió once meses.
- María Teresa, reina de Francia, esposa de Luis XIV, vivió cuarenta y cuatro años.
- El noveno hijo murió junto a su madre durante el parto.

Felipe IV, desesperado por tener un heredero, se volvió a casar con Mariana de Austria, y de ella nacieron:

- Margarita Teresa, emperatriz de Austria y esposa de Leopoldo I, vivió veintiún años. Es la niña rubia que, con cinco años, pintó Velázquez en el centro de *Las Meninas*.
- María Ambrosia vivió siete días.
- Felipe Próspero no llegó a cumplir los cuatro años.
- Fernando Tomás vivió nueve meses.
- Carlos II, rey de España, murió poco antes de cumplir los treinta y nueve años.

Y eso con la mejor alimentación, la mejor higiene y los mejores cuidados médicos de su época. Los hijos de un jornalero (o de un parado) tienen hoy mucha más esperanza de vida que los príncipes de antaño. Para que luego le quieran hacer creer que las enfermedades son causadas por la vida moderna o por la «medicina oficial», que las vacunas no sirven para nada, o que el agua con cloro es tóxica.

Pero me estoy yendo por las ramas. Estábamos con Enrique IV de Francia, jugando a caballito con sus hijos. Cuando por fin di con las palabras adecuadas para buscar en internet, encontré otras muchas versiones de la escena por diversos artistas: Jean-François Janinet (grabado, 1788), Pierre

Henri Révoil (óleo, 1813), el mismo Ingres en 1817 (otra versión, con un solo niño), Alexandre-Evariste Fragonard (dibujo, 1820), Richard Parkes (óleo, 1827), Georges Claude (óleo, 1905), y numerosas ilustraciones de libros.

No sabemos si la historia es cierta o falsa, pero sin duda fue ampliamente difundida. A Enrique IV le conocen todavía en Francia como *le Bon Roi*, «el Buen Rey». Envuelto en las guerras de religión, conquistó ciudades a sangre y fuego; pero un excelente servicio de propaganda (en sus campañas militares llevaba imprentas portátiles para ir distribuyendo sus panfletos) se cuidó de mejorar su imagen pública, incluso después de su muerte. Parece que la leyenda del Buen Rey es tardía, del siglo XVIII; incluso Voltaire le dedicó un largo poema heroico, *La Henriade*. Real o imaginaria, la escena en que lleva a su hijo a caballito forma parte de esa propaganda, y fue difundida con la intención de dar una buena imagen del rey. No se trataba de ridiculizarle: «Fíjate, qué manera de hacer el ridículo, entra el embajador de España y le encuentra a cuatro patas, todavía se ríen en todas las cortes de Europa», sino de ensalzarle: «¡Qué gran padre para sus hijos, y qué gran padre, por tanto, para la patria!». Decía La Rochefoucauld que «la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud». No sé si Enrique fue realmente un buen padre o un buen rey, pero sí sé que, durante cuatro siglos, millones de franceses han pensado que un buen padre no es el que educa o castiga y un buen rey no es el que legisla y conquista, sino el que juega a caballito con sus hijos.

Del mismo Révoil antes citado es el dibujo titulado *Enrique IV entre los brazos de su padre*. Antoine de Bourbon está en un claro del bosque, con un perro de caza a su lado, y abraza tiernamente a su hijo Henri, de poco más de un año, mientras le besa en la mejilla. Tampoco sé si fue real o pura propaganda, pero en todo caso el pintor parece haber comprendido que, para ser un buen padre, Enrique IV debió de haber recibido mucho cariño en su infancia.

WASHINGTON

George Washington fue, según dicen, otro padre atento y cariñoso. No tuvo hijos propios, pero se casó con una viuda, Martha Custis, que tenía dos hijos, John (Jacky) y Martha (Patsy), a la sazón de cinco y tres años.

Martha era una rica propietaria con trescientos esclavos. Pero su familia nos muestra, una vez más, la terrible mortalidad de antaño: sus dos primeros hijos, Daniel y Frances, habían muerto con tres y cuatro años de edad, respectivamente. John vivió hasta los treinta y siete, y Patsy hasta los

diecisiete. A la muerte de John, por unas fiebres adquiridas hacia el final de la guerra de independencia, los Washington adoptaron a sus dos nietos más pequeños, Nelly de dos años y George, todavía un bebé, que fueron la alegría de su vejez. Terminada la guerra, y antes de ser elegido primer presidente de los Estados Unidos, Washington pasó cinco felices años en su casa de campo, apartado de la política, cuidando a sus nietos.

Una vez más, esa es la imagen que se ha intentado transmitir: el padre de la patria, al que no admiramos por dejarlo todo para servir a su país, sino por todo lo contrario, por dar prioridad a dos niños pequeños. Su primer biógrafo^[52], Weems (más bien un hagiógrafo, por su afán de presentarlo como un *santo*), lo describe «sintiendo hacia sus conciudadanos la solicitud de un padre por sus hijos, a los que había cuidado largo tiempo».

Weems nos da también datos sobre la infancia del futuro presidente. ¿Cómo se educa a un gran hombre? Cuando Washington «tenía unos seis años», alguien le regaló un hacha. Durante días, niño al fin con un juguete nuevo, fue «cortando todo lo que se le ponía por delante». Hasta que su padre encontró, descortezado y muerto, un cerezo al que tenía gran aprecio. Exigió explicaciones a familia y criados, y finalmente el pequeño George confesó:

—No puedo decir una mentira, Pa; sabes que no puedo decir una mentira. Lo corté con mi hacha.

Según algunos historiadores, la anécdota es completamente falsa; según otros, hasta podría ser verdad. En cualquier caso fue reproducida en otros muchos libros, especialmente en manuales escolares. Durante dos siglos, todos los niños del país la han leído, como todos los niños españoles han leído que Rodrigo de Triana gritó «¡Tierra!». Y así han adquirido generaciones de norteamericanos la convicción de que un niño no debe mentir, una persona no debe mentir, y muy particularmente un presidente no debe mentir. El hacha del pequeño George hizo caer al presidente Nixon, que no fue destituido por enviar espías a la sede del Partido Demócrata (lo que no es un crimen gravísimo; al fin y al cabo, tampoco mató a nadie), sino por haber mentido al respecto, negando sus acciones ante el Congreso y ante el pueblo americano. Y Clinton estuvo a punto de perder el cargo por el mismo motivo, por decir en un primer momento que no había tenido relaciones sexuales con Monica Levinsky. Se salvó por los pelos, recurriendo a un tecnicismo: «No, en realidad no he mentido, porque fue solo sexo oral, y bueno, eso no es sexo de verdad...».

Parece que últimamente el pueblo americano tolera mejor las mentiras de sus presidentes. Tal vez haya disminuido la calidad de la enseñanza y muchos

niños acaben la escuela sin saber lo del hacha de Washington. Sospecho que muchos niños españoles tampoco saben ya quién fue Rodrigo de Triana.

Pero con su anécdota, el párroco Weems (era pastor protestante) no solo enseñó cómo se debe comportar un niño, sino también cómo se debe comportar un padre. Cómo educar a un futuro presidente. ¿Qué debemos hacer si un día nuestro hijo destroza a hachazos el mejor árbol del jardín? En aquella época (mediados del siglo XVIII), probablemente muchos expertos en educación habrían recomendado una tanda de azotes o un prolongado encierro en un cuarto oscuro. Todavía hoy hay muchos partidarios de la «bofetada a tiempo», aunque tal vez abunden más los partidarios de castigar al niño sin jugar o sin ver la tele, o de hacerle pagar parte del árbol dejándole sin semana durante meses, o de sentarle en el «sillón de pensar». Desde luego, un buen sermón para hacerle comprender el daño que ha hecho, para hacerle sentir culpable («¡el árbol es un ser vivo!»), para que no lo vuelva a repetir. Obligarle a pedir perdón. Y quitarle el hacha, claro. Sobre todo, que haya consecuencias; el niño debe aprender que cortar un árbol tiene consecuencias. Más de una familia consultaría a un psicólogo infantil.

Pues bien, el padre de George Washington no hizo (en el relato) nada de eso, sino que felicitó efusivamente a su hijo. No le felicitó por destrozar un árbol, claro (sobre eso no dijo nada; ya no hacía falta decir nada), sino por decir la verdad:

—Corre a mis brazos, querido hijo —exclamó su padre, emocionado—, corre a mis brazos; me alegro, George, de que hayas matado mi árbol, porque me lo has pagado mil veces. Semejante acto de heroísmo en mi hijo vale más que mil árboles, aunque tuvieran flores de plata y frutos del oro más puro.

Y ese niño al que le permiten salirse con la suya, al que incluso le ríen la gracia, ¿no va a ser un caprichoso malcriado? Pues no, parece que fue presidente de los Estados Unidos. Tal vez la historia es falsa, y sin duda muchos padres, entonces y ahora, han sido mucho menos comprensivos. Pero generaciones de padres e hijos norteamericanos han leído la historia, y aquellos que se esforzaban por hacerlo bien, por educar a sus hijos de la mejor manera posible, sabían que ese era el modelo a imitar. Y los hijos de padres violentos e iracundos también leían esta historia, y podían vislumbrar la existencia de otro tipo de padre y de otro tipo de educación. Tal vez la leyenda de Washington contribuyó a liberar a los niños más de lo que el hombre de carne y hueso contribuyó a liberar a los norteamericanos (que al fin y al cabo los canadienses no fueron *liberados*, y tampoco les ha ido tan mal).

Recuerdo, por cierto, una anécdota similar que me explicaron en mi infancia, en el colegio de los salesianos. Siendo niño, su fundador, san Juan Bosco, rompió por accidente una botella de aceite. Eran pobres, el aceite era caro, y el pequeño Juanito intentó limpiarlo todo y ocultar la fechoría. Pero el aceite es difícil de limpiar, por más que frotaba solo conseguía extender la mancha por el suelo. Cuando su madre, Margarita, regresó a casa, Juan le confesó lo sucedido, y ella le dijo que no se preocupase, y le perdonó, porque había dicho la verdad. Nos contaban los curas la historia para enseñarnos a no decir mentiras. Y enseguida surgía la comparación con el sacramento de la confesión y el perdón divino. Pero a mí la historia del aceite derramado me decía también otra cosa importante: incluso san Juan Bosco, antes de decir la verdad, había intentado limpiar el desaguisado. ¡Confesó porque no le quedó más remedio! También el pequeño George había titubeado un momento antes de confesar (y de ahí que su padre reconociese que había sido un acto heroico). Hay aquí enseñanza (tienes que decir la verdad), pero también hay esperanza (te perdonarán si dices la verdad) y consuelo (aunque hayas intentado mentir, tampoco eres un monstruo).

Sería un grave error, como padres, quedarse solo con la mitad de la historia («los niños tienen que decir la verdad») y olvidar la otra mitad («los padres tienen que perdonar»). A algunos padres les parece la mentira una falta especialmente grave. Y en defensa de los niños he oído alguna vez la teoría de que los pequeños no distinguen muy bien la realidad de la imaginación. Yo más bien tengo la teoría de que los niños quieren, sobre todo, obedecer a sus padres. Quieren hacernos felices. Cuando usted le pregunta a su hijo «¿Has hecho los deberes?» o «¿Te has lavado las manos?» o «¿Has recogido los juguetes?», ¿qué es lo que quiere que su hijo le conteste?, ¿la verdad, o «Sí, mamá»? Piénselo otra vez. Visto desde fuera, a juzgar por sus reacciones, ¿qué puede creer su hijo que usted espera de él, la verdad o «Sí, papá»? ¿Con qué respuesta se muestra usted satisfecho?, ¿con qué respuesta se enfada? Si realmente quiere que sus hijos le digan la verdad, tendrá que empezar por aceptar esa verdad con una sonrisa, aunque la verdad sea «No, no he recogido los juguetes».

Querer y no poder

Tener hijos, decía, es el único objetivo del juego de la vida.

La mayoría de las mujeres que desean tener hijos lo consiguen.

Los varones no. No podemos parir, no podemos dar el pecho. Durante años, nuestros hijos muestran una clara preferencia por la madre. A veces lloran en nuestros brazos, y solo los brazos de la madre les calman. Nos sentimos, nos sabemos, torpes, inadecuados, insuficientes. Y no nos sorprende, porque recordamos nuestra propia infancia, nuestras propias preferencias. Porque siempre hemos sabido que no podemos ser madres, y ser padre no es lo mismo. Así lo expresa un adolescente en *Dombey e Hijo*:

—Hay tanta diferencia entre un padre y una madre, señor —dijo Rob, tras balbucear un momento—. Él apenas podía creer que yo iba a hacerlo mejor (aunque bien sé que lo intentaba); pero una madre siempre cree lo mejor, señor; al menos, yo sé que mi madre lo cree, ¡Dios la bendiga!

Qué cruel burla del destino, qué amarga decepción: se nos ha dado un deseo imperioso, un anhelo profundo de tener hijos; pero no se nos ha dado un útero.

¡Y Freud creía, o decía creer, que las mujeres sienten «envidia del pene»! Por favor, ¿para qué iba a querer un pene una mujer? ¿Tan importante es mear de pie? Somos nosotros, los varones, los que nos sentimos incompletos, mutilados. Si hay una secreta envidia que ni siquiera nos atrevemos a reconocer, esa es la envidia del útero y de los pechos.

Los frustrados varones pronto buscamos premios de consolación. Por un lado buscamos el poder, la gloria, la fama, la ciencia, el arte... Los varones son los principales protagonistas de los libros de historia que ellos mismos escriben. Pero este es un consuelo que no está al alcance de todo el mundo; la inmensa mayoría de los varones jamás alcanzará el poder ni la fama. Y quienes la alcanzan no pueden ignorar, en lo más íntimo, que solo es un premio de consolación. «Sí, bien, eres rey, general, catedrático, empresario..., pero sigues sin poder parir. La más humilde campesina puede parir y amamantar, y tú eres incapaz».

Por otro lado, buscamos una compensación sobrenatural. La Biblia presenta un Dios padre, creador y dador de vida, cuando una diosa madre hubiera parecido una mejor opción. Y frente al mito de la creación aparentemente más lógico (Dios crea una mujer, la cual dio a luz a otros humanos. Solo habría habido que explicar cómo se quedó embarazada sin concurso de varón, un milagro relativamente pequeño), se nos presenta uno rebuscadamente complejo: Dios crea a un varón, luego le saca una costilla con la que crea a una mujer... Cuando me lo explicaban de niño, yo más o menos imaginaba a Dios sacando la costilla, llevándosela a su laboratorio y allí fabricando a Eva. Pero en muchas representaciones artísticas se muestra a

Dios sacando directamente a Eva, entera y verdadera, del costado de Adán dormido. Anestesiado. Adán dio a luz por cesárea. «Sí, vale, solo las mujeres podéis tener hijos. Pero no sois más que unas imitadoras. Porque la primera vez, la primera de todas, lo hizo un tío. Lo hicimos los tíos. Y oye, aquella vez fue espectacular. Lo petamos».

Estos intentos de compensar nuestra incapacidad para dar a luz pueden aportar un dudoso consuelo. Pero, en la práctica, lo mejor que puede hacer un varón para tener hijos es arrimarse a una mujer. No, no es «tener hijos» lo que quiero decir, pero me faltan las palabras para expresar un concepto que ya no existe. Porque sí, ahora los varones tenemos hijos. No nos embarazamos ni parimos, pero hay niños a los que llamamos «hijos», y en la escuela nos explicaron un poco cómo va el asunto; sabemos más o menos lo del óvulo y el espermatozoide, lo de los genes y cromosomas. Comprendemos que ese hijo lleva algo nuestro, algo de nuestro cuerpo que de alguna manera se ha fundido con algo del cuerpo de la madre. Pero todos esos son conocimientos muy nuevos. Hace dos siglos no sabíamos nada de genes y cromosomas; hace cuatro siglos nadie podía sospechar la existencia de los espermatozoides. En la Edad Media, o en la antigua Roma, también los padres decían «tengo un hijo», pero se referían a un hecho legal, social, más que biológico. La cuestión biológica no estaba nada clara.

La embriología, el estudio del desarrollo de un animal a partir de un óvulo fecundado, la progresiva aparición y diferenciación de órganos y extremidades, es una ciencia muy reciente. Durante siglos, la teoría imperante había sido el preformacionismo: el ser humano está completo desde el principio; solo va creciendo en tamaño. Es una teoría aparentemente lógica, compatible con la realidad observada: un bebé es básicamente igual que un adulto, con sus riñones y sus pulmones, sus brazos y sus piernas y sus deditos. Y un feto de veinte, de diez, incluso de siete semanas también es igual, solo que más pequeñito. Antes, bueno, antes no se ve muy bien; pero ¿no parece mucho más razonable admitir que unos riñones y unos brazos minúsculos han ido creciendo, que imaginar la aparición de riñones y brazos dónde estos no existían?

El holandés Antonie van Leeuwenhoek (1632-1723), inventor del microscopio, se dedicó a mirar con su aparato todo lo que se le ocurría, como un niño con un juguete nuevo, y en 1677, junto con su alumno Nicolaas Hartsoeker (1656-1725), descubrió los espermatozoides (¿qué estarían mirando?). Años más tarde, Hartsoeker propuso la existencia de un minúsculo hombrecillo, un homúnculo, en la cabeza de cada espermatozoide.

A esta teoría se apunta Laurence Sterne (1713-1768) en su *Tristram Shandy* (publicado en seis volúmenes entre 1759 y 1767), uno de los libros más divertidos de todos los tiempos. El protagonista comienza a explicar su vida en el momento mismo de su concepción, deseando que sus padres «hubieran pensado en lo que estaban haciendo cuando me concibieron». En plena faena, su madre pregunta a su padre si «no ha olvidado dar cuerda al reloj». La distracción

[...] derramó y dispersó los espíritus animales, cuya misión era escoltar e ir de la mano con el Homúnculo, y conducirlo sin peligro al lugar destinado para su recepción.

Por si sus lectores no estaban todavía al tanto de la teoría, Tristram explica a continuación

que el Homúnculo es creado por la misma mano, engendrado en el mismo curso de la naturaleza, dotado con los mismos poderes y facultades de locomoción que nosotros; que consta, como nosotros, de piel, pelo, grasa, carne, venas, arterias, ligamentos, nervios, cartílagos, huesos, médula, cerebro, glándulas, genitales, humores y articulaciones [...].

Más adelante, Sterne, que era pastor anglicano, se burla de un cirujano francés que había propuesto bautizar *in utero*, a través de una cánula, a los bebés que corrían riesgo de muerte en un mal parto, y Tristram envía a la Sorbona una propuesta para bautizar en los testículos a todos los homúnculos juntos:

[...] tras la ceremonia del matrimonio, y antes de la de la consumación, «par le moyen d'une petite canulle, and sans faire aucune tort au pere».^[53]

La otra posibilidad, claro, era que el homúnculo estuviera en el óvulo, y que el esperma no hiciera más que estimular su desarrollo. Lazzaro Spallanzani (1729-1799), sacerdote jesuita italiano, que estudió la reproducción de las ranas, la digestión humana y el vuelo de los murciélagos, pionero de la vulcanología y la paleontología, uno de los más prestigiosos científicos de su tiempo, pensaba que los espermatozoides no eran más que gusanillos parásitos, y que era el líquido seminal el que estimulaba el crecimiento del óvulo. Antes que él, Nicolas Malebranche (1638-1715), filósofo y sacerdote francés, entusiasmado con los recientes descubrimientos del microscopio, había ido más allá: ¿no permitirían mejores microscopios descubrir seres aún más pequeños? Si el árbol está completo dentro de la semilla, ¿no es lógico que estén también sus semillas, y dentro de ellas otros árboles? Así lo explica en *De la búsqueda de la verdad* (1675):

Debemos pues pensar a partir de esto que todos los cuerpos de los hombres y de los animales, que nacerán hasta la consumación de los siglos, tal vez han sido producidos desde la creación del mundo; quiero decir que las hembras de los primeros animales tal vez han sido creadas con todos los de su misma especie que han engendrado y que debían engendrar en la sucesión de los tiempos.

Es una imagen que da vértigo: la humanidad entera, los siete mil millones que hoy pueblan la tierra y los más de cien mil millones que nos precedieron, más los que nacerán en incontables generaciones futuras, más los que mueren antes de nacer, todos estarían, vivos, enteros, completos y minúsculos, en los ovarios de Eva. Todos, los buenos y los malos, los blancos y los negros, las mujeres y los varones, los ricos y los pobres, los listos y los tontos, los musulmanes y los cristianos, los budistas y los ateos, los esclavos y sus amos, los asesinos y sus víctimas, los millones de soldados destinados a enfrentarse en incontables campos de batalla, todos juntos esperando su momento en los ovarios de Eva. El mismo Malebranche parece anonadado ante la enormidad de la idea; recurre, para hacerla más aceptable, a «la potencia infinita de Dios».

Y así estaban las cosas hace apenas tres siglos: los más sabios aún no sabían si el padre contribuye mucho, poco o nada en la formación del bebé.

Imagine ahora cómo sería varios millones de años atrás, cuando nuestros antepasados todavía no eran *sapiens* y ni siquiera *Homo*. ¿Qué significaba ser padre para un padre?

Nuestro primer antepasado que fue capaz de razonar, el primer homínido o prehomínido que se preguntó de dónde salen los niños, encontró la respuesta al instante: los niños salen de la barriga de su madre.

Pero ¿cómo entró el niño en la barriga? Eso ya es harina de otro costal. Eso es un conocimiento científico que sin duda requirió miles, tal vez millones de años de estudio. La relación causa-efecto entre la cópula y el parto está lejos de ser evidente. Que han pasado muchos meses, y una ya no se acuerda de lo que estuvo haciendo. Que en aquellos tiempos todo el mundo debía de tener relaciones sexuales más o menos promiscuas desde la pubertad, no había un grupo control de mujeres vírgenes para decir «mira, no tienen hijos». Unas pocas mujeres se quedaban embarazadas a la primera, otras tardaban meses o años, muchas resultaban ser estériles.

En pleno siglo xx, todavía los aborígenes de las Islas Trobriand (Nueva Guinea) creían que las mujeres se quedaban embarazadas al bañarse en el mar, cuando las fecundaba el espíritu de un antepasado. Ya intuían que la cópula tenía una cierta relación, pero pensaban que era solo para abrir camino al espíritu, que entraba en el siguiente baño. El esposo de la madre es

(probablemente) el padre biológico (pero no lo sabe), y los niños desarrollan con él una relación afectiva. Pero la autoridad y la responsabilidad que en otras culturas corresponde al padre las ejerce en las Trobriand el hermano de la madre, que sí que es «de su misma carne».

Este papel predominante del tío materno se denomina «avunculado», y se observa en gran número de culturas humanas, sobre todo (pero no solo) matrilineales: los tsonga de Mozambique, los nama de Namibia, los akan de Ghana... Entre los apaches, es el hermano de la madre el responsable de la educación de los niños, y la herencia se transmite por vía materna. Entre los kirguises, un joven tenía derecho a elegir un caballo de la manada de su tío. Estos grupos ya sabían bien cómo se queda embarazada una mujer y cuál es el papel del padre en todo esto; pero sus costumbres nos hablan de una época anterior, en que el hermano de la madre era un auténtico pariente de sangre, mientras que el padre no era más que el acompañante de la madre, un señor que pasaba por allí.

Pero ¿no se daban cuenta de que los hijos se parecían al padre? Bueno, todavía hoy los niños a veces se parecen al padre, a veces a la madre, a veces no se parecen a nadie, y a veces, por qué negarlo, se parecen a un vecino. Las poblaciones de la antigüedad eran muy homogéneas, no existía la mezcla de razas que existe hoy en día, y todos los habitantes de la aldea estaban más o menos emparentados. El padre biológico era, al mismo tiempo, un primo lejano, y todos se parecían a todos. Además, los parecidos físicos no se han explicado tradicionalmente por herencia genética sino por simpatía (no en su acepción de «modo de ser atractivo y agradable» sino la «relación entre dos cuerpos por la que la acción de uno induce el mismo comportamiento en el otro»). Todavía hay gente que cree que un niño puede tener un angioma «en fresa» porque la madre comió fresas durante el embarazo, o una mancha de nacimiento con la forma de algún antojo de la embarazada; ¿qué tiene de extraño que su rostro recuerde un poco al del hombre que ha dormido junto a la madre?

Cuando por fin el ser humano comprendió que el embarazo era consecuencia directa de la cópula, eso se podía explicar de diversos modos. En un extremo, es el varón el que planta una semilla (semen) en la mujer, que no es más que una tierra fértil. En el otro extremo, el hombre no hace más que regar la semilla que ya estaba en el interior de la mujer, o estimular el crecimiento del huevo. Y seguro que entre medio hubo teorías que repartían el mérito, como finalmente se acabó demostrando que ocurre en realidad.

Así que para millones de padres, durante milenios, y hasta épocas muy recientes, un hijo no era necesariamente, como es ahora, «sangre de mi sangre», el que lleva mis genes. Y, sin embargo, todo hace pensar que los padres humanos, a diferencia de la mayor parte de los mamíferos, han permanecido junto a la hembra y a las crías, protegiéndolas, alimentándolas, enseñándolas.

En cierto modo, todos los padres de la antigüedad eran padres adoptivos. No conocían el concepto de padre biológico. Esos niños no son *mis hijos*; son, simplemente, los hijos de la mujer que amo. Y eso me basta.

LOS PADRES ADOPTIVOS

¿Se ha dado cuenta de que muchos de los buenos padres de la literatura son en realidad padres adoptivos? Silas Marner, el primero de todos; pero también el señor Gargery, en *Grandes esperanzas*, o el señor Peggotty, la figura paterna para David Copperfield. Y también la leyenda de Washington nos lo presenta como padre adoptivo cariñoso (bien hubiera podido la leyenda presentarlo entregado a las tareas de gobierno, mientras su cariñosa esposa cuidaba a los niños). Pero tal vez no hay en la literatura un padre más adoptivo que Gepetto, el carpintero que hizo a Pinocho.

Gepetto fabrica, a partir de un trozo de madera, un niño que si bien al principio no es más que un muñeco animado, acaba convirtiéndose en un auténtico niño de carne y hueso. Más que un padre, Gepetto es prácticamente un dios (solo un pequeño detalle le separa de la divinidad: fabricó a Pinocho a partir de un trozo de madera que hablaba, mientras que a Dios le bastó barro normal y corriente). El mito de la creación, actualizado y puesto al alcance del hombre de la calle, una nueva plasmación del hondo deseo masculino de tener hijos sin la ayuda de una mujer.

Carlo Collodi (1826-1890), el autor de *Pinocho* (1883), nunca se casó. Pero tuvo, según se cree, una hija, a la que nunca pudo conocer ni reconocer porque la madre era una señora casada. ¿Se imaginan la tremenda frustración, saber que en alguna parte hay una niña que es sangre de tu sangre, y no poder hablarle ni tocarla; tal vez algún día, desde muy lejos y con mucho disimulo haberla visto por la calle, y saber que es otro hombre el que la toma en brazos, el que le cuenta cuentos, el que la consuela cuando llora; otro hombre al que ella llama «Papá»? Creo que Collodi soñaba con hacerse su propio hijo de madera.

Al principio, nada hace pensar que Gepetto vaya a ser un padre cariñoso. Es un viejo iracundo, que en pocos minutos se pelea dos veces a puñetazos con su amigo y vecino, el carpintero Ciliega, al que ha ido a pedir un trozo de madera para hacer un títere. Y Pinocho no parece tampoco un niño capaz de

hacerse amar; es él, todavía un simple trozo de leña parlante, el que ha provocado esas peleas, insultando y golpeando a Gepetto; y a medida que su padre y creador lo va tallando, no hace más que burlarse de él.

Pero algo parece cambiar en el carácter de Gepetto. A las primeras burlas y golpes de su hijo no responde con gritos y castigos, sino con lágrimas. Vende su única chaqueta, en pleno invierno, para comprarle un libro y que pueda ir a la escuela, pero Pinocho, ingrato y caprichoso, vende el libro, falta a clase, se deja enredar por malas compañías e inicia una larga serie de desventuras. En un gesto que nos recuerda al del señor Peggotty, dejándolo todo para ir en busca de su hija adoptiva caída en desgracia, Gepetto construye una barca para ir en busca de Pinocho, pero es devorado por el terrible Pez-Perro (Tiburón en alguna versión española) y durante dos años permanece cautivo en su estómago. Cuando por fin se reencuentran no hay castigos ni reproches, solo amor y alegría:

—¡Oh, papaito mío! ¡Por fin le encuentro! ¡Ahora ya no le dejaré más, nunca más, nunca más!

—¿Entonces mis ojos me dicen la verdad? —replicó el viejecito, frotándose los ojos—. ¿Entonces tú eres de verdad mi querido Pinocho?

Porque no, Pinocho no es malo. ¿Qué pensaban, que era un psicópata? ¡Solo es un niño! Ha cometido errores, ha descuidado sus obligaciones, ha desobedecido, ha hecho gamberradas, ha sido víctima de los engaños de adultos malintencionados... porque es solo un niño, inmaduro, incapaz de valorar las posibles consecuencias, para sí mismo y para los demás, de sus actos. Pero ha pasado el tiempo, y ha crecido y madurado. No le han «puesto consecuencias», sino que las consecuencias han ocurrido; las ha visto y vivido. No ha sido «una bofetada a tiempo», sino el amor incondicional de un padre lo que le ha permitido convertirse en un adolescente maduro y responsable, que rescata a su padre de las entrañas del monstruo y por propia iniciativa se pone a trabajar duramente para mantenerle:

Y a partir de aquel día, continuó durante más de cinco meses levantándose cada mañana, antes del alba, para ir a girar la noria y ganar así aquel vaso de leche que tanto bien hacía a la débil salud de su papá. No se contentó con esto, porque andando el tiempo aprendió a fabricar también canastos y cestas de mimbre, y con el dinero que ganaba proveía con muchísimo juicio a todos los gastos cotidianos. Entre otras cosas construyó él solo un elegante carrito para sacar a su papá a pasear en los días buenos, y que tomase un poco el aire.

En las vigiliass, después de anochecido, se ejercitaba a leer y escribir. Había comprado en el pueblo vecino por pocos céntimos un grueso libro, al que faltaban el frontispicio y el índice, y con él hacía su lectura. En cuanto a escribir, se servía de un fideo que afilaba como una pluma; y no teniendo tintero ni tinta, lo mojaba en un frasquito lleno de jugo de moras y cerezas.

Lo cierto es que, con su buena voluntad para ingeniárselas, para trabajar y para salir adelante, no solo había conseguido mantener casi con holgura a su padre, siempre enfermizo, sino que además había podido ahorrar cuarenta duros para comprarse un traje nuevo.

Los abuelos

Muchos se quejan de que los niños no traigan manual de instrucciones. Francamente, creo que es mejor que no lo tengan. El vídeo sí que tenía manual de instrucciones, en varios idiomas, y jamás aprendí a programarlo.

Pero sí que existe un manual de instrucciones para los abuelos. Escrito en verso.

Victor Hugo (1802-1885) fue poeta, autor teatral y novelista, hombre político, diputado (por primera vez, con cuarenta y seis años, por el partido conservador; de nuevo brevemente, con sesenta y nueve años, en la extrema izquierda) y más tarde senador, también por la extrema izquierda. Tuvo cinco hijos. El primero, Leopold, solo vivió unos meses. La segunda, Léopoldine, murió ahogada en el Sena a los diecinueve años, embarazada, y con ella murió su marido intentando salvarla. Charles murió de una apoplejía a los cuarenta y cuatro años, fulminado en el coche en el que se dirigía a un restaurante para comer con su padre; dejó dos huérfanos, George, de tres años, y Jeanne, de dos. El cuarto hijo, François-Victor, murió a los cuarenta y cinco años de tuberculosis. Solo Adèle, la pequeña, ingresada en un manicomio, sobrevivió a su padre.

A la muerte de Charles, en 1871, Victor Hugo se hizo cargo del cuidado y la educación de sus nietos; primero en la isla de Guernesey, donde estaba exiliado por oponerse a Napoleón III; luego en París. En *El arte de ser abuelo* (1877) explica sus experiencias como abuelo y sus ideas sobre la educación de los niños, junto con sus ideas políticas. Parte de una premisa clara: su absoluta adoración por sus nietos:

¡Ah! Los hijos de nuestros hijos nos encantan.

Se declara «abuelo sin medida, yayo sin freno». Aunque el título de la obra parece prometer mucha información a los aspirantes a abuelo, en realidad da un único consejo:

Es el deber del abuelo ser tierno
Y el del cielo ser azul.

Hemos visto a Silas Marner salvado de la soledad y el tedio por una niña. Victor Hugo también se considera salvado por sus nietos, salvado de la vejez y la decadencia espiritual. No se plantea la manera de educar o guiar a sus nietos, sino que se deja guiar por ellos.

*De la tombe entr'ouverte et des ans lourds et froids
Leur regard radieux dissipe les effrois;
Ils ramènent notre âme aux premières années;
Ils font rouvrir en nous toutes nos fleurs fanées;
Nous nous retrouvons doux, naïfs, heureux de rien;
Le cœur serein s'emplit d'un vague aérien;
En les voyant on croit se voir soi-même éclore;
Oui, devenir aïeul, c'est rentrer dans l'aurore.
Le vieillard gai se mêle aux marmots triomphants.
Nous nous rapetissons dans les petits enfants.
Et, calmés, nous voyons s'envoler dans les branches
Notre âme sombre avec toutes ces âmes blanches.*

—
*Moi qu'un petit enfant rend tout à fait stupide,
J'en ai deux; George et Jeanne; et je prends l'un pour guide
Et l'autre pour lumière, et j'accours à leur voix,
Vu que George a deux ans et que Jeanne a dix mois.
Leurs essais d'exister sont divinement gauches*

De la tumba entreabierta y la edad dura y fría
su mirada radiante los espantos disipa;
devuelven nuestra alma a sus primeros años:
hacen abrir de nuevo nuestras marchitas flores;
otra vez dulces, ingenuos, felices sin motivo;
el corazón sereno se nos llena de brisa;
al verlos uno cree verse a sí mismo abrirse;
convertirse en abuelo es reentrar en la aurora.
El viejo alegre juega con los niños triunfantes.
Nos volvemos pequeños en los tiernos infantes.
y vemos, calmados, ascender por las ramas
nuestra alma sombría junto a sus almas blancas.

—
Yo, a quien un pequeñito vuelve tonto del todo,
tengo dos; George y Jeanne, y tomo a uno por guía
y al otro por antorcha, y acudo a su voz,
dado que George tiene dos años y Jeanne diez meses.
Aprenden a existir con torpeza divina

Dos años, diez meses: este poema se refiere a una época anterior a la muerte de Charles, antes de que el abuelo se hiciera cargo de los niños. Y ya entonces, cuando los veía solo un rato de vez en cuando, sus nietos le volvían estúpido.

Como a (casi) todos los abuelos, claro. Pero es que Victor Hugo no es un abuelo normal. Que este hombre, uno de los más grandes intelectuales de Francia, cuyas obras de teatro han provocado desórdenes públicos, cuyas

novelas ha emocionado a millones de lectores, cuyos discursos han provocado la ira de papas y emperadores, se vuelva también estúpido ante sus nietos, no deja de ser un consuelo para todos los demás. Ahora podemos salir del armario, sin temor al ridículo, todos los abuelos idiotizados.

La idea de dejarse guiar por los niños se repite a lo largo del libro, y la imagen recuerda a Silas Marner, ángeles que venían y tomaban a los hombres de la mano y los guiaban:

*Tant que Jeanne sera mon guide sur la terre,
Tant que Dieu permettra que j'aie, ô pur mystère!
En mon âpre chemin,
Ces deux bonheurs où tient tout l'idéal possible,
Dans l'âme un astre immense, et dans ma main paisible
Une petite main.*

Mientras Jeanne sea mi guía sobre la tierra,
mientras Dios me permita tener, ¡puro misterio!
En mi duro camino,
estas dos alegrías que engloban todos los ideales,
en el alma un astro inmenso, y en la mano apacible
una mano pequeña.

Los padres, sobre todos los nuevos padres, suelen verse asediados por un mar de consejos, que se convierten en recriminaciones si intentas disentir. Recuerdo algunas discusiones (cuando era nuevo en esto de la paternidad y aún no había comprendido que lo mejor es decir que sí a todo, y luego hacer lo que te dé la gana), en que amigos y conocidos me advertían de las terribles consecuencias de hacer demasiado caso a los niños, de darles lo que piden: «¿Y qué harás si te piden la luna?».

Por supuesto, decía yo, no les daré la luna. Si mis hijos piden algo imposible, no se lo daré. Y si piden algo muy caro, o malo para la salud, o desastroso para el medio ambiente, o que no tengo tiempo o medios para darles, tampoco se lo daré. Si para su desarrollo feliz y armónico es necesario pasar por la experiencia de que sus padres les nieguen cosas, ¡no suframos! Habrá sobradas oportunidades de negarles justificadamente lo que piden. Pero cuando piden algo que sí les puedo dar, algo que está a mi alcance y al alcance de mi bolsillo, algo que no produce caries ni alergia ni daña en exceso el medio ambiente, algo que tengo tiempo para dar, no voy a negarme solo para fastidiar, solo por un absurdo deseo de mostrar mi poder.

Pero Victor Hugo va más allá. Ha decidido que él sí que les dará la luna. De algo ha de servir ser poeta:

*—Oh! comme ils sont goulus! dit la mère parfois.
Il faut leur donner tout, les cerises des bois,*

*Les pommes du verger, les gâteaux de la table;
S'ils entendent la voix des vaches dans l'étable
Du lait! vite! et leurs cris sont comme une forêt
De Bondy^[54] quand un sac de bonbons apparaît.
Les voilà maintenant qui réclament la lune!*

[...]

*Oui, je vous donnerais, anges à tête blonde,
Si je pouvais, à vous qui régnerez par l'amour,
Ces univers baignés d'un mystérieux jour,*

[...]

*Pourquoi pas? Je me fie à vous, car je vous vois,
Et jamais vous n'avez fait de mal*

—¡Oh, qué golosos son!, dice a veces su madre.
Hay que dárselo todo, las cerezas del bosque,
las manzanas del huerto, los pasteles de la mesa;
si oyen a las vacas mugir en el establo
¡leche!, ¡deprisa! Y si aparece una bolsa
de bombones, ¡se armó la Trapisonda!
¡Aquí vienen ahora exigiendo la luna!

[...]

Sí, angelitos rubios, si pudiera os daría,
a vosotros que por el amor reináis,
universos bañados de un misterioso día,

[...]

¿Por qué no? De vosotros me fío, os conozco,
y jamás os he visto hacer el mal

No, Victor Hugo no está malcriando a sus nietos. Pobrecitos, si esos *golosos* piden sobre todo fruta y leche, ¿cómo vamos a negar fruta y leche a los niños? Sí, también pastel y bombones, pero téngase en cuenta que, en aquella época, el azúcar era un producto caro y los dulces y pasteles eran de consumo muy ocasional. Somos los adultos, no los niños, los que hemos montado grandes industrias para fabricar miles de toneladas de dulces.

Pero, si se hacen daño, ¿no debemos reñirlos? Victor Hugo pensaba que sí, hasta que vio el terrible resultado: ¡su nieta lloraba! Cambió de estrategia, abrazó a Jeanne, le pidió perdón por haberla reñido. Pero si se sale con la suya, ¿no lo seguirá haciendo, cada vez más? Todo lo contrario:

*Une croûte assez laide est sur la cicatrice.
Jeanne l'arrache, et saigne, et c'est là son caprice;
Elle arrive, montrant son doigt presque en lambeau.
— J'ai, me dit-elle, ôté la peau de mon bobo. —
Je la gronde, elle pleure, et, la voyant en larmes,
Je deviens plat. — Faisons la paix, je rends les armes,
Jeanne, à condition que tu me souriras. —
Alors la douce enfant s'est jetée en mes bras,
Et m'a dit, de son air indulgent et suprême:
— Je ne me ferai plus de mal, puisque je t'aime. —
Et nous voilà contents, en ce tendre abandon,*

Elle de ma clémence et moi de son pardon.

Hay una costra fea sobre la cicatriz.
Jeanne la arranca y sangra, tal es su capricho;
viene enseñando el dedo casi en carne viva.
—Le he quitado —dice— la piel a mi pupa.
Yo la riño, ella llora, y al contemplar sus lágrimas
me hundo. —Hagamos las paces, entrego mis armas
a condición, Jeanne, de que me sonrías.
Entonces la dulce niña se echó en mis brazos,
y me dijo, con su aire indulgente y supremo:
—No me haré pupa otra vez, porque te quiero.
Y aquí nos veis, contentos, en el tierno abandono,
ella de mi clemencia, y yo de su perdón.

El poeta dedica buena parte de su libro a rebatir los argumentos de quienes le acusan de malcriar a sus nietos, de consentirles demasiado, de no ponerles disciplina. Se adivina que estaba realmente harto de escuchar esas críticas. Perdida la paciencia, contraataca. Si se trata de elegir entre niños y adultos...

*En me voyant si peu redoutable aux enfants,
Et si rêveur devant les marmots triomphants,
Les hommes sérieux froncent leurs sourcils mornes.
Un grand-père échappé passant toutes les bornes,
C'est moi. Triste, infini dans la paternité,
Je ne suis rien qu'un bon vieux sourire entêté.
[...]
Je m'enfuis dans la douce aurore, et j'aime mieux
Cet essaim d'innocents, petits démons joyeux
Faisant tout ce qui peut leur passer par la tête,
Que la foule acceptant le crime en pleine fête
Et tout ce bas-empire infâme dans Paris;
Et les enfants gâtés que les pères pourris.*

Al verme tan poco temible a los niños,
extasiado ante los críos triunfantes,
los hombres serios fruncen el ceño adusto.
Abuelo desbocado que no conoce límite,
soy yo. Triste, infinito en la paternidad,
solo un viejo testarudo y sonriente.
[...]
Huyo hacia la dulce aurora, y prefiero
este enjambre de inocentes, diablillos alegres
que hacen lo primero que se les ocurre,
a la multitud que acepta el crimen en plena fiesta^[55]
y a todo este bajo imperio infame de París;
y los niños malcriados a los padres podridos^[56].

En una ocasión, Jeanne le da a su abuelo un bofetón, y alguien dice que la tiene que reñir. Pero el formidable abuelo hace un largo resumen (no se preocupe, no lo transcribiré todo) de los tiranos y malvados del pasado y de

aquellos actuales a los que se ha enfrentado en el Parlamento o en sus escritos, para justificar que tiene muchas cosas más importantes que hacer que estar riñendo a una niña pequeña que obra sin maldad:

*De la petite main sort une grosse tape.
— Grand-père, grondez-la! Quoi! c'est vous qu'elle frappe!
Vous semblez avec plus d'amour la regarder!
Grondez donc! — L'aïeul dit: — Je ne puis plus gronder!
Que voulez-vous? Je n'ai gardé que le sourire.
Quand on a vu Judas trahir, Néron proscrire,
Satan vaincre, et régner les fourbes ténébreux, [...]
Le pardon, quel repos! Soyez Dante et Caton
Pour les puissants, mais non pour les petits. Va-t-on
Faire la grosse voix contre ce frais murmure?
Va-t-on pour les moineaux endosser son armure?*

De su manita sale una gran bofetada.
—¡Abuelo, riñala! ¡No ve que le ha pegado!
¡Si aún parece que la mira con más cariño!
¡Riñala! —Dice el abuelo: —¡Ya no puedo reñir!
¿Qué esperaban? Ya solo me queda la sonrisa.
Habiendo visto a Judas traicionar, a Nerón desterrar,
a Satán vencer, y reinar a los astutos tenebrosos [...]
El perdón, ¡qué reposo. Sed, con los poderosos
Dante y Catón^[57], más no con los pequeños
¿vamos a alzar la voz contra este fresco murmullo,
o contra los gorriones a vestir la armadura?

Sí, siempre me ha asombrado la cantidad de gente que toma las armas contra los gorriones, como creyendo que si no castigan o reprimen o modifican cualquier pequeña conducta indeseable de los niños, estos se convertirán en tiranos, asesinos en serie o algo peor. Pero, como el señor Tulliver, Victor Hugo se pone de parte de Jeanne, castigada. Y, al igual que Maggie, Jeanne no aprende así a tomar el pelo a la gente bondadosa, sino a ser bondadosa ella misma:

*Jeanne était au pain sec dans le cabinet noir,
Pour un crime quelconque, et, manquant au devoir,
J'allai voir la proscrire en pleine forfaiture,
Et lui glissai dans l'ombre un pot de confiture
Contraire aux lois. Tous ceux sur qui, dans ma cité,
Repose le salut de la société
S'indignèrent, et Jeanne a dit d'une voix douce:
— Je ne toucherai plus mon nez avec mon pouce;
Je ne me ferai plus griffer par le minet.
Mais on s'est récrié: — Cette enfant vous connaît;
Elle sait à quel point vous êtes faible et lâche.
Elle vous voit toujours rire quand on se fâche.
Pas de gouvernement possible. A chaque instant
L'ordre est troublé par vous; le pouvoir se détend;*

*Plus de règle. L'enfant n'a plus rien qui l'arrête.
Vous démolissez tout. — Et j'ai baissé la tête,
Et j'ai dit: — Je n'ai rien à répondre à cela,
J'ai tort. Oui, c'est avec ces indulgences-là
Qu'on a toujours conduit les peuples à leur perte.
Qu'on me mette au pain sec. — Vous le méritez, certe,
On vous y mettra. — Jeanne alors, dans son coin noir,
M'a dit tout bas, levant ses yeux si beaux à voir,
Pleins de l'autorité des douces créatures:
— Eh bien' moi, je t'irai porter des confitures.*

Jeanne estaba a pan y agua en el cuarto obscuro,
por un crimen cualquiera, y faltando al deber
cual prevaricador fui a ver a la proscrita,
y le pasé en secreto una confitura
clandestina. Todos los que, en mi ciudad
constituyen los puntales de la sociedad
se indignaron, y Jeanne dijo con voz dulce:
—No haré más burla con el dedo en la nariz;
no volveré a hacer que me arañe el gatito.
Pero ellos insisten: —La niña le conoce;
sabe hasta qué punto es usted blando y débil.
Le ha visto reírse siempre cuando todos se enfadan.
No hay gobierno posible, porque continuamente
altera usted el orden; el poder se relaja;
no hay reglas. La niña no tiene ningún límite.
Lo destruye usted todo. —Yo bajé la cabeza,
diciendo: —No, no puedo negarlo,
hice mal. Sí, son esas indulgencias
las que siempre conducen a su ruina a los pueblos.
Pónganme a pan y agua. —Lo merece usted, cierto,
lo haremos. —Pero Jeanne, en su rincón obscuro.
Me dijo muy bajito, llenos sus ojos bellos
de la autoridad de las dulces criaturas:
—Pues yo entonces te iré a llevar confituras.

No es solamente gratitud, no es solo que Jeanne esté devolviendo el favor; está aprendiendo a ser también generosa y clemente con otras personas. Como cuando protege a Mariette, la criada, que mientras limpiaba ha roto sin querer un valioso jarrón de porcelana china. Aunque no se especifica, cabe suponer que Mariette es una chica muy joven, casi una niña. Jeanne no le debe ningún favor, ni los espera; la defiende por pura bondad:

*Donc, je tenais beaucoup à ce vase. Il est mort.
J'arrivai furieux, terrible, et tout d'abord:
— Qui donc a fait cela? criai-je. Sombre entrée!
Jeanne alors, remarquant Mariette effarée,
Et voyant ma colère et voyant son effroi,
M'a regardé d'un air d'ange, et m'a dit: — C'est moi.*

Et Jeanne à Mariette a dit: — Je savais bien

*Qu'en répondant c'est moi, papa ne dirait rien.
Je n'ai pas peur de lui puisqu'il est mon grand-père.
Vois-tu, papa n'a pas le temps d'être en colère.*

Me gustaba mucho ese jarrón. Está muerto.
Llegué furioso, terrible, dando voces:
—¿Pero quién ha hecho esto? ¡Triste entrada!
Jeanne entonces, al ver a Mariette asustada,
viendo mi cólera y viendo su terror,
me miró como un ángel y dijo: —He sido yo.

Y Jeanne dijo a Mariette: —Yo sabía
que al responder fui yo, papá nada diría.
Yo no le tengo miedo, ya ves, porque es mi abuelo.
Papá no tiene tiempo para estar enfadado.

La pequeña Jeanne ha aprendido dos cosas: a ser bondadosa y a confiar plenamente en su abuelo. La bondad no se enseña echando discursos a los niños, ni prometiéndoles premios por ser buenos, ni mucho menos gritándoles y castigándoles. La bondad se enseña tratándoles con cariño.

Habiendo alcanzado el verdadero objetivo de la vida, que es ser abuelo, Victor Hugo se relame ya pensando en dar un paso más y convertirse en bisabuelo. Imagina cómo será Jeanne cuando se convierta en madre, cómo educará a sus propios hijos. ¿No los malcriará terriblemente, igual que su abuelo la ha malcriado? Exactamente. Su nieta, cuando sea madre, dará el pecho sin límites y no dejará llorar a sus hijos. Solo que para Hugo esto no es malcriar, sino ser un «alma severa». Severo significa «estricto y riguroso al aplicar una ley o regla», y Hugo parece decirnos que, si la regla es amar a los hijos, el amarles estrictamente, sin descanso, sin excepciones, también merece el nombre de «severidad»:

*Voir la Jeanne de Jeanne! oh! ce serait mon rêve!
[...]
Elle sera la mère au jeune et grave front;
La gardienne d'une aube à qui la vie est due,
Épouse responsable et nourrice éperdue,
La tendre âme sévère, et ce sera son tour
De se pencher, avec un inquiet amour,
Sur le frêle berceau, céleste et diaphane;
Ma Jeanne, ô rêve! azur! contempera sa Jeanne;
Elle l'empêchera de pleurer, de crier,
Et lui joindra les mains, et la fera prier,
Et sentira sa vie à ce souffle mêlée.*

Ver a la Jeanne de Jeanne, ¡ese es mi sueño!
[...]
Será una madre de frente grave y joven;
la guardiana de un alba que la vida merece,

esposa responsable y nodriza sin freno,
alma tierna y severa, y ese será su turno
de inclinarse, con amor preocupado,
sobre la cuna frágil, diáfana y celeste;
mi Jeanne, ¡sueño!, ¡cielo!, contemplará a su Jeanne;
no dejará que lllore o que grite.
Le juntará las manos, la enseñará a rezar,
y sentirá su vida mezclarse en ese aliento.

No llegó a cumplir ese último sueño. Victor Hugo murió en 1885, cuando su nieta tenía solo dieciséis años. Jeanne se casó a los veintiún años con Leon Daudet, escritor (no tan famoso como su padre, Alphonse Daudet). La «Jeanne de Jeanne» se llamó en realidad Charles, y no nació hasta 1892.

LOS MALOS PADRES

No todos los padres son buenos, por supuesto. Henry Fielding (1707-1754) describe, en su desternillante novela *Joseph Andrews*^[58], a uno que no ama a sus hijos, ni los aprecia, que no se ocupa de ellos, que no cree tener ninguna obligación con ellos. Es un personaje muy secundario, que no siquiera tiene un nombre en la historia, simplemente el padre de Leonora. El autor parece creer que hay bastantes padres así; no lo describe como un monstruo, una increíble anomalía, sino solo como «uno de esos padres...»:

Era, a decir verdad, uno de esos padres que ven a sus hijos como una infeliz consecuencia de sus placeres juveniles; y, encantado como hubiera estado si esta consecuencia no se hubiera producido, estaba no menos complacido con cualquier oportunidad para librarse de la molestia. Pasaba, al decir de las gentes, por un padre extraordinariamente bueno; siendo no solo tan rapaz como para robar y expoliar a toda la humanidad con toda su fuerza, sino para negarse a sí mismo las comodidades y casi las necesidades de la vida, lo que sus vecinos atribuían al deseo de reunir una inmensa fortuna para sus hijos. Pero en realidad no era así; acumulaba dinero solo por acumular, y veía a sus hijos como rivales que habrían de disfrutar de su adorada amante cuando él ya no pudiera poseerla. Hubiera sido mucho más feliz de haber podido llevársela consigo; y no tenían sus hijos más seguridad de ser sus herederos que el hecho de que la ley los constituiría en tales si no había testamento, y él no tenía afecto suficiente por ningún ser vivo para redactar uno.

Dombey e Hijo

El señor Dombey, el protagonista de la novela que lleva su nombre (publicada por Dickens entre 1846 y 1848), es el rico propietario y director de la empresa que también lleva su nombre. El señor Dombey no es un conservador a la vieja usanza (Dios, Patria, Rey), pues su único dios es el dinero y solo reconoce una institución humana por la que valga la pena derramar sangre, sudor o lágrimas: *Dombey and Son; Wholesale, Retail and for Exportation*. Y,

dado que el señor Dombey ya cede su apellido para tan alta empresa, lógico es que la sangre, el sudor y las lágrimas los pongan otros.

La tierra fue hecha para que Dombey e Hijo comerciaran en ella, y el sol y la luna fueron hechos para darles luz. Los ríos y mares se formaron para que flotasen sus barcos; el arco iris les prometía buen tiempo, los vientos soplaban a favor o en contra de sus empresas, las estrellas giraban en sus órbitas para preservar inviolado el sistema del que eran centro.

Durante su infancia y juventud, el señor Dombey fue el Hijo de Dombey e Hijo. Ahora él es Dombey, y el equilibrio del universo exige que exista un Hijo. El señor Dombey desea, necesita un hijo; y la novela se abre cuando nace ese hijo, el pequeño Paul. Ha sido un parto difícil, y la madre muere poco después, sin que el señor Dombey parezca muy afectado.

El señor Dombey tiene ya una hija de seis años, Florence, pero eso no solucionaba su problema. Lo que necesita es un hijo:

¡Pero qué era una niña para Dombey e Hijo! En el capital del nombre y dignidad de la Casa, tal hija era solo una mala moneda con la que no se podía invertir; un falso Niño y nada más.

¿Es machismo, es misoginia? Quizás no es solo eso. No se puede decir que el señor Dombey trate mejor a su hijo que a su hija. Cuando el señor cena o desayuna hace sonar una campanilla, y así la nodriza sabe que ha de pasear con el niño en brazos en otra habitación. Ese es todo el caso que le hace: mirarlo desde lejos, mientras come, a través de las puertas abiertas. Y tampoco se puede decir que desprecie solo a las mujeres. Desprecia a todo el mundo, y la única persona por la que parece sentir cierto afecto y un mínimo respeto es precisamente una mujer, su propia hermana. Pero resulta que la empresa se llama Dombey e Hijo y, por tanto, una hija no cumple los requisitos.

Lo estoy explicando mal. Estoy convirtiendo al señor Dombey en una caricatura, un fante al que sería fácil despreciar. Pero ya he dicho que Dickens tiene la capacidad de mostrarnos la compleja humanidad de las personas. Dombey tiene dudas, remordimientos, se avergüenza en presencia de su hija. Florence tiene su propia niñera, encargada de impedir que se acerque a su hermanito, y la nodriza lleva ya varias semanas en la casa cuando ve a la niña. La niñera (a tiempo completo, viviendo en la casa) es una chica de catorce años, con un carácter tan fuerte y una lengua tan mordaz que Dickens la rebautiza, sobre la marcha, como Spitfire («Escupecuego», un típico nombre de dragón en su tiempo, y hoy en día, de caza de combate):

Escudefuego parecía ser en conjunto una buena persona, aunque seguidora de esa nueva escuela de educadores que piensan que los niños, como las monedas, han de ser sacudidos, agitados y achuchados todo el día para que no pierdan el brillo.

Esta niñera explica a la nodriza que el padre ignora a la niña y pasa meses sin siquiera verla. La nodriza, compadecida, convence al señor Dombey de que la compañía de su hermanita será beneficiosa para el desarrollo del preciado bebé, y en una arriesgada maniobra, cuando apenas el señor ha dado su consentimiento para que jueguen juntos, pide que traigan a la niña «aquí y ahora».

Fingió estar meciendo al niño mientras el sirviente se retiraba con el encargo, pero le pareció ver que el señor Dombey cambió de color; que la expresión de su rostro se alteró por completo; que se giró rápidamente, como para retirar lo que acababa de decir, o lo que había dicho ella, o ambas cosas, y que solo la vergüenza le detuvo.

La nodriza estaba en lo cierto. La última vez que el señor había visto a su menospreciada hija había habido, en el triste abrazo entre la niña y su moribunda madre, algo que fue a un tiempo una revelación y un reproche para él. Por más que estuviera absorbido en el Hijo en quien tenía puestas tan altas esperanzas, no podía olvidar aquella escena final. No podía olvidar que no había tenido parte en ella. Que en el fondo de aquella límpida profundidad de ternura y verdad estaban aquellas dos figuras, abrazadas la una a la otra, mientras que él permanecía en la orilla, mirando hacia abajo como un mero espectador, sin compartir con ellas, completamente excluido.

Incapaz de borrar estos recuerdos, o de mantener libre su mente de las formas imperfectas en que se manifestaban a través de la niebla de su orgullo, sus anteriores sentimientos de indiferencia hacia la pequeña Florence se convirtieron en un desasosiego de naturaleza extraordinaria. Pese a lo pequeña que era, y pese a ser, a los ojos de cualquiera menos él (quizás incluso a los de él) aún más ingenua y confiada que otros niños, Dombey casi sentía que su hija le vigilaba, desconfiada. Como si ella tuviera la clave de algún secreto que él guardaba en su corazón, de cuya naturaleza él mismo era apenas sabedor. Como si ella tuviera un conocimiento innato de una cuerda desafinada en su interior, y pudiera hacerla sonar con su solo aliento.

Pero no debería tener tanto miedo. Su hija, pese a todo, le quiere con locura:

Si hubiera mirado con más interés y con los ojos de un padre, podría haber leído en la intensa mirada de su hija los impulsos y miedos que la hacían titubear; el deseo apasionado de correr y abrazarle gritando, mientras escondía el rostro en su abrazo, «¡Oh, padre, intenta quererme! ¡No hay nadie más!»; el temor de un rechazo; el miedo a ser demasiado atrevida y ofenderle; su lastimosa necesidad de confianza y apoyo, y cómo su tierno corazón sobrecargado vagaba en busca de algún lugar natural de descanso para su afecto y su dolor.

No es una exageración novelesca, sino una fina observación de la realidad, también Bowlby afirmó que incluso los niños maltratados aman a sus padres y buscan su contacto.

Pasan los años, y la vida no es amable con el señor Dombey. Pierde a su segunda esposa (que se fuga porque no lo aguanta), pierde a su hija (que huye

para casarse, porque él no acepta la boda), pierde su empresa, su mansión y su fortuna. Y es entonces su hija Florence la que vuelve ¡a pedirle perdón!, a explicarle que tiene un hijo, que le ha puesto su nombre, que le quiere, que nunca quiso abandonarle. Y la adversidad ha vuelto a ese padre más humano y más humilde, y es él quien pide perdón.

Como el señor Dorrit, como el abuelo de Nell, como Silas Marner, otro hombre salvado de la destrucción por el amor incondicional de una niña. El que no supo ser padre es ahora abuelo, el que despreciaba a las niñas tiene ahora un nieto y una nieta:

El caballero de pelo blanco camina con el niño, le habla, le ayuda en su juego, le atiende, le protege como si fuera el objeto de su vida. Si el niño está pensativo, el caballero de pelo blanco también lo está; y a veces, cuando el niño está sentado a su lado y le mira a la cara, preguntándole cosas, toma la manita en la suya, y sujetándola, se olvida de contestar. Entonces el niño dice:

—¿Qué pasa, abuelo? ¿Otra vez me parezco a mi pobre tío?

—Sí, Paul. Pero él era débil y tú eres muy fuerte.

—Oh, sí, yo soy muy fuerte.

—Y él estaba acostado en una camita junto al mar, pero tú puedes correr por ahí.

Y así prosiguen su camino, incansables, porque al caballero de pelo blanco le gusta ver al niño libre y activo; y cuando salen juntos, la historia del vínculo entre ambos sale también, y les sigue.

Pero nadie, excepto Florence, conoce la intensidad del afecto del caballero de pelo blanco hacia la niña. Esa historia nunca sale fuera. Él la atesora en su corazón. No soporta ver una nube sobre el rostro de la niña. No soporta ver que se sienta aparte. Imagina que ella siente un desprecio, cuando no ha habido ninguno. Entra sigiloso para verla mientras duerme. Le gusta que ella venga a despertarle por la mañana. Se muestra aún más cariñoso cuando no hay otra persona cerca. A veces la niña dice en esos momentos:

—Querido abuelo, ¿por qué lloras cuando me besas?

El sólo contesta, «Florence, mi pequeña Florence» y aparta los rizos que enmarcan su mirada seria.

Cumbres borrascosas

¿Cómo pudo esta tímida señorita, hija de un clérigo, soltera y sin compromiso, sin apenas experiencia de la vida, idear una tan terrible historia de pasión, celos, despecho, venganza y destrucción? La única novela de Emily Brontë muestra la infancia de dos generaciones de protagonistas. Heathcliff es un niño de la calle, sin padres y sin historia, acogido por un acomodado propietario rural. Poco a poco se enamora de la hija de la familia, y aparentemente es correspondido. Pero en la Inglaterra del siglo XIX (y en general en todo el mundo y en todas las épocas), las señoritas de buena

familia, con educación y fortuna, raramente se casaban con niños de la calle, sin cultura, dinero ni apellido^[59]. Catherine se casa, como es lógico, con otro acomodado propietario de la comarca, y Heathcliff, despechado, desaparece para preparar su venganza. Vuelve al cabo de los años, amargado pero rico, con el único propósito de casarse con la hermana del hombre que le robó la novia. Solo para fastidiar.

De tan poco auspicioso matrimonio nace un hijo, Linton, al que volvemos a ver en la adolescencia, cuando su padre le obliga a congraciarse y poco después a casarse, también para fastidiar, con su prima, la hija de Catherine.

Dicen que los hijos del amor son hermosos. No conozco estadísticas sobre el tema; si de verdad existe esa asociación, yo la atribuiría a dos factores: los padres amorosos tienden a ver hermosos a sus hijos, y los hijos de padres enamorados tienden a crecer felices y seguros de sí mismos. Pocos rostros hay que no parezcan hermosos cuando sonríen.

Pero Linton es hijo del odio, deseado y concebido como instrumento de humillación y venganza. En un momento de lucidez explica a su prima y futura esposa cómo el trato recibido ha forjado su carácter:

—Papá habla mucho de mis defectos, y me muestra su desprecio, y es natural que dude de mí mismo. Suelo pensar que soy tan completamente inútil como él dice, y entonces me siento tan enfadado y amargado que odio a todo el mundo. Soy inútil, y tengo mal carácter, y casi siempre estoy de mal humor, y si quieres, puedes decir adiós, y librate de mi molestia. Solamente, Catherine, hazme esta justicia: cree que si yo pudiera ser tan dulce, y tan amable, y tan bueno como tú, lo sería, y eso me gustaría tanto, o aún más, que tener tu felicidad o tu salud. Y cree que tu amabilidad me ha hecho quererte más que si mereciera tu amor, y aunque no he podido y no puedo evitar mostrarte mi naturaleza, lo lamento y me arrepiento de ello, ¡lo lamentaré y me arrepentiré hasta el día de mi muerte!

LOS MALOS TRATOS

Hemos visto niños maltratados. David Copperfield por su padrastro, Oliver Twist en su orfanato. Pero nadie ha relatado el horror cotidiano del maltrato, la violencia física y mental de unos padres hacia su propio hijo, como Jules Vallès.

Jules Vallès (1832-1885), periodista, escritor, revolucionario de extrema izquierda, destacado participante en la Comuna de París, condenado a muerte en rebeldía y exiliado, publicó a partir de 1879 una trilogía que es en realidad una biografía apenas disimulada. La novela está narrada en primera persona por su protagonista, Jacques Vingtras (ha cambiado el nombre, pero conservando las iniciales). Los lugares y los episodios de la historia son casi siempre absolutamente verídicos, aunque hay una importante diferencia: Vingtras no tiene hermanos, mientras que Vallès tuvo varios hermanos y hermanas^[60] que murieron en la primera infancia y una hermana que sobrevivió hasta los veinticuatro años, ingresada en un manicomio.

La primera novela de la trilogía, *El niño*, describe su infancia, maltratado por sus padres (sobre todo por su madre) y por sus profesores. Ya la dedicatoria es escalofriante:

A todos aquellos que se morían de aburrimiento en la escuela o a los que hacían llorar en la familia; que durante su infancia fueron tiranizados por sus maestros o apaleados por sus padres, dedico este libro.

Desde el primer párrafo queda claro que no va a haber ningún disimulo con la crueldad:

¿Me dio el pecho mi madre? ¿Fue una campesina la que me dio su leche? No tengo ni idea. Sea cual sea el seno que he mordido, no recuerdo ni una caricia de cuando era pequeño; no he sido mimado, achuchado, besuqueado; he sido muy azotado.

Mi madre dice que no hay que malcriar a los niños, y me azota todas las mañanas; cuando no tiene tiempo por la mañana, lo deja para mediodía, raramente más tarde de las cuatro.

Esta madre es una campesina sin estudios, que se ha casado con un hombre culto, un maestro de escuela, pensando que así ascendía en la escala social. Pero lo que encuentra es la pobreza («pasar más hambre que un maestro de escuela», decíamos en España en aquella época), la continua necesidad de ahorrar y aparentar, la frustración y la rabia. Y está además convencida de que la manera correcta de educar a un niño es azotándole cada día. Ni siquiera castigándole cuando se porta mal, no; son azotes preventivos.

La madre de Jacques está tal vez anticuada, pero la idea de azotar a los niños antes incluso de que se porten mal no es original; no es una barbaridad exclusiva de los padres maltratadores. En un tiempo fue una estrategia «educativa» comúnmente aceptada, y así lo explica Nathaniel Hawthorne (1804-1864) en *La letra escarlata* (1850), que describe la vida de los puritanos en Nueva Inglaterra a principios del siglo XVII:

La disciplina de la familia en aquellos días era mucho más rígida que ahora. El ceño fruncido, la severa reprimenda, la frecuente aplicación de la vara, respaldada por la autoridad de las Escrituras, no se usaban solo como métodos de castigo por ofensas cometidas, sino como un saludable régimen para el crecimiento y la promoción de las virtudes infantiles.

Cierto es que esa educación, más que estimular las virtudes infantiles, produjo una sociedad teocrática que lo mismo ahorcaba a adúlteras que a cuáqueros o a brujas. El problema es que la Biblia es tan grande y contiene tantas frases, algunas susceptibles de varias traducciones, que con ingenio y paciencia se puede encontrar en ella el modo de justificar casi cualquier cosa y su contraria. Yo recibí una educación religiosa, y me contaron lo de «dejad que los niños vengan a mí» (Marcos, 10, 14) y lo de «quien recibe a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe» (Marcos, 9, 37). A lo largo de la historia, otros han preferido aquello otro de «odia a su hijo el que da paz a la vara; el que le ama se apresura a corregirle». (Proverbios, 13: 2-4).

Pero volvamos con Jacques Vingtras. Un día su padre, que le está tallando un juguete con un trozo de madera, sufre un pequeño accidente:

La carreta pronto estará terminada; espero muy emocionado con los grandes ojos abiertos, cuando mi padre da un grito y levanta la mano llena de sangre. Se ha clavado el cuchillo en el dedo. Yo palidezco y avanzo hacia él; un violento golpe me detiene; es mi madre quien me lo ha dado, con espuma en los labios y los puños crispados.

—¡Tu padre se ha hecho daño por tu culpa!

Y me persigue por la escalera negra, golpeándome otra vez la frente contra la puerta.

Lloro, pido clemencia, llamo a mi padre; veo, con mi terror de niño, su mano totalmente cortada, colgando; ¡es culpa mía! ¿Por qué no me dejan entrar para verlo?

Ya me pegarán después si quieren. Lloro, nadie me responde. Oigo que mueven garrafas, que abren un cajón; le están poniendo compresas.

—No es nada —viene a decirme mi prima, mientras dobla un trapo manchado de sangre.

Sollozo, me ahogo; reaparece mi madre y me mete a empujones en el cuarto en que duermo, donde paso miedo todas las noches.

Tengo unos cinco años, y me creo un parricida.

¡Pero no es mi culpa!

¿Acaso he obligado a mi padre a hacer la carreta? ¿Acaso no habría preferido sangrar yo, y que él no se hubiera hecho daño?

Sí, y me arañó las manos para hacerme daño también.

¡Es que mamá quiere tanto a mi padre! Por eso se ha puesto furiosa.

Me enseñan a leer con un libro donde está escrito en grandes letras que hay que obedecer a tu padre y a tu madre: mi madre ha hecho bien en pegarme.

Solo cinco años, ¿qué otra cosa puede pensar un niño? Los niños pequeños quieren con locura a sus padres, se sienten culpables cuando los castigan o cuando los maltratan. Con los años se dará cuenta, por supuesto, de que sus padres no se quieren, y de que ninguno de ellos le quiere a él; pero ese «Mamá quiere mucho a mi padre», que puede parecer irónico en boca del adulto que escribe el libro, no lo es en los labios del niño de cinco años.

Porque Vallès no utiliza la ironía, o al menos no la ironía ligera, optimista de Dickens, que hace más soportables sus descripciones del dolor y de la crueldad, que permitió a los niños de la siguiente generación leer y disfrutar sus libros, que consigue despertar cierta simpatía hacia sus villanos. Cuando Vallès intenta ser irónico, no es alegre. Su prosa siempre duele. *Oliver Twist* se ha convertido en un musical; resulta imposible imaginar un musical basado en *El niño*.

Los Vingtras viven cerca de la cárcel. Jacques juega con el hijo del carcelero, y descubre que la cárcel es mejor que su familia:

Me lleva a veces a la cárcel, porque es más alegre; está lleno de árboles; jugamos, reímos [...]. En casa, nadie ríe jamás [...].

Otros [prisioneros] tienen naranjas y pasteles que les traen sus madres, como si fuesen todavía pequeños. Yo soy pequeño, y nunca tengo pasteles, ni naranjas.

Si su madre le azota cada día, por principio, su padre le apalea de forma esporádica, pero a veces con tremenda brutalidad. Sobre todo más adelante, hacia los trece años, cuando su madre pilla a su padre in fraganti con la vecina. La vida conyugal se convierte en un infierno (y no es que antes fuera ninguna maravilla), y el señor Vingtras descarga su ira y su rabia apaleando a Jacques cada día, con cualquier motivo o sin motivo, hasta hacerle sangrar y aullar de dolor.

Y sin embargo Jacques muestra cierta piedad hacia su padre, al que parece considerar un compañero de penurias, otra víctima de su madre. Una piedad

que parece anclada en un hecho del pasado, a los nueve años, cuando entró en el colegio en el que enseñaba su padre, y descubrió que era un maestro odiado y despreciado por los alumnos, por buena parte de los profesores y hasta por el bedel. Jacques, por ser su hijo, sufre malos tratos y desprecios. No se queja, no se quejará jamás en todos sus años de escuela, por la dura ley de silencio a la que están sometidos los niños («no había que “chivarse”»), y también por temor de causar problemas a su padre.

Su padre cena en la escuela con los otros profesores, y su madre ha visto la oportunidad de ahorrarse una cena. Insiste en que el padre escamotee algún bocado del comedor para que Jacques cene antes de volver a casa. El padre no quiere:

 Mi padre siempre se había resistido, pobre hombre. ¡El miedo a ser visto! ¡El ridículo si le sorprendían; la vergüenza! Mi madre intentaba obligarle de vez en cuando, dejándome hambriento, en su estudio, a la hora de cenar. Él no cedía; prefería que yo sufriese un poco, y tenía razón.

 Pero recuerdo una vez que salió del refectorio para venir a traerme una chuleta empanada que sacó de un cuaderno de traducciones donde la había escondido; ¡parecía tan preocupado y se fue tan emocionado! Veo todavía el lugar, recuerdo el color del cuaderno, y he perdonado más tarde muchos errores a mi padre, en recuerdo de aquella chuleta escamoteada para su hijo, una noche, en el liceo de Puy...

Otro niño que perdona a su padre. Un solo gesto de bondad ha bastado para perdonar (aunque no olvidar) muchas brutalidades futuras. ¡Tienen tantas ganas nuestros hijos de perdonarnos, de querernos! Les sirve el más mínimo pretexto. Nuestros hijos nos querrán de todos modos; pero ¿no preferiría el lector saber que ha merecido ese amor? Vale la pena esforzarse en tratar bien a nuestros hijos, no por conseguir su amor (que lo conseguiremos igual), sino por nuestra propia dignidad.

¿Es útil la violencia como método educativo? Sí, ya sabemos, es cruel, es infame, es inmoral; pero ¿al menos es útil? ¿Aprenden más los niños si se les dicen las cosas a gritos, si se les amenaza, si se les castiga? Vingtras opina todo lo contrario: la primera vez que le dijeron algo sin gritos y sin violencia, lo aprendió rapidísimamente (debía de tener unos nueve o diez años):

 Un día tiré un mendrugo de pan; mi padre fue a recogerlo. No me habló duramente como hace siempre.

 —Hijo mío —me dijo—, no hay que tirar el pan; cuesta de ganar. No tenemos demasiado para nosotros; pero si tuviéramos demasiado, habría que dárselo a los pobres. Tal vez algún día te falte, y verás lo que vale. ¡Acuérdate de lo que te digo, hijo mío!

 No lo he olvidado jamás.

 Esta observación, que tal vez por primera vez en mi juventud me hicieron sin cólera, pero con dignidad, me penetró hasta el fondo del alma, y desde entonces he respetado el pan.

No son solo los golpes. Es una continua sucesión de normas y prohibiciones, que parecen destinadas solo a fastidiar. Envidia a los niños que están autorizados a subir al columpio. Durante una estancia en el campo, con sus tías, envidia la libertad de un niño que cuida las vacas:

No están todo el día diciéndole:

—Deja las manos quietas, ¿pero qué haces con tu corbata? Ponte recto. ¿Qué eres, un jorobado? ¡Es un jorobado! Abróchate el chaleco. Arremángate los pantalones. ¿Qué has hecho con la aceituna? ¡Aquella aceituna la de la izquierda, la más verde! ¡Ay, este niño me va a matar a disgustos!

Los métodos educativos de su madre se aplican también, por supuesto, a la alimentación. Durante siete años, todos los martes y viernes, hay que comer cebollas. Le dan asco, náuseas. Vomita. Cuando por fin deja de vomitarlas, su madre deja de cocinarlas: no son más baratas que otros alimentos, y a ella tampoco le gustan. Lo hacía solo por principio.

A Jacques, en cambio, le gustan las peras. Hay peras en casa, pero le están totalmente prohibidas.

—¿Por qué no me puedo comer una? —pregunté llorando.

—Porque te gustan —respondía esta mujer llena de sentido común y que no quería que su hijo tuviera vicios.

Comerás cebollas porque te sientan mal; no comerás peras, porque las adoras.

La violencia no es exclusiva de la familia Vingtras. Un amigo de la escuela, Ricard, es apaleado sistemáticamente; siempre le duelen las costillas. Son nueve hermanos, su madre les pega porque son sucios (¡pero también la madre va muy sucia!) y porque dicen palabrotas. Pero Ricard «es muy bueno y no dice palabrotas».

Le pegan igual. ¿Por qué, entonces?

Porque no hay que hacer preferencias dentro de la familia, eso siempre trae problemas. Los otros podrían quejarse. [...]

También tiene otra debilidad (¡quién no tiene las suyas!); se mea en la cama. [...]

Y sus padres parecen convencidos de que es para divertirse, porque le gusta, por coquetería o por desafío, un juego o una amenaza, una fantasía de señorito, para matar el aburrimiento... Y eso que el desgraciado hace lo que puede, pero no le sirve de nada. Cada mañana se despierta en el crimen, y le obligan a colgar sus sábanas en la ventana.

Hoy sabemos que la enuresis nocturna es perfectamente normal (la tienen muchos adolescentes y algunos adultos) y completamente involuntaria. Por desgracia, todavía hay quien piensa que la enuresis tiene una causa psicológica^[61], y de ahí a decir «lo hace para llamar la atención» solo va un paso. En el siglo XIX y principios del XX era todavía corriente castigar a los niños que se hacían pis en la cama. Los libros de medicina de la época

describen unas quemaduras típicas, en las nalgas y a veces en los talones, resultado de sujetar en el aire a un niño pequeño y meterle el trasero en agua hirviendo. Pero Vallès ha visto claramente (lo ha visto con sus propios ojos, y lo ha entendido, siendo aún un niño), que su amigo no lo hace a propósito, que hace todo lo posible para evitarlo, y que todo lo que intenta es inútil.

Un niño ha escuchado a Ricard, le ha creído, le ha comprendido y ha sentido compasión. ¿Por qué sus propios padres, adultos de los que esperar más conocimientos, más capacidad de raciocinio y más experiencia de la vida, no han sido capaces de escuchar a su propio hijo, de creerle, de comprenderle o de compadecerse de él? Por una parte, los padres de Ricard son especialmente brutales. Pero también influye sin duda la creencia más o menos extendida en la cultura de la época. Si los amigos, parientes y vecinos, los expertos, los libros, la gente en general, dicen que el niño lo hace a propósito para fastidiar, y que hay que castigarlo, o reprenderlo, o ignorarlo, muchos padres están dispuestos a hacer más caso de esa opinión general que de lo que ven con sus propios ojos, de lo que dice su propio hijo. Hoy en día, muy poca gente cree que los niños se hagan pis en la cama para fastidiar y que haya que castigarlos por ello. Pero todavía muchos creen que los niños tienen rabietas para manipularnos, que piden brazos porque son unos malcriados, que no quieren dormir solos por puro vicio, que se hacen caca encima para conseguir lo que quieren, que lloran para «hacer teatro» cuando en realidad no están sufriendo, que se «provocan el vómito» para salirse con la suya, y que en todas esas circunstancias hay que ignorarles, dejarles llorar, negarles nuestra atención... ¿Tan difícil es escuchar a nuestro propio hijo como lo haría su compañero de juegos?

La publicación de *El niño* produjo un gran escándalo. ¡Hablar mal de las madres! Edmond Goncourt escribió en su diario:

Un libro malo y odioso, este libro de Vallès que acaba de salir. La madre, hasta el presente, era sagrada, había sido respetada por el hijo al que había llevado en sus caderas. Hoy se acaba, en la literatura, la religión de la maternidad, y comienza la revolución contra ella. Vingtras es un libro sintomático de estos tiempos.

Pero entonces, ¿pegar a los niños era lo normal en aquella época? Las madres y padres cariñosos que hemos visto en otras novelas, ¿eran puros estereotipos literarios, desconectados de la realidad? No; el mismo Vallès nos muestra que los padres brutales eran la excepción. Los padres normales no eran así. Cuando su madre tiene que salir de viaje para gestionar una herencia, Jacques se queda «en pensión» con una familia vecina, los Fabre, que son zapateros.

Y al lado viven los Vincent, los del colmado. Durante unos días, Jacques experimenta la vida normal de un niño al que dejan ser niño:

¡Son felices en esta familia! Son cordiales, charlatanes, campechanos; todos trabajan, pero cotorreando; todos se pelean, pero se aman. [...]

Los Vincent, los Fabre y el pequeño Vingtras forman una colonia gritona, juguetona, insoportable.

—No hay quien os aguante, Jacques, Ernest...

Es la madre Vincent, que quiere hacerse la mala y que no puede; es el padre Fabre, que lo dice bajito, con una dulce sonrisa de viejo.

—¡Insoportables! ¡Ay como os pille!

Nos reprenden sin cesar, y nos soportan siempre. [...]

No pegaban a sus hijos, y daban limosna. No era como en nuestra casa. [...]

¡Ellas no se atrevían a pegar a su hijo, porque habrían sufrido al verlo llorar! Le dejaban dar limosna, porque eso le alegraba el corazón.

La señora Vingtras, que a menudo pone en ridículo a toda su familia con su avaricia, nunca da limosna, bajo el pretexto de que los pobres se lo gastan todo en vino.

Padres que no se atreven a pegar a sus hijos, porque sufren si les ven llorar. ¿Padres blandos, padres incapaces de educar a sus hijos? No, padres normales. Lo normal es sufrir si tu hijo llora. Hemos visto antes este comportamiento, por cierto, a miles de kilómetros de distancia. ¿Se acuerdan de Dolly Winthrop, que reñía a su hijo Aaron al tiempo que lo abrazaba cariñosamente? Padres y madres con poca cultura, que dicen lo que «todo el mundo» dice, pero que hacen justo lo contrario, lo que les sale del corazón (y que probablemente también es lo que casi todo el mundo hace). Padres y madres que quieren hacerse los malos, pero no lo consiguen; que siempre riñen, pero todo lo soportan.

Y para los niños, ¿no es mala, no resulta confusa y traumática esta discrepancia entre las palabras y los hechos? No, porque en los casos que analizamos no existe una verdadera discrepancia. No es que estos padres estén reprendiendo, amenazando, insultando o ridiculizando a sus hijos *de verdad*; sus gestos y sus obras ponen el contexto adecuado a sus palabras, y los niños las interpretan correctamente. Esa dulce sonrisa y ese tono tranquilo con que el señor Fabre dice «sois insoportables» convierten unas palabras aparentemente terribles en un suave consejo, como si hubiera dicho «niños, por favor, no hagáis tanto ruido». Igual que cuando un amigo te sonrío, te da una palmada en la espalda y te dice «¡qué bien vives, cabrón!»; todo el mundo entiende que eso no es un insulto. Pero sería un gran insulto si nos lo dijese con otro tono o con otros gestos, o si nos lo dijese un desconocido.

Los niños son tan capaces como los adultos de detectar e interpretar esas señales, de distinguir lo que se dice con odio y con rabia de lo que se dice en

broma. Lo distinguen con apenas unos meses de edad. Cuando un bebé te conoce y confía en ti, puedes acercarte diciendo «¡Ay que te como que te como que te como!», abrir la boca y rugir y fingir que le muerdes, y el bebé ríe encantado. Evidentemente lloraría si alguien se lo fuera a comer de verdad.

En *El niño*, la brutalidad no tiene nada que ver con la falta de educación. Sus tíos del pueblo, sus vecinos zapateros o tenderos, son los modelos de padres aceptables o incluso bondadosos, mientras que su padre, maestro que se prepara para ser profesor de instituto con la lejana esperanza de llegar a enseñar en la universidad, es un maltratador. Como Daniel Peggotty y el señor Murdstone. Pero aún no hemos visto lo peor. El señor Vingtras tiene un compañero y amigo de infancia, profesor como él, un hombre instruido, profundo conocedor de las lenguas clásicas y de la filosofía. Un monstruo de crueldad que también intenta justificar su violencia como un supuesto método educativo:

El señor Bergougnard me explicaba, me mostraba en los textos, me demostraba, libro en mano, que los filósofos de la antigua Grecia y de Roma pegaban a sus hijos que era un gusto; él apaleaba a los suyos en nombre de Esparta y de Roma; Esparta, los días de bofetadas, y Roma, los días de azotes en el trasero. [...]

Sí, los golpes que me dan son caricias al lado de los que el señor Bergougnard distribuye a su familia.

Los efectos de semejante *educación* son visibles en su hijo Bonaventure (también se podría argumentar, claro, que no es la educación; que ambos, padre e hijo, comparten alguna característica hereditaria. Yo voto por la educación). Jacques se compadecía de Ricard, pero no se compadece de este otro niño, que se ha convertido a su vez en un monstruo.

Yo no me compadezco de Bonaventure.

Bonaventure es muy feo, muy bruto, muy malvado. Pega a los pequeños como su padre le pega, les hace llorar y ríe. Una vez le cortó la cola a un gato con una navaja de afeitar, y la veías gotear como la cera de una vela; hizo como si sellase las cartas con las gotas de sangre. Otra vez, desplumó a un pájaro vivo.

Su padre estaba muy contento.

—A Bonaventure le gusta ver cómo funcionan las cosas; a Bonaventure le gusta la ciencia...

Bonaventure tiene una hermanita, Louissette, que hasta ahora se ha salvado de la brutalidad porque la criaba una tía en el campo. Pero esa tía ha muerto, y la niña se ve de pronto en el infierno:

Pero la pequeña Louissette, que pedía perdón mientras le pegaban, juntando las manos, cayendo de rodillas, rodando aterrorizada ante su padre que le seguía pegando... ¡siempre!...

—¡Me duele, me duele! ¡Papá, papá!
¡Gritaba como yo había visto gritar a una loca de ochenta años que se arrancaba los cabellos, un día que creía ver a alguien en el cielo que la quería matar!
¡El grito de aquella loca se me había quedado en el oído; la voz de Louissette, loca también de miedo, se parecía a aquel!
—¡Perdón, perdón!
Yo oía otro golpe más; al final no oía ya nada más que un ruido ahogado, un estertor.
Una vez creí que su garganta se había roto, que su pobre pecho se había hundido, y entré en la casa.
Estaba en el suelo, la cara toda blanca, el sollozo no podía ya salir, en una convulsión de terror, delante de su padre frío, pálido, que solo se había detenido porque esta vez tenía miedo de rematarla. [...]
La mataron de todos modos.
Murió de dolor a los diez años.
¡De dolor!... como una persona a la que mata la pena.
¡Y también del daño que hacen los golpes!
¡Le hacían tanto daño!, y ella pedía clemencia en vano.
Desde que su padre se le acercaba, su brizna de razón temblaba en su cabeza de ángel...
¡Y no lo han guillotinado, a ese padre! ¡No le han aplicado la ley del talión a ese asesino de su hija, no han torturado a ese cobarde, no lo han enterrado vivo al lado de la muerta!

Un dato inquietante: según Stéphanie Michineau, antes citada, este señor Bergougnard es uno de los pocos personajes de la novela que no tiene equivalente en la vida real, y sería probablemente un *alter ego* de Vingtras padre. Me pregunto si es solo un recurso literario, una exageración inventada para dar más fuerza a la tesis del libro, o si por pudor o por clemencia Vallès quiso trasladar los peores rasgos de su padre a otro personaje. Recuérdese que varios hermanos y hermanas habían muerto en la primera infancia. Y que una hermana había sobrevivido en el manicomio: ¿se refiere a ella al hablar de «su brizna de razón»? Al decir que Louissette murió, ¿se refiere tal vez a la muerte del alma, a la locura?

Una reflexión inquietante: si el padre del escritor era el padre de Bonaventure, ¿quién era entonces ese brutal Bonaventure, que pegaba a los niños y torturaba a los gatos?

Unos años más tarde, cuando Jacques con dieciocho años se va de casa para acabar el bachillerato en París, tiene claro su futuro:

Defenderé el DERECHO DEL NIÑO, como otros los DERECHOS DEL HOMBRE.

Preguntaré si los padres tienen libertad de vida y muerte sobre el cuerpo y el alma de sus hijos; si el señor Vingtras tiene el derecho de martirizarme porque tengo miedo de un oficio de miseria, y si el señor Bergougnard puede volver a aplastar el pecho de una Louissette.

(El oficio de miseria es la enseñanza. El padre quiere que su hijo sea también maestro; el hijo, que ha visto la mísera vida de su padre, preferiría hacer otra cosa. Su negativa le cuesta tremendas palizas).

¿Qué efecto tuvieron sobre Jules Vallès las torturas sufridas en su infancia? ¿Quedó acaso traumatizado para toda la vida?

Francamente, estoy ya un poco harto de esa expresión. No es posible hablar de la crianza y educación de los niños sin que alguien salga con lo del dichoso trauma. Encuentras madres que creen que su hijo tiene *un trauma* porque nació por cesárea o porque un día (o varios) le dejaron llorar o le gritaron. Otros defienden la violencia física con argumentos como: «¿Qué pasa, acaso va a tener un trauma para toda la vida porque le dé una bofetada?», o «Pues mi madre nos daba con la zapatilla, y no por eso me he quedado traumatizado».

Esa idea del «trauma para toda la vida» no corresponde a ningún concepto psicológico serio. ¿Quiere decir que algo que sucede en la infancia va a tener una influencia a lo largo de la vida del individuo? Pues claro, todo lo que nos sucede, en la infancia o en otros momentos, tiene una influencia a lo largo de nuestra vida. Algunas cosas tienen una gran influencia, otras pequeña, todas se van sumando e interaccionando de forma imprevisible. En mi vida han influido cosas que me dijeron mis padres, hermanos, maestros o compañeros, cosas que leí o que vi en la vida o en la televisión. El trabajo de mi padre influyó muchísimo en mi vida... y eso que nunca he sabido exactamente qué es lo que hacía ocho horas al día. Pero si su empresa no le hubiera enviado a Las Palmas, no habría conocido a mi madre y yo no habría nacido. Y si luego su empresa no le hubiera trasladado a Barcelona, yo no habría conocido a mi esposa, y mis hijos no habrían nacido. ¡Pequeños detalles que cambian tu vida por completo!

¿O con eso del trauma se refiere a una consecuencia negativa? Bueno, si yo estuviera ahora en la cárcel o enganchado a la droga, también podría pensar que eso no habría ocurrido si mi familia no hubiera venido a Barcelona. Es muy difícil predecir si las consecuencias de un hecho van a ser positivas o negativas.

¿O eso del trauma es un recuerdo amargo que nos produce tristeza toda la vida? Todos tenemos recuerdos amargos, a todos se nos ha muerto un familiar, o un perro, o hemos suspendido un examen, o alguien nos ha rechazado. Sentirse triste toda la vida por la muerte de tu abuelo es completamente normal, eso no es *un trauma*.

Jules Vallès, como consecuencia de los malos tratos recibidos, decidió dedicarse a defender los derechos de los niños. Y lo hizo con un libro que han leído millones de personas y que sin duda ha contribuido, como los de Dickens, a mejorar la suerte de los niños en el último siglo y medio. Si no le hubieran maltratado, ¿habría escrito otras obras menos sombrías, tal vez más atractivas, habría sido un autor mucho más popular y prestigioso? ¿O, falto de inspiración, habría escrito novelillas insustanciales, y estaría hoy completamente olvidado? O tal vez solo su alma atormentada le llevó a escribir, y con una infancia feliz se habría convertido en un abogado de provincias o en un funcionario sin aspiraciones, y habría vivido tranquilo en una casita con jardín criando a media docena de niños felices. O tal vez, al no haber quedado horrorizado en su infancia por la violencia contra los niños, habría pegado algún que otro bofetón a sus propios hijos. Tal vez sin esas experiencias de la infancia habría sido un político de derechas en vez de un revolucionario, y tal vez entonces habría sido ministro o diputado en vez de vivir en el exilio.

En definitiva, no podemos saber cuáles fueron los efectos a largo plazo de esos malos tratos, y es tan fácil argumentar que a largo plazo le perjudicaron como que le beneficiaron. No sé cuáles son los efectos, ni me importan. Porque si en vez de hablar de niños hablamos de adultos, nadie se plantea siquiera cuáles son los posibles efectos a largo plazo. Hay criterios morales absolutos, que no dependen de los efectos de nuestras acciones. Si le pego un bofetón a un adulto, me denunciará y me pondrán una multa (y si le muelo a palos varias veces, provocándole hematomas y hemorragias y algún hueso roto, me meterán en la cárcel). Mi víctima no necesita demostrar que le he provocado un *trauma psicológico*. No puedo disculpar mi acción diciendo «no va a quedar traumatizado», y mucho menos «pues agradecido tendría que estar, que gracias a la paliza que le pegué ha escrito un libro de éxito». No puedo pegar, insultar, humillar, despreciar a un adulto, sencillamente, porque esas cosas no se hacen. Pues tampoco puedo hacérselas a un niño. Y mucho menos a mis hijos. Porque no sé cuáles son los efectos a largo plazo, pero sí que tengo claros los efectos inmediatos: a un niño le duele que le peguen, le insulten, le humillen o le desprecien; y le duele mucho más que eso lo hagan precisamente sus padres, las personas a las que más quiere y de las que espera afecto y protección.

LA MUERTE

Vivimos en una época que teme a la muerte, que la disimula, que la esconde como si fuera algo de mal gusto. Hemos sacado el lecho de muerte de nuestras casas para ponerlo en los hospitales. Intentamos apartar a los niños de la experiencia misma de la muerte, de los familiares moribundos, de los entierros. Hay incluso quien afirma que los niños quedan traumatizados por la muerte de la madre de Bambi, como si llorar por compasión (con-pasión, compartir el sufrimiento de otro) o recordar con tristeza el dolor ajeno fueran *traumas*. No lo son. Llorar ante el dolor ajeno, como hizo Dante al atravesar las puertas del Infierno, es lo normal. Y recordar largo tiempo una escena que nos ha impresionado es también normal. Cuando esa escena es de ficción, parte de un libro o de una película, eso demuestra, precisamente, que el libro o la película han logrado el objetivo de toda obra de arte: despertar una profunda emoción y un largo recuerdo. Lo único que deberíamos lamentar es que muchos niños guarden un mayor recuerdo de la muerte de la madre de Bambi que de la muerte de sus abuelos que les escamoteamos.

La muerte, para nuestros antepasados, era una constante presencia. Tal vez por eso no le tenían tanto miedo como nosotros. Ocultamos la muerte, la encerramos en hospitales, la rehuimos. La muerte era en otro tiempo algo familiar, doméstico. Así describe Jorge Manrique la muerte de su padre:

Así, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer,
y de sus hijos y hermanos
y criados,
dio el alma a quien se la dio,
el cual la ponga en el cielo,
y en su gloria,
y aunque la vida perdió
dejonos harto consuelo
su memoria.

Casi cuatro siglos más tarde, Dickens describe de forma muy similar la muerte de un niño, una de las escenas que los trasgos muestran mágicamente al sacristán que fue arrastrado al inframundo en los *Papeles del Club Pickwick*:

Pero la visión cambió de forma casi imperceptible. La escena se mudó a un pequeño dormitorio, donde el niño más rubio y más joven yacía moribundo; las rosas habían huido de sus mejillas y la luz, de sus ojos, y justo mientras el sacristán le miraba con un interés que nunca antes había sentido o conocido, murió. Sus hermanos y hermanas se agruparon alrededor de su cama y tomaban su manita, tan fría y pesada; pero retrocedían ante su tacto, y miraban su carita con reverencia; porque aunque el hermoso niño parecía estar calmado y tranquilo, durmiendo en paz y descansando, vieron que estaba muerto, y supieron que ahora era un ángel que les miraba y les bendecía desde un Cielo brillante y feliz.

La pequeña vendedora de fósforos

Por la misma época, el danés Hans Christian Andersen (1805-1875) escribía sus cuentos infantiles. En *La pequeña vendedora de fósforos* (1845) la protagonista está intentando vender fósforos por la calle en Nochevieja. No se atreve a volver a casa porque no ha vendido nada y su padre le pegaría. Escasamente vestida y descalza en la nieve, enciende algunos de sus fósforos, y a su luz ve extrañas visiones (probablemente alucinaciones debidas a la hipoglucemia y la hipotermia): ve una cálida estufa, un ganso asado, un alegre árbol de Navidad, y finalmente a su abuela, «que era la única que había sido buena con ella»:

Otra vez frotó un fósforo contra la pared, y se hizo un círculo de luz, y en medio estaba su anciana abuela, tan clara, tan brillante, tan apacible y bendita. «¡Abuela — exclamó la pequeña—, llévame contigo! ¡Ya sé que cuando el fósforo se acabe te irás, como la caliente estufa, el delicioso ganso asado y el gran árbol bendito de Navidad!». Y rápidamente encendió todos los fósforos que quedaban en el paquete, pues quería retener a su abuela, y los fósforos brillaron con una luz mayor que la del día. Nunca había sido su abuela tan hermosa, tan grande. Tomó a la niña en sus brazos y volaron en resplandor y alegría, tan alto, tan alto, y no había frío, ni hambre, ni miedo, ¡estaban con Dios!

Trabajo infantil, explotación, malos tratos, injusticias sociales, muerte... Hubo una época en que a los niños se les podían contar cuentos que trataban de todos esos temas. Y el final feliz no era el de «vivieron felices y comieron perdices», sino el de ver a Dios tras la muerte. Ese era el consuelo que quedaba a los pequeños lectores de Andersen, ese era el consuelo que

encontró Lucie Manette (*Historia de dos ciudades*) ante la muerte de su primer hijo:

Aunque hubo también sonidos de pena, no fueron chirriantes ni crueles. Incluso cuando una cabellera dorada, como la de ella misma, se extendía sobre la almohada como un halo alrededor del rostro demacrado de un niño pequeño, y él dijo, con una sonrisa radiante: «Queridos papá y mamá, siento mucho dejaros, y dejar a mi hermanita; ¡pero me han llamado, y debo ir!», no fueron lágrimas solo de agonía las que humedecieron las mejillas de la joven madre, mientras partía el espíritu que le había sido confiado. Dejad que los niños vengan a mí. Ellos ven el rostro de mi Padre. ¡Oh, Padre, benditas palabras!

La muerte de la madre

A los seis años de edad, Florence Dombey (la que no era lo bastante masculina para formar parte de Dombey e Hijo) vive así la muerte de su madre:

—¡Mamá! —dijo la niña.

La vocecita, tan familiar y tan amada, despertó alguna muestra de consciencia, incluso en aquella marea menguante. Por un momento, los párpados cerrados temblaron, y las aletas de la nariz se agitaron, y pudo verse la más tenue sombra de una sonrisa.

—¡Mamá! —gritó la niña entre fuertes sollozos—. ¡Oh, Mamá, querida Mamá!

El doctor apartó suavemente de la cara y la boca de la madre los sueltos rizos de la niña. ¡Ay, qué quietos estaban, qué poco aliento había para moverlos!

Y así, fuertemente asida a aquel delgado mástil entre sus brazos, la madre se dejó llevar hacia el mar oscuro y desconocido que rodea el mundo.

Y así es como unas semanas más tarde Polly (Richards), la nodriza de su hermano, sin ninguna formación psicológica, sin más guía que su instinto y su bondad, la ayuda a comprender y asimilar esa experiencia:

—Érase una vez —dijo Richards— una señora, una señora muy buena, y su hijita la quería mucho.

—Una señora muy buena, y su hijita la quería mucho —repitió la niña.

—Que, cuando Dios pensó que así debía ser, se puso enferma y murió.

La niña tembló.

—Murió, para no ser vista nunca más en esta tierra, y fue enterrada en el suelo donde crecen los árboles.

—¿En el frío suelo? —preguntó la niña, con otro escalofrío.

—¡No! El suelo caliente —contestó Polly, aprovechando su ventaja—, donde las feas semillitas se convierten en hermosas flores, y en hierba, y en grano, y en no sé cuántas cosas más. ¡Dónde las personas buenas se convierten en ángeles brillantes, y se van volando al cielo!

¿De verdad creen que hubiera sido mejor para Florence que alguien hubiera dicho «saca de aquí a la niña y distráela, su madre se está muriendo»?

Lamentos

«Lo natural es que los hijos entierren a los padres, y no al revés». Varias veces he oído esta frase, en noticiarios sobre guerras y catástrofes, a veces de los labios de un padre doliente. En realidad, esa frase solo ha sido más o menos cierta desde principios del siglo xx, y no en todo el planeta. Antes de eso, como hemos visto a lo largo del libro, lo normal era que los padres enterrasen a los hijos. A muchos hijos. Ricos y pobres por igual; ni el oro ni los cañones podían proteger a los hijos de los reyes.

¿Cómo lo soportaban? Nos gustaría pensar que estaban acostumbrados, que para ellos la muerte de un niño no era tan dolorosa. Pero me temo que no. Creo que sufrían como sufrimos nosotros, y que se veían obligados a seguir adelante, como siguen ahora los padres que pierden a un hijo. Tal vez por eso las ancianas de antes no iban de excursión ni hacían *aquagym*, sino que vestían de negro y rezaban el rosario. Todas habían enterrado a varios hijos.

El poeta Jan Kochanowski (1530-1584) viajó por Europa en una época en que todos los europeos cultos tenían una lengua común, y en esa lengua, el latín, escribió muchos de sus poemas. Pero fue también el primer poeta que escribió en lengua polaca, el que estableció sus normas de versificación y sus formas estróficas. El padre de la poesía polaca. Su obra cumbre, *Threny (Lamentos)*, es una colección de diecinueve poemas publicados en 1580, tras la muerte de su hija Urszula, a la edad de treinta meses:

LAMENTO VIII

La casa está vacía y desolada
desde que te has marchado, Urszula amada.
Aunque haya muchos, soledad se adueña,
¡tanto ocupaba un alma tan pequeña!
Pues llegaban tu voz y tus canciones,
de esta casa a todos los rincones.
A tu madre ningún disgusto diste
de tu padre la seriedad rompiste.
De alegría tu gracia nos llenaba,
tu buen humor a todos contagiaba.
Entró el vacío y nada quedó luego,
se terminó la risa, acabó el juego.
La negra pena acecha en el rincón
y no encuentra consuelo el corazón.

No, no cabe duda: no estaban acostumbrados. Cada muerte dolía tanto como duele ahora, solo que morían muchos muchos muchos hijos.

El libro comienza con la siguiente dedicatoria:

A Urszula Kochanowski

Una niña encantadora, alegre, lista, que tras mostrar gran promesa de todos los talentos y virtudes, en sus tiernos años nos dejó, de repente, antes de tiempo, causando a sus padres un dolor insoportable.

Escrito con lágrimas por su amada hija por Jan Kochanowski, su desventurado padre.

Ya no existes, Urszula mía.

En la segunda edición de estos poemas, publicada tres años más tarde, Kochanowski se vio en la necesidad de añadir un epitafio, pues había perdido a otra hija, Hánnie.

Casa desolada

En *Bleak House* conocemos a Jo, un huérfano que vive en las calles y sobrevive, como muchos niños de su época, con las propinas que consigue abriendo paso con su escoba a las damas y caballeros que intentan cruzar la calle. Bajar de la acera para cruzar las calles llenas de barro, caca de caballo y otras inmundicias era toda una aventura, sobre todo cuando las faldas de las señoras casi rozaban el suelo. La muerte de Jo, por una neumonía que ha surgido como complicación de la viruela, es uno de los pasajes más emotivos de toda la obra de Dickens. En su lecho de muerte (raro lujo; no dormía en una cama cuando estaba vivo) le acompaña el Dr. Woodcourt, un médico que atiende a los pobres (y que, por tanto, es él mismo bastante pobre). Hacia el final, Jo recuerda a una de las pocas personas que le han tratado bien, otro marginado de la sociedad, un individuo que se hacía llamar Nemo (en latín, «nadie»; y la elección de un alias latino sugiere que fue un hombre culto y respetable antes de caer en la miseria). Nemo malvivía copiando a mano documentos legales (¡cuántos escribientes hacían falta, en una época anterior a las máquinas de escribir, al papel carbón y a la fotocopidora!), y había muerto poco antes por una sobredosis de opio.

Tras una breve recaída en el sueño o en el estupor, de repente hace un gran esfuerzo para salir de la cama.

—¡Tranquilo, Jo! ¿Qué ocurre?

—Es hora de que vaya al cementerio ese, señor —contesta con salvaje expresión.

—Échate y cuéntamelo. ¿Qué cementerio, Jo?

—Donde metieron a aquel que fue muy bueno conmigo, ya lo creo que fue bueno. Es hora de que vaya al cementerio, señor, y pida que me pongan a su lado. Quiero ir allá y que me entierren. Él me decía: «Hoy soy tan pobre como tú, Jo», decía. Quiero decirle que ahora soy tan pobre como él y que he venido a que me pongan a su lado.

—Poco a poco, Jo. Poco a poco.

—Ay, a lo mejor no me dejan entrar si voy yo solo. ¿Pero me promete usted que hará que me lleven allí, señor, y que me pongan a su lado?

—Claro que sí.

—Gracias, señor. Gracias, señor. Tendrán que coger la llave de la puerta antes de meterme, porque siempre está cerrada. Y hay un escalón, yo lo limpiaba con mi escoba. Se ha puesto muy negro, señor. ¿Viene alguna luz?

—Enseguida viene, Jo.

Enseguida. La carreta está rota en pedazos, y la accidentada carretera llega a su fin.

—¡Jo, mi pobre muchacho!

—Le oigo, señor, en lo oscuro, pero voy a tientas, a tientas, deje que le coja la mano.

—Jo, ¿puedes decir lo que yo diga?

—Diré lo que usted diga, señor, porque seguro que será bueno.

—Padre nuestro.

—Padre nuestro. Sí, eso es muy bueno, señor.

—Que estás en los cielos.

—Estás en los cielos. ¿Viene la luz, señor?

—Está llegando. Santificado sea el tu nombre.

—Santificado sea... tu...

La luz ha llegado al oscuro camino sumido en la ignorancia. ¡Muerto!

Muerto, Su Majestad. Muerto, excelencias y caballeros. Muerto, muy reverendos y poco reverendos de todo tipo. Muerto, hombres y mujeres que nacisteis con la compasión de los cielos en vuestros corazones. Y muriendo así cada día a nuestro alrededor.

Niños cambiados

El poeta romántico norteamericano James Russell Lowell (1819-1891) fue otro padre abatido por la muerte de su hija. De sus hijos, pues solo la segunda, Mabel, sobrevivió a la infancia. La primera, Blanche, murió con catorce meses; Rose, con medio año; Walter, con dos, y al año siguiente, su esposa.

Como muchos padres, desde el nacimiento de su primera hija parece que ya no habla de otro tema. La biografía publicada en 1901 por Horace Elisha Scudder recoge una carta a un amigo que le había enviado recuerdos para el bebé:

Blanche estaba dormida cuando leí tus amables deseos para ella, y no me atreví a molestarla en una ocupación en la que se está perfeccionando diligentemente con la más asidua práctica. Todavía no ha aprendido nuestra forma de hablar, y yo para mi pena casi he olvidado la suya, así que no puedo honestamente transmitirte ningún

mensaje auténtico de ella. Si has tenido más suerte que yo en conservar el conocimiento del dialecto de tu infancia, tal vez seas capaz de interpretar sus observaciones al escuchar que tenía amigos tan lejos que la querían. «A guu (pianissimo) ah guu, errrrrr, ahg (cortado por una especie de melodioso jug-jug en su garganta, como si le gustase tanto la frase que quisiera tragársela) ¡ah! (fortissimo) a guu», seguido de una sonrisa que comenzó en el hoyuelo de su mentón y desde allí se extendió, como los círculos en torno a un guijarro lanzado al agua bajo el sol, con una onda dorada por todo su cuerpo, produciendo un más claro éxtasis en los deditos de sus manos y pies. El discurso fue seguido por una mirada en busca de su padre, en cuyos brazos tenía su trono, para asegurarse de su identidad y en consecuencia de su propia seguridad.

En otra carta bromea con sus proyectos para educarla:

Pienso criar a Blanche para que sea lo más independiente posible de todos los *hombres*. Le decía el otro día a su madre (que está más guapa que nunca) que espero que sea una mozueta grande, fuerte, vulgar, de las que hacen pasteles de barro y suben a los árboles.

Blanche murió en 1847 por «una enfermedad a consecuencia de la dentición demasiado rápida»^[62]. Sus zapatitos, los únicos que tuvo en su corta vida, estuvieron colgados en el estudio del poeta durante más de cuarenta años, hasta su muerte.

En el poema «La primera nevada» describe un melancólico paisaje invernal que le hace pensar en la tumba de Blanche, y entonces:

*Up spoke our own little Mabel,
Saying, "Father, who makes it snow?"
And I told of the good All-Father
Who cares for us here below.*

[...]

*And again to the child I whispered,
"The snow that husheth all,
Darling, the merciful Father
Alone can make it fall!"*

*Then, with eyes that saw not, I kissed her:
And she, kissing back, could not know
That my kiss was given to her sister,
Folded close under deepening snow.*

Habló nuestra pequeña Mabel,
diciendo: «Padre, ¿quién hace nevar?».
Y le hablé del buen Padre de todos
que nos cuida a los de aquí abajo.

[...]

Y de nuevo susurré a la niña,
«¡La nieve que todo lo silencia,
querida, solo el compasivo
padre puede hacerla caer!».

Entonces, con los ojos cerrados la besé:
y ella, devolviendo el beso, no sabía
que mi beso era dado a su hermana,
allí al lado encogida bajo la nieve.

Y no, no es casualidad: no dice «Dios» sino «Padre».

En el folklore noreuropeo, las hadas, gnomos, demonios o trolls pueden llevarse a un niño y dejar en su lugar a uno de los suyos, un «niño cambiado». En el poema del mismo título, Lowell juega con ese concepto. Su niña de carne y hueso le ha sido arrebatada por los ángeles, substituida por una niña imaginada, un fantasma que cree ver en la cuna vacía:

THE CHANGELING

*I had a little daughter,
And she was given to me
To lead me gently backward
To the Heavenly Father's knee,
That I, by the force of nature,
Might in some dim wise divine
The depth of his infinite patience
To this wayward soul of mine.
I know not how others saw her,
But to me she was wholly fair,
And the light of the heaven she came from
Still lingered and gleamed in her hair;
For it was as wavy and golden,
And as many changes took,
As the shadows of sun-gilt ripples
On the yellow bed of a brook.*

*To what can I liken her smiling
Upon me, her kneeling lover?
How it leaped from her lips to her eyelids,
And dimpled her wholly over,
Till her outstretched hands smiled also,
And I almost seemed to see
The very heart of her mother
Sending sun through her veins to me!*

*She had been with us scarce a twelve-month,
And it hardly seemed a day,
When a troop of wandering angels
Stole my little daughter away;
Or perhaps those heavenly Zingari
But loosed the hampering strings,
And when they had opened her cage-door,
My little bird used her wings.*

*But they left in her stead a changeling,
A little angel child,
That seems like her bud in full blossom,*

*And smiles as she never smiled:
When I wake in the morning, I see it
Where she always used to lie,
And I feel as weak as a violet
Alone 'neath the awful sky.*

*As weak, yet as trustful also;
For the whole year long I see
All the wonders of faithful Nature
Still worked for the love of me;
Winds wander, and dews drip earthward,
Rain falls, suns rise and set,
Earth whirls, and all but to prosper
A poor little violet.
This child is not mine as the first was,
I cannot sing it to rest,
I cannot lift it up fatherly
And bliss it upon my breast;
Yet it lies in my little one's cradle
And sits in my little one's chair,
And the light of the heaven she's gone to
Transfigures its golden hair.*

LA NIÑA CAMBIADA

Yo tenía una hijita
que me fue otorgada
para llevarme suavemente de vuelta
a las rodillas del Padre Celestial,
para que por la fuerza de la naturaleza,
pudiera yo vagamente adivinar
la profundidad de su infinita paciencia
hacia esta mi alma extraviada.

No sé cómo la veían los demás,
para mí era perfectamente hermosa,
y la luz del cielo del que venía
brillaba todavía en su cabello;
porque era tan undoso y dorado,
y de forma tan cambiante,
como las sombras de las ondas que el sol dora
sobre el lecho amarillo de un arroyo.

¿Con qué compararé su sonrisa
hacia mí, su amante arrodillado?
¡Cómo saltaba de sus labios a sus párpados,
toda ella convertida en un hoyuelo,
hasta que sus manitas tendidas también sonreían
y yo casi creía ver
el corazón mismo de su madre,
que por sus venas me hacía llegar el sol!

Apenas un año había estado con nosotros,
un año que parecía un solo día,

cuando una tropa de ángeles errantes
me robó a mi hijita;
o tal vez aquellos zíngaros del cielo
solo aflojaron las cintas que la ataban,
y al dejar la puerta de su jaula abierta,
mi pajarito usó sus propias alas.

Pero en su lugar dejaron a otra niña,
una niñita angélica,
que parece su capullo, florecido,
y sonrío como ella nunca sonrió:
al levantarme por la mañana, la veo
donde solía ella dormir,
y me siento tan débil como una violeta
solitaria bajo el horrible cielo.

Tan débil, pero también tan confiado;
pues a lo largo de todo el año veo
todas las maravillas de la fiel Natura
aún renovadas por amor a mí;
vagan los vientos, el rocío gotea hacia la tierra,
cae la lluvia, los soles salen y se ponen,
gira la tierra, y todo para que prospere
una pobre violeta.

Esta niña no es mía como fue la primera,
no puedo dormirla cantando,
no puedo alzarla paternal,
bendecirla sobre mi pecho;
pero duerme en la cuna de mi niña,
y se sienta en la silla de mi niña,
y la luz del cielo al que se ha ido
transfigura su dorado cabello.

La interpretación que hace Lowell es conmovedora, pero la leyenda original tiene un lado oscuro. El niño cambiado no era un espíritu, sino un niño de carne y hueso. Un niño que no era como los demás, como el niño sano que los padres esperaban. Un niño enfermo, malformado, con retraso mental, con autismo. En algunos casos, el mito permitía a los padres soportar mejor la pérdida: este niño enfermo o moribundo no es el nuestro; nuestro hijo sigue, sano y feliz, en el país de las hadas. En otros casos, el mito era la excusa ideal para poder deshacerse sin remordimientos del niño enfermo, para matarlo como las hadas han matado a nuestro verdadero hijo. En algunas versiones, golpear y torturar al niño cambiado podía obligar a las hadas a devolver al hijo robado. Y así llegamos a un triste capítulo: algunos padres mataban a sus hijos.

EL INFANTICIDIO

Hemos visto al señor Bergougnard, el filósofo, el experto latinista y helenista, matar a golpes a su hija. Tal vez su abogado intentaría decir que fue un accidente, que la estaba educando y se le fue la mano. Pero el infanticidio deliberado, mal que nos pese reconocerlo, ha sido una práctica habitual durante siglos. Se mataba a los niños enfermos o deformes, o simplemente a los sobrantes, a los que no eran más que otra boca que alimentar.

También se abandonaba a los niños no deseados. A veces se les abandonaba en la puerta de una iglesia o de una casa rica, con la esperanza de que fueran acogidos y cuidados. Pero otras veces se les abandonaba en el campo, para que murieran de hambre y frío; y así los padres que tenían ciertos escrúpulos, los que no tenían el valor de matar directamente a sus hijos, les condenaban a una agonía más larga y dolorosa.

En *Adam Bede* (1859), la primera novela de George Eliot, hay una chica campesina de extraordinaria belleza, Hetty, que entre vacas y quesos sueña con encontrar un rico pretendiente que la convierta en una señora. Y lo encuentra; pero, como muchas antes que ella no comprende que, lo que para ella es un sueño dorado, para el joven oficial y rico heredero no es más que una interesante diversión, una aventura juvenil antes de sentar cabeza y casarse con una mujer de su clase.

Embarazada y abandonada, demasiado avergonzada para contárselo a sus familiares y amigos, da a luz muy lejos de casa, y acaba abandonando al bebé. Detenida y condenada, confiesa los detalles a su prima Dinah, que es predicadora metodista:

Deseaba estar segura en casa. No sé lo que sentía por el niño. Me parecía que le odiaba; era como un gran peso colgado de mi cuello; y, sin embargo, su llanto se me metía dentro, y no me atrevía a mirar sus manitas y su cara. [...]

Y de repente vi un agujero bajo un nogal, como una pequeña tumba. Y me vino a la cabeza como un relámpago: pondría allí al bebé, y le cubriría con la hierba y las astillas. No podía matarlo de ninguna otra manera. Y lo hice en un minuto, y oh, Dinah, lloraba tanto... no pude taparlo del todo; pensé que tal vez alguien vendría y lo cuidaría, y entonces no moriría. Y salí rápido del bosque, pero podía oír su llanto

todo el rato, y cuando llegué a los campos era como si me agarrasen, no podía irme, por mucho que quisiera.

Finalmente, hambrienta y agotada, pensando (o queriendo pensar) que un hombre que hay allí cerca oír al niño y lo recogerá, camina hasta el pueblo más cercano, traza incluso un plan de huida..., pero sigue oyendo el llanto del niño, sigue viendo el lugar donde lo dejó:

No veía más que el lugar en el bosque donde había enterrado al bebé... Lo veo ahora. ¡Dinah! ¿Voy a verlo siempre?

El llanto la obliga a regresar, pero el niño ya no está (sí, alguien lo encontró y se lo llevó, pero ya era demasiado tarde).

Solo sé que yo estaba en el bosque, y oía el llanto. No sé qué sentí hasta que vi que el bebé ya no estaba. Y cuando lo había puesto allí, pensé que me gustaría que alguien lo encontrase, y lo salvase de la muerte; pero cuando vi que ya no estaba, me quedé de piedra, muerta de miedo. Ni pensé en irme. Me sentía tan débil. Sabía que no podía huir, y que todos los que me vieran sabrían lo del bebé.

Y allí se queda, paralizada por los remordimientos, en el lugar donde abandonó a su hijo, hasta que vienen y la detienen.

—Dinah, ¿crees que Dios se llevará ese llanto y el sitio en el bosque, ahora que lo he contado todo?

—Recemos, pobre pecadora; arrodillémonos otra vez, y recemos al Dios de toda misericordia.

Eliot escribió su novela con una profunda intención moralizante. Es de temer que no todas las madres sufrían tantos remordimientos.

La causa principal del infanticidio de Hetty es sin duda la estricta condena de su sociedad hacia las madres solteras, el miedo a la vergüenza y al rechazo que la ha llevado a la desesperación. Pero hay otro factor contribuyente que la autora ha establecido desde los primeros capítulos, lo que al principio parece un comentario gracioso y al final resulta una siniestra premonición. A Hetty no le gustan los niños:

Y en cuanto a esos niños cargantes, Marty y Tommy y Totty, habían sido la gran molestia de su vida, tan malos como esos insectos zumbantes que vienen a darte la lata, cuando quieres estar tranquila en un día caluroso. Marty, el mayor, era un bebé cuando ella había llegado a la granja, porque los niños nacidos antes que él habían muerto, así que Hetty los había tenido a los tres, uno detrás de otro, dando sus primeros pasos junto a ella en el prado, o jugando a su alrededor, los días de lluvia, en las habitaciones medio vacías de la vieja casona. Los chicos ya estaban fuera de su vista, pero Totty seguía siendo una plaga todo el día, peor que habían sido sus hermanos, porque todos estaban más pendientes de ella. Y era un no parar de hacer y remendar ropa. Hetty hubiera sido feliz si le hubieran dicho que nunca más vería a un niño; eran peores que las asquerosas ovejitas que el pastor siempre traía en la época

de los partos para darles un cuidado especial; porque de la ovejas te LIBRABAS tarde o temprano.

Hansel y Gretel, en el cuento tradicional recogido por los hermanos Grimm en 1812, son abandonados en el bosque por su padre, a instancias de su madrastra, porque la familia es muy pobre y no tienen para comer. No abandonados en una iglesia, o en la plaza del mercado, o vendidos como sirvientes, aprendices o esclavos (algo que también ocurría en el pasado), sino abandonados en el bosque, para que mueran. Solo se salvan por la mayor de las casualidades (pero vuelven, ricos, con su padre, y son todos felices, menos la madrastra, que entre tanto ha muerto, y la bruja, a la que los niños han asesinado). Se cree que el cuento tiene su origen en la gran hambruna que asoló el centro y norte de Europa^[63] entre 1315 y 1317, en la que murió alrededor de la quinta parte de la población. El abandono de niños y ancianos, el canibalismo y el crimen fueron frecuentes.

Y un cuento así se consideraba adecuado para los niños. Los cuentos no eran pura fantasía; intentaban explicar la realidad, preparar al niño para la vida. De hecho, creo que el mito de que los niños crecen debajo de los repollos (equivalente a nuestra historia de que los trae la cigüeña) se contaba a los niños para prepararlos psicológicamente por si en algún momento encontraban un bebé abandonado, debajo de un repollo o en cualquier otro sitio. Una posibilidad muy real.

El francés Octave Mirbeau (1848-1917) fue periodista, escritor y dramaturgo. Conoció un éxito notable; fue anarquista, pacifista, ateo y anticlerical. En 1885 publicó *Cartas desde mi choza*, una colección de cuentos cortos. Una de esas historias se titula también *El niño*. Es la declaración ante el juez de un tal Motteau. Explica que las tierras de su aldea son baldías, que nada crece en ellas, que viven de robar y asesinar. Que cuando su esposa se quedó embarazada intentaron veinte veces abortar con las pócimas de una vieja bruja, sin éxito. La vieja asegura que el niño nacerá muerto, algo es algo. Pero cuando su mujer da a luz, el niño se mueve. Tras asegurarse de que nadie ha visto ni oído nada, procede a arreglar el problema:

—Entonces agarré al niño por los pies, y rápidamente, como se hace con los conejos, le di fuerte en la cabeza con la mano...

Pero aún no ha acabado su relato:

—Ahora, señor juez, escúcheme bien... Hay, en el pueblo de Boulaie-Blanche, treinta fuegos; es decir, treinta mujeres y treinta hombres... ¿Ha contado cuántos niños vivos hay en esos treinta fuegos?... Hay tres... ¿Y los otros, y los sofocados, y los estrangulados, y los enterrados, todos los muertos?... ¿Los ha contado usted?...

Vaya y remueva la tierra, allá abajo, a la tenue sombra de los abedules, al pie frágil de los pinos; sondee los pozos, remueva los guijarros, avente la arena de las canteras; y en la tierra, bajo los abedules y los pinos, en el fondo de los pozos, entre los guijarros y la arena, verá más osamentas de recién nacidos que osamentas de hombres y mujeres hay en los cementerios de las grandes ciudades... Vaya a todas las casas, y pregunte a los hombres, los jóvenes y los viejos, ¡pregúnteles qué han hecho con los niños que parieron sus mujeres!...

En el siglo XIX, por supuesto, matar a los niños ya no estaba socialmente aceptado. Motteau está detenido y declarando ante el juez; sin duda va a ser condenado. Pero pertenece a un pequeño grupo aislado que todavía tiene unas normas distintas; un grupo en que el infanticidio se considera normal y aceptable. Mirbeau, el intelectual de izquierdas, pretende enfrentar a la sociedad biempensante con una realidad que muchos preferirían no ver; la degradación moral que causan la pobreza y la incultura. Ya el mismo título es una declaración de intenciones, una respuesta a las *Cartas desde mi molino* que había publicado Alphonse Daudet en 1869, presentando una vida rural simpática y agradable, en una tierra más rica, desde un retiro más noble (el molino frente a la choza).

¿Qué cosas que hoy nos parecen normales y aceptables producirán asombro y rechazo a nuestros descendientes? Otra de las cartas que Mirbeau escribió desde su choza se titula *La criada*, y nos presenta a una chica de pueblo, la Renaude, que intentó trabajar en París, fue violada y quedó embarazada. Llama a su hijo *le Parisien*. Tras muchas penalidades ha vuelto a su aldea natal, y allí sufre todavía el rechazo, el desprecio, el vacío.

—Allí es donde traje al mundo al Parisino, señor, a este pobre niño... Yo lo quiero de todos modos... ¡qué quiere que haga!... no tiene ninguna culpa, este niño... ¿verdad, mi niño?

La Renaude miró dolorosamente a su hijo, y le cubrió el rostro de besos.

¿Le hubiera parecido normal y aceptable a la Renaude abortar después de una violación? ¿Cómo condenar a Motteau sin que la Renaude nos condene a nosotros? ¿Qué horrorizará más a los lectores dentro de un siglo o de un milenio? El mismo Mirbeau, en la introducción a su libro, plantea la necesidad de perdonar las faltas ajenas. No es relativismo moral, no está diciendo que el bien y el mal no existen y que cualquiera puede hacer lo que le dé la gana. Lo que dice es que no debemos odiar a quienes se comportan mal, porque no conocemos las causas que les han llevado a ser como son, a pensar como piensan. Esa es la canción que, en el retiro de su choza, le canta el viento en los árboles:

—¿Por qué odiar? —dice la canción—. ¡No sabes lo que son los hombres, qué dolores les devoran y les hacen sangrar, a los ricos y a los pobres, al vagabundo que,

con la barriga hambrienta, se ha dormido a la orilla del camino, o al voluptuoso que se revuelca, saciado, tras las cortinas perfumadas! No odies a nadie, ni siquiera al malvado. Compadécele, porque jamás conocerá el único gozo que consuela de vivir: hacer el bien.

LA RELIGIÓN

El psicólogo sueco Pehr Granqvist ha estudiado la relación entre la religiosidad y la teoría del apego^[64]. La divinidad sería la respuesta a la profunda necesidad humana de tener una figura de apego en la que confiar, y todos los panteones tienen diosa madre o dios padre (o incluso una madre de dios). Una madre o un padre perfectos, que siempre nos escuchen, que siempre sepan qué hacer, que puedan solucionarlo todo milagrosamente, que nunca nos dejen. Omnisciente, Omnipotente, Padre Eterno.

A menudo se presenta a Dios como infinitamente bondadoso, compasivo, providente..., pero también hay otra versión, un Dios vengativo, iracundo, el Dios del trueno, del diluvio, de los ejércitos. Tal vez elegir uno u otro modelo dependa de nuestra experiencia con nuestros propios padres. Y así explica George Eliot las ideas religiosas de los campesinos de Raveloe, el pueblo en que se refugió Silas Marner; un pueblo, recordemos, donde los padres brutales como el señor Cass parecían la norma, y Dolly Winthrop, la madre que no pegaba nunca, era más bien la excepción:

[...] la mente tosca asocia con dificultad las ideas de poder y benignidad. La sombría concepción de un poder que con mucha persuasión puede ser inducido a abstenerse de hacer daño es la forma que más fácilmente adopta el sentido de lo Invisible en las mentes de los hombres que siempre han sentido la presión de necesidades primitivas, y cuya vida de arduo trabajo nunca ha recibido la luz de una ardiente fe religiosa. Para ellos, el dolor y la desgracia presentan un abanico más amplio de posibilidades que la alegría y el placer; su imaginación está casi desierta de imágenes que puedan alimentar el deseo y la esperanza, pero en ella una tupida maleza de recuerdos es pasto perpetuo para el temor.

¿Qué aprenderán nuestros hijos, en sus primeros y tiernos años? ¿Que si piden atención y cariño, sus padres se lo darán, o que si se portan muy muy bien, sus padres no les castigarán?

Si quienes han tenido padres violentos acaban imaginando un dios de fulminante rayo y un infierno de eterno fuego, tal vez sea posible el proceso

inverso. En su *Arte de ser abuelo*, Victor Hugo, que se había rendido por completo a sus nietos, se imagina ahora un dios sin infierno:

*Tout pardonner, c'est trop; tout donner, c'est beaucoup!
Eh bien, je donne tout et je pardonne tout
Aux petits; et votre œil sévère me contemple.
Toute cette clémence est de mauvais exemple.
Faire de l'amnistie en chambre est périlleux.
Absoudre des forfaits commis par des yeux bleus
Et par des doigts vermeils et purs, c'est effroyable.
Si cela devenait contagieux, que diable!
Il faut un peu songer à la société.
La férocité sied à la paternité;
Le sceptre doit avoir la trique pour compagne;
L'idéal, c'est un Louvre appuyé sur un baigne;
Le bien doit être fait par une main de fer.
Quoi! si vous étiez Dieu, vous n'auriez pas d'enfer?
Presque pas. Vous croyez que je serais bien aise
De voir mes enfants cuire au fond d'une fournaise?*

¡Perdonar todo, es demasiado; darlo todo, es mucho!
Pues bien, yo todo lo doy y todo lo perdono
a los niños; y vuestro ojo severo me contempla.
Toda esta clemencia es un mal ejemplo.
Conceder amnistía en casa es peligroso.
Absolver crímenes cometidos por ojos azules
y por dedos rojos y puros, es espantoso.
Si la cosa se contagia, ¡qué demonios!
Hay que pensar un poco en la sociedad.
La ferocidad sienta bien a la paternidad;
el cetro debe ir al lado de la porra;
y el palacio edificarse sobre la mazmorra:
hacer el bien precisa una mano de hierro.
¡Cómo! ¿Si usted fuera Dios, no tendría infierno?
Casi nada. ¿Cree acaso que me gustaría
ver a mis hijos asados en un horno?

Pessoa

El 8 de marzo de 1914 fue el día triunfal de las letras portuguesas. Tres poetas, Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Álvaro de Campos, visitaron a Fernando Pessoa (1888-1935), y allí mismo, de pie, uno tras otro, escribieron poemas, libros enteros. Y lo más sorprendente es que todos ellos eran la misma persona:

Y escribí treinta y tantos poemas de un tirón, en una especie de éxtasis cuya naturaleza no conseguiré definir. [...] Y lo que pasó después fue la aparición de alguien en mí, a quien di desde ese momento el nombre de Alberto Caeiro.

No son seudónimos, sino heterónimos, poetas distintos, con distinto estilo, distintos intereses, cada uno con su biografía, su personalidad, sus creencias, que luego, durante años, siguieron escribiendo otros poemas, junto al mismo Pessoa y a otros heterónimos menores que fueron surgiendo (más de cien, según algunos).

En uno de los poemas que Caeiro escribió en aquella noche frenética, el Niño Jesús, escapado del cielo, se va a vivir con el poeta. Y finalmente el poeta le dice a Jesús que quiere volver a ser niño después de la muerte:

*Quando eu morrer, filhinho,
Seja eu a criança, o mais pequeno.
Pega-me tu ao colo
E leva-me para dentro da tua casa.
Despe o meu ser cansado e humano
E deita-me na tua cama.
E conta-me histórias, caso eu acorde,
Para eu tornar a adormecer.
E dá-me sonhos teus para eu brincar
Até que nasça qualquer dia
Que tu sabes qual é.*

Cuando yo muera, mi niño.
sea yo la criatura, el más pequeño.
Tómame tú en brazos
y llévame para dentro de tu casa.
Desnuda mi ser cansado y humano
y méteme en tu cama.
Y cuéntame historias, si despierto,
para que me vuelva a dormir.
Y déjame que juegue con tus sueños
hasta que nazca cualquier día
que tú sabes cuál es.

Y a usted, ¿cómo le gustaría que le trataran, si volviera a ser niño? ¿Querría, como Caeiro/Pessoa, que le tomaran en brazos y le metieran en la cama de sus padres y le contaran cuentos, o preferiría límites, disciplina y la silla de pensar?

Para qué sirve la Iglesia

Conocí a Jules Barbey d'Aureville (1808-1889), el condestable de las letras francesas, por recomendación de Rubén Darío, que se inspiró en uno de sus poemas:

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa

una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
pura como una perla. [...]

La más brillante muestra de esa prosa es *Las diabólicas* (1874), una colección de seis novelas cortas tan escandalosas en su tiempo (y ahora también) que su autor fue perseguido por atentado contra la moral y las buenas costumbres, y tuvo que retirar el libro durante casi una década. En una de las novelas, *Una cena de ateos*, Barbey nos presenta a Mesnilgrand, un antiguo oficial de caballería del ejército de Napoleón, que años después invita a cenar a dos docenas de ateos, la mayoría antiguos oficiales como él:

[...] eran impíos, impíos redomados y truculentos, enemigos mortales del cura, en el cual veían a toda la Iglesia; ateos absolutos y furiosos, como se era en aquella época [...]

Mientras rememoran, jactanciosos, las iglesias profanadas, las monjas violadas y las hostias arrojadas a los cerdos, uno de ellos afirma haber visto al anfitrión entrar en la iglesia, dirigirse al confesionario, entregarle algo al cura... ¿se está volviendo blando? Mesnilgrand se ve obligado a justificarse con una larga historia.

Su regimiento estaba en España, hostigado por los guerrilleros. El comandante Idow, hermoso como un dios griego, iba acompañado por su amante la Rosalba, una mujer que conseguía parecer casta (hasta el punto de ser apodada «la Púdica») aunque se acostaba con todo el regimiento. Finalmente queda embarazada; Mesnilgrand podría (o no) ser el padre, hay otros candidatos, y en todo caso Idow cree o decide creer ser el único padre, y quiere al niño con locura. Pero el niño muere con pocos meses, y el padre no se resigna a enterrarlo en tierra extranjera, donde nunca más podrá visitar la tumba, así que opta por hacer embalsamar el corazón para llevarlo siempre consigo.

Pasa el tiempo, los amantes se suceden, y un día Mesnilgrand asiste, encerrado en un armario, a una terrible escena de celos. Se intercambian acusaciones e insultos cada vez más graves, Rosalba finalmente le dice a Idow que no le quiere, que jamás le ha querido, y que el niño no era suyo, sino de Mesnilgrand (pero nadie sabe si eso es cierto o lo dice solo para hacerle rabiar). Finalmente, ciego de ira, Idow rompe la urna donde guardaba el corazón de su hijo:

—¡Muy bien! ¡Si es eso lo que quieres, aquí está, el corazón de tu mocoso, puta desvergonzada! —dijo el comandante. Y le golpeó el rostro con ese corazón que había adorado, y se lo lanzó a la cabeza como un proyectil. Dicen que el abismo llama al abismo. El sacrilegio creó el sacrilegio. La Púdica, fuera de sí, hizo lo que había hecho el comandante. ¡Le lanzó a la cabeza el corazón de aquel niño, que tal

vez habría guardado si no hubiera sido de él, el hombre odiado, a quien quería devolver tortura por tortura, ignominia por ignominia! ¡Es la primera vez, sin duda, que se ve una cosa tan horrorosa! ¡Un padre y una madre turnándose para abofetearse el rostro con el corazón muerto de su hijo!

Mesnilgrand sale de su escondite y atraviesa con su sable a Idow, que está a punto de matar a su amante. Justo entonces atacan los españoles, y cuando el oficial vuelve al lugar de los hechos, Rosalba ha desaparecido. Han pasado muchos años, Mesnilgrand ignora qué fue de la madre, si vive todavía; pero conserva el corazón de ese niño que no sabe si fue suyo. Y es a eso a lo que ha ido a la iglesia: a entregar el corazón para que sea enterrado en sagrado.

¿Comprendían por fin, aquellos ateos, que con solo que la Iglesia hubiera sido instituida para recoger los corazones, muertos o vivos, con los que ya no se sabe qué hacer, ya habría sido bastante?

Barbey parece haber previsto..., pero no, es imposible; en su época era poco frecuente, no es posible que haya querido emplear una sutil metáfora. Es pura coincidencia, seguro que solo buscaba el efecto dramático, que no estaba pensando en ningún paralelismo. Pero, de todos modos... padres y madres que os divorciáis, por favor, ¡dejad de abofetearos con el corazón de vuestros hijos!

LO QUE LEÍAN

Cuando David Copperfield sufría bajo la vara de su padrastro, su mayor consuelo eran los libros:

De aquel bendito cuartucho salieron Roderick Random, Peregrine Pickle, Humphrey Clinker, Tom Jones, el Vicario de Wakefield, Don Quijote, Gil Blas y Robinson Crusoe, un glorioso ejército, para hacerme compañía. Mantuvieron viva mi fantasía, y mi esperanza en algo más allá de aquel momento y lugar —ellos, y las Mil y una noches, y los Cuentos de los Genios—, y no me hicieron ningún daño, porque cualquier daño que hubiera en alguno de ellos no estaba allí para mí, y yo no supe nada de ello.

Las tres primeras son novelas picarescas escritas por Tobias Smollett. Les siguen obras de Henry Fielding y Oliver Goldsmith. Es probable que la traducción del *Quijote* que David leía fuera también la que publicó Tobias Smollett. Gil Blas de Santillana es el protagonista español de una novela francesa. A Robinson Crusoe creo que lo conocemos todos. *Los Cuentos de los Genios*, imitando las *Mil y una noches*, fueron escritos por James Ridley. Todas ellas son obras del siglo XVIII, salvo el *Quijote*, que es del XVII. Son precisamente las obras que, según su biógrafo Angus Wilson, leía Dickens de niño. Sigue Copperfield explicando que había leído «algunos volúmenes de Viajes y Travesías», un tipo de libro que estuvo muy de moda en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, recopilaciones de historias de marinos y exploradores, incluyendo algunas traducidas de otros idiomas. El lector curioso puede encontrar muchos de ellos digitalizados en internet: *A Collection of Voyages and Travels* —cuatro volúmenes—, 1704; *Voyages and Travels in the Levant*, 1766; *Voyages and Travels through the Russian Empire, Tartary and part of the Kingdom of Persia* —dos volúmenes—, 1770; *A Collection of Late Voyages and Travels*, 1797; *A Journal of Voyages and Travels*, 1822; *New Voyages and Travels* —ocho volúmenes—, hacia 1825, y un largo etcétera.

Y esto lo había leído antes de empezar la escuela. Meses después, cuando va por primera vez a la escuela (a un internado en el que su padrastro le mete

para quitárselo de encima), tiene ocho años. Suponemos que es su madre quien le ha enseñado a leer, puesto que con siete años ha estado leyendo en voz alta a Peggotty un interesante libro sobre cocodrilos.

Me dieron ganas de llorar (de envidia) al ver todo lo que Copperfield había leído a los ocho años. Probablemente lo que el mismo Dickens había leído a esa edad. George Orwell, en su ensayo sobre Dickens, dice «debía yo de tener unos nueve años cuando leí por primera vez *David Copperfield*». Los niños de antes tenían mucho más tiempo para leer, puesto que empezaban la escuela más tarde, y no tenían que perder horas pegando pegatinas y pintando con los dedos.

Antes de los diez años, Jane Eyre había leído al menos tres libros: *Bewick's History of British Birds*, la *Historia de Roma* de Goldsmith y *Los viajes de Gulliver*.

En *Mujercitas*, de Louisa May Alcott (una novela profundamente autobiográfica publicada en 1880, ambientada durante la guerra civil norteamericana), las cuatro hermanas, que al comienzo del libro tienen entre doce y dieciséis años, discuten qué obra de teatro van a representar para Navidad; ellas solas, en su casa, por propia iniciativa, para divertirse. Entre las posibilidades destacan *Macbeth* y *El progreso del peregrino* (Bunyan, 1678; una alegoría religiosa que fue enormemente popular durante más de dos siglos); de su conversación se deduce que ya tienen experiencia representando obras de Shakespeare. Más adelante escriben entre todas su propio periódico, con artículos y poemas firmados con los nombres de los personajes de *Pickwick*.

La pequeña Nell, de *La tienda de antigüedades*, que aún no ha cumplido los catorce, también ha leído repetidamente en su infancia *El progreso del peregrino*.

Jacques Vingtras, castigado en la escuela con doce años, encuentra un ejemplar de *Robinson Crusoe*. Se olvida del mundo, el mundo se olvida de él, cae la noche, no puede dejar de leer... Comienza una vida de lector ávido y clandestino, durante dos años falsifica permisos con la firma de su padre, profesor, y con ellos compra libros a sus compañeros. Libros de aventuras en los que adquiere útiles nociones de antropología:

¡Oh, qué ganas he tenido durante mucho tiempo de ser negro!

Para empezar, las negras aman a sus hijos. Habría tenido una madre amorosa.

En la vida real, las hermanas Brontë eran ávidas lectoras de libros y revistas literarias. En 1827 (cuando tenían once, nueve y siete años) empezaron a

escribir detalladas aventuras y geografías imaginarias para los soldaditos de su hermano.

A los ocho o nueve años no había leído yo gran cosa. Algunos libros juveniles, como *Kurna, ciudad sellada*, del que solo recuerdo que los meharis eran los camellos más rápidos y que había un pozo de natrón^[65]. Creo que mi primer libro serio fue *Tarzán de los monos* (1912), de Edgar Rice Burroughs (1875-1950), que mi hermana me regaló para mi décimo cumpleaños:

—Pero, mi querido profesor —estaba diciendo—, sigo manteniendo que, de no ser por las victorias de Fernando e Isabel sobre los moros del siglo XV en España, el mundo estaría ahora mil años más adelantado de lo que está. Los moros eran esencialmente una raza tolerante, abierta de mente y liberal de agricultores, artesanos y comerciantes, precisamente el tipo de gente que ha hecho posible la civilización que hoy encontramos en América y Europa, mientras que los españoles...

—Tate, tate, querido señor Philander —interrumpió el Profesor Porter—; su religión impedía sin duda las posibilidades que usted sugiere. El islamismo era, es y siempre será la ruina de ese progreso científico que ha marcado...

Este breve pasaje, en una de las primeras páginas del libro, me impresionó. Más que los elefantes y las fieras y las batallas, me impresionó una breve conversación entre dos eruditos que se habían subido a un árbol para escapar de un león. Es casi lo único que recuerdo de aquel libro. Aún niño, y en pleno franquismo, vi por vez primera una grieta en el pétreo bloque de la historiografía oficial. Descubrí que los buenos tal vez no son tan buenos, y los malos tal vez no son tan malos, y que la gente civilizada puede discutir sobre ello, escuchar los argumentos del otro, aceptarlos o rebatirlos...

Los libros son puertas que se abren ante la mente.

Otro de los libros que intenté leer antes de los diez años fue el *Quijote*, en una edición ilustrada que me compraron. No me gustó nada, no pasé de las primeras páginas. Me pasé unos ocho años de mi vida diciendo que el *Quijote* era un libro malísimo, que no sabía a qué venía tanta propaganda, hasta que, picada mi curiosidad por el prólogo de *Pickwick*, comprobé que el *Quijote* que tenía mi padre era mucho, muchísimo más grueso que el que me habían comprado de niño. Leí el libro auténtico a los dieciséis años, me pareció interesante y divertido. Examiné detalladamente la versión ilustrada que me habían comprado ocho años antes, no decía en ninguna parte «versión abreviada», «resumida», «adaptada» ni nada por el estilo. ¿Cómo va a saber un niño que le están estafando, que aquello que lee no es la obra inmortal de un genio de la literatura, sino un mal resumen a cargo de un escritor anónimo de segunda fila? Un libro no es bueno por la historia que cuenta, sino por la forma en que está escrito.

Durante siglos, los niños han leído en cada generación las novelas que sus padres o abuelos leían de adultos. El *Quijote*, *Ivanhoe*, *La isla del tesoro*, *La cabaña del Tío Tom*, las obras de Julio Verne, de Emilio Salgari y de Dickens se convertían en lectura favorita de niños y adolescentes. A partir del siglo XIX, se les añadieron algunas obras especialmente escritas para niños, obras a menudo complejas, con valor literario, que también los adultos podían disfrutar: *Alicia en el País de las Maravillas*, *El viento en los sauces*, *Peter Pan*, *El hobbit*... Hacia finales del siglo XX, la calidad de la literatura escrita para niños disminuyó de forma espectacular: libros cada vez más cortos, con letra grande y muchos dibujos, con vocabulario restringido, sintaxis simplificada y una moralidad que a menudo cae en la cursilería (una moralidad que no se basa en la comprensión y el análisis de la conducta humana, en la reflexión o el conflicto interior, en el crecimiento y maduración de los personajes, sino en la mera presencia de un niño o animalito que es bueno *porque sí* y al que hay que imitar, donde «bueno» significa que se lo come todo, obedece a sus papás y recoge los juguetes).

Hasta los cuentos clásicos se censuraron para que los niños no quedasen *traumatizados* (no por la violencia, que ven sobradamente en los dibujos animados, sino por el aparente sobreesfuerzo de leer frases largas con palabras difíciles); casi ningún joven actual ha leído *Pinocho* o *La sirenita*, sino solo versiones ilustradas, edulcoradas y muy resumidas. Mis hijos tenían docenas de esos libros para niños, regalos de distintos parientes, que por supuesto no leyeron jamás porque eran «un rollo». Y, sin embargo, miles de niños de todo el mundo hacían cola para esperar cada nueva entrega de Harry Potter, libros largos, complejos, de cientos de páginas sin dibujos, con variadas referencias históricas y culturales, en las que había violencia y muerte y *buenos* que parecían malos y *malos* que parecían buenos, y personajes que no eran necesariamente ni buenos ni malos. Los niños estaban hartos de que les tomasen por tontos.

Pero *El molino en el Floss* no es una novela fácil ni alegre. Es una tragedia con profundas disquisiciones filosóficas, éticas y religiosas. No creo que se convierta jamás en un favorito de los niños. Y, sin embargo, es fácil encontrar en internet dibujos de aspecto infantil^[66] que representan a Tom y Maggie. Proviene de un libro para niños.

En 1920, Olive Beaupré Miller, maestra, escritora y madre, creó su propia editorial y publicó una colección de libros para niños, *My Book House*, originalmente en seis volúmenes de más de cuatrocientas páginas. Contienen poemas, relatos cortos y fragmentos de obras más largas. En el sexto

volumen, *La llave del cerrojo*, Miller explica los tres criterios que le han llevado a elegir cada texto:

«¿Tiene esta historia mérito literario?» [...] «¿Interesará al niño?» [...] «Lo que añadirá a su vida, ¿será para su bien?». «¿Es cierta su idea subyacente, presenta buenos modelos, es su espíritu refinado, su atmósfera saludable?».

En el cuarto volumen de la serie, *El cofre del tesoro*, casi cuarenta páginas están ocupadas por el relato *Maggie Tulliver se va a vivir con los gitanos*. Se han suprimido varios párrafos para hacer la historia un poco más corta, y se han modificado algunos otros para dar unidad y coherencia a lo que queda, pero en general el texto de George Eliot se ha transcrito íntegro: con sus frases complicadas y sus palabras difíciles, con su incorrección política (¡su propia madre dice que Maggie es *half an idiot!*), sus expresiones dialectales y sus faltas ortográficas para indicar la poca cultura de los que hablan. Sobre todo, sale el padre que defiende, sin ningún reproche, a la niña que se corta el pelo en un ataque de rabia o que se fuga de casa para ir a vivir con los gitanos.

Miller es muy estricta al seleccionar lecturas para niños. No ha incluido muchos cuentos tradicionales en su recopilación porque los considera inmorales. *El Gato con Botas*, dice, triunfa mediante engaños y estafas, ¡un pésimo ejemplo!:

[...] el niño queda con la impresión inconsciente de que el gran objetivo de la vida es hacerse rico, y que no importa nada cómo consigues ese propósito, lo listo, artero y taimado que hayas sido, con tal de que te salgas con la tuya y consigas lo que quieres.

Pero Maggie cortándose el pelo o escapándose de casa, y su padre poniéndose de su parte, sin reñirla ni castigarla, le parecen perfectamente adecuados. No son llamamientos al gamberrismo y la insumisión, sino buenos modelos y una sana atmósfera. Yo también creo que es bueno que los niños crezcan sabiendo que tus padres siempre están de tu parte.

«Pero, y si el niño comete un crimen, ¿cómo voy a ponerme de su parte?». ¿Y qué le hace suponer que su hijo va a cometer un crimen? Cuando mi esposa y yo prometimos «amarte y respetarte, en la salud y en la enfermedad»^[67], ninguno de los dos creyó necesario añadir «a no ser que cometas un crimen». No es tan difícil confiar un poco en nuestros hijos. De momento, y durante muchos años, no van a cometer ningún crimen. Y si algún día lo hacen, ¿verdad que le pagará el abogado, verdad que le visitará en la cárcel? Ponerse de su parte no implica convertirse en cómplice. Ponerse de su parte no impide decirle «recoge los juguetes» o «no pegues patadas», o «no cariño, no puedes comer caramelos, son malos para los dientes».

Podemos educar perfectamente a nuestros hijos sin necesidad de gritar, pegar, insultar ni ridiculizar.

Los niños de ahora leen mucho menos que los de antaño, y de mucha peor calidad. Las madres, en cambio, leen mucho más, aunque también de baja calidad. En vez de esas novelas clásicas que tan bien comprenden el alma de los niños, muchas leen manuales de instrucciones. El viejo Salvatore, en *La sonrisa etrusca*, lo ha visto claro:

A la mañana siguiente Andrea acaba transigiendo, después de consultar su maldito libro de criar niños, donde dice a qué hora exacta deben despertarse y cuándo han de tener hambre. ¡Como si eso no lo supieran de siempre las madres que no saben leer!

EPÍLOGO

Mi padre amaba los libros.

Nunca estudió más allá de la primaria. A los trece años empezó a trabajar. Tras su muerte, enrollado al fondo del cajón en el que durante años se habían guardado nuestros títulos de bachillerato y de la universidad, encontré un rimbombante diploma escolar; Primer Premio en la asignatura Nociones de Aritmética y Geometría, en la Escuela Industrial y de Artes y Oficios de Bilbao. Era la culminación, a los trece años, de su vida académica.

Este hombre, que había vivido en media docena de ciudades y que había hecho una guerra^[68], consiguió conservar aquel inocente diploma a lo largo de todas sus mudanzas y vicisitudes. No había estudiado, pero consideraba que estudiar era algo muy importante, y así nos lo supo transmitir.

Quizás precisamente por no haber estudiado, porque los libros nunca fueron para él objeto de análisis o comentario, porque nunca se examinó de literatura, toda su vida consideró la lectura como un placer y una diversión. Por las muchas ciudades en que vivió, junto a su coloreado diploma escolar, arrastró un baúl de libros y una estantería de madera, más alta que un hombre, que él mismo había diseñado y hecho fabricar para que fuera plegable y fácilmente transportable. Bueno, *fácilmente* es un decir.

Mi padre amaba los libros. Los amaba como lectura y como objeto. Con el tiempo adquirió algunos volúmenes de calidad, impresos en papel biblia, encuadernados en piel o en algo que a mis ojos inexpertos se parece mucho; la mayoría, creo, de segunda mano. Pero también compró muchísimas ediciones baratas, que él mismo encuadernaba cuidadosamente con tapas de cartón grueso, guardas floreadas o jaspeadas y cubiertas de papel marrón, burdeos o gris, rotuladas con una elegante cursiva. En el fondo de un altillo se guardaba una prensa de encuadernador de madera, que jamás le vi usar; creo que había abandonado su afición antes de yo nacer. Tal vez decidió dedicar menos tiempo a encuadernar y más a leer. Reliquias de aquella época eran un

centenar de libros, mal impresos en papel barato que amarilleaba, pero bellamente encuadernados.

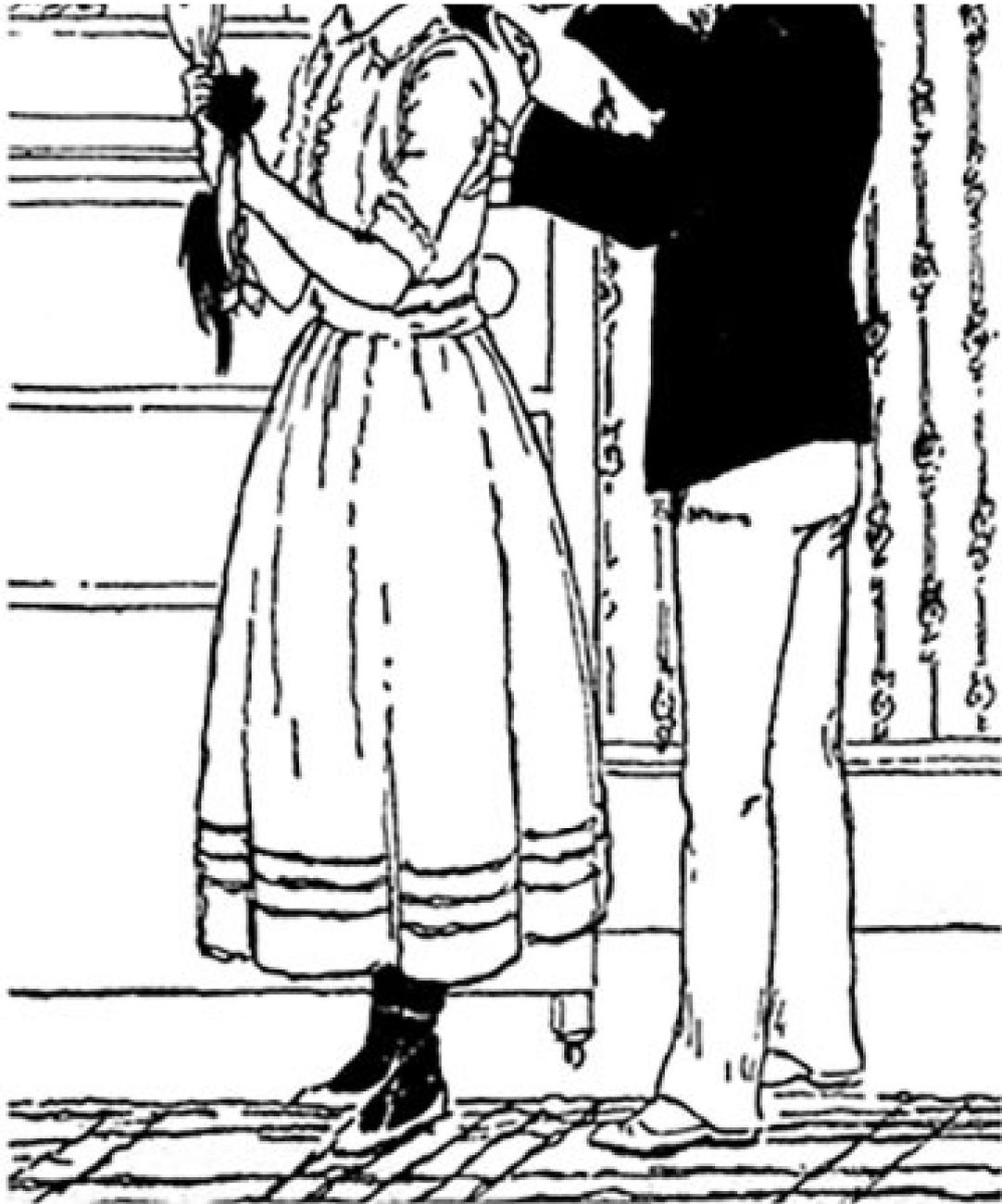
Con quince o dieciséis años tuve que presentar un trabajo para la escuela, y mi padre ofreció encargarse de la encuadernación. De algún lugar surgieron restos de aquellos elegantes papeles. La cubierta, creo recordar, era de color burdeos, imitando tela, y las guardas estaban cubiertas de hojas doradas sobre fondo verde. Mis compañeros, por supuesto, habían metido sus trabajos en modernas tapas de plástico. Pero yo iba tan orgulloso de mi encuadernación artesanal, que nadie se rio.

Muchos años después me cupo el melancólico deber de revisar la casa familiar para ver qué se podía salvar. Y allí estaban, entre otros muchos, medio ocultos en una oscura esquina de la librería, amontonados en doble fila: *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, *David Copperfield*, *Nicholas Nickleby*, *El molino en el Floss*... Los libros que mi padre amó.



Maggie Tulliver (*El molino en el Floss*) se va a vivir con los gitanos. Ilustración de *The Treasure Chest*, en la colección *My BookHouse*, editada por Olive Beaupré Miller en 1920.





Maggie hace que su hermano Tom le corte el pelo. Ilustración para *The Treasure Chest*.



Gepetto y Pinocho. Ilustración de Carlo Chiostrì para la edición de 1902.



H. Thomson,

«Eppie en la *caboneda*». Ilustración de Hugh Thomson para la edición de 1907 de *Silas Marner*.



Nicholas Nickleby da su merecido al señor Squeers. Ilustración de la primera edición por Hablot Knight Browne «Phiz».



El señor Murdstone toma la lección a David Copperfield. Ilustración de Fred Barnard (1872).



La despedida de la nodriza (1777), de Étienne Aubry. Sterling and Francine Clark Art Institute.



El sueño de Dickens (1875), de Robert William Buss (1804-1875). Charles Dickens Museum, Londres.



La mamá a la moda, o qué prácticos los vestidos modernos (1796), de James Gillray.



Enrique IV recibiendo al embajador de España (1817), de Ingres. Petit Palais, París.



El hacha de George Washington. Ilustración en Fifty famous stories retold, James Baldwin (1896).



Creación de Eva (siglo XII). Monasterio de Monreale, Sicilia.



Jan Kochanowski con el cuerpo de su hija Urszula. Boceto a la acuarela de Jan Matejko para un cuadro pintado en 1892, perdido.



CARLOS GONZÁLEZ (Zaragoza, 1960), licenciado en Medicina por la Universidad Autónoma de Barcelona, se formó como pediatra en el Hospital de Sant Joan de Déu de esta ciudad. Fundador y presidente de la Asociación Catalana Pro Lactancia Materna (ACPAM), en la actualidad imparte cursos sobre este tema para profesionales sanitarios. Desde 1996 es el responsable de uno de los consultorios de la revista *Ser Padres*. Tras el éxito de *Mi niño no me come* (2002), ha escrito *Bésame mucho: cómo criar a tus hijos con amor* (2003) y *Un regalo para toda la vida: guía de la lactancia materna* (2006), también traducidos a diferentes idiomas y que, junto con su primera publicación, conforman *Comer, amar, mamar: guía de crianza natural* (2009). Está casado, tiene tres hijos (que ahora ya comen y ya duermen) y vive en Hospitalet de Llobregat.

Notas

[1] ¿Que no ve dónde está el insulto en decir que un viejo tiene espíritu joven? Le pondré otros ejemplos, para que se entienda mejor: «Es un negro, pero trabajador como un blanco»; «Es una mujer con la inteligencia de un hombre»; «Es madrileño, pero honrado como un catalán». ¿Ve el insulto ahora? <<

[2] «Enanos sobre los hombros de gigantes». La expresión se encuentra en una carta de Isaac Newton, pero Juan de Salisbury la atribuye, en un libro de 1159, a su maestro, Bernardo de Chartres. Ambos, el maestro francés y el alumno inglés, escribían en latín. Europa existía. <<

[3] ¿Qué le gustan las notas al pie? Sí, vale, a mí también me gustan. Pondré unas cuantas, aunque sean poco eruditas. <<

[4] *A secure base* (1988) es el título de otra obra de Bowlby. <<

[5] Las Marocchinate. Varios miles de mujeres (y algunos varones y niños) fueron violadas por tropas coloniales marroquíes al servicio de Francia. Muchas fueron asesinadas, al igual que varios cientos de varones que intentaron defenderlas. <<

[6] Yo llegué a ver, siendo muy niño, a mi madre almidonando la ropa y blanqueándola con añil. Pronto dejó de hacerlo. Pensaba que era un arte doméstico totalmente olvidado, pero veo que en YouTube hay vídeos que lo explican. <<

[7] Antigua canción de cuna catalana. Por un descuido de la nodriza, el fuego prende en las sábanas del príncipe, que queda carbonizado. La nodriza reza a la Virgen, y el príncipe resucita. <<

[8] No, no es el famoso; el famoso era José. Este era su hermano. <<

[9] ¿Le suena la historia? Siete años más tarde, Dickens la desarrolló en *Cuento de Navidad*, donde el avaro señor Scrooge es visitado por los fantasmas de las Navidades pasadas, presentes y futuras. <<

[10] El señor Tulliver no para de meterse en juicios con sus vecinos por tonterías sin importancia, juicios de esos que enriquecen a los abogados y arruinan a los litigantes, y así consigue perder el dinero y el molino. <<

[11] Alguna página de internet dice que Neruo escribió este poema *contra* Kempis. ¿Cómo pueden los lectores modernos entender tan mal la ironía? El poema, incluido en un libro de poesía religiosa, está claramente *a favor* de Kempis. Ese «qué mal me hiciste» es una típica queja de enamorado. Eliot, en cambio, sí que considera, claramente, que Kempis fue una mala influencia para Maggie. <<

[12] Durante mucho tiempo se atribuyó a Santa Teresa, y eso es lo que me dijo mi hermana. Se cree más bien que es obra de san Juan de Ávila, aunque no es seguro. <<

[13] Probablemente, el libro más divertido del siglo XVIII. Llegué a él gracias a Júlio Dinis (1839-1871), médico y escritor, uno de los más grandes literatos portugueses. En su novela *Una familia inglesa*, el señor Whitestone, comerciante inglés afincado en Oporto, solo lee un libro, siempre el mismo, una y otra vez, y cada vez que lo abre ríe a carcajada limpia. Y ese libro es *Tristram Shandy*. <<

[14] Se trataba al principio de las parroquias eclesiásticas. A mediados del siglo XIX, las funciones no religiosas fueron transferidas a parroquias civiles, una forma de administración local. <<

[15] Moneda que valía cinco chelines (la cuarta parte de una libra esterlina).

<<

[16] Las novelas góticas no se escribieron en la Edad Media, sino mucho después. Se llaman así por la frecuente aparición de castillos y monasterios más o menos en ruinas. Hay terror, mucho terror, y amor, mucho amor. Suele haber una heroína, que ya desde la infancia dio muestras de precoz virtud y aguda inteligencia, y que, superando todas las trampas de los malvados, alcanza el matrimonio y la riqueza. <<

[17] Poema (1769) de Thomas Moss (1740-1808). <<

[18] Fábula en verso (1727) de John Gay (1685-1732). <<

[19] La homeopatía sí que existía, desde finales del siglo XVIII. Pero, claro, la invención de la homeopatía no produjo un aumento espectacular en nuestra esperanza de vida. Alguien tenía que decirlo. <<

[20] En *I sommersi e i salvati* (*Los hundidos y los salvados*), Primo Levi, el escritor italiano que fue prisionero en un campo de exterminio nazi, explica algo parecido (salvando la diferencias). Eran los ladrones, los delatores, los que intentaban rendir pequeños servicios a los carceleros, quienes tenían más probabilidades de sobrevivir. <<

[21] *The life of Charlotte Brontë*, 1857. <<

[22] ¡Consultar el *Times* de 1823 sin salir de casa! Qué gran cosa sería internet, si se usase para el bien. <<

[23] El término se usaba todavía en mi juventud, pero tal vez mis lectores más jóvenes no lo hayan oído nunca, y hasta puede que el concepto les resulte incomprensible. Hijo natural era el nacido fuera del matrimonio. Ser madre soltera era una tremenda deshonra para una mujer y para toda su familia. Había que ocultar el embarazo y hacer desaparecer al niño. <<

[24] Se refiere en términos generales al pecado de la lujuria y a la consecuencia de ser un hijo abandonado y no deseado, pero también alude muy específicamente a la sífilis congénita. La sífilis era incurable hasta el descubrimiento de la penicilina, y todos sus lectores entendían la alusión. El hijo de una madre infectada, si sobrevivía a los primeros meses, solía quedar con rasgos faciales característicos, malformaciones de dientes y huesos, retraso mental, tal vez ceguera y sordera... <<

[25] Hoy la libra esterlina se divide en 100 peniques, pero antes de 1971 la libra tenía 20 chelines, y el chelín, doce peniques. La guinea era una moneda de 21 chelines, que se había dejado de acuñar en 1817, pero se seguía usando como unidad virtual de cuenta. Los honorarios profesionales (médicos, abogados y, como vemos, maestros) se solían expresar en guineas. <<

[26] Elizabeth Gaskell (1810-1865) dice que no tenían «children's books». <<

[27] Señor Ahogalnio, o algo parecido. <<

[28] Aunque hay que reconocer que lo pone a huevo. ¿Sería consciente de lo mal que sonaba lo que acababa de escribir? Pero en su época no se había inventado aún el subconsciente, y tal vez sus lectores no estaban tan atentos como para descubrir sus posibles manifestaciones. <<

[29] Estoy consultando desde mi casa un ejemplar de la primera edición de la *Autobiografía* de John Stuart Mill, que lleva el sello de la biblioteca del Trinity College de la Universidad de Toronto, y una edición de 1891 de las *Memorias de Marmontel*, conservada en la biblioteca de la Universidad de Michigan. Me pregunto qué habrían hecho estos grandes autores si hubieran tenido, como tenemos nosotros, una biblioteca inagotable a un clic de distancia. Quiero creer que no se habrían pasado el día reenviando memes memos y viendo vídeos de gatitos. <<

[30] Me asusta un poco, por cierto, oír hablar de «gestión de las emociones» en relación con los niños. Estaré anticuado, pero en mis tiempos se gestionaban las empresas, y las emociones se experimentaban o se sentían. Seguro que mucha gente propone algo muy respetuoso y razonable, y no voy a discutir solo por el nombre. Pero temo que otros muchos llegarán a la conclusión de que los adultos podemos gestionar las emociones de los niños, decirles qué emociones son buenas o malas, qué deben sentir o no sentir. Terrible. Sería usar con los sentimientos el mismo método que el señor Gradgrind o el señor Mill padre usaban solamente con los hechos. <<

[31] William Harvey (1578-1657) descubrió la circulación de la sangre y la función del corazón. <<

[32] Bitzer es un nombre, o un apellido, inventado por Dickens, probablemente inspirándose en *bitter*, «amargo». Pero resulta que el apellido sí que existe en Alemania, y que el señor Martin Bitzer fundó en 1934 la compañía que lleva su nombre, que en la actualidad es líder mundial en la fabricación de compresores para aparatos industriales de refrigeración. El lema de la empresa es *Das herz der frische*, «el corazón del frescor». Bitzer, el chico que tenía un compresor por corazón. Un fresco. Creo que a Dickens le habría encantado la coincidencia. <<

[33] Sir Richard Owen (1804-1892), biólogo, anatomista y paleontólogo, creador de la palabra «dinosaurio». <<

[34] Es el cuarto volumen en la serie *44 Scotland Street*, una historia coral sobre Edimburgo. Especialmente divertidos los capítulos sobre Bertie —el niño prodigio—, su agobiante madre y sus alternativos compañeros. <<

[35] «Pero tú lo has dispuesto todo con medida, número y peso». Sabiduría,
11, 20. <<

[36] *Censeur*, en francés, es el que censura, pero también el jefe de estudios de una escuela. <<

[37] ¡Qué apellidos inventaba Dickens, por cierto! Este sugiere algo así como «piedra asesina». <<

[38] Encontrará los guiones de cientos de películas en www.springfieldspringfield.co.uk <<

[39] <http://name.umdl.umich.edu/A28928.0001.001> <<

[40] <https://books.google.es/books?id=ZHUoAAAAYAAJ> <<

[41] *Chickenpox*, «viruela del pollo», es la varicela. <<

[42] La expresión es de Shakespeare. La sanguinaria *Lady Macbeth* reprocha a su marido tener demasiada leche de la bondad humana. <<

[43] En catalán todavía se usa (más para adultos que para niños) la frase «engegar algú a dida», enviar a alguien con la nodriza, con el sentido de enviar a alguien a la porra o a freír espárragos, quitarse a alguien de encima.
<<

[44] El embarazo solo retrasaba la ejecución, aunque a menudo, como en este caso, finalmente se conmutaba por transporte a América. En el prólogo de *Barnaby Rudge*, Dickens cita un discurso de Sir William Meredith en el Parlamento, en 1777, sobre las terribles consecuencias de la *Shoplifting Act* de 1699: una madre pobre era ejecutada por robar en una tienda «y el niño estaba mamando a su pecho cuando salió hacia Tyburn» (la aldea donde estaba la horca). <<

[45] Muchas fuentes dan la fecha de 1622, pero eso sería incompatible con la historia, pues el primer hijo de Briget nació en 1624, y además en internet se puede encontrar un facsímil del libro, y aunque está un poco emborronado, se ve que es un 8. <<

[46] Gran parte de la belleza de este párrafo se debe a la repetición de las mismas palabras al comienzo de cada cláusula (anáfora), y al paralelismo de la estructura. He visto muchas traducciones al español que estropean totalmente el efecto, «(...) la época de las creencias y de la incredulidad...». <<

[47] Los anglicanos y protestantes, al igual que los católicos, bautizan a los recién nacidos, y en la adolescencia practican la confirmación, en que el cristiano renueva, ahora con plena consciencia, comprensión y libre voluntad, el compromiso que en el bautismo recibió pasivamente. El señor Lorry hace aquí un paralelismo entre el bautismo y el pecado. Nacemos con el pecado original, que también hemos recibido pasivamente (y que se borra mediante el bautismo); pero años después lo confirmamos con nuestros propios pecados.
<<

[48] Erasmo no está dando aquí un consejo, sino estableciendo un hecho. Besar, abrazar y mimar a los niños es lo que todo el mundo hacía quinientos años atrás. Lo normal. <<

[49] Hace décadas que no se reimprime en Italia; para reproducir los párrafos que citaré a continuación tuve que comprar a través de internet, a una librería de segunda mano de Pavía, un ejemplar de 1957. <<

[50] Caigo ahora en la cuenta de que eso no es un problema para el pequeño David, para quien su madre no se llama «Clara» sino «Mamá». Era el difunto señor Copperfield, muerto durante el embarazo, el que necesitaba llamar «Peggotty» a la criada y reservar «Clara» para su esposa. Tantos años después, la costumbre de llamar a la criada por su apellido es como una presencia flotante, una sutil influencia del padre nunca conocido. Dickens no tenía por qué poner el mismo nombre a ambas mujeres; lo hizo a propósito. ¿Lo hizo solo para poder llamar «Peggotty» a la criada, un apellido raro y algo cómico? ¿O quería hacernos reflexionar sobre esa invisible presencia del padre muerto? Así son los grandes libros: después de muchas lecturas aún puedes descubrir cosas. Por eso Dickens es un genio, y yo no. <<

[51] *La Madonna della Seggiola* estaba y está en Florencia, pero Ingres la había visto cuando estuvo en París, entre 1799 y 1815; botín de guerra de Napoleón. <<

[52] Parson Weems. *The life of George Washington*, 1800. <<

[53] «Por medio de una pequeña cánula, y sin hacer ningún daño al padre». Sterne, escribiendo en inglés, incluye esta frase en francés sin dar ninguna traducción, convencido de que sus lectores la entenderían. <<

[54] En siglos pasados, el bosque de Bondy, cerca de París, estuvo poblado de bandidos, y aunque en el siglo XIX ya había sido en parte talado y urbanizado, su nombre todavía se aplica en francés para cualquier lugar peligroso. <<

[55] En el golpe de Estado de diciembre de 1851, el presidente de la República, Luis Napoleón, se saltó la Constitución y se convirtió en el emperador Napoleón III. Con el argumento de que el voto popular era más importante que la Constitución, convocó un plebiscito el 20 de diciembre, «en plena fiesta», y lo ganó. El Bajo Imperio son los siglos finales del Imperio Romano, ya en decadencia; pero aquí se refiere al Segundo Imperio Francés.
<<

[56] *Gâté* y *pourri* son en parte sinónimos, ambos pueden aplicarse a los niños (mimado, consentido, malcriado...), pero *pourri* es más fuerte, más insultante, y se aplica también a los políticos corruptos. <<

[57] Dante, en la *Divina Comedia*, coloca en el Infierno a los malvados (y a sus enemigos).

Se refiere a Catón el Viejo, político romano con fama de incorruptible y justiciero. <<

[58] El título completo, tal como figura en la portada de la primera edición, es *La historia de las aventuras de Joseph Andrews y de su amigo el señor Abraham Adams. Escrito en imitación del estilo de Cervantes, autor de Don Quijote.* <<

[59] Literalmente. Heathcliff no tiene apellido. O no tiene nombre. Es solo Heathcliff. Como un perro. <<

[60] Siete, según Stéphanie Michineau, *La maltraitance maternelle dans la trilogie de Jules Vallès (1876-1886)*, en www.autofiction.org <<

[61] No, la causa no es psicológica, aunque el problema puede empeorar si el niño está estresado por algún motivo. Reñirles, castigarles, presionarles o ridiculizarles les estresa todavía más. Encontrará información sobre enuresis en www.nhs.uk/conditions/bedwetting <<

[62] Sí, la dentición era una de las principales causas de muerte en la infancia, aseguran los certificados de defunción de la época. ¿Qué sabían los médicos de entonces de sepsis o meningitis, de celiaquía, pielonefritis o neumonía? No es de extrañar que, todavía hoy, tantos padres creen (erróneamente) que la dentición produce fiebre, diarrea o dolor. Trágicamente, sí que hay en la actualidad bebés que mueren por la dentición..., por los medicamentos inútiles e innecesarios que se administran para aliviar las imaginarias molestias de la dentición: <<

<https://nccih.nih.gov/health/teething>

www.fda.gov/Drugs/DrugSafety/ucm608265.htm

[63] Dos años de lluvias excesivas arrasaron las cosechas de cereales. El estar viviendo un cambio climático provocado por el hombre ha hecho que algunos acepten como cierta la idea contraria: «si somos ecológicos, si nos portamos bien, no habrá cambio climático». Pero cambios climáticos naturales, espontáneos, ha habido muchos, y los seguirá habiendo. <<

[64] Granqvist P., *et al.* «Religion as attachment: normative processes and individual differences». *Pers Soc Psychol Rev*, 2010; 14:49-59. www.semanticscholar.org/author/4080856 <<

[65] ¿Y qué diablos es el natrón, por cierto? Después de cincuenta años de ignorancia, creo llegado el momento de buscarlo en la Wikipedia. Vaya, es un carbonato de sodio que se acumula en algunos lagos de Egipto y se usaba para la momificación. Tal vez ya lo decía la novela aquella; no recuerdo bien. <<

[66] No aspecto infantil «dibujado por un niño», sino «dibujado por un buen dibujante, para disfrute de los niños». Lamentablemente, hasta en eso ha perdido calidad la moderna literatura infantil. Algunos parecen creer que, si los niños pequeños dibujan monigotes, es porque les gusta ese estilo, no porque no lo saben hacer mejor (y les gustaría aprender). He visto una nueva edición de los libros de *Guillermo el Proscrito*, de Richmal Crompton, en que las magníficas ilustraciones originales han sido substituidas por monigotes ridículos. <<

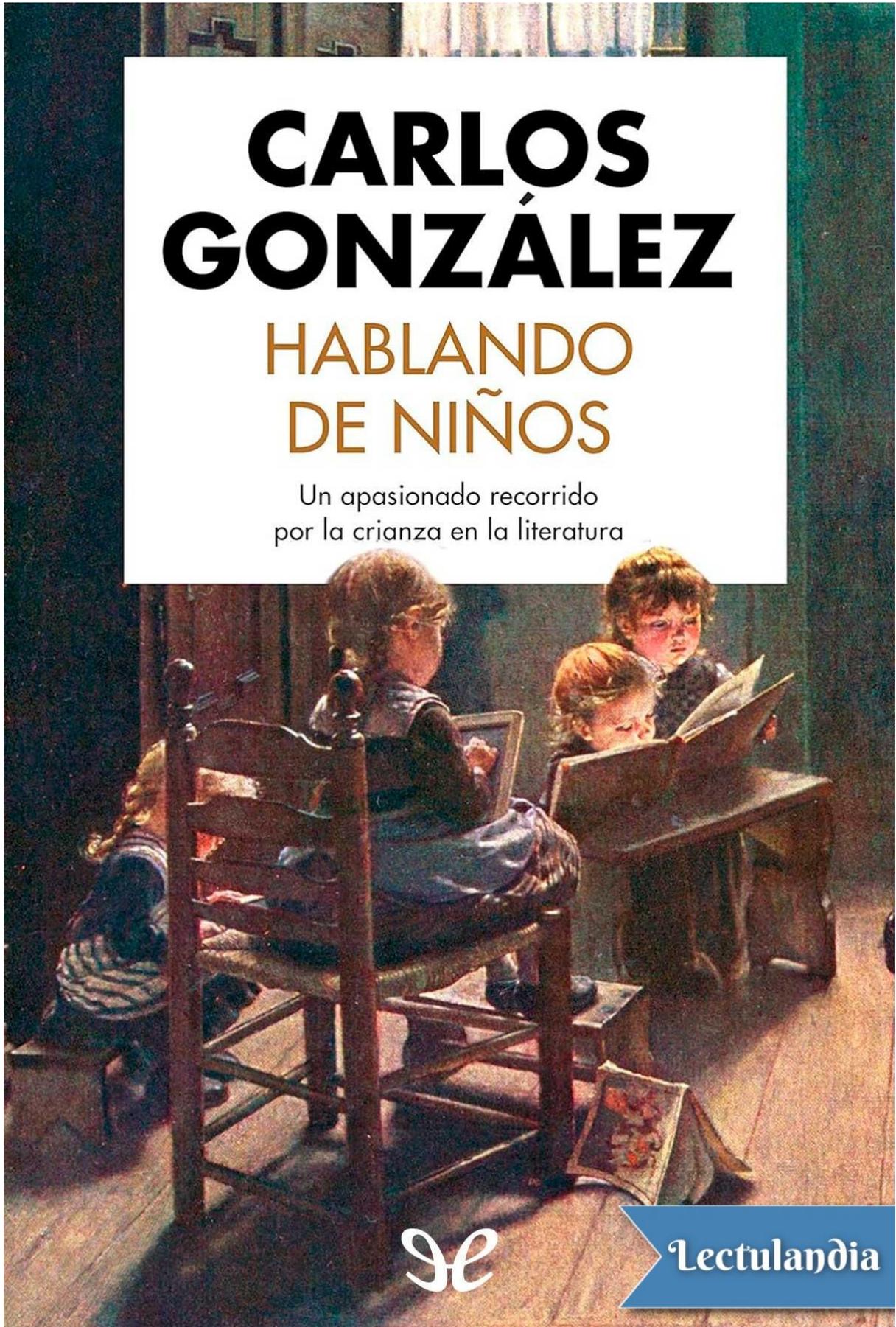
[67] No sé si prometimos eso. Estaba tan nervioso que no recuerdo casi nada de mi boda. Pero es lo que dicen siempre en las películas. <<

[68] Encasa celebrábamos el 18 de julio: era el día de su cumpleaños. «Menudo regalito me hicieron cuando cumplí los veintiuno», le oí quejarse una vez. <<

CARLOS GONZÁLEZ

HABLANDO DE NIÑOS

Un apasionado recorrido
por la crianza en la literatura



de

Lectulandia